CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

2





SAN ANGEL (VILLA OBREGON)

ES UNO DE LOS LUGARES AL SUR DE LA CAPITAL, CUYA TOPOGRAFIA Y VEGETACION EXTRAORDINARIA LLEVA MAYOR CANTIDAD DE VISITANTES.

CUENTA CON UN TEMPLO Y MONASTERIO, FUNDADO HACIA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII POR LOS FRAILES CARMELITAS DESCALZOS.

LA VISION CLARA QUE TENIAN DEL COLOR ESTA MANIFIESTA EN LA POLICROMIA DE SUS TRES CUPULAS, LAS QUE DESDE ESOS REMOTOS TIEMPOS EMERGEN POR SOBRE EL ZIG-ZAG DE SUS CALLEJONES Y EL ALEGRE VERDOR DE LOS JARDINES.

UNA VISITA AHI, REMOZARA EL ESPIRITU.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO



SABOR IMPORTADO A
MITAD DE PRECIO
La mezcla de selectos tabacos Virginia, Burley y Turco hacen de BELMONT un cigarro de tan exquisito gusto como el mejor de los "importados" con la ventaja que su precio es inferior a la mitad del de las marcas extranjeras.
Belmont
55 ¢
PARA LOS FUMADORES DIFICILES

COLECCION "TIERRA FIRME"

Arthur Ramos

LAS POBLACIONES DEL BRAZIL

216 páginas.

Ramos es el animador de los interesantes congresos afroamericanos que de tanta importancia han sido para esclarecer aspectos importantes de la historia del Brasil. En la obra que aquí se anuncia nos presenta al Brasil tal como ha sido y es, racial y culturalmente. A través de su exposición puede apreciarse la enorme importancia del africano en el norte, del europeo en el sur, de lo mestizo y de la interculturación en el centro, de lo indio y de las mezclas de éste con otros troncos de la población hacia el Oeste. Retrotrae al pasado, estudia los procesos históricos que condicionan el presente.

Alfonso Crespo

SANTA CRUZ (EL CONDOR INDIO)

348 páginas y 4 ilustraciones fuera de texto.

Crespo pertenece a la nueva generación de escritores bolivianos, y aunque joven en el campo de las letras es considerado ya como uno de los grandes valores de su país y de América. La personalidad de Andrés Santa Cruz y Calahumana es sin disputa una de las más singulares de las que produjo el siglo XIX americano. Cruce de sangres, conquistadora y sojuzgada a un tiempo, llegó a fundirlas como ningún otro en su cuerpo enjuto y vigoroso. Sin hacer sentir el peso de su erudición, el autor nos da una imagen precisa del cóndor indio.

El precio de cada volumen es de $5.00 o Dls. 1.00. Subscribiéndose a un mínimo de cinco números concedemos el 10% de descuento.



Solicite nuestro catálogo con más de 300 títulos. Servimos pedidos por correo reembolso (C. o D.). Son libros de

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63. *MEXICO, D. F.*

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2 Marzo-Abril de 1945 Vol. XX

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA

SUPLEMENTO



MEXOLUB disfruta de un lugar de honor ante el automovilismo mexicano. Simboliza un esfuerzo nacional en el progreso industrial de nuestra Patria, y ha fincado su sólido prestigio en el servicio de protección invariable que rinde en los motores de combustión interna.

¿Problemas de lubricación? Deje que Mexolub le dé su respuesta en el camino!!

PETROLEOS MEXICANOS

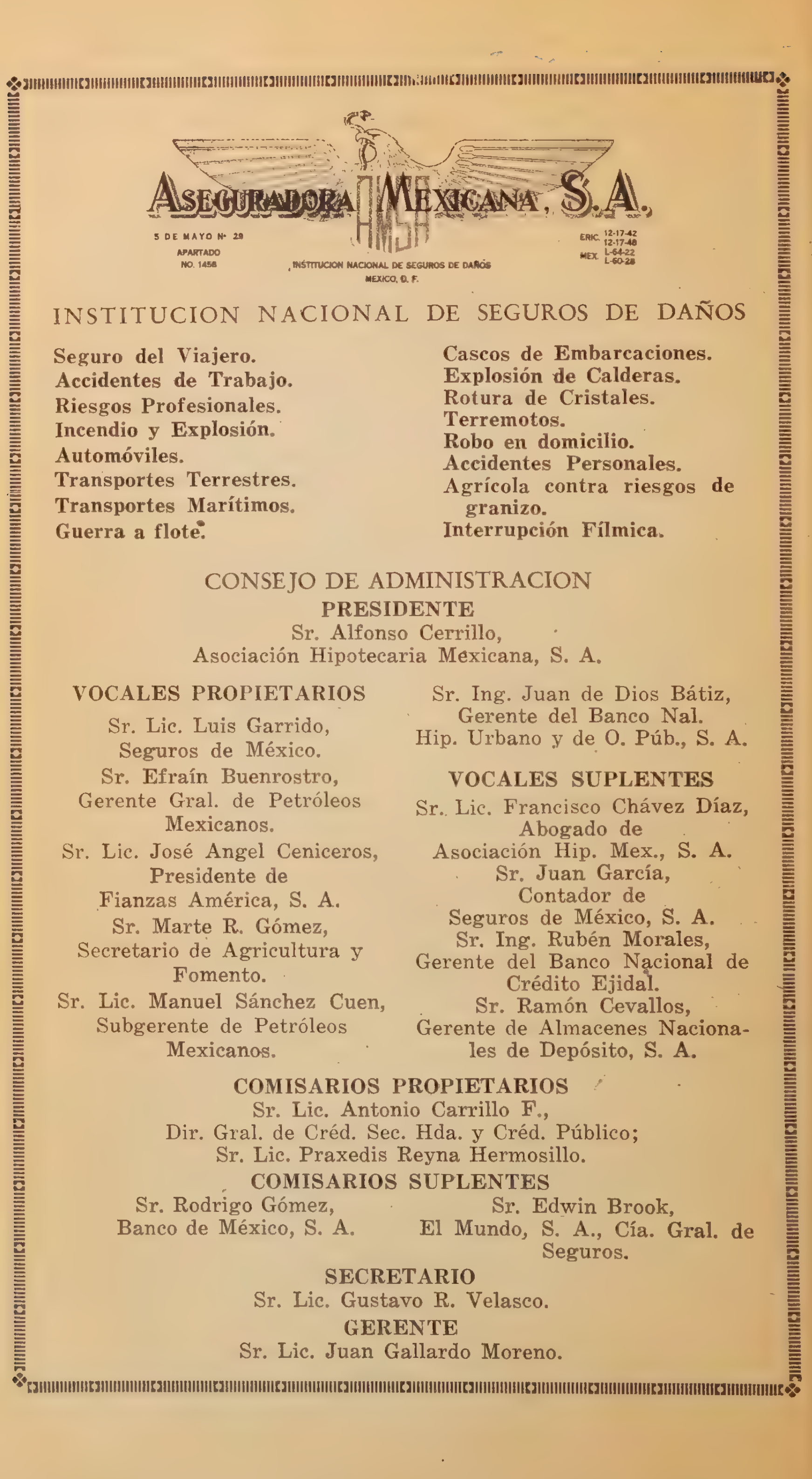
*** VEINTE MILLONES DE LITROS VENDIDOS; NI UNA SOLA QUEJA**

RESERVADO PARA LA

UNION NACIONAL

DE PRODUCTORES

DE AZUCAR



ASEGURADORA MEXICANA, S. A.
AMSA
5 DE MAYO No 29
APARTADO
NO. 1458
INSTITUCION NACIONAL DE SEGUROS DE DAÑOS
MEXICO, D. F.
ERIC. 12-17-42
12-17-48
MEX. L-64-22
L-60-28
INSTITUCION NACIONAL DE SEGUROS DE DAÑOS
Seguro del Viajero.
Accidentes de Trabajo.
Riesgos Profesionales.
Incendio y Explosión.
Automóviles.
Transportes Terrestres.
Transportes Marítimos.
Guerra a flote.
Cascos de Embarcaciones.
Explosión de Calderas.
Rotura de Cristales.
Terremotos.
Robo en domicilio.
Accidentes Personales.
Agrícola contra riesgos de granizo.
Interrupción Fílmica.
CONSEJO DE ADMINISTRACION
PRESIDENTE
Sr. Alfonso Cerrillo,
Asociación Hipotecaria Mexicana, S. A.
VOCALES PROPIETARIOS
Sr. Lic. Luis Garrido,
Seguros de México.
Sr. Efraín Buenrostro,
Gerente Gral. de Petróleos Mexicanos.
Sr. Lic. José Angel Ceniceros,
Presidente de Fianzas América, S. A.
Sr. Marte R. Gómez,
Secretario de Agricultura y Fomento.
Sr. Lic. Manuel Sánchez Cuen,
Subgerente de Petróleos Mexicanos.
Sr. Ing. Juan de Dios Bátiz,
Gerente del Banco Nal. Hip. Urbano y de O. Púb., S. A.
VOCALES SUPLENTES
Sr. Lic. Francisco Chávez Díaz,
Abogado de Asociación Hip. Mex., S. A.
Sr. Juan García,
Contador de Seguros de México, S. A.
Sr. Ing. Rubén Morales,
Gerente del Banco Nacional de Crédito Ejidal.
Sr. Ramón Cevallos,
Gerente de Almacenes Nacionales de Depósito, S. A.
COMISARIOS PROPIETARIOS
Sr. Lic. Antonio Carrillo F.,
Dir. Gral. de Créd. Sec. Hda. y Créd. Público;
Sr. Lic. Praxedis Reyna Hermosillo.
COMISARIOS SUPLENTES
Sr. Rodrigo Gómez,
Banco de México, S. A.
Sr. Edwin Brook,
El Mundo, S. A., Cía. Gral. de Seguros.
SECRETARIO
Sr. Lic. Gustavo R. Velasco.
GERENTE
Sr. Lic. Juan Gallardo Moreno.


CALIDAD
PEPSI-COLA
MARCA REGISTRADA
CANTIDAD
EN TODAS LAS OCASIONES
PEPSI-COLA ES MEJOR!
UNA BEBIDA
EXQUISITA
PEPSI-COLA
PIDALA SIEMPRE
PROP D S P Nº 9948
PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, S.A.

LA PAZ DE AMERICA

No debiera olvidarse la lección de los años anteriores a la guerra. Es manifiesto que los esfuerzos realizados por algunos países europeos para atraerse los contingentes turísticos de nuestra América, no sólo mediante una hábil propaganda sino, sobre todo, merced al ofrecimiento de marco y lira turísticos, encerraban intenciones nada favorables a nuestros ideales democráticos. Aquellos marcos y aquellas liras, comprados aparentemente a bajo precio por nuestras monedas americanas, contribuyeron a finanzar las empresas bélicas que tanta sangre, lágrimas y dinero están costando al mundo.

Las perspectivas que presenta en la actualidad la liquidación del conflicto no son nada tranquilizadoras. Nadie sabe lo que el porvenir nos reserva pero todos temen que los años venideros exijan nuevos sacrificios y sinsabores a los países que aman la paz porque siguen creyendo, a pesar de todo, en el destino pacífico del hombre sobre la tierra.

¿Cuáles son los cauces por los que, en estas condiciones, debiera derramarse nuestro turismo? ¿Regará sus millones a tontas y a locas en el viejo continente, con el peligro de que sirvan para madurar nuevos amarguísimos frutos, o derivará sus caudales hacia los países pacíficos de nuestro hemisferio que tanto necesitan unos de otros y todos los latinos de la maquinaria yanqui para contribuir con su trabajo honrado a la prosperidad, primero, del continente y, luego, del planeta?

El turismo es industria específica de paz pues que arranca de la paz y a la paz se dirige. Bien entendida, no puede orientarse sino al robustecimiento de las posiciones y voluntades antibélicas. Si sus actividades sirvieran para que nuestra América se conociera a sí misma y se creara, contribuyendo al esplendor pacífico de su destino; si los dólares norteamericanos valieran para que los países ricos en atractivos naturales pero pobres en divisas adquirieran el equipo que necesita su desarrollo y el desarrollo de su capacidad adquisitiva, necesitada a su vez por la industria norteamericana, y el desarrollo y fortalecimiento consiguiente del bloque que sostiene la paz del mundo, bien pudiera decirse que nuestro turismo, al mismo tiempo que cumple con su cometido de proporcionar agrado y descanso saludables, obedece a las exigencias de toda actividad humana que es contribuir a la realización de un destino humano más elevado y vivible que el que nos ha proporcionado hasta el presente la tan cacareada civilización que nos legaron los siglos.

Y si miramos un poco más al porvenir y un poco menos a ese pasado que tantas ruinas y calamidades nos cuesta ¿acaso no presenta América mayores atractivos que los que pueden ofrecernos las demás partes del mundo?

F. L. S.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO IV VOL. XX

2

MARZO-ABRIL
1945

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1945

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. C. L.
Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

FIN DE LA GUERRA

Por *Juan LARREA*

HACE meses que se está viendo, cada vez más cercano. Creyóse en el otoño asistir al desenlace mas, en su desvarío, aun encontró Alemania fuerzas para prolongar durante el invierno los dolores del mundo, acrecer la mortandad y apurar y hacer apurar las heces de la amarguísima tragedia.

Hoy se vuelve a palpar ese fin. No se sabe de un día para otro si el de mañana será o no el coronado por la Victoria. Mas nada de lo fundamental siendo ya susceptible de mudanza —sin por eso excluir la posibilidad de un horrífico estertor—, bien puede darse ese fin por consumado. Sólo queda por resolver la cuantía exacta de la destrucción y, en lo tocante a los vencedores, la fórmula nueva de equilibrio.

Este estado de distendimiento pasional, como de decantación, en que las circunstancias nos colocan a quienes vivimos lejos del escenario cruento, parece investirnos de la responsabilidad inherente a su privilegiada situación avizora. Puesto que nos es dado contemplar el conflicto con objetividad de cosa vencida, claro está que, en vez de dejar que nuestros nervios se consuman en estériles luchas marginales, nuestro esfuerzo en la empresa pro emancipación del ser humano habrá de dirigirse a la inteligencia de este cataclismo hasta ahora único por su magnitud y complejidad en la historia. Sólo cuando se logre la justificación de ese su carácter único, cuando se desentrañe su identidad profunda y fecunda, nuestra conciencia asimilará las verdades que han dado forma a su vida.

"SI perdemos la guerra, habrá llegado el fin de Occidente", proclamaba Goebbels en su discurso de 25 de ene-

ro, esgrimiendo el ya inútil espantajo que tanta mella hiciera en la reacción de las naciones. Sin embargo, luego de pensarlo con detenimiento, parece que este señor de la mentira no se encuentra ya muy lejos de la para él mortal verdad. Juraríase que estamos asistiendo a las postrimerías de ese ciclo creador que, si necesario y fructuoso para la transformación del ser y del estar humanos, ha sido, por la discrepancia entre su ideal interno y la desapacible realidad externa, aquel que ha exigido de la sensibilidad de las generaciones más aguda contribución de dolor cualitativo. De otro modo: el Occidente llega a un fin, su fin, el cual si nos fiamos de su nombre, no puede ser otro que servir de teatro y de objeto crepuscular a todo un mundo.

Hasta cabe pensar que el blanco a que apunta la crisis contemporánea, la última razón de ser de ese (nacional)-socialismo fáustico, de voluntad de potencia, descrito con delectación por el gran profeta de la decadencia de Occidente, sea la destrucción con que el propagandista nazi amenaza a todos los puntos cardinales. Porque, ¿cómo, si se prescinde de esa finalidad funcional necesaria para el tránsito mutativo de un mundo de baja escala a otro que merezca tan inmensa pena, pudiera justificarse dentro de un orden de vida superior, ni sádico ni masoquista, la magnitud de la vesania general que ha sido y sigue siendo forzosa para poner en marcha y sostener hasta última extremidad tamaña hecatombe? Sólo una cultura que se hunde parece capaz de promover un torbellino como éste que ha girado en torno a la figura irracional de Hitler, más propia de la mitología que de la historia, suscitando el grado de pasión indispensable para que millones de hombres, presas del vértigo, hayan podido hacer caso omiso de los instintos de conservación individual y de los de conservación nacional, además de los intereses inmediatos de la especie, a fin de lanzarse "a cuerpo perdido" en una aventura visiblemente preñada de ruinas para todos. La Edad Media, lo gótico, con su típico diabolismo, la sustancia medular de Occidente, ha vuelto hecha furor a superficie. Hemos asistido a la eclosión y esparcimiento de formas de pensar típicamente delirantes, apenas dignas de los peores endemoniados del medievo. La voluntad de potencia concebida

—captada— por la insanidad de Nietzsche, de desastroso fin, al ver desfilar los ejércitos prusianos durante la guerra del 70 —en el preludio de la trilogía o, si se prefiere, en "los orígenes de la tragedia"—, ha constituído el eje de la vida mental tanto de Alemania como de Italia —e incluso de España que, con su aflautada "voluntad de imperio", ha sacrificado a Esculapio unos cuantos gallos no previstos en la partitura. La Diosa Razón ha sido sustituída por el endiosamiento de esta demoníaca voluntad de dominio de genuina estirpe pesimista. Muchas veces ha expresado Hitler su convencimiento: la culpa del Kaiser fué haber cejado. El caso es querer. Mientras la voluntad del caudillo no se rinda, la victoria sigue siendo segura. Así esa subjetiva y abstracta voluntad de potencia, ayuna, como el pensamiento esquizofrénico, de toda objetividad, se convierte prácticamente en suicida voluntad de exterminio. No caben componendas salvadoras. ¿Y qué oculta razón puede existir, si no es la de ir y llevar a perdición —la seducción de la nada—, para ver una Brunilda victoriosa que abre los brazos allí donde sólo existe un vacío sin fondo?

Prestemos oído a Spengler: "Existe una significación muy profunda en el hecho de que Nietzsche permanezca sumamente claro y seguro siempre que se trata de saber lo que debe destruirse, trasmutarse, pero que se pierda en nebulosas generalidades en cuanto se plantea el para qué, la cuestión del fin". Parece, en efecto, significativo. Como lo es y más, el hecho complementario de que cuanto Spengler dice de Nietzsche pueda ser dicho de Spengler y de la Alemania que se expresa por boca de ambos. ¿Y no se deberán tan significativos hechos a que, de los dos términos en que se descompone el proceso creador, destruir-construir, recaiga actualmente sobre la Europa de Hitler, Mussolini y Franco el acento exclusivo del primero? Destruir, destruir. . . ¿Destruir qué?, ¿la decadencia de Occidente o llevarla hasta completa devastación del solar en que radica?

Jamás cataclismo histórico conoció, en todo caso, como éste que ha hundido su cráter en Alemania, comparable esplendor de apoteosis. Cataclismo material que ha arrasado cientos si no miles de ciudades europeas, monumentos, fá-

bricas, puertos, astilleros, diques y presas, puentes, ferrocarriles, pozos petrolíferos. . . En este aspecto de la riqueza material del hombre, la destrucción, dados los medios actuales, culmina en lo perfecto. Y cataclismo moral que ha dado en tierra con los valores en que descansaba la personalidad superior de la cultura. Ante los exasperados egoísmos personales o de grupo, ante la avasalladora mendacidad de la propaganda, ante los odios desencadenados y el espectáculo monstruoso que los tiempos nos ofrecen, ¿quién, en Europa se atreve hoy a pensar y menos a vivir en formas de verdad, de bondad, de belleza? ¿quién puede ser tan loco entre los locos para confiar en la fuerza universal del amor? La mala fe, la calumnia, la perfidia, el pragmatismo de la destrucción, la ferocidad llevada a extremos jamás soñados por seres nacidos de madre, se han vuelto supremas virtudes. Sin duda alguna, lo antihumano, con la violencia de sus infiernos, se ha apoderado de la actualidad del mundo. Ni siquiera han combatido esta vez, como en el 14 por ejemplo, naciones contra naciones, sino que, más avanzado el proceso de disolución, dentro de cada una de ellas la sustancia nacional se ha descompuesto en una multitud de agentes de virulencia y de encono a muerte, creando esos estados patógenos que han convertido a varios países en un caos purulento.

Salta a la vista, de otra parte, que las pasiones que han subido a infernal ebullición la gran tragedia no son exclusivamente alemanas. Antes que el nazismo brotó el fascismo italiano. Inglaterra, Francia, Polonia, España, los Balkanes, Europa entera han sido invadidas por una como fiebre de ofuscación que al contacto con el sustrato más o menos deflagrante de cada país ha prendido esta pirotecnia hiperbólica. Germania, sustancialmente guerrera y particularmente predispuesta por la lucha anterior, ha asumido, por la fuerza de sus Nibelungos, la situación preponderante. Mas todas ellas han participado activa y pasivamente en una orgánica conjuración de las contingencias históricas, sufriendo en su mayoría una inhibición total o parcial de los instintos profundos de vida que rigen el desarrollo normal de las colectividades. El furor teutónico y la corrupción romana han ido de par con la imbecilidad criminal que Inglaterra puso en la generación del conflicto

y con el nacional-egoísmo desertor de Francia. Ahondando más: el juego de circunstancias concausales, unas fortuitas, otras deliberadamente maquinadas, cuya sucesión y engranaje han obedecido al orden superior que ha dado cuerpo histórico al fenómeno, constituye un a manera de todo orgánico determinado por una función teleológica precisa. ¿O es que en la comprensión de un complejo de orden sucesivo o temporal puede prescindirse de la finalidad consciente o inconsciente al examinar el grupo de concausas? ¿No es ella precisamente la que domina la constelación entera? Dijérase, por otra parte, que la voluntad consciente de los hombres ha tenido en la organización de ese todo una responsabilidad restringida, hallándose condicionada, como presentía con justificado pesimismo Schopenhauer, por la función de instintos poderosos y de pathos sin control, resortes que a fin de cuentas han llevado al mundo a donde lo han llevado. Aunque todos hayan contribuído con su actuación al estallido de la guerra, bien puede asegurarse que nadie se propuso que los acontecimientos fuesen, ni muchísimo menos, los que han sido. Como la historia, se han fabricado a través de todos, mas, por lo que toca a su justa dirección, independientemente de los designios de todos, tanto de los favorecidos como de los perjudicados. En el caso presente, la confabulación de las contingencias sobrepasa de manera ostensible el orden que suele llamarse normal. Piénsese en la serie de circunstancias favorables que han sido precisas para forjar la trayectoria de ese cometa mortífero en quien se encarna el "quién como yo" germánico. A grandes rasgos parece verse aquí una clara orbitación, en torno a tan siniestro personaje, de los instintos de muerte, formando el todo un sistema de destrucción irresistible. Sin otra arma que una palabrería insensata ha escalado prodigiosamente —sí, prodigiosamente— todos los peldaños de la torre del odio, cosechando éxito tras éxito no sólo entre los suyos sino aun entre no poca opinión de las naciones vecinas. Con sabiduría extrarracional, muy por encima de la función de los sistemas ponderables, las entrañas de todas esas naciones, aunque no recaiga sobre todas el mismo grado de culpabilidad histórica, han gestado o con-

tribuído a gestar este huevo apocalíptico de dragón que, incubado después fervorosamente por muchos millones de hombres, ha sembrado, al llegar a término y abrirse, ruina y exterminio. "He sabido que Lucifer debe ser desencadenado por algún tiempo cincuenta o sesenta años antes del 2,000 de Cristo si no me equivoco", profetizó en su lenguaje —un lenguaje en el que adquiere su entera significación el Anticristo de Nietzsche y que aún sirve para dar sentido de Juicio Final a los acontecimientos actuales— la célebre estigmatizada alemana Beata Ana de Emmerich hace siglo y cuarto.

Ahora bien, cuando se observa que entre muchas gentes de América se ha seguido con interés, con simpatía, se ha secundado incluso el movimiento encabezado por Hitler, Mussolini y Franco, y que esas gentes se reclutan de preferencia entre aquellas naciones, clases e individuos que más hondamente comulgan con las categorías occidentales, bien puede establecerse la conclusión diagnóstica de que ha sido el Occidente, la personalidad particular de Europa, proyectada a todo el mundo, la que ha servido de sujeto y de objeto, en un impulso de autodestrucción, al morbo fatídico.

Si hubiera quedado el conflicto circunscrito por las fronteras continentales, si no hubiera pasado de ser una querella de fuero interno, cabría pensar que el tremendo estallido podría corresponder a un proceso de auto-rejuvenecimiento, estando llamada Europa, purgada de su decadencia, a renacer, más brillante y poderosa que nunca, de sus cenizas. Mas no ha sido así. La forma adoptada por los diferentes fenómenos nacionales reproduce aunque en grado paroxístico, la típicamente occidental: la forma tentacular o de extensión de dominio, heredada como tantas otras cosas del Asia, que, con su supremacía sobre el resto del globo, Europa ha ostentado desde hace siglos. Lo mismo Italia que Alemania y España, animadas no por la libre imaginación creadora sino por el mecanismo atávico que impulsa la repetición, han concebido delirantes propósitos de tiranizar una vez más la faz de la tierra. Notoriamente, lo que se ha expresado a través de cada una de esas naciones, en cada una de ellas tras la fisonomía

propia de su particularidad, es el contenido de esa época que se daba ya por fenecida. Los imperios godos, romanos y españoles, agrandados a dimensión paranoica, han pretendido resurgir del polvo de los siglos. Para bochorno de tales naciones y del Occidente que las ha dado vida, el afán de Europa resulta ser idéntico al que, no por influencia del movimiento italo-germano sino precediéndolo en el tiempo, ha brotado, al occidentalizarse, en el Japón. Por consiguiente, dicho impulso, operante también en la América prehispánica, manifiesta ser propio de un nivel de no extremada jerarquía.

Los resultados han sido característicos: presa de delirio de agresión, Europa está teniendo que ser reducida por tres potencias: el Imperio Británico, entidad en su mayor parte extraeuropea y enteramente extracontinental; la Unión Soviética, en su mayor parte extraeuropea; y los Estados Unidos que capitalizan a casi todo el Nuevo Mundo. Lo que no es Europa o es menos Europa, lo que no es Occidente o es menos Occidente, ha tenido que intervenir en Europa para desbaratar las empresas de un cesarismo criminal vaciado en moldes arcaicos. Hemos asistido así a un fenómeno insólito que conviene subrayar si ha de comprenderse todo el significado de los sucesos actuales: *por primera vez desde hace siglos, Europa ha sido invadida.* Por América. Y, cosa totalmente nueva y distinta, ha sido invadida no en son de conquista, explotación o venganza, normas del viejo mundo occidental, sino a impulsos de un sentimiento más evolucionado: el derecho del hombre a la Libertad, que, si concebido como ideal por Europa, sólo parece que en nuestros días tenga aplicación lejos de su solar nativo. En suma: *Europa ha tenido que ser libertada de sus propios terribles instintos por el Nuevo Mundo.*

De aquí a pensar que las entidades en conflicto son el Occidente y el Universo media a penas un paso. Paso infantil si se advierte que la guerra se extiende con caracteres simétricos al Asia donde se registra una colisión equivalente y complementaria entre orientalismo y universalismo. Y no se olvide un síntoma precipuo: la raza que encarna la tendencia ancestral de lo humano a la univer-

salidad ha sido perseguida con fobia y furia por el nuevo y sobrehumano Holofernes que tan dramáticamente fué presentido y prellorado por Hebbel.

Procurando abarcar en su integridad el fenómeno, lo expuesto y sugerido induce a suponer que estamos asistiendo al momento decisivo de una crisis mutacional en el crecimiento del mundo, crisis de superación, definida, aunque en modo negativo, por las ambiciones del superhombre nietzschano y las varias tensiones similares que en diversos órdenes ha producido Europa desde el romanticismo hasta la fecha. Corresponde al desenlace del proceso revolucionario que se acusa en todos los aspectos de la vida a partir del siglo XVIII. El sistema tentacular de Occidente, que estira imperiosamente sus brazos por el mundo entero, sufre un colapso, probablemente mortal, ante la inminencia de una universalidad que está ya pugnando por abrirse camino. He aquí algo que merece sentarse como clave maestra. *Occidentalismo y Universalismo son dos términos de contenido diverso que corresponden a dos entidades históricas distintas, antagónicas y excluyentes.* El primero no puede ser comprendido sino como una sustracción temporal y necesaria del segundo, correspondiente a una estapa humana creadora, a media altura entre los niveles primitivos y su natural apogeo.

Tal es, a lo que se me alcanza, el sentido exacto de lo que vemos estar aconteciendo. Si Europa y Asia, Alemania y Japón, si la Unión Soviética y Estados Unidos han interseccionado en un sólo punto de conflagración histórica sus divergentes líneas de destino, se debe a que la operación crítica de transformación terráquea se efectúa hoy día universalmente, en todas partes. Cuanto presenciamos y sufrimos forma parte del proceso necesario de eclosión de la universalidad en el mundo, finalidad para la que, sin saberlo, directa o indirectamente, siguiendo el trazado de un automatismo holístico o de relación y sometimiento de las partes a las conveniencias del todo, ha venido trabajando el hombre desde sus días primeros. Lo parcial exorbitado es implotado a su hora justa por lo total. Se rompen los quicios materiales y espirituales de la vieja estructura humano-planetaria para dar lugar al establecimiento de las

bases de la configuración nueva. La falsa unidad (dualidad) representada por un sistema de fuerzas cefalópodo, con un solo gobierno ejercido sobre la totalidad por una de sus partes —Europa (Roma)— cede el puesto a una auténtica estructuración unitaria. El primero es siempre un sistema luciferino, tiránico, mientras que el segundo es un sistema equilibrado, divino, abierto a la libertad. Significativo resulta a este propósito advertir que, si no todavía de un modo preciso, por tratarse de circunstancias preliminares a la verdadera ordenación del mundo, las tres grandes porciones y destinos continentales se bosquejan ya en las personas de los "tres grandes". Y que, precisamente en este supuesto tránsito de un concepto restado de lo humano a un concepto tradicionalmente incluso en la idea de lo divino, veamos proyectarse en la geografía y en la historia la misma estructura tripersonal que la mente pretérita asignó a la divinidad. Estirando la trascendencia del argumento podría decirse que la historia se encuentra hoy día en el último tramo de la escala mutativa que conduce a la divinización del hombre.

Este postrer concepto, metafórico pues que propio de una mente distinta a la que hoy se aloja en nuestra conciencia, resulta menos arbitrario de lo que parece al advertir que, según la clave poética que nos propone el protagonista de la gran tragedia, estamos asistiendo pura y simplemente a la muerte de Fausto. La poesía se complace una vez más en exhibir los títulos de propiedad de la historia.

Recuérdese la obra maestra de la literatura alemana. El Dr. Fausto, encarnación expresa y universalmente admitida del medievo, hastiado ya de elucubraciones abstractas, proclama la primacía de la acción y se lanza a recorrer el mundo asociado a una entidad infernal que en cierto modo forma parte de su propia persona. Su famoso *rejuvenecimiento* es una mera trasposición poética del *Renacimiento* con su muchas y graves frustraciones. Sus peripecias fantasmales en torno al propósito de refundirse con un paganismo helénico, representado por la figura de Helena, coinciden con ciertos aspectos románticos de la época de Goethe, expresados por éste mismo y por Schiller, Hoelderlin, Byron, muerto en Grecia y a quien, como es

sabido alude la figura de Euforion... Ahora bien, toda esta trasposición histórica corresponde al pasado y condena su esterilidad en cuanto medio para alcanzar el futuro. Es algo así como el recorrido que permite establecer la línea de coherencia necesaria para que el espíritu creador de Goethe pueda tomar impulso y despegarse de lo conocido —y pretérito— emprendiendo el vuelo hacia un bella utopía. La verdadera enjundia y finalidad de la tragedia fáustica se expresa en las escenas finales. Harto de aventuras inconsistentes que siempre giran en torno al pasado, disloca Fausto el acento crónico y se vuelve hacia el futuro, iniciando la creación de una situación nueva en tierras que bajo su dictado el esfuerzo de los hombres arranca poco a poco al mar. Vislúmbrase el comienzo de un destino humano de carácter colectivo en una tierra redimida ("la muchedumbre me complace, es la que reconcilia la tierra consigo misma"), después de que han sido destruídas las antiguas encantadoras supervivencias (dualidad de Filemón y Baucis) así como el templo cuya campana irrita la sensibilidad de Fausto que todo lo quiere para el hombre, para sí. He aquí sus definitivas palabras cuando ciego y rodeado por el rumor de los trabajadores, se afana por crear un verdadero paraíso: "¡Ojalá pudiera yo gozar del espectáculo de actividad semejante y vivir con un pueblo libre en una tierra de libertad! Con el presentimiento de tan gran ventura gozo ya del momento más feliz de mi vida". En ese momento, a la vista mental de un mundo hechura del hombre —y territorialmente más allá del antiguo—, como Moisés a la vista de la tierra que destila leche y miel, la misión de Fausto llega a término. Muere. Y lo que hay en él de inmortal es rescatado para un cielo donde, a diferencia del vetusto, reina el eterno femenino. Tierra nueva, cielo nuevo: universalidad.

Muere, pues, el Occidente de procedencia medieval después de haber cumplido sus prolongaciones naturales, renacentista y romántica, y de haber concebido en su conciencia nebulosa la superación del ser humano. Muere el símbolo del "quién como yo" o personalidad individualista cuando llega la hora de destruir la vieja mefistofélica estructura, y precisamente allí donde empieza a animarse

la universal o colectiva. Muere como Moisés, el pasado, a la vista de la tierra de promisión, el futuro, cuando el trabajo de la multitud se esfuerza por crear un nuevo mundo de libertad en una libre Nueva Atlántida. Y muere como fulminado por su propio entusiasmo para dar lugar a que la entrevista hermosura sea. Su impulso creador ha prendido ya en las energías de la muchedumbre que supera su personalidad vetusta, la cual ve abrirse ante sus vidas una nueva vida. Tránsito de un mundo a otro mundo.

Preguntémonos ahora: ¿podría definirse mejor el sentido del momento histórico presente?

El día ya cercano de la Victoria, contemplando las ruinas asociadas al despojo mortal de Fausto, nos será dado decir: *El Occidente descansa en paz.*

PUNTUALIZANDO: no significa lo anterior que baste el alborear de la Victoria para que con los brazos cruzados nos sintamos traspuestos al mundo nuevo. Sólo se ha intentado definir, interpretando sus rasgos fisonómicos, la naturaleza y sentido del proceso histórico que revoluciona nuestros días y que, para llegar a su necesario fin, reclama un esfuerzo fáustico, continuo e indeclinable. Lo que está en juego es la Conciencia.

Porque las energías humanas se dispensarán de modo sumamente más eficaz cuando, vencida la secular ceguera, logre preverse el punto a que deben dirigirse. De otro modo: cuando las sucesivas finalidades históricas dejen de ser subconscientes para la humanidad que hoy es presa de un dinamismo fundado en los principios de contradicción y confusión, y víctima de las pasiones encontradas a través de las que esas finalidades nos automatizan; cuando, por haber llegado el hombre a una inteligencia con el cosmos, los intereses de ambos así como sus conceptos de lo mejor dejen de ser opuestos, esto es, cuando la finalidad de la historia se identifique con la propia finalidad humana, pudiendo así aquella finalidad presidir el complejo de concausas que determinan la actividad consciente; o también, cuando la conciencia pueda centrarse en aquel punto donde necesidad y libertad dejen de ser contrarios para inte-

grarse en síntesis. Todo ello ha de corresponder exactamente al momento en que el *otro mundo* se convierta en *este mundo;* a la superación del sentido de la realidad, digamos táctil, propio de las tinieblas, por el sentido propio de un sistema presidido por la luz; al paso del Occidentalismo y del Orientalismo a la Universalidad.

Conviene, antes de proseguir, desvanecer la grave objeción que a primera vista presenta el método utilizado para la comprensión de los actuales hechos históricos. Porque para que dicho método de conocimiento pudiera legitimarse, parece que debiera ser posible demostrar su constante validez aplicándolo con parecido éxito a las diversas coyunturas del pasado, prueba que a todas luces resulta negativa. El aspecto inteligible con que en la actualidad se nos ofrecen los sucesos ha brillado secularmente por su ausencia.

Mas sucede que esta prueba negativa viene precisamente más en apoyo que en descrédito de la legitimidad en entredicho. El paso de lo occidental a lo universal es más complejo de lo que parece. No significa un simple cambio de punto de vista del sujeto pensante asociado a una mera transformación social, sino una mutación o transformación del cuerpo histórico en su integridad, lo mismo de lo fisiológico que de lo psíquico, del sujeto que del objeto. Para ser valedero, el método habría de acomodarse a esta situación distinta. Al grado que bastaría obtener resultados positivos mediante un procedimiento que a las categorías de siempre añadiera la dimensión poética coentrañada a las circunstancias eventuales para que este solo hecho pudiera tomarse como indicio seguro de haberse realizado ya un cambio específico en la sustancia viva de la historia. Es obvio también que sólo al llegar a un punto crítico en el desarrollo de los procesos creadores, allí donde la maduración proyecta al exterior su verdad inmanente, empiezan los objetos temporales a acusar la presencia del logos tornándose significativos: en el momento en que el sujeto rinde su espíritu que entra a formar parte del objeto nuevo. Congruentemente, en el linde de la universalidad, el sujeto parcial que ha movido el mecanismo de Occidente parece llamado a revelar su identidad verdadera. Cabría

suponer que entre objeto y sujeto ha de operarse en ese agudo instante transformativo una coadecuación o si se quiere una especie de interacción recíproca comparable en cierto modo a las modificaciones que la física cuántica ha registrado en el mundo de los fenómenos interatómicos cuando la presencia del sujeto observador opera una modificación en el objeto observado. Curioso es, por cierto, que la técnica del psicoanálisis se base algo parecidamente, en los cambios que la conciencia introduce con su sola presencia en el complejo psíquico. La razón no, pero la imaginación sí podría tal vez insinuar que ese tan discutido principio de indeterminación perceptible en lo infinitamente pequeño constituye una manifestación en el orden físico del quid poético que anima al conjunto de las formas de la vida. Interpretando esa situación en lo que pudiera tener de imagen, cabría también sugerir que allí donde acaba el determinismo físico, el cual requiere para su establecimiento de un elemento en aparente quietud, empieza el determinismo poético, la manifestación característica del dinamismo cambiante, sin punto muertos, total.

Por consiguiente, el hecho de que un fenómeno tan cercano como la guerra de 1914 no se preste a sacar conclusiones de parecido género significativo a las que nos ofrece el conflicto presente, más que otra cosa sería prueba de que la historia ha dado un decisivo paso mutacional entre ambas conflagraciones. La diferencia entre una y otra salta a la vista. En la guerra del 14, por muy claramente que hoy aparezca su necesidad para la preparación del actual fenómeno trasmutativo, no estaba el nuevo mundo directamente en juego, mientras que en el actual conflicto sí. De aquí que éste, por hallarse inmediatamente relacionado con el crecimiento del ser humano, responda a un orden distinto y ostente en su disposición formal la *presencia* de uno de los términos del orden nuevo de la Conciencia. Puede tal vez decirse que el observador potencial, propio del estado de conciencia nuevo, influye en la disposición del fenómeno que se sexualiza conformándose a la necesidad poética de ser comprendido. Aquello que no se percibía durante las primeras jornadas

de la tragedia se revela al espectador en el punto preciso del desenlace, cuando, con visible criterio de Juicio Final, se emite sentencia y se esclarece el enigma.

Sin embargo, una vez en posesión de la clave histórica explicativa, claramente se advierte que ambos conflictos, el del 14 y el actual, no son sino manifestaciones distintas y sucesivas de un mismo fenómeno, coordenadas con arreglo a un solo fin. Del primero, gracias a la protección de Alemania, en cuyas reacciones automáticas funcionaba ya un instinto suicida, nació la Unión Soviética cuya presencia ha desempeñado el principal oficio en la catalización de las reacciones occidentales. El auge alemán, truncado entonces, se convirtió en la desesperación y el enajenamiento dionisíacos que han ocasionado la explosión de las calderas y el naufragio espantoso. De su victoria sacó Italia resentimiento y fuerzas para adoptar la postura megalómana y soez con que, bajo un diluvio de aplausos, ha tratado de humillar al mundo durante casi un cuarto de siglo. La tremenda fatiga de aquella guerra minó a Francia predisponiéndola para su incalificable derrumbe. Japón, por su lado, tomó en Oceanía las posiciones estratégicas que ambicionaban sus designios de expansión y dieron brillo de confianza a su estrella. Quiere decirse que los diversos personajes de esta tragedia mutacional fueron de una en otra jornada tomando posiciones psico-históricas como si buscasen realmente al autor que regulara su compleja actuación en el tiempo, el cual, según se revela en el momento del desenlace, no es otro que la universalidad, la presión del Nuevo Mundo, del mismo modo que el niño es el autor del parto.

Dos eras o edades humanas son tajantemente divididas por el presente río de sangre. Se opera en él un cambio decisivo en la relación universal de fuerzas. Asciende uno de los platillos de la balanza justiciera de la historia, mientras que el otro declina. En el primero se encuentran la Unión Soviética y los Estados Unidos que salen de la contienda inmensamente engrandecidos, cada cual a su modo, y que son aquellos que potencializan mayor cantidad y calidad de futuro. Sufren grave merma en su poder y prestigio los demás países, entre ellos, grávidas de pasado,

Inglaterra y Francia. El prodigioso crecimiento industrial de Norteamerica sólo es comparable con el inmenso estrago padecido por el conjunto de las naciones occidentales. Por consiguiente: *el destino del mundo queda entre las manos de las dos potencias que representan el más allá de Europa, la voluntad de un mundo nuevo.* Puede, pues, decirse que el porvenir histórico, con la necesaria trasmutación de los valores europeos, ha dejado ya la vida placentaria que llevaba en casa de sus mayores para, renunciando al pasado, venir a echarse a crecer en brazos de sus naturales y positivos símbolos. Claramente se percibe en éstos el mundo de "multitud que reconcilia a la tierra consigo misma", de trabajo y de libertad y hasta de Nueva Atlántida o más allá de Europa, prefigurado en la suprema visión de Fausto.

Acontecimiento de trascendencia incalculable es en este sentido el triunfo con tan heroico esfuerzo ganado por la Unión Soviética. La voluntad de creación material, afianzada por el resultado del juicio de Dios de la presente contienda, constituye para la personalidad occidental, de la que es antítesis, certidumbre de decrepitud y señal de condena a reabsorción progresiva. Porque no se trata de un episodio contingente, desprovisto de sentido y, por tanto, reversible en virtud de cualquier combinación maquiavélica, sino del veredicto necesario dado por la realidad a favor de una posición colectiva creadora en acuerdo con las circunstancias históricas que miran al futuro. De nada ha valido contra ella la malevolencia de Occidente, la porfiada condenación del Papado que ve en la Unión Soviética a su enemigo número uno, la ayuda declarada o hipócrita que a los regímenes anticomunistas ha prestado el catolicismo, quintaescencia occidental, en el mundo entero y que en tan gran medida contribuyeron a los odiosos triunfos preliminares del fascismo; de nada las intrigas del capitalismo conservador sobre todo de Gran Bretaña y de Francia. De nada han servido como no sea para forjar con su propio descalabro la inmensa victoria soviética. Ya hay en el mundo, no un pensador que como Giordano Bruno puede retorcerse en una hoguera, no un impulso popular que como el de España Republi-

cana puede ahogarse en calumnias y en sangre, sino una enorme y dura potencia inatacable a los ácidos de los siniestros laboratorios de perfidia, potencia que no cree en el Dios occidental ni en el trasmundo sino en el esfuerzo creador del hombre y en *esta vida* presente. Bajo el peso de su realidad se ha efectuado una dislocación decisiva del acento histórico cuyos beneficiosos efectos podrán irse cosechando en todas las latitudes. Desde ahora existe una base firme, un punto de partida para las empresas sublimadoras. Por tanto, uno de los ingredientes necesarios para integrar la síntesis del Nuevo Mundo, el material, se encuentra ya sólidamente conseguido.

A su lado, resguardada por ella, resplandece América. No sólo Norteamérica, que sustraída del resto del Continente no pasaría de ser una fuerza sin alma, un órgano amputado del Nuevo Mundo, sino América entera con la plenitud de su destino libre y radioso en el que se apiñan las esperanzas superiores. Su desarrollo natural se encuentra en potencia debiendo ser el tema principal del período que se inicia. Histórica y geográficamente predestinada para la función culminadora, marcada desde su cuna con la estrella de la libertad, en su suelo es donde las circunstancias hacen posible, antes que en el resto del mundo, la instauración no de un "Estado socialista de obreros y campesinos" como reza la constitución soviética, sino de seres humanos organizados en una sociedad sin clases. Su personalidad finca en la síntesis, allí donde la conciencia cósmica ha de prevalecer sobre la social subordinada.

Frente a estas dos potencias, Europa pierde su capitalidad y acusa un menoscabo que cada día aparecerá más irremediable. Vale la pena pasar revista a su actual desconcierto de naciones:

Inglaterra, vencedora nominalmente, sale en realidad vencida. Difícilmente se hará perdonar los millones de muertos y los daños sin límites de que es responsable su política de pre-guerra. ¿Podrá absolverla la resistencia heroica que ha desarrollado cuando se trató de salvar su propio pellejo después de haber alimentado al monstruo con España (¡baldón para todos!), con Austria, con Checoslovaquia?... Por un tris se libró de la invasión mas no

de los destrozos. Su situación privilegiada ha desaparecido con las armas nuevas. Su preponderancia marítima y económica pasa a los Estados Unidos.

Francia, gravemente herida también en su prestigio, parece sin embargo llamada a vencer su postración para desempeñar un papel prominente en la Europa occidental durante el crudo invierno que allí se avecina. No tardará el mundo en darse cuenta de que, como aconteció en Grecia, muchas aves han volado y seguirán volando de su jaula. Injusto y peligroso puede ser su resentimiento.

Italia es por lo pronto un cadáver a la orilla de un camino. El Mediterráneo que la invistió antaño con su primacía, se ha convertido en lugar de tránsito. El porvenir —lo universal— pertenece a los Océanos. Roma, intacta, es una inmensa ruina, mucho más desolada que si las bombas la hubiesen derruido. Derrotado —ninguno de los "tres grandes" es católico—, esperando el cumpliento de la sentencia a que le condena su actuación en España, Italia y durante las horas más amargas del conflicto, el Vaticano ejercerá a lo más cierta crepuscular influencia en esa región de Europa donde, por acumularse el peso muerto del pasado, sea necesario soñar todavía en *otro mundo*. En donde la Iglesia esté estará la reacción con su cortejo de desdichas imprescindible para que los ojos se vuelvan hacia su compensadora bienaventuranza.

España. . . dado el destino que parecen revelar las pasiones incontroladas de sus políticos en el destierro, empeñados en una tarea de disociación caótica, no es fácil augurar una sucesión al ya agonizante régimen de Franco digna del contenido de su guerra incomparable. Más que otras naciones sentirá la atracción del continente africano. Para después, aunque sólo apunte a los valores morales, esta sentencia de Romain Rolland: "Todos los pueblos del futuro envidiarán los sufrimientos y la gloria de la España Republicana". No en vano se ha producido en ella la descarga transfiguradora que media entre el mundo antiguo y el futuro mundo nuevo.

Alemania es el Holofernes con cuya decapitación finiquita la tragedia. Deja de existir como peligro pese a las vociferaciones de la propaganda. Su fuerza ha tomado el

camino del este, dejándola en situación desvalida. Sus sueños de dominación han de ser arrinconados en el desván de los trastos inútiles.

En la frontera soviética empieza la historia incógnita que se extiende hasta los confines del Asia. A horcajadas entre dos mundos, solicitada por situaciones tan complejas como distintas, la URSS tendrá que hacer frente a un destino en buena parte condicionado por la inmensa gravitación del continente amarillo. Mediatizada en cuanto a su libertad de acción por las aludidas situaciones, su ejemplo será de gran influencia en el planeamiento y resolución de los problemas sociales en el mundo entero.

Contrastando con esta complejidad, el panorama de América se distingue por su sencillez. La libertad de movimientos, la independencia de que carece la URSS emparedada entre naciones heterogéneas y con exiguas salidas al mar, la homogeneidad, predisposición pacífica e impulso hacia lo nuevo, ausentes de Europa, concentran en este continente el sumo de sus posibilidades. "Si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo", proclamaba el Libertador en cuyos altos dichos y hechos, por admirable ocurrencia, parece inspirada la utopía de Fausto. Y, en efecto, esta guerra ha servido para América de levadura potente. Sus naciones conocen un desarrollo intensivo caracterizado, en cuanto entidad aparte, por el hecho de que, junto a este istmo de predestinado nombre, se sitúe el país a quien esta crisis de transformación terráquea inviste de mayor autoridad moral del mundo: México, la Nueva España. En este período en que se ha jugado el porvenir de todos, no adolece su política internacional de una sola dejación, de un desentendimiento. Ni silencios cobardes, ni colaboraciones indirectas, ni interesados oportunismos amenguan el brillo de su conducta. Su actitud en la S.D.N., con España y los españoles, con Austria, con el Comité francés de liberación, etc., le sitúan a la cabeza de los países democráticos. Ni embargos de armas ni reconocimientos ni pactos poco honrosos ni cualquier otra claudicación más o menos exigida por las circunstancias exteriores o interiores ha tor-

cido la línea recta de su destino. En la medida en que sean consecuentes con sus ideales de libertad y de democracia, las demás naciones tendrán que ir acercándose a sus puntos de vista, porque el juego de los factores históricos se las ha compuesto de manera que para México y sólo para México, teoría y práctica, lejos de la general duplicidad, constituyan una sola cosa. Resulta, a fin de cuentas, que el impulso de su revolución americana, coincide enteramente con el espíritu de la inmensa revolución terráquea significada por esta guerra. Las circunstancias lo convierten, más allá de la fuerza, en su razón. De modo que, abundando en los conceptos de Bolívar, bien puede decirse que la situación geográfica del istmo no sólo corresponde al centro físico del globo sino también a su centro espiritual. Y puesto que en tal proposición concurren a unidad los dos viejos términos irreductibles del dualismo, legítimamente puede añadirse que el Nuevo Mundo a que tan nueva situación pertenece, reconciliada la Tierra consigo misma, se encuentra ya entre nosotros.

No es posible dudar de que también en esta orilla atlántica la imaginación creadora ha entrado en su fase cósmicamente expresiva. Basta un vistazo al seno de la colectividad americana para detectar la presencia de sus juegos significantes, según parece requerirlo la naturaleza de su Mundo Nuevo. La fuerza de gravitación de los Estados Unidos, agredido por el Japón, ha traído fácilmente a solidaridad democrática a países cuyas tiranías mostraban más puntos de contacto y simpatía con los regímenes totalitarios. América, cada vez más orgánica entidad, se ha alistado como una sola nación tras la clarividencia política del presidente Roosevelt. Con una sola excepción: la República Argentina. Como por casualidad, *el país menos americano de América.* La proyección de Occidente parece que ha afectado en él a capas más profundas y vitales que en los demás países, entrando en dosis más elevadas en la composición de su mentalidad y de su destino. Coherentemente, también en su territorio había germinado la ambición de convertirse en cabeza de un sistema hegemónico que, con el respaldo de una Alemania, una Italia, una España y un Vaticano triunfantes, tendiera sus tentáculos por esta parte del mundo. ¿No es acaso el país más

blanco y europeo de todos, por consiguiente el más digno de imperar, para sus clases directoras, sobre pueblos mestizos? Tan adelantada se encontraba ya la incubación de planes en la sombra que el desastre súbito del fascismo no ha podido hacer abortar, como ha pasado en los demás países, la fase inmediata, la actual, de su crisis interna. Lo único que ha conseguido es precipitarla, dando, fuera de toda oportunidad histórica, entrada a un militarismo nacionalista ducho en artes maquiavélicas y empeñado en desmembrar el concierto americano. Mas ¿no será que también y por razones similares a las anteriormente expuestas, se está operando en el continente un cambio estructural profundo? ¿No será que Argentina, con sus notoriamente ciegas ambiciones, con el occidentalismo franquista-vaticanista de sus clases dominantes, forma parte del grupo de naciones a quienes Júpiter en esta crisis de tránsito de lo occidental a lo universal se propone perder? Parece constituir en este aspecto un test de primer orden. No sólo está consiguiendo lo contrario de lo que su política se proponía, apretar cada vez más la piña americana, sino que su prestigio nacional ha sufrido en el continente muy graves quebrantos. Mientras Brasil, donde promete un excelente vino la fermentación del mosto negro, mientras México *el país menos occidental del Continente,* son subidos por las circunstancias a nuevos rangos y potencias, el prestigio argentino —¡ojalá que por poco tiempo!— declina con el sol de Occidente a que se encuentra asociado. No se diga puerilmente, y ofendiendo a todos, que la Argentina es más celosa de su soberanía que sus hermanas. No era preciso para demostrarlo llevar al poder al antisemitismo, al anticomunismo, al militarismo nazófilo. Ni hay que menospreciar a aquel respecto la ejecutoria apasionada de México que no ha vacilado, entre otras cosas en combatir a los Estados Unidos, en ayudar contra viento y marea a la República Española, en desafiar violenta y peligrosamente a Inglaterra cuando los sombríos días de la expropiación del petróleo. Experto por tradición en el arte de hundir sus propios barcos, nunca ha consentido México, y ahora tampoco, que los demás se los hundan. No, la actitud de la Argentina no es cues-

tión de dignidad sino de afinidad política amparada en tristes ficciones. Como el porvenir de tan extemporánea actitud es visiblemente efímero, todos los pueblos de América están esperando con ansiedad el día en que, liquidada su crisis de occidentalismo y efectuado el cambio interior necesario, Argentina venga a ocupar el sitio que le corresponde en el concilio del Nuevo Mundo.

Como consecuencia, también el orbe americano puede ufanarse de poseer, a semejanza del planeta, sus "tres grandes": Estados Unidos, Brasil, México. En este triángulo se genera su porvenir propenso, merced a los graves peligros que presenta el futuro inmediato, a la industrialización del continente. Porque el porvenir "de todas las naciones de nuestra América está en la paz; seguramente una paz armada que asiente el equilibrio" (Rubén Darío). Y porque también en América ha de reconciliarse la tierra consigo misma a través de las multitudes indígenas que constituyen los genes de su diferenciación y el índice de su autenticidad. Con más entusiasmo que nadie, estas razas participarán en la obra de redención general emprendida por todos.

Es probable que la emigración europea dirija pronto hacia aquí sus mejores raudales, la masa de sus elementos utópicos. De esta manera, con unos y con otros, con todos, el Nuevo Mundo se dispone a realizar el más allá de Oriente y de Occidente integrando una síntesis mutacional en que logre su apogeo la naturaleza del hombre.

Visiblemente estamos llegando al fin de la guerra porque la guerra ha cumplido su fin. Fin atroz, cruelísimo. Mas no criminal, sino feliz y dichoso, si se admite su necesidad creadora para liquidar en favor de la especie una accidentada etapa de transición y cambiar diametralmente el horizonte. Superado el lógico pesimismo de la nacional-filosofía alemana de un siglo a esta parte, podemos atar los cabos de los conceptos universales que animaban a Fausto cuando aún no se habían extinguido del todo los ecos optimistas de la Teodicea de Leibniz.

Conceptos teóricos, sin duda, que una vez más invitan al sarcasmo. En la práctica todo se vuelven desastres

físicos y psíquicos, luto, desolación. La postguerra del 14 inició su convalecencia compensando la amargura de los supervivientes con una dulce esperanza: ese cada día más terrible azote de la humanidad había caducado. Las madres, las hijas y las esposas podían en adelante respirar en paz, y también los varones. Para la propaganda aquella conflagración era la última.

Hoy en cambio . . . El fascismo ha predicado la irremisibilidad de la guerra y diríase que su propaganda nos ha calado hasta los tuétanos. Abunda una especie de resignación animal, un doblar la cerviz ante el dios de la fuerza bruta. Lo corriente es preguntarse en qué año estallará la próxima.

Sin embargo, nada hay que nos impida preguntar a nuestra vez: este decaimiento, este pesimismo pernicioso, ¿se funda verdaderamente en la realidad o es acaso una manera de ver propia de los escombros del alma occidental que no sólo anda sobrada de motivos para verlo todo oscuro sino que, por su misma usurpación del solio universal, considera inherente a la naturaleza humana lo que sólo es propio de su particular naturaleza? Porque a la siguiente proposición no opondríamos reparo alguno: la guerra es inherente al "homo occidentalis".

El panorama cambia en cuanto se vuelven los ojos hacia el universalismo. Reina allí la seguridad de que tan pronto como los pueblos lleguen a un humano y general convencimiento la guerra caerá en desuso. ¿Cuándo? ¿A qué distancia nos encontramos del estertor postrero del monstruo? Mas puestos ya a preguntar, para qué andarnos por las ramas: ¿qué certidumbre existe a fin de cuentas de que esta guerra que termina no sea la última de las conflagraciones mundiales? Si la propaganda nos engañó al fin del anterior conflicto, ¿no cabría en lo posible que también esta vez anduviéramos errados? Incluso, ¿no podría interpretarse como síntoma favorable para el porvenir de la paz la desaparición de aquella frívola confianza porque sí, por la supuesta incompatibilidad de la guerra con la naturaleza racional del hombre, que tanta participación ha tenido en las políticas temerarias cuyos resultados padecemos? Porque cuando se generalice

el sentido de responsabilidad y sea axiomático para todos que la paz hay que ganarla individual y colectivamente con tanta pasión como se ha pretendido ganar las guerras, que hay que merecerla todos los días, en todos los ámbitos y latitudes, fuera y dentro de nosotros mismos y en lucha contra los innumerables agentes de desequilibrio, podrá decirse, y sólo entonces, que la humanidad ha quedado inmunizada al morbo.

Pero en fin: cuando se afirma que el Occidente ha perecido por haber llegado a su término, ¿no se afirma implícitamente que la necesidad de la guerra ha caducado? El hecho mismo de la generalización del conflicto al orbe entero ¿no puede ser indicio de que la incumbencia esencial de las guerras mundiales, la destrucción del mundo vetusto que ha de dar lugar a la construcción del nuevo, se ha cumplido, permitiendo pensar que hemos doblado por fin el cabo de las tormentas y desembocamos en una navegación por anchos mares pacíficos? En suma: ¿no habremos asistido al fin de la guerra porque la guerra ha cumplido su fin?

Tan risueña buena esperanza contaría con algunos puntos de apoyo: Germania, "*el país de los guerreros*", el símbolo en quien se encarna históricamente la guerra y con cuyo destino parece estar compenetrado, ha sucumbido. ¿No habrá este "mester de germanía" sucumbido con él? El totalitarismo occidental que ha fomentado el impulso combativo de sus hombres proclamando la necesidad de la guerra, ha sufrido la más irreparable de las derrotas. ¿No habrá sido con él derrotada la guerra? El triunfo ha laureado en cambio a los países que representan un ideal pacífico, a la Unión Soviética que, si admite la necesidad circunstancial de los conflictos armados, proclama el dogma de la un día necesaria paz; y a América donde se reunen todas las coordenadas pacíficas de la especie al modo como se reunían en Europa las nervaduras tentaculares de la cúpula que acaba de derrumbarse, con toda su fuerza, sobre Sansón y los filisteos. Adviértese aquí también la significación que muestra el caso de Argentina, donde retoñan occidentalmente las tendencias a la guerra y que

parece llamada a ser vencida en ese sentido y por medios pacíficos, de manera total.

Todo ello conforta, sin duda. Pero ¿qué seguridad puede tenerse de que la guerra ha realizado la integridad de sus fines históricos hasta hacerse no sólo innecesaria sino opuesta a los intereses de la especie? ¿qué garantía de que este inmenso proceso transformativo no reclamará, después de breve descanso, el tercer ¡ay! apocalíptico que cancele el intervalo entre el fin de Occidente y la vigencia efectiva del Nuevo Mundo? Porque motivos de querella no faltan ni problemas complicados en Oriente y Occidente tampoco. La mente europea, inducida por sus seculares atavismos, no se resignará, hasta que acabe por reabsorberse, a la situación destronada en que ya se encuentra, y estará dispuesta a atizar en toda ocasión los gérmenes de discordia.* Rusia, por su parte, en la línea de la dictadura del proletariado, puede ser víctima de un brote de imperialismo que la oponga a los Estados Unidos, dando origen al conflicto en que ya sueña la reacción que ansía el derrumbe de ambos colosos. ¿No se encuentra Rusia en situación de antítesis?

En efecto, todo eso parece posible. Mas nada de ello quita para que abriguemos por nuestra parte la convic-

* Tan característica como esclarecedora es la carta dirigida a Churchill por el hijo predilecto del Papa, Francisco Franco, proponiéndole nada menos que mediar en una paz negociada con Alemania y establecer un bloque anticomunista occidental. In extremis, el caballero cristiano no ha podido resistir a la tentación de jugar su última carta para ganar el fin que siempre en Burgos y Roma se habían propuesto. Hacer a un lado a los nazis y dominar al mundo mediante un fascismo vaticanista sin Hitler y, ya hoy, sin Mussolini. Una nueva vuelta de la hermosa cadena perpetua: Roma, Italia, España, Alemania, Argentina, la Francia de Pétain, el partido conservador inglés, los católicos capitalistas de Estados Unidos y del mundo entero, es decir, todo el elemento sano de la creación, detrás del destino deslumbrador del caudillo. Aun no ha terminado la catástrofe y ya la mente occidental, en vez de darse por escarmentada, trata de resucitar el viejo pulpo preparando cristianísimamente, en bien de los que por algo se llaman mortales, la conflagración siguiente.

Claro está que dicha misiva no pasa de ser el arma de que, ya que los españoles no se deciden a prescindir de él, Franco se ha servido para suicidarse. No se podrá culpar a nadie de su muerte.

ción de que el alumbramiento se ha cumplido y de que ya el mundo nuevo, ese mundo que ha de vencer no por sus alardes bélicos sino por la palabra de su paz, respira entre nosotros. Inconsciente, inerme, como niño recién nacido, insignificante para quienes sólo entienden el lenguaje de la fuerza bruta. Duerme mirando al cielo en los brazos de una Vida disfrazada tal vez bajo la musculatura de Hércules. Quien lo ve, quien lo siente, quien dialoga con sus dulces balbuceos puede abrirse a la esperanza de que la difícil cumbre ha sido ya traspuesta y de que el todo orgánico integrado por las pasiones profundas de los hombres y sus miras conscientes ha de ir deslizándose por terreno aún muy abrupto pero en progresión laboriosa hacia las llanuras de la paz.

A todos se nos brinda cuando menos la posibilidad de tan hermosa esperanza. Porque no todo es hoy negrura, crispación, blasfemia. Cuanto hay dentro y fuera de nosotros digno del Amor que tiñe el horizonte en esta madrugada del mundo, cuanto de fraternal heroísmo y de grandeza existe en el pasado y en el futuro del hombre, nos invita con voz de suavidad a convertir nuestras vidas al destino de ese Niño que, obedeciendo al poeta latino, ha de empezar con su sonrisa —con la luz de su sonrisa— a conocer a su Madre.

México, 14 de Febrero.

CONJUNCION NECESARIA

MODALIDADES MORFOLOGICAS EUROPEAS Y AMERICANAS

Por *Pierre MABILLE*

HACE un año, en una conferencia que pronuncié en México, traté de definir, por algunas de sus características, el pensamiento europeo y el pensamiento americano. El intento fué muy criticado. Me discutieron: "En primer lugar usted no conoce enteramente Europa ni América. ¿Cómo se atreve a hablar de un pensamiento europeo cuando la palabra "Europa" encierra un concepto tan difuso? ¿Cuáles son sus límites? ¿No es América del Norte una continuación del Viejo Continente? ¿Incluye usted a Rusia en el bloque europeo? Porque entonces llega hasta Vladivostock. Además, existen evidentes diferencias entre la Europa latina, mediterránea, la del norte, anglosajona y la del este, eslava. En cada nación se ha desarrollado una cultura propia como resultado de su historia. Y, además, ¿cómo pueden unirse el pensamiento clásico y el romántico, el pensamiento religioso antiguo y el moderno, laico y científico, las aspiraciones conservadoras de las clases acomodadas y las del proletariado revolucionario?"

Por lo que a América se refiere, mis contradictores evocaron los abismos que separan la América blanca, industrializada, rica, de inmenso poder material, animada de una voluntad férrea, la América negra que conserva las huellas de Africa, y la América india, que descubre poco a poco los vestigios de su civilización antigua y se opone hoy todavía al esfuerzo de unificación y de fusión en los cuadros impuestos de la cultura occidental. Todas

estas generalizaciones, ¿no son peligrosas por inconsistentes?

Las críticas tienen un valor que yo no desconozco, pero al hablar como lo hice me fundaba en la realidad de mi experiencia personal sensible. En París, antes de la guerra, percibía, sobre todo, las diferencias entre las diversas culturas europeas; desde que he llegado al Continente Americano tales particularidades han sido borradas por una actitud común que he podido apreciar en los juicios y en el comportamiento de los europeos.

El año 1941, hablando con Jacques Roumain, escritor haitiano ya desaparecido, me mostré extrañado por el escaso entusiasmo con que él y tantos de sus amigos tomaban partido en la guerra que separaba a Francia de Alemania; me repuso él, en sustancia: "Dice usted, como todos los que llegan de allá, que el odio que sentimos los franceses de estas tierras hacia los alemanes parece de circunstancias, que consideramos la guerra como un disgusto familiar pasajero. En 1914 asistimos a una guerra semejante, y, a los dos o tres años de firmarse el armisticio, calmadas las pasiones, vimos que todos los europeos volvieron a reunirse en los mismos clubes, y a formar un frente común, de mentalidad más o menos idéntica, no diré contra, pero sí cara a la sociedad indígena. Lo mismo volverá a ocurrir mañana. Por eso comprenderá usted que nosotros no podemos tomar esta guerra muy a pecho". El juicio me pareció exagerado e injusto, pero aprecio mejor el punto de vista de mi interlocutor después de algunos años de experiencia suplementaria.

Todo el que llega a América latina se encuentra siempre con el problema de las tres clases que forman la sociedad: el indígena adaptado a la tierra, explotado, autóctono; el criollo nacido en el país, aclimatado, que ama su tierra pero guarda un recuerdo nostálgico de su origen y, en fin, el europeo recién llegado, emigrado o funcionario.

La emigración, impuesta desde hace varios años por razones raciales y políticas, se ha mezclado poco al medio humano que la ha recibido: esto es evidente. Como en todas las emigraciones, los emigrados se han ocupado de

sus luchas intestinas, han tratado de continuarlas, pero, cosa curiosa, los europeos separados entre ellos por ideologías contrarias han reaccionado en forma casi idéntica contra su nuevo medio. Muchísimos liberales, al ponerse en contacto con América, han adoptado una actitud que no se diferencia en nada de la que mantuvieron los antiguos conquistadores. Al observar estas reacciones he comprendido que existe una sensibilidad europea.

Por otra parte, conversando con americanos de todas las latitudes, he apreciado, tras los odios de unos y de otros, tras las susceptibilidades nacionales agudizadas hasta el infinito, tras las distintas formaciones culturales, una actitud común de todos con respecto a Europa; he hallado semejanzas asombrosas entre las concepciones que abrigan sobre la vida y sobre el futuro; me he dado cuenta de que el panamericanismo no es un "slogan" de actualidad, puesto de moda por la política de los Estados Unidos, como se inclina uno algo superficialmente a creer, sino una realidad humana evidente. Me parece útil abordar este problema con sinceridad para tratar de esclarecerlo y evitar incomprensiones que podrían dificultar la mutua comprensión en un futuro próximo.

Llamaré la atención sobre un punto de morfología social para dar un ejemplo de la distinta mentalidad de los dos continentes. Las formas políticas no son una simple expresión de la realidad económica y una traducción directa de las relaciones que existen entre unas clases y otras como algunos marxistas superficiales se han cansado de afirmar. Las superestructuras políticas son más complejas, son fruto de la lenta evolución histórica y contienen una inmensidad de reminiscencias que han perdido su nitidez pero subsisten en lo profundo de la sensibilidad, reflejan creencias metafísicas que están en el inconsciente personal y colectivo; en buen aprieto se verían los pueblos si tuvieran que explicar con claridad las formas sociales que adoptan o toleran.

Resulta curioso comprobar la uniformidad verdaderamente singular de las estructuras de los Estados europeos. A su cabeza se halla un rey o un presidente de la República, personaje que detenta, teóricamente, todos los

poderes: declara la guerra, firma los tratados, envía los embajadores, nombra funcionarios, magistrados y generales, y tiene derecho de vida o muerte en la medida que puede conmutar las condenas. Sin embargo, su poder real es casi nulo; no ejerce directamente ninguna de las funciones que le otorga la constitución; es el centro virtual del cuerpo colectivo, la cúspide teórica de la pirámide del Estado, el punto de fuga de una perspectiva clásica. La persona del rey o del presidente adquiere para la masa una significación bastante misteriosa: es el símbolo del Estado y del poder, el guardián de la ley, la representación de la continuidad de la nación y de la legitimidad. El jefe simbólico está generalmente a salvo de los ataques de la prensa, no puede ser interpelado personalmente; de hecho, es irresponsable de la gestión del país; una especie de telón le separa de la vida real. En mayor grado que el actor de la alegoría, es prisionero de la nación. Característica del jefe del Estado es el hecho de que pierde su libertad personal; sus intervenciones y su actitud le son dictadas por un ritual: el protocolo. Abandona su reclusión exclusivamente para cumplimentar actos simbólicos: inauguración de asambleas, entrega de condecoraciones, etc. . . El hombre se esfuma detrás del cargo y adquiere de este modo, un carácter semisagrado.

Los presidentes de la República, que han conservado casi todas las prerrogativas reales, de hecho son reyes transitorios elegidos, menos decorativos que los antiguos y con un ceremonial de corte simplificado o, más exactamente, vuelto laico.

El poder ejecutivo está en realidad en manos del presidente del Consejo de ministros, que viene a ser oficiante del culto del Estado; se llamó, en la antigua monarquía francesa, Richelieu, Mazarino; se llama hoy Churchill, Mussolini, Stalin bajo la presidencia de Kalinin, o Salazar bajo la del general Carmona. El presidente del Consejo es nombrado por un jefe del Estado que le consagra pero que no le elige, porque en realidad es impuesto por las necesidades sociales del momento y por la voluntad del clan político o económico, es decir, del partido más fuerte. La naturaleza del personaje es por lo tanto doble: real en

cuanto participa de la realidad popular, abstracto en cuanto es nombrado por un jefe abstracto.

El poder legislativo pertenece a una asamblea elegida que conserva la configuración de las delegaciones populares que eran enviadas al rey en la antigüedad para presentarle las quejas y las reivindicaciones del pueblo. Hace pocos años constituía un fenómeno digno de ser observado la formación de un gobierno francés. El presidente del Consejo era siempre un parlamentario como los demás pero en cuanto salía del Elíseo con el encargo de formar gobierno se entablaba una lucha entre él y las cámaras que, al verle responsable de la gestión del país, multiplicaban los obstáculos tendientes a impedir la formación del gabinete o a derribarlo, como tantas veces se ha podido comprobar. Las cámaras exigían que se aumentaran los presupuestos y se disminuyeran los impuestos con el mismo criterio que se lo hubieran suplicado a un monarca dueño personal de una fortuna infinita e incalculable. Raras han sido las ocasiones en que ha existido en Europa una colaboración entre el parlamento y el ejecutivo; el parlamento no se ha parecido jamás al consejo de administración elegido por una gran empresa industrial ni ha cumplido nunca con el mandato constitucional que le entrega la responsabilidad del gobierno y el control real del país. Reflexionando sobre estos hechos se llega a la conclusión de que, salvo en países pequeños como Suiza, Europa ha seguido fiel, con o sin monarca, a la tradición de la monarquía constitucional.

Es curiosa la estabilidad de estas estructuras y su permanente tendencia a volverse a formar: durante la ocupación alemana, bajo el gobierno pelele de Vichy, Petáin trató de ser jefe nominal y real del Estado; pero la fuerza de las circunstancias le redujo a los pocos meses a su papel de maniquí, pasando el poder a manos del ministro Laval. En la historia europea son escasos los períodos, en todas las naciones, durante los cuales se han unido el poder nominal y el mando efectivo: sucedió cuando gobernaron personalmente monarcas autoritarios como Luis XIV, Federico II, Pedro el Grande y Napoleón I. Sucede lo propio en la Alemania nazi y en la España falangista de

hoy. Pero tales períodos se han señalado como anormales, son dictaduras originadas en estados de crisis que han provocado crisis más graves todavía.

Las estructuras políticas se explican en parte, en mi opinión, por la profunda influencia del concepto religioso católico que aureola el poder civil de un sentido divino. En una monarquía, el rey ocupa el trono por la gracia de Dios; la familia real es la familia privilegiada que el cielo se ha dignado iluminar y bendecir. En una República, la elección popular, siempre indirecta, sustituye a la transmisión hereditaria, pero la elección adquiere también una significación religiosa: "Vox populi, vox dei". Esa masa, suele decirse, es inspirada y su voluntad otorga al elegido un carácter simbólico y sagrado. Cuando hay pausas dictatoriales, como las de Hitler y Franco, el caudillo se considera inspirado por la Providencia, sostenido por fuerzas sobrenaturales. La estructura política europea, en resumen, ha permanecido ligada estrechamente a nociones metafísicas profundas, casi nunca conscientes: las huellas del patriarcado fundamental y las reminiscencias del "fidei comi" romano pueden rastrearse siempre.

El edificio social está ligado a la supremacía del *pater, pater* lejano cuya autoridad no es discutida, sobre quien se basa la legitimidad, pero a quien se ha ido despojando, poco a poco, del poder real y a quien se han dejado solamente los atributos simbólicos. El ministro responsable es el representante de la realidad social viva, tiene el papel de lo que pudiera llamarse Iglesia militante. Y anotemos, de paso, que la evolución religiosa europea se ha desarrollado paralelamente a la de las formas políticas. Después de separarse las Iglesias de Occidente y de Oriente, la personalidad de Dios padre se ha esfumado en las brumas del Empireo mientras la de Jesús, hijo al mismo tiempo, encargado de negocios y representante, domina toda la escena metafísica. La jerarquía eclesiástica se fortalece y adquiere preponderancia en las relaciones entre la humanidad y lo sobrenatural. En francés, el título de ministro sirve para designar a los políticos y a los sacerdotes.

La morfología social americana es en esencia distinta. A pesar de su independencia, adquirida en violenta lid,

América entera conserva hondamente el recuerdo de las formas coloniales de gobierno. El poder se hallaba tiempo atrás en manos de un virrey, o de un gobernador, responsable ante un señor lejano. El que gobernaba por delegación debía sacar los mayores beneficios del país para la corona, a quien servía, y para él. Vivía en perpetua inquietud: podía ser asesinado o destituído por intrigas sordas de una corte lejana ante la que no se podía justificar, imposibilitado por la distancia. Su poder era efímero aunque absoluto. Proclamada la independencia, los jefes del Estado que han sustituído a los gobernadores han conservado su poder efectivo: el suyo no es simbólico, sino real. No nombran un presidente del Consejo porque ejercen la función personalmente.

Las carteras ministeriales son confiadas a secretarios nombrados por el Presidente y responsables ante él; los ministros carecen de lazos entre sí y no forman, de hecho, un gabinete ministerial coherente. A pesar de los intentos realizados en Brasil, en México y en Haití, el principio monárquico se ha manifestado contrario a la realidad americana. Los presidentes de la República en vez de ser sustitución de un rey tienen el carácter de jefes de una administración. Después de las elecciones, cuando se realizan, o de un golpe de Estado, cambia la administración casi siempre por completo. En muchos Estados pierden sus empleos, al cambiar el poder político, los carteros, los ingenieros de Obras Públicas los profesores y los médicos de los hospitales. Es un fenómeno incomprensible para el europeo, que separó hace mucho tiempo las funciones técnicas administrativas y las de dirección política. La inamovilidad de los cuadros y su relativa independencia han asegurado a la burguesía europea una gran estabilidad y han impedido cualquier transformación revolucionaria; hoy todavía, se opone a una evolución de gran envergadura. La administración pesa en Europa con toda su inercia, es un freno poderoso que impide mutaciones políticas y sociales. Podría decirse, con razón, que en Francia las elecciones eran inocentes pantomimas porque, en definitiva la burocracia seguía en donde estaba fuera cual fuese la expresión de la voluntad popular.

En América, la costumbre de cambiar los engranajes administrativos cuando toma posesión un nuevo presidente, asegura al jefe una relativa fidelidad de los agentes ejecutivos, que se sienten unidos a él por los mismos intereses. En cambio, la inestabilidad que de tal hecho se deriva, ha resultado perjudicial para América latina al fomentar un estado de inseguridad y de rivalidad competencia permanente. Los comerciantes extranjeros protegidos por sus gobiernos son los únicos que gozan de una seguridad relativa y han podido enriquecerse. Los ciudadanos del país, en cambio, cualquiera que sea la profesión a que se dediquen, saben que sus medios de existencia, su fortuna, el porvenir de sus familiares y su empleo, se hallan estrechamente ligados a la política.

En ninguna nación americana se ha podido hasta hoy separar el ejercicio del poder de su responsabilidad nominal. La mística del *pater* juega un papel sin importancia: el jefe ejerce su potestad en nombre de una situación de hecho su persona no se halla aureolada de carácter religioso alguno; está en su puesto por la fuerza de la opinión o por la de un clan armado, ordena y manda por su cuenta y riesgo, unas veces en el sentido de una dictadura absoluta y desenfrenada que puede desembocar en la locura, otras en el de una administración sabia y benéfica. Desde este punto de vista podrían establecerse comparaciones entre los presidentes de América y los caciques de las tribus anteriores al descubrimiento.

El cambio de los engranajes de la administración que ocurre cuando varía el jefe del Estado tiene el inconveniente de despertar la avidez del funcionario y de aumentar hasta el extremo la explotación de las clases indígenas; en cambio tiene la ventaja de dar a la estructura política una flexibilidad que en Europa se desconoce. En el cuadro de la vigilancia internacional todo es posible y pueden intentarse todas las experiencias. Un simple decreto transforma en el Nuevo Continente la vida pública mucho más profundamente que una revolución en Europa. En el viejo mundo, cuando el gobierno intenta una reforma progresista, lo hace guiado por un criterio abstracto y a menudo por concepciones filosóficas teóricas (socialismo, fascismo, catolicismo. . ., etc.) Lo más frecuente es que

el gobierno sea conservador, porque está expuesto al descontento de las masas populares, cuya tradición es revolucionaria. Los gobiernos americanos son empiristas e idealistas a la vez. El empirismo se explica por la lucha contra la naturaleza, siempre en primer plano: ciclones, inundaciones, tormentas y epidemias son aquí fenómenos corrientes. Salvo en algunos centros urbanos, el problema sigue siendo la conquista de la tierra y lleva como corolario la lucha cotidiana por la conservación de la vida; la edad de los pioneros no ha pasado todavía. En esta lucha contra las fuerzas naturales, la lenta organización administrativa, las previsiones a largo plazo y la racionalización social ceden el paso a la decisión inmediata, al esfuerzo instantáneo de salvación, a la improvisación, en una palabra. En cuanto al idealismo, podría hacer sonreír a algunos y, sin embargo, constituye una realidad. La independencia de las Repúblicas americanas y su evolución ha sido, hasta hoy, obra de cabecillas ricos, poderosos, que se han puesto al frente de los movimientos reivindicatorios y han pasado por las mayores dificultades para arrastrar tras ellos a las masas populares, ancestralmente ligadas a los conceptos primitivos de un campesino sin aspiraciones. Bastará mencionar a O'Higgins, Bolívar, Washington, San Martín, Sucre, Céspedes, Lincoln, Agramonte, Miranda, Narciso López, los héroes de la independencia mexicana etc. En el curso de estos movimientos, venidos de arriba, los "*leaders*" encontraron la muerte y la ruina. Hoy mismo, frecuentando los medios oficiales de América Latina se comprende que están formados por elementos progresistas infinitamente más avanzados que los que se hallan entre las masas populares. También es un fenómeno inverso al que acostumbrábamos contemplar en Europa.

Las Repúblicas americanas, formadas en la edad de las democracias, han adoptado el sistema parlamentario europeo, pero la copia no puede ser más distinta del modelo. Los parlamentarios elegidos o, más frecuentemente nombrados, son engranajes de la administración presidencial; aportan una colaboración activa al jefe del Estado de quien dependen; a mí me parece, sin embargo, que están llamados a sufrir transformaciones profundas dada la rápida evolución del Nuevo Continente.

Abandonando el terreno de la morfología social, quisiera añadir algunas observaciones referentes a la actitud afectiva que se ha desarrollado entre Europa y América. La independencia del Nuevo Mundo ha seguido siendo hasta estos últimos años un fenómeno político y económico. Las nuevas Repúblicas habían seguido siendo tributarias de Europa por su cultura, por la formación de sus cuadros, por la compra de todos los objetos de lujo o de precisión, por la adaptación del confort personal y por la orientación de los gustos. El nacionalista más puntilloso del Ecuador, de Bolivia o de Santo Domingo, dispuesto a dar su sangre por la independencia de su patria todavía hace diez años, estudiaba en Francia, en Alemania o en España, se vestía en París, juzgaba todas las manifestaciones del arte por los ojos de la crítica europea, estaba persuadido de que sólo podía vivir plenamente en esos grandes centros; amaba a su país natal por la belleza del paisaje, por la prosperidad de su tierra, porque era para él el lugar del esfuerzo; pero, después de algunos meses o de algunos años de trabajo, el americano no tenía más aspiración que la de viajar por Europa: para tomar contacto con la actualidad artística, filosófica y técnica, para consultar a los grandes médicos para descansar en las estaciones termales y distraerse. Al nacionalista le dominaba un profundo complejo de inferioridad que además, era fomentado por la actitud del europeo a su respecto. Para el parisiense o el romano, América del Norte era una gran fábrica de automóviles una fábrica inmensa de latas de conserva, de salchichón y de Quaker Oats. El suramericano era un bailarín profesional o un ranchero de colosal fortuna que montaba a caballo por plantaciones llenas de esclavos, restallando un látigo y con varios revólveres al cinto.

Esta vieja sensación que persiste en estado de recuerdo en lo inconsciente popular podría glosarse muy extensamente. El turista americano como todos los turistas, admiraba en Europa los monumentos de la antigüedad, las ruinas de la cultura pasada, las costumbres refinadas de la aristocracia y de la burguesía tradicionalista y, en suma, todo lo que resultaba nuevo para sus ojos por no existir

en su tierra. Soñaba con ser recibido en alguna familia rica, con visitar Versalles, Postdam, Roma y el Escorial. Así se explica que los movimientos conservadores europeos hayan encontrado siempre un eco favorable en América. El complejo del *pater* es subconsciente a esta reacción: cuando el hijo llega a la edad madura detesta que sus padres presuman de jóvenes; para ser estimados, los padres deben permanecer fieles a la idea que el hijo se ha formado de ellos: deben conservar sabiamente el patrimonio familiar, estar siempre listos a prestar su ayuda en caso de peligro, desconocer el divorcio y abstenerse de tratar de recomenzar su vida. El hijo considera que las experiencias peligrosas, la actividad y la libertad sólo le conciernen a él. Los americanos que admiran Europa, desearían que fuera siempre la de Racine, Víctor Hugo, Cervantes y Goethe.

No son pocos los discursos pronunciados durante esta guerra con la mayor sinceridad y emoción para hacer votos por el resurgimiento de la Francia eterna, es decir, la fijada en la historia como las estampas de Grecia y de Roma antiguas. Comprendiendo este sentimiento, los literatos y los actores franceses han insistido en los valores permanentes del pasado de Francia.

Lo que los americanos, y especialmente los del norte, no comprenden, es que Europa no puede conservar su inmutabilidad que sería negación de la evolución histórica; no comprenden que Europa debe ocupar su puesto en la competencia internacional; con su población densa su organización, compleja y costosa, no puede seguir siendo conservadora. Tiene que decidirse por una salida fascista o por otra resueltamente progresista. En muchos trabajos publicados en el curso de estos últimos años se ha demostrado que el fascismo era una forma defensiva del capitalismo amenazado por las reivindicaciones obreras, un recurso de una tradición arcaica puesta en peligro por el pensamiento moderno. A mi juicio, no se ha insistido lo bastante en el hecho de que el fascismo es ante todo, un intento de salvación del imperialismo europeo sobre el resto del globo. El plan del nacional-socialismo estaba claro: agrupar Alemania en un partido único para convertirse en un instrumento de combate; fué la primera etapa. Some-

ter a Francia, Bélgica y Holanda, naciones coloniales, para poseer directamente, o por intermediarios adecuados los grandes dominios todavía mal explotados, de Africa y Asia; y, después, tratar de extender ese imperio incorporando a su tutela las Repúblicas de Centroamérica y de América del Sur. Se intentaba devolver a Europa un imperio más amplio que el de Carlos Quinto. La burguesía europea no se dejó engañar, y si se situó en gran parte del lado del fascismo, lo hizo porque apreció en su justo valor la amenaza que constituía para sus intereses la rápida evolución de los pueblos de color y el crecimiento del Continente Americano, porque veía su preponderancia mundial gravemente quebrantada. Es más que probable que el día de mañana procure reconstruir sus medios defensivos apoyándose en una estructura política menos peligrosa que la del nacional-socialismo alemán.

El antifascismo europeo equivale a una lucha por la libertad en el plano interior; tropezará pronto con dificultades económicas porque sólo se puede pensar organizar la vida en un mundo renovado por una economía nueva y una distribución adecuada de las materias primas. Aunque consiga suprimir la gestión onerosa y anárquica del capitalismo liberal no habrá resuelto el problema de Europa porque la única solución que puede haber está en el cuadro más amplio de una organización mundial. En un plano ideológico ningún movimiento estrictamente europeo puede durar so pena de estacionarse en una actitud negativa de defensa contra la agresión fascista; es necesario contar con los demás pueblos y con América en particular, no hay más remedio que pensar en soluciones universales y en preparar las bases de un mundo nuevo.

Entre tanto las relaciones con Europa hace cuatro años que están interrumpidas. Inmensas destrucciones en el Viejo Continente se han correspondido, durante ese tiempo, con un impulso del Continente Americano vertiginoso, material e intelectualmente; los estudiantes del Nuevo Mundo han podido permanecer en sus casas o han ido a trabajar en las universidades de los Estados Unidos; se han organizado las distintas facultades nacionales en cada país; han surgido movimientos musicales, pictóricos y li-

terarios que revelan el despertar de una conciencia, la existencia de un esfuerzo para afirmar una personalidad; se han multiplicado las ediciones. Lo que se hace de este lado del Atlántico está lejos todavía de haber alcanzado la perfección de lo que se hallaba en Europa, en París especialmente, antes de la guerra, es cierto, pero ya pueden establecerse, sin temor al ridículo, comparaciones que antes eran imposibles; en el plano de la técnica en ciertos sectores, la balanza se inclina del lado de América. Los europeos deben tener muy presente que ya no bastará mañana repetir viejos temas para llamar la atención de la juventud americana: habrá que realizar un gran esfuerzo para lograrlo.

Sólo existe un peligro: los complejos de inferioridad corren el riesgo de invertirse. Ya ha sucedido tal cosa en el espíritu de algunos jóvenes, persuadidos de que los acontecimientos que se desarrollan en Europa son unas simples luchas estériles y sordas entre naciones seniles y partidos políticos caídos en desuso; en nombre del empirismo, condenan una inteligencia que ellos juzgan prescrita y arcaica. Esta juventd corre el peligro de que se le suban a la cabeza con excesiva facilidad sus efímeros éxitos.

Considero, pues, de importancia capital que se estudien con todo detalle las diversas modalidades del pensamiento europeo y del pensamiento americano y que se haga la luz sobre todos los puntos en sombra para evitar que se conviertan en fuentes de incomprensión y de odio; porque el mundo nuevo que pretenderemos construir no se basará ya en un principio de incautación europea pero tampoco podrá desdeñar el cúmulo de experiencia humana adquirida en el Viejo Continente a través de luchas seculares y de sufrimientos renovados sin tregua.



Rapto de Europa. Pintura de un vaso.



Flor de civilización.

HACIA UNA NUEVA RELIGIOSIDAD

Por *Salvador SENDRA*

La gran tarea que el hombre actual tiene ante sí es algo más ingente y profundo que la simple cimentación de la nueva estructura social-económica de los pueblos. Con ser tan vasta esta tarea de reconstruir al mundo, tarea de perspectiva hermosamente dramática por su amplitud y por la capacidad creadora que ella requiere, son muchos los que, buceando en los destinos del hombre, claman por una nueva *recreación* del hombre mismo, sujeto al fin y al cabo de primordial importancia para dar cima a la obra de una nueva civilización o cultura que nos saque de esta terrible noche oscura que atraviesa nuestra época.

Lo primero que necesita pues el hombre para ser digno artífice de sí mismo y del mundo nuevo por nacer, es plantearse seriamente el problema de cuáles son los valores reales que hay que poner a salvo de esta marea gigantesca que nos amenaza. Para nosotros no caben ya dudas ni vacilaciones acerca de la calidad de esos valores, que tanto, el hombre común como las minorías directoras han olvidado. Necesitamos plantearnos seriamente cómo es posible vivir una vida fecunda, moral y creadora; si es posible que una civilización perdure habiéndose perdido la visión de las más hondas raíces humanas, faltando la comprensión y el amor en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo.

Necesitamos encararnos con este problema del destino del homo-sapiens, porque de otra manera el hombre actual, como el pez que se sale de su ambiente, se ahogará. Así, para nosotros, la crisis más dramática de nuestros días consiste en esta falta de orientación y propósito trascendente del hombre común.

Toca pues, en primer lugar, a las minorías directoras, el plantearse, con la mayor nitidez, cuáles son los valores capaces de recrear al hombre y a la civilización. Pero el destacar la máxima responsabilidad de las minorías directoras, no lo hacemos en son de halago o de arrogante espíritu de distinción que a menudo ha penetrado en la mente de algunos hombres situados entre esas minorías.

Sabido es que la democratización de la cultura y sus vehículos: el libro, la revista, los viajes, etc., etc., ha disminuído la importancia que otrora tuvieron los centros medievales del saber, tales como los monasterios y los templos. Al entrar en esta nueva etapa, el común de los hombres, ha podido ponerse en contacto más directo con el saber acumulado de otras épocas, sin más requisito que su interés por el estudio y la verdad que antes eran patrimonio exclusivo de una casta sacerdotal o privilegiada.

Otro hecho de notable importancia que pone de relieve la responsabilidad de los elementos directores de nuestra época, es, que con la pérdida de la fe religiosa del hombre medio común, la función rectora de la religión se ha vertido sobre el intelectual, el maestro, el profesional o el político. Al menos que no se trate de las masas menos cultivadas de algunos pueblos, o de otras minorías socialmente privilegiadas, la verdad es que casi ha muerto el espíritu de reverencia y admiración para el sacerdote y para los templos donde moran los ídolos muertos de la tradición. Hoy día, sobre todo la juventud, da mayormente su devoción y reverencia al artista, al escritor o al político. En vano claman las instituciones e iglesias porque asistan a ellas las juventudes inquietas, el hombre y la mujer que reclamen libertad y saber propios.

Nuestra crisis profunda, pues, radica en esa notoria falta de un elemento animador espiritual que inspire la cultura y la acción tanto de las minorías como de una gran masa de gentes. Tal vez se nos acuse de usar el mismo tono de lamentación que hoy utilizan las religiones positivas que pugnan por reconquistar, para sus propios fines, el poder espiritual perdido. Lejos de nosotros la idea de volver al pasado en afán de detener el tiempo y

reinstalar el carcomido andamiaje de las religiones de antaño o del presente. Mas, no vacilamos en proclamar que las cosas no van bien en nuestra decadente civilización, y que falta salir con empeño por los fueros de los valores eternos, si es que en verdad deseamos la aparición de un nuevo *renacimiento*. Sin este hallazgo previo de un nuevo espíritu para la nueva época, seguiremos en un círculo vicioso. La sociedad será el producto menguado y egoísta de la mentalidad hoy predominante en todos, bajos o altos. La máquina destructora, y el oro que seca la humana sensibilidad, seguirán siendo los dioses de nuestra civilización. Ante tal estado de cosas, tenemos que preguntarnos, si el hombre camina hacia su destino real y creador, destino que seguirá frustrado en tanto el hombre no devenga un ente gozosamente cooperador con la Vida.

Al dar la máxima importancia a la reorientación religiosa como medio para salir de esta crisis profunda, deseamos aclarar previamente y sin eufemismos el sentido que damos a la palabra *religión*. Creemos que si algo hay que conservar y activar en nosotros es esa inquietud y agonía que ya Unamuno proclamara esenciales en una vida verdaderamente religiosa. Esa inquietud, auscultación profunda del diario vivir, sí que es digna de vivificarse en nuestra conciencia y en nuestra conducta. Otras gentes suelen entender por religión el asistir a templos, celebrar ceremonias, dejarse guiar por autoridades espirituales, etc. Para nosotros todo esto tiene poco valor ante el ansia vigorosamente religiosa del hombre por comprender la vida, por captar la verdad que en él se oculta como verdadera raíz de su existencia.

La realización del destino fecundo del hombre es tarea que compete a cada individuo; la Vida o Dios ha dejado esa responsabilidad a cada ser humano. En vano pretenderán las religiones positivas intervenir en la vida del hombre, cuando despierta en él la sed de saber y de verdad. Aparecida esta ansia fecunda de realización y de verdad, es imperativo que el hombre reclame para sí la máxima responsabilidad y la más plena libertad. El salto a la Eternidad es y será obra de la propia volición individual. Nadie nos puede llevar de la mano.

Cabe preguntarse, pues, si no nos hallamos en el umbral de una nueva religiosidad para cuya realización práctica, tendrá el hombre por templo la intimidad de su propia conciencia, y por campo de acción el cuerpo social, donde ha de verter sus afanes de mejoramiento humano.

El hombre actual necesita de un ambiente de mayor libertad, de un ámbito más amplio y liberador que el que encierran los muros de los templos con sus jerarcas y autoridades espirituales. El espíritu de la época está ávido por abrirse camino en cada conciencia. Así como la cultura ya no se encierra en ciertos lugares para seres privilegiados, el espíritu de la nueva época se ofrece democráticamente a todos. En estos días parecen cumplirse aquellas palabras del Cristo: "la verdad os hará libres" ya que en cada hombre está el Camino, la Verdad y la Vida.

Habiendo desaparecido la presión de las religiones positivas en muchas conciencias, fuerza es insistir, en que ello apareja una mayor responsabilidad para cada hombre que desea ser verdaderamente libre. Es así mismo necesario insistir en que las minorías dirigentes, asuman también su gran responsabilidad como herederas de la función rectora que antes estaba reservada al monje o al sacerdote. El intelectual que pierde su tiempo en juegos malabares sin sustancia, bien podría en un momento de tanta seriedad como el presente detener su pluma y pensar en su propia vaciedad. Al maestro cuyo afán estriba en escalar un puesto en el Estado, bueno le sería reparar en su miopía e indebida actitud como educador de la juventud. Nada digamos del artista alentador de lo sub-humano en el hombre, del médico o del político, cuyo único afán es llenar la pompa de jabón de su menguado yo, de su egoísmo.

Sí, la crisis profunda alcanza caracteres alarmantes. Necesita cambiar el hombre de actitudes y de todo un estilo de vida decadente y egoísta. Las actuaciones calamitosas del político general europeo, americano o asiático, fueron las que nos precipitaron a esta vil matanza del género humano. No podía ser otro el resultado de una men-

talidad oportunista estrecha, ausente de las más hondas raíces humanas. No es de extrañarse, por lo tanto, que en la hora en que está llegando la liberación para algunos pueblos, repudien éstos a los hombres que les condujeron al abismo de esta guerra destructora y funesta.

Sí, una verdadera religiosidad, un nuevo darnos cuenta de nuestro destino de hombres, será el único estímulo capaz de hacernos surgir de tan aplastante crisis. Vuélvase el hombre sobre sí mismo. Ahonde en su soledad y su conciencia y allí hallará las corrientes vitales que son el venero que le hará crecer y vivir una vida seriamente gozosa y creadora. Mas en ese viaje conciencia adentro, no se olvide de su vida social, de sus acciones y reacciones limitadoras, egoístas. Trate cada cual de actualizar en la vida y la conducta diarias la bondad de esas intimidades humanas cuyas raíces están afincadas en los valores universales, en ese plano de la conciencia donde no hay *tú* y *yo,* sino sólo una ardorosa comunión con todo ser viviente.

Esta es para nosotros la verdadera vida religiosa, los valores que hay que prestigiar nuevamente, no importa la sonrisa irónica de los recalcitrantes que se empeñan en no ver; no importa la crítica negativa y vacía de algunas gentes, cuya mentalidad nada sustancial puede ofrecer ante crisis tan dramática para el hombre como la que hoy agobia al mundo.

LA CONFERENCIA DE SECRETARIOS DE RELACIONES CELEBRADA EN MEXICO

Por *Manuel J.* SIERRA
Miembro del Instituto Americano y del Instituto Argentino de Derecho Internacional.

CUANDO aparezcan CUADERNOS AMERICANOS se hallará en pleno desarrollo la Junta de Secretarios de Relaciones Exteriores, con la presencia de altos funcionarios y distinguidas personas, congregados a iniciativa del Gobierno de México para considerar una agenda que registre las grandes cuestiones que se refieren a la organización de la paz.

Por el breve lapso de que dispone la reunión; la incertidumbre que presta al momento su cambiante naturaleza en la víspera de los más trascendentales acontecimientos como la cita acordada en Yalta para reunir en breve a las Naciones Unidas, quizás no alcance sino a sentar puntos de vista generales sobre los temas escogidos con apoyo, esperamos, en los principios aceptados por el continente y que en sí mismos constituyen una garantía de independencia y de paz.

La situación que prevalece no tiene precedente. La humanidad entera llora el duelo de sus muertos sacrificados en esta atroz contienda cada vez más confusa en el orden ideológico, y más clara desde el punto de vista de las influencias que entran en juego y que visible o veladamente pugnan por mantener el "estatu quo" que permita conservar la organización social y política vigente quizás por innato temor de abordar la estructuración de un mundo nuevo.

La literatura que ha brotado en la atmósfera letal de estos últimos cinco años, ha venido transportando sus acor-

des a un tono menor y abandonando la fraseología inicial plena de ideal y esperanza, empieza a sentirse escéptica respecto a la posibilidad de una amplia transformación, conformándose con perseguir como fin el mantenimiento del orden aunque para alcanzarlo se haga necesario matar hombres, destruir ciudades, coartar la libertad y congelar el pensamiento. El trágico holocausto que la humanidad ofrenda diariamente en los campos de batalla a los dioses de la guerra, no será estéril, se clama en todos los idiomas, pues de otro modo no podría justificarse el tributo que ha sido necesario pagar para sostener la lucha que aumenta su furor incesantemente; no debe ser infructuosa la inmolación, y no podremos conformarnos con tan gran pérdida si el fin de la guerra abre sólo un paréntesis más o menos amplio para que otra más cruenta vuelva a arrojar a los hombres a los abismos del odio y la muerte.

Ante la justa demanda los políticos han llamado en su auxilio a los especialistas que presto, sacudiendo el polvo acumulado a través de los años sobre las viejas convenciones nunca aplicadas, agregando aquí, cambiando allá, nos han presentado con nuevo ropaje los caducos procedimientos de ayer y es que la inteligencia humana no puede substituir a las fuerzas espirituales que serán corazón y sangre de la paz futura.

El concepto de la organización de la paz viene interpretándose en el sentido de crear por una parte los medios que impidan la guerra entre los estados y por otra conservarla por medio de la fuerza, interpretación que reduce el problema al aspecto objetivo de la intervención del gendarme y del juez y supone fatalmente la necesidad de su ingerencia. Tan realista concepto satisface la aspiración de quienes no desean prescindir de la fuerza ni abandonar una postura inamovible; los que abominan de toda revolución que pueda obligarlos a cambiar su vida y modo habitual de pensar. Sin embargo, tenemos que admitir tal situación como inevitable de momento pero sujeta a desaparecer, por los peligros que encierra, en la medida en que otros arbitrios de orden moral, social y económico vayan acercando a los hombres y reduciendo entre ellos los motivos de fricción. La fuerza y la ley son en el campo

internacional únicamente instrumentos para conservar la paz pero la posibilidad de organizarla en forma de una convivencia tranquila, feliz y permanente, desborda por completo los confines hasta ahora trazados y se abre paso hacia los horizontes de la realización social, en este mundo que, parafraseando al maestro y amado padre mío, tiene hambre y sed de justicia. América llegará a la luz llevada por su fe en los portentos de la solidaridad y la fraternidad de sus pueblos.

Cuando Bolívar sintió la amenaza de una España que trataba de reconquistar las colonias que casi sin darse cuenta había perdido en América o que otros estados de reconocidas imperialistas ambiciones pretendieran ocupar su puesto en todo o en parte, se percató avizor, de la necesidad de que las nacientes repúblicas se unieran para defenderse juntas en caso de peligro, creando un poder militar, naval y terrestre, que pudiera ser empleado donde fuera preciso; mas pronto alcanzó a comprender que para que hubiera unión debía haber unidad, ideando al efecto un sistema en el que las nuevas comunidades participaran coordinadamente para entre sí organizar la paz, como se dice ahora.

Solicitando su colaboración para la ambiciosa empresa, el prócer venezolano invitó a Estados Unidos sin pretender que este país aceptara por las mismas razones de peligro que preocupaban a los demás, o movido por un sentimiento de solidaridad que no abrigaba, pues la simpatía con que acogió el movimiento libertario de las colonias españolas, parte principalmente del deseo de alejar a España del continente y apoderarse de los territorios de Florida y Texas, lo que lograra en el Tratado de 1819 respecto a la Florida, habiéndose en esta ocasión olvidado a Texas en el tintero; invitaba a Estados Unidos porque al considerar que su política coincidía en el interés de eliminar de nuestro hemisferio influencias extrañas, como lo había hecho patente Monroe al conseguir la expulsión de Rusia que entonces lindaba por California con lo que fué después México. Se ventilaba en suma una cuestión fundamental para la vida de los nuevos Estados.

Bolívar percibió asimismo que como garantía de la eficacia del plan protector de la integridad territorial de

nuestras repúblicas, éstas necesitaban contar con Inglaterra, desde aquel alejado período de la historia y por mucho tiempo dueña de los mares, convertida en el árbitro de cualquier tentativa de reconquista americana. Quizás y todo lo hace pensar así, en el trasfondo de su pensamiento, el Libertador buscaba contrarrestar la influencia creciente de Estados Unidos oponiéndole la del poderoso imperio europeo.

De este conjunto de circunstancias y de la concurrencia de propicios factores de carácter histórico, geográfico y social nació el panamericanismo que tuvo su primera expresión de vida en el Congreso de Panamá celebrado el año de 1826; Miranda treinta años antes hablaba en Londres de la unidad necesaria de las colonias para lograr primero su independencia y resguardarla después.

Aquel congreso a pesar de interesadas interpretaciones en contrario, no puede considerarse como un fracaso, no obstante de que los acuerdos en él tomados e inscritos en solemnes convenciones internacionales, sólo contaron con la aceptación de unos cuantos estados, los de la parte septentrional de la América del Sur, América Central y México y de que una vez firmados no fueron ratificados, ya que el mismo constituyó el acta de fundación del Panamericanismo que pudo desarrollarse hasta 1889 con gran claridad sin el concurso de Estados Unidos y dar vida a una definida y fuerte conciencia iberoamericana. Bolívar en las instrucciones que dió a los Delegados Peruanos enviados al Congreso de Panamá, los instruyó para proponer a la asamblea una declaración contra la intervención.

A partir de entonces en las reuniones subsecuentes de Lima en 1848 y 1864 y de Santiago de Chile en 1856, empezó a figurar en segundo plano el temor a una reconquista y ocupó su lugar el de una intervención europea o americana en el Continente; no es ya la integridad territorial que se juzga quizás con demasiado optimismo fuera de peligro lo que va a defenderse, sino la integridad soberana, la independencia política de nuestras repúblicas. Más tarde el tratado de 1856 fué notoriamente hostil a Estados Unidos, reacción provocada por la expedición del filibustero Wal-

ker a Nicaragua, cuyo gobierno fué reconocido por Washington siendo Presidente Pierce, quien tres años antes había obligado a México a firmar el tratado de la Mesilla; tampoco se invitó a Estados Unidos al congreso de 1864 porque Colombia se opuso. Costa Rica inició se promoviera un pacto por el cual se obligaran los Estados representados a respetar y no intervenir en la soberanía e independencia de nuestras repúblicas y a no atentar contra su integridad territorial.

El contenido del panamericanismo asciende a planos más altos, a una etapa superior, digamos moral, su tema es la soberanía, la independencia, y su demanda la aceptación expresa y la obediencia efectiva de los principios consagrados por el derecho. Se había descubierto sin que para ello fuera necesario efectuar investigaciones profundas, que los Estados Unidos enderezaban su política de protección hacia América solamente contra los países europeos, pero que sus ambiciones de expansión territorial, hegemonía política y económica no estaban refrendadas o limitadas por la Doctrina de Monroe, sino que por el contrario, a ella se acudía para justificarlas.

Tal divergencia de criterio determinó el ostracismo a que la comunidad norteamericana se condenó durante el largo período comprendido entre el Congreso de Panamá, 1826, y la Primera Conferencia Panamericana convocada por ella y reunida en 1889 en la ciudad de Washington.

Esta asamblea marca una vuelta radical en la política seguida por el Gobierno de los Estados Unidos hacia el resto del Continente, fenómeno que obedecía en el orden material al reconocimiento de que la riqueza de los países americanos iba a ser un factor considerable para el éxito del programa del desarrollo futuro de su comercio exterior cuyo intercambio tendría que traducirse en concretas y substanciales ventajas.

Una potencial superabundancia de variados recursos naturales de primera calidad y de bajo precio, posible principalmente por ignominiosos salarios de miseria, son el atrayente señuelo que brilla ante los ojos del inversionista yankee; productos que manufacturados venderá dentro de su país o devolverá a los de origen retirando

jugosos márgenes; es un plan verdaderamente atractivo. Mas para asegurar su correcto funcionamiento hay que entrar en contacto con quienes controlan esas materias primas y como el negocio es excelente, redondo como se dice, habrá que rodearlo de todo género de garantías y afirmarlo sobre bases permanentes que permitan la planeación de grandes negocios y el empleo de cuantiosos créditos, aislando por último al continente con una especie de cinturón protector a manera de monrroísmo económico contra los propósitos de expansión comercial de Alemania, Italia, Japón y también Inglaterra, que venían conquistando en nuestros mercados un ascendiente progresivo. Durante la Conferencia de Washington, 1889, en el mar tranquilo e irisado por elocuentes y líricas manifestaciones sobre arbitraje internacional, demostración de la voluntad de las naciones americanas para resolver pacíficamente sus conflictos, emergió la propuesta yankee de una Unión Aduanera Continental que además de operar en beneficio de Estados Unidos, único país industrial en nuestro hemisferio, tenía que crear a su favor según se sospechó entonces, un monopolio comercial que implícitamente encerraba el peligro de una hegemonía política; la inesperada tentativa fué rechazada unánimemente por las repúblicas ahí congregadas haciendo ver en esta forma la estimación que abrigaban por su soberanía y el celo con que estaban dispuestas a defenderla. El fracaso de la proposición heló los entusiasmos con que había sido acogida en algunos círculos en Estados Unidos la convocatoria de la primera Conferencia Panamericana, y estimuló a los que mantenían como un dogma de la felicidad nacional un rígido aislacionismo. Fué también una lección no siempre aprovechada por los políticos americanos que comprendieron la importancia que atribuíamos a los principios que garantizaban la independencia y condenaban toda intervención en nuestros asuntos internos y exteriores.

Con el impresionalismo congénito de nuestras repúblicas la reacción tuvo que ser violenta y a partir de esa Conferencia se inició bajo la movediza superficie de las formas protocolarias y del lenguaje diplomático, una ba-

talla entre las Repúblicas Ibero-Americanas y los Estados Unidos, pugnando éstos por conservar el derecho de intervención a fin de proteger las inversiones que sus ciudadanos derramaban en el continente.

Calvo, el apóstol argentino de la soberanía americana, al fijar la situación legal y moral de los extranjeros, nos había dado la bandera en esta lucha y ya desde la segunda Conferencia Panamericana reunida en México, al lado de la cándida aquiescencia otorgada para la formación de una especie de tribunal internacional permanente de reclamaciones, apareció la necesidad de precisar la verdadera posición de los extranjeros en relación con el derecho jurisdiccional de nuestros Estados. De este modo se fué modelando la norma y entre la segunda y tercera Conferencias, Drago, otro argentino ilustre, llamó la atención de los Estados Unidos hacia el atropello perpetrado por Inglaterra, Italia y Alemania contra Venezuela.

Nuestro poderoso vecino eludió el reto de Drago que lo invitaba a oponerse al atentado, porque siendo un país inversionista podía encontrarse en el mismo caso, actitud que quedó esclarecida por la de sus delegados en la segunda Conferencia de La Haya, cuando lograron prevaleciera una proposición que deformó radicalmente el principio absoluto de Drago al legalizar en determinados casos el derecho de intervención.

Después de la Conferencia de Buenos Aires, se abre un paréntesis en esta labor internacional, pues la Quinta, que debió celebrarse en 1914, fué aplazada primero por la guerra, juzgando el momento poco propicio, opinión que perduró en suma, hasta el año de 1923.

Con la aplicación de la política llamada del "big stick" y otras afines, se fueron formando negros nubarrones que estallaron en una verdadera tempestad con motivo de la VI Conferencia Panamericana que tuvo lugar en La Habana. Al discutirse la ponencia basada en el proyecto del tratado redactado por la Junta de Jurisconsultos de Rio Janeiro que contenía el principio de no intervención, se orilló al representante de los Estados Unidos, quien después fué presidente del más alto tribunal americano, a

confesar que los Estados Unidos, consideraban un derecho la interposición temporal por medio de la fuerza, procedimiento que en realidad era la intervención. De esta manera quedaron claramente deslindados los campos y emplazada la lucha para la siguiente asamblea que tuvo lugar en Montevideo y en la cual el proyecto sobre no intervención presentado en La Habana, fué conocido mediante un dictamen de la Delegación Cubana a la que y por obvias razones se encomendó el estudio por su decisión, para lo cual contaban con la resuelta ayuda de México, a sacar avante el principio de no intervención que fué aprobado con un alcance irrestricto. Los Estados Unidos reconocieron al fin el derecho de no intervención firmando el tratado respectivo aunque mediante una reserva general de la cual más tarde en Buenos Aires prescindieron al suscribir el Protocolo de no intervención. Así quedó en el orden jurídico concluída victoriosamente la batalla que con tan diversas vicisitudes fué iniciada por Bolívar mismo.

Sin embargo, en la práctica el asunto no resultó bien claro, pues con motivo de la expropiación petrolera realizada valerosamente y con el más alto sentido patriótico por el gobierno de México para dar término a las pretensiones de las compañías extranjeras o mexicanas con socios extranjeros de gozar de una situación de privilegio al amparo de sus gobiernos, el de los Estados Unidos en la polémica sostenida con el nuestro sobre el particular, volvió a insistir tácitamente en el derecho de intervención, reincidencia que dió origen a la propuesta del gobierno de México en la Conferencia de Lima de una Convención por la que los gobiernos firmantes reconocieran como buena la renuncia de sus nacionales para ocurrir en demanda de protección diplomática, proyecto que fué congelado por uno de los múltiples sistemas de que dispone la maquinaria panamericana para eludir la resolución de un asunto.

En Lima, asimismo, y polarizando una inquietud general, México presentó una aclaración o reserva en la sesión de clausura sobre que la declaración de Lima en forma alguna podría restringir el principio de no inter-

vención consagrado expresamente en los compromisos internacionales establecidos.

Mucho había ayudado en realidad a tranquilizar esa inquietud la pregonada política del "buen vecino" que formulada con la más noble intención constituía en lo jurídico una promesa de que el gobierno americano cumpliría con las normas internacionales y en lo material la voluntad de llegar a una serie de arreglos económicos a base de recíprocas ventajas. Desde luego su autor, el Presidente Roosevelt, como una prueba de la lealtad de sus ofrecimientos se apresuró a rectificar muchos de los atropellos que contra la soberanía de nuestras repúblicas habían efectuado sus antecesores. Sin embargo, el peligro puede radicar en la persistencia de nuevos sistemas que, amparados por propósitos de cooperación internacional pasan por alto ciertos derechos esenciales de soberanía e independencia, estableciendo a veces los más peligrosos precedentes.

Hemos pretendido hacer un examen fluoroscópico del Panamericanismo para penetrar a través de la espesa adiposidad de la gárrula oratoria que lo envuelve y que hace palpitar a veces trabajosamente su corazón.

Independencia y Unidad, es decir, respeto a nuestra soberanía y presencia de todos en la obra común, deben ser las invariables y deseadas metas a la vista del observador y que no debe perder cualesquiera que sean las contingencias de momento.

Si queremos ser fuertes y respetados, no debemos abandonar el camino abierto mediante tan arduos esfuerzos en el transcurso de nuestra vida independiente y mantener como base el respeto a nuestra soberanía si nos atenemos al sentir del pueblo, actitud que no excluye sino que por el contrario, facilita la labor de una activa cooperación internacional.

Uno de los factores de mayor perturbación para el anhelado convivir pacífico ha sido sin duda la irritante política de protección diplomática a los extranjeros de la cual se ha hecho tan gran abuso en el pasado y que subsistiendo como la más seria amenaza para el porvenir sólo

podría explicarse tratándose de comunidades desorganizadas, sin ley ni autoridad y no de repúblicas que en el momento actual han alcanzado el más alto grado de civilización, con leyes y tribunales que garantizan ampliamente a los extranjeros el ejercicio de sus derechos, que no deben ser otros que aquellos de que disfrutan los nacionales. La tesis de que aquellos deben gozar de derechos internacionales tendrá su razón de ser en una cafrería pero no en naciones en que poseen las mismas garantías que los nacionales.

Es una grave injusticia que quienes se establecen en un país que no es el suyo con un propósito de lucro para mejorar la situación en que se encontraban en el propio, pretendan aspirar a una posición de privilegio sobre quienes dueños de su territorio conservado y bonificado a través de arduos esfuerzos y sacrificios que no excluyen el de la vida misma, han creado las posibilidades de que se aprovecha el extranjero. Por eso y en tanto se logra la aceptación unánime del principio de igualdad entre nacionales y extranjeros, debería insistirse en la inspirada y justa proposición de México ante la VIII Conferencia celebrada en Lima de que la renuncia de los extranjeros a la protección de sus gobiernos sea respetada por éstos. En tal forma se habrá dado un gran paso para resguardar la soberanía de nuestras repúblicas y, por lo tanto, en favor de la paz al suprimir uno de los factores de mayor perturbación en el continente.

Es obvio asimismo que la organización continental debe ser más dinámica; de este criterio ha surgido el procedimiento de juntas y consultas para tratar asuntos concretos y que hacía imposible el estorboso y lento sistema de las Conferencias Panamericanas, las que sin embargo buena labor han hecho en el sentido de haber dado al continente la oportunidad de reflexionar en sus problemas y presentar soluciones concretas, llegando de esta manera a formar un cuerpo de principios que ampliamente garantizan, como el Código de la Paz, la tranquilidad del Continente y que no requieren sino ser aplicados.

No podemos menos de sentirnos orgullosos al reconocer lo que los pueblos americanos han aportado al des-

envolvimiento de un régimen institucional basado en el imperio de la justicia; mas por mucho que se haya logrado tenemos que admitir que la paz tiene que ser considerada como patrimonio universal, lo que nos obliga a prestar nuestro apoyo moral y material a cualquier iniciativa que tienda al establecimiento de una organización mundial que no excluye la acción coordinada de organismos continentales.

Nuestro camino está trazado, pertenecemos a los misioneros de la justicia internacional, esto predispone en forma verdaderamente favorable nuestra colaboración por el establecimiento de la hora jurídica que suprime los atropellos de la fuerza y consagra la norma de igualdad entre los Estados.

Mas por perfectos que sean los sistemas, nada podrá conseguirse si no se logra provocar en el orden moral la resolución firme de los pueblos de atenerse a los procedimientos pacíficos, acatando las decisiones de los jueces, es decir, si no se crean el ánimo y la convicción de aceptar para todos la supremacía del derecho.

Mientras no se asiente esta convicción en el pensamiento y la conciencia de los hombres no podrá eliminarse el uso arbitrario de la fuerza, ni detener la tentación de los grandes para emplear en beneficio de sus intereses, el poder de que disponen. Para llegar a esta convicción habrá que prescindir de nacionalismos exagerados y confiarse a las decisiones de la Justicia, conscientes de que al hacerlo y acatar su fallo se colabora eficazmente en la obra extraordinaria de implantación de la Ley, esfuerzo que no será estéril, pues retornará en propio beneficio si gracias a él se ha contribuído al mantenimiento de la paz, único medio en el cual pueden vivir y prosperar las instituciones jurídicas. Desacreditada la palabra de los hombres, la humanidad ha comprendido que la única posibilidad de garantizar una paz permanente es mediante una organización jurídica cuyo funcionamiento esté protegido por eficaces sanciones.

La confianza en las promesas de los gobiernos tantas veces quebrantadas ha ido perdiéndose a través de la historia. Los tratados en los que solemnemente se hacían

constar las obligaciones contraídas, llegaron a ser, según cínica expresión contemporánea, "un pedazo de papel". De ahí la necesidad de establecer sanciones que aseguren su cumplimiento.

Hubo una época en que las garantías de carácter moral eran más eficaces que las que establecía la fuerza; poco hemos avanzado desde entonces y no es sino con el mayor respeto como debemos pensar en aquellos para quienes las normas de carácter moral y religioso eran más eficaces que el empleo de la fuerza o cualquier otro medio material de coacción.

La cuestión adquiere en su examen actual importancia inusitada. Nunca como ahora la humanidad se había visto presa de una catástrofe mayor. La civilización parece sacudirse hasta en sus más hondas raíces y su destrucción material y moral constituyen una posibilidad.

Por eso el estudio académico de estas cuestiones, si no se confronta valerosamente con la realidad, se convierte en un engaño. Para ser más severos con nosotros mismos, más honrados, debemos pensar en el pasado que nos revela que desgraciadamente no ha sido posible encontrar para resolver el problema una forma satisfactoria.

La paz no puede ser impuesta por un solo Estado o un grupo de estados, tiene que provenir de un consentimiento universal expresados por gobiernos que disfruten del apoyo del pueblo pues para que el mundo goce de un período que le permita emprender grandes obras morales y materiales, necesita de que cada hombre labore individualmente dentro de sus propias fronteras en beneficio de la obra común, pues por muy avanzados que sean los medios de que se provea a la humanidad en el orden jurídico, los resultados serán negativos si no se dispone al mismo tiempo de una voluntad popular, consciente de actuar como parte de una humanidad que requiere la ayuda de todos.

En cada estado debe dejarse al pueblo en libertad para realizar sus aspiraciones genuinas sin estorbos ni aplazamientos por motivos circunstanciales que no harán sino mantener una perturbación doméstica, un desequilibrio interno que fatalmente tendrá que proyectarse en el ex-

terior. Es por medio del establecimiento de gobiernos realmente democráticos, finalidad que han perseguido siempre los pueblos de América aunque muchas veces sin lograrlo, como llegará a constituirse la más eficaz garantía para la conservación de la paz.

La cooperación y vinculación cada vez más estrecha de los pueblos tendrá como efecto en el orden internacional, reducir las causas de diferencia, fricción y conflicto y su fomento constituirá el único camino para conseguirlo; no sólo las relaciones de carácter económico y las de tipo administrativo sino en lugar prominente, las de orden espiritual y jurídico serán responsables de la integración de una conciencia común, de una voluntad unánime de vivir en paz en el amplio, profundo y orgánico sentido de la palabra.

Para conseguir este objeto será forzoso suscitar la contribución de todas las actividades encaminadas a este fin y entre ellas, la evolución del derecho internacional, aplicando las normas que teóricamente han debido guiar las relaciones de los pueblos, reformando principios inconvenientes y caducos, como el que se refiere a la protección de los extranjeros, fuente de los más serios peligros en las relaciones internacionales; creando otros adecuados a las modificaciones incesantes que sufre el trato entre las naciones y sosteniendo la necesidad de su aplicación universal.

Para alcanzar esta meta deberá propagarse el conocimiento del Derecho Internacional no restringiéndolo a disciplina de una profesión determinada sino como un conocimiento común que permita despertar en todo hombre, cualquiera que sea su actividad, o vocación el espíritu internacional, es decir, la aptitud de sacrificar por el beneficio colectivo intereses propios, prejuicios y susceptibilidades personales.

Profesor de Derecho Internacional Público, estoy acostumbrado a luchar por crear en la juventud que va a las aulas, la visión internacional, hecha de la virtud de pasar sobre los horizontes que fijan los límites del propio país para abarcar los del mundo entero y sentir las nece-

sidades de los demás pueblos, sus antecedentes y tradición histórica, y examinando siquiera someramente sus relaciones, insistir sobre las causas que han dado origen a las guerras pasadas y los escasos medios con que se cuenta para evitar su repetición, confiando en que podrán prevenirse en el futuro peligrosos conflictos aplicando a su examen esta comprensión humana y que en el campo de la ciencia permite preparar para el porvenir hombres diestros en el conocimiento de la Ley Internacional que puedan defender hábilmente a países que como el nuestro, no disponen para ello de otra arma que el derecho.

Sin duda que ninguna asociación de estados ha podido llevar a cabo obra más fecunda en la realización de estos propósitos de colaboración internacional para mantener las normas que deben regir las relaciones de los estados, como las Repúblicas del Continente Americano convencidas de que la unidad considerada como un servicio a la humanidad debe mantenerse a toda costa, que siempre valdrá más, que cualquiera otra ventaja o satisfacción transitoria que pueda obtenerse de la exclusión de un pueblo de América en esta obra de concierto, armonía y fraternidad.

Soy un creyente de los destinos de América, siento cómo, en el vasto continente, arde la lumbre del amor entre sus pueblos, predestinados por un claro destino a formar una familia pacífica de naciones que si alejadas unas de otras por montañas y espacios enormes, abrigan el pensamiento común de luchar por la paz y el progreso, clima indispensable para conseguir el mejoramiento de sus pueblos.

Lentamente esta nuestra Ibero-América va emergiendo de la etapa semicolonial hacia la formación de veinte repúblicas productoras de materias primas extraídas por siglos con las manos sangrantes y aun la vida misma de sus hijos, para ir formando una industria incipiente que las aproveche y distribuya entre ella, fomentando un intercambio comercial más activo. Fuerte vinculación que tendrá entre otras, la ventaja de crear una nueva casta de comerciantes ennoblecida por la idea de pensar al mismo

tiempo que en pingües ganancias, en el bienestar de esta humanidad americana y en la eliminación de todo atropello o privilegio.

La Conferencia de México será un éxito. Este augurio obedece a nuestros más vehementes deseos, pues habremos dado el ejemplo de cómo es posible discutir en un plano de igualdad los problemas del mañana. Abriguemos la esperanza de que en esta reunión de la familia americana, como la llamó Bolívar, llegue a estar presente la noble nación Argentina, pues cualesquiera que hayan sido sus desvíos deberá encontrar su sitio en nuestra mesa y disfrutar de nuestro pan y de nuestra sal bajo la sombra de los milenarios ahuehuetes del bosque sagrado de Chapultepec.

PALABRAS DE ANIVERSARIO

FIEL *a su tradición,* CUADERNOS AMERICANOS *reunió el 5 de Enero en un banquete a muchos de sus mejores amigos a fin de celebrar el comienzo de su cuarto año de vida. Con gran beneplácito de la concurrencia, Eugenio Imaz, Eduardo Villaseñor y Jesús Silva Herzog pronunciaron al final las siguientes palabras:*

EUGENIO IMAZ:

¡TRES años de *Cuadernos!* Dieciocho volúmenes de más de doscientas páginas que abarcan todos los aspectos de la cultura humana, un nombre bien plantado en todo el continente, imitaciones halagadoras en algunas partes. . . Los que asistimos al nacimiento de la criatura con tantos temores como entusiasmo parece que podemos sentirnos un poco satisfechos.

Son tres años y el entrante se nos anuncia como el más peligroso: en él puede estallar la paz. Permitidme que repita esta frase hecha y contrahecha: en él puede estallar la paz y cogernos a todos, también a *Cuadernos,* un poco desprevenidos. Nunca ha pretendido ser *Cuadernos* una revista de alta cultura. Los cuatro "cuadernos" y sus títulos apuntan deliberada, insolentemente en una dirección que se suele motejar de malsana o, cuando menos, de incorrecta: la de mezclar la cultura con la política. ¿Quién no ha escuchado de labios de los enterados o no les ha adivinado el reproche reprimido: excelente revista, pero lástima. . . ?

De esta lástima hacemos gala, pero previa una aclaración: no mezclamos la cultura con la política, porque es imposible. No existe, no ha existido ninguna cultura que no haya sido política. Uno de los libros más gloriosos con que cuenta la cultura humana lleva el nombre de República y en él está encerrada toda la filosofía de Platón. Por eso —y esta es también otra aclaración— hay tanta, o pretende haber tanta cultura en "Nuestro tiempo", como hay, o pretende haber, política en "Aventura del pensamiento", en "Presencia del pasado" y en "Dimensión imaginaria". Si algo se le puede acha-

car a *Cuadernos* —¿y por qué no se lo hemos de achacar los que los hacemos?— es no haber conseguido siempre esa transfusión perfecta con que se nutre una cultura o una política. Llamadles como queráis. No es que yo lamente la falta de unidad política, de un criterio político definido, ¡qué va! Lo que yo me achaco es la falta de unidad, de simbiosis entre las dos dimensiones —la cultural y la política— de eso que, para que nos entendamos todos, llamaré *humanismo*.

Porque en este sentido, y sólo en éste, es *Cuadernos* una revista de humanidades o de alta cultura. No porque lleve un "cuaderno" de actualidades, otro de ciencia, otro de historia y otro de arte. Que no los lleva. Y esas dos dimensiones, esos dos sesgos, indicados ya con palabras sencillas en la portada de su primer número, son los que el año que entra nos reclama todavía con mayor urgencia: la unidad de nuestras humanidades quedará quebrantada si no insistimos hasta el fondo, hasta la unidad, en cada dimensión.

¡Y cómo van a reclamar los días que entran esta insistencia! Estamos asistiendo a un cataclismo histórico de tales proporciones, es tal la revolución que se está operando en el gobierno del mundo, que apenas si la imaginación nos asiste para poder hablar con verosimilitud del futuro. Pero del futuro, con vistas al futuro hay que hablar, sacando fuerzas de flaqueza. Se está derrumbando a nuestros pies, y apenas si aciertan a comprenderlo los ojos, un sistema por lo menos bisecular: el juego de las grandes potencias, el equilibrio, no sabemos si sostenido o interrumpido por las guerras, los estados nacionales como piezas de ese equilibrio, las hegemonías nacionales... Todo parece definitivamente en trance de liquidación y se anuncia pavoroso un juego planetario de superpotencias continentales.

Los españoles, que hemos sido los primeros en probar esta guerra y sabemos, por lo tanto, muy bien a qué sabe, cuál es la intención de la sangre derramada, no nos dejamos intimidar cuando, en los apuros del combate, oímos decir que ésta no es una guerra de ideologías. Muchas cosas tendremos que oír y que ver todavía; tampoco hemos olvidado la terrible sentencia con que cerraba Spengler su libro profético *Años decisivos*: "La suerte está echada: ha comenzado el nuevo reparto del mundo", y si esta guerra degenerara en una pura lucha por el poder podríamos anunciar el día en que se firmara la paz: La suerte está echada; ha comenzado, señores, el nuevo reparto del mundo.

Hay que tener los huesos muy mineralizados para poder cargar con esta responsabilidad. No es de esperar que las generaciones que

han hecho esta guerra, y que se dan la mano con las que hicieron la anterior, se dejen engañar una vez más por el "amor sagrado de la patria" cuando ya el mundo, efectivamente, es la patria de todos los hombres y el daño que se hace al mundo se hace también a la patria.

No podemos, pues, entrar en la nueva época sin una ideología: y ésta es, en primera potencia, de paz, de libertad y de justicia. ¿Ideales abstractos? Para eso sale *Cuadernos* cada dos meses: para ir concretándolos. La paz tiene la ventaja de que no necesita ser definida, lo que necesita es asegurarla. Ya sabemos que no se asegura con un sistema de pesas y medidas. Así lo reconoce la *Carta del Atlántico,* pero si algunos temieron que fuera un papel mojado por haber sido firmada en la cubierta de un barco, que se tranquilicen ahora que está a punto de convertirse en un *gentlemen agreement,* en un pacto de caballeros. La libertad tampoco necesita, entre nosotros, de una definición, lo que le urge es protegerla contra los estragos de las planificaciones necesarias. ¡Con tal de que no me toquen al dogma!, decía el clérigo, mientras chasqueaba significativamente los dedos. Pero a nosotros ya nos pueden tocar el dogma, porque no tenemos dogma, no tenemos más que espíritu, que es libertad. Pero el hombre es libre cuando, teniendo asegurada la vida a cambio de su trabajo en un nivel a la altura de los tiempos, puede vacar a los caprichos de su espíritu. Y ésta es toda la justicia que pedimos. Pero no es toda la ideología.

Como dice John Dewey, una cultura que no hace sino destruir sus propios valores y no es capaz de crear otros nuevos asiste a su propia destrucción. Los nuevos valores no se producen por generación espontánea: ni las condiciones económicas ni las políticas aseguran por sí mismas nada: lo que hacen es plantear con urgencia el problema. Caducan los valores por los cambios que la vida de los hombres acarrea, pero éstos pueden vivir torpe y largamente con valores caducos mientras no tengan conciencia de su inanidad. Como no pueden vivir de ninguna manera es sin valores. Yo creo que esta vez los acontecimientos se han adelantado al pensamiento en la tarea de despertar una insufrible conciencia de caducidad y que son injustas las gentes de bien que echan la culpa a las "ideas disolventes". El cambio de las condiciones económicas y políticas es tan enorme que por primera vez se encuentra el hombre ante la escabrosa obligación de ser concretamente universal, universal en carne y hueso. *L'huomo universale* del Renacimiento puede encarnar ahora, más, deberá encarnar ahora si no queremos que perezca el mero hombre. Los

hombres se reconocieron, en idea, como tales muchísimos siglos antes de que se suprimiera la esclavitud en el mundo, pero hasta el siglo XIX no "realizaron" —en todos los sentidos de la palabra, y especialmente los que tiene en inglés— ese título. También es cosa vieja lo de hombre universal, pero ahora es cuando nos vemos ante la necesidad inexorable de realizarlo. "¿Libertad?, ¿para qué?", preguntó una vez Lenin. Y nosotros podemos seguir preguntando: ¿Y justicia, para qué?, ¿para qué, si no realizamos el hombre universal?

Nunca se ha encarado la cultura con una misión tan decisiva. Como que es oficio de culminación que cierra la prehistoria de nuestro planeta. Cuando Platón no sabía qué decir dialécticamente de las cosas que más le importaban contaba un cuento, es decir, creaba un mito y en él se apoyaba firmemente. Y él, que despreciaba la interpretación racionalista y alegórica de los mitos del pasado los recreaba poéticamente con vistas al futuro. Nuestra perplejidad es, como la suya, doble: hay vanos en nuestra visión, en nuestra teoría, y abrigamos temores, no acerca de su actual posibilidad, sino de que nos la malogren.

El mito del Nuevo Mundo, de la encarnación del hombre universal, de la edificación de la persoñada ciudad del hombre, hunde sus raíces en el légamo de la primera humanidad y, cerrado el circuito del sueño, está ahora en inminencia de realización: pero nada se le dió al hombre gratuitamente y menos se le va a regalar la corona. Yo no poseo, ni con mucho, la magnética lucidez de mi amigo Larrea para poder seguir la predestinación de América por los senos de la poesía cósmica. Pero por algo llevan las cosas su nombre y América no es la vieja Atlántida ni la nueva sino el utópico Nuevo Mundo. Por algo es el americano, con el español, el hombre más naturalmente universal de la tierra, a pesar de su reciente nacionalismo. Por algo la Revolución Francesa, que fué la primera lucha consciente por el hombre universal, ha determinado la historia de las libertades americanas. Por algo la guerra española, la primera guerra quijotesca por el hombre universal, es patrimonio común y símbolo de todos los pueblos de América. Por algo el americano se halla colocado en la plataforma que recibe los embates de la cultura occidental y la oriental. Si no lo admitís como promesas, no podréis negar, a lo menos, que os señalan un lugar destacado en el combate. Y demasiado saben los hombres "de acá de este lado" que habrá combate y que no podrán compensar la pobreza relativa de sus medios más que con la voluntad realista, pero enajenada, de instaurar la edad dorada, que

fué para lo que se fundó la orden de caballería, según reveló don Quijote a los cabreros.

EDUARDO VILLASEÑOR:

Lo que voy a decir es muy sencillo. Lejos están ya mis días literarios, lejos también el deseo de brillar y ser notable. Lo que quiero decir en esta ocasión en que se celebra un nuevo Aniversario de CUADERNOS AMERICANOS son unas cuantas reflexiones sobre el tema de América y sobre nuestra vida.

Alguna vez ya Rafael Heliodoro Valle anotó al soslayo una cierta inconformidad mía con un deseo aparente de exaltar a América y el futuro de América aun a costa de Europa y de la civilización occidental. Pero estoy seguro que, con el tiempo, esta inconformidad es más aparente que real; estoy seguro que los principales animadores de *Cuadernos* piensan como yo: que estamos llegando a una mayoría de edad, que estamos haciendo frente a responsabilidades de civilización, de política y de cultura, acaso, como ya dijo Alfonso Reyes, algo prematuras. También estoy seguro de que estamos de acuerdo en que la civilización en América no será, probablemente, una civilización enteramente nueva y distinta de la civilización occidental; somos una prolongación de la civilización europea; somos una planta trasplantada y nutrida de los jugos de esta tierra, que, por ello, acusaremos, sin duda, características y perfiles que nos son y nos serán propios y que pueden distinguirnos, como nos distinguen ya, aun en los menores actos de la vida común. Pero pensar que América pudiera crear una civilización cortando las raíces de que se nutre a través del Océano, me parece ilusorio, y fantasía también que, envanecidos con esta idea, nos alzáramos en jueces inflexibles de errores y actitudes que acabarán por ser nuestros, de luchas en que acabamos por tomar parte, de renovaciones a las que no podemos ser ajenos.

Francis Bacon decía que en la juventud de un estado florecen las armas; en su madurez, el conocimiento, ambos juntos algún tiempo después, y en la edad provecta de un estado, las artes mecánicas y las mercaderías. No estamos seguros de que cada uno de nuestros Estados en América haya pasado ya de esa juventud en que florecen las armas, pero esperamos que estemos entrando a esa edad madura en que florece el conocimiento y no podemos esperar que de un salto nuestras naciones envejezcan y lleguen a la etapa en que sólo flo-

recen las artes mecánicas y las mercaderías. Justamente, gran parte de nuestros deseos insatisfechos y nuestras quejas se deben a la falta de esta edad de artes mecánicas y de mercaderías. Lanzados en la corriente del proceso de crecimiento económico, ansiamos vernos convertidos en naciones industriales, llenas de todas las mercaderías que satisfacen las necesidades de la vida y vuelven a ésta, cómoda y floja. Pero si la característica del tiempo en que vivimos, como alguien ha apuntado ya, es más que nada la velocidad, tal parece que quisiéramos vivir todas las etapas de la vida de un Estado, a que Bacón se refería, de una sola vez, porque queremos al mismo tiempo ser guerreros y sabios, industriosos y comerciantes; porque quisiéramos ver realizadas en una hora las experiencias de toda una vida.

Por lo que atañe a mi país, nos ha tocado en suerte ser el albergue de esos hombres que, exiliados de su patria española, "arrojados —como dice Lucrecio— lejos de la vida de sus compatriotas, agobiados de todos los males, siguen viviendo y adondequiera que van con su infortunio hacen sacrificios a los muertos, inmolan corderos negros, presentan ofertas a sus manes". Estos hombres albergados aquí con nosotros participan ya de todos nuestros problemas y todas nuestras angustias, como nosotros no podemos menos de sentir la mitad de nuestros afectos en ese duro diamante de mil facetas, pero lleno de luminosidad que es el corazón del pueblo español y que esperamos que brille pronto, a plena luz, en el concierto reconstruído de las naciones de Europa.

Tampoco somos ajenos a la suerte de ese otro arroyo de que se nutre nuestra corriente que es la civilización francesa; la seguimos con ansia cuando se inició ese paréntesis de edad media que fueron los años de ocupación; la seguimos con ansia y alegría en su período de liberación; la seguiremos con inquietud y esperanza mientras se libra esa batalla interna de depuración y clarificación que nos ha de dar una nueva fase de la Francia inmortal. Y con España y con Francia nos daña y nos hiere la suerte de los otros países europeos de los que no puede desprenderse nuestra civilización; el pueblo inglés, de sobrias virtudes y profunda cultura, que se ha endurecido en una guerra ya larga, y el resto de las naciones continentales que luchan también y se debaten por encontrarse a sí mismas, para hallar una nueva fórmula de vida, de vida política que no podrá menos de influir también en su civilización. Por todas estas preocupaciones que me imagino nos son comunes, los pueblos de América seguimos viviendo espiritualmente la civilización y la cultura europeas. Por-

que, al revés de la profecía de Séneca, podremos decir parafraseándolo "que vendrán en los años futuros siglos en que los aires atarán los vínculos de las cosas y aparecerá entonces una tierra espaciosa en que un nuevo Tifis descubra nuevas modalidades de los viejos mundos y no será ya esta Tule la última tierra".

JESÚS SILVA HERZOG:

HOY comienza el cuarto año de vida de CUADERNOS AMERICANOS, obra iniciada en charlas de sobremesa a mediados de 1941 entre unos cuantos amigos, sin medios económicos para tamaña empresa, pero animados de nobles inquietudes y heridos en la entraña por un anhelo de superación.

La tarea pudo dar principio meses más tarde porque contamos con la ayuda y simpatía de numerosos amigos; simpatía tan cordial y ayuda tan desinteresada, que guardamos para todos nuestra más honda gratitud. Por eso he dicho y repetido muchas veces que la revista cuyo aniversario hoy celebramos, es hija de un milagro entrañable: de un milagro de amistad, junto con un entusiasmo apasionado y fulgurante.

Hasta ahora han salido a la luz pública diecinueve números de *Cuadernos* y ocho libros escritos por varios autores; y los libros y la revista llevan nuestros mensajes y la voz de muchos de los mejores hombres de América y España por todas las ciudades del Continente. La circulación crece de modo constante y nos sentimos optimistas respecto al futuro. Pero no estamos satisfechos; queremos más, deseamos mucho más; queremos en esta hora trágica y sangrante que vive el mundo, ayudar a buscar la salida del laberinto y encontrar el sendero de la ciudad azul de utopía. Ambicionamos luchar siempre; hoy como ayer y mañana como hoy, por la libertad del hombre, por una morada limpia para el hombre, por lograr que alcance cada vez mayor perfección.

Sabemos muy bien que vivimos en un momento histórico de transición, intensamente desolado, en que el llanto de la especie y la ola de cieno se mezclan en contubernio dantesco; sabemos muy bien que la sociedad moderna se encuentra descoyuntada y sin rumbo, porque la dirigen esos personajes trágicos que se llaman políticos realistas; es decir, sin capacidad de vuelo y sin ideal. Sabemos muy bien que es esta la hora victoriosa del mercader y que en las tiendas de los comerciantes y en los despachos de los financieros se juegan con cartas

marcadas los destinos de la humanidad. Nada de eso ignoramos; son verdades amargas y macerantes; pero también sabemos —lo sabemos muy bien— que la vida es dinamismo eterno, transformación perpetua, que el mundo marcha, que el que se pare será aplastado y el mundo continuará marchando.

Y los mercaderes, financieros y políticos realistas no saben de estas cosas; y por ver siempre hacia abajo, el lodo del sendero, no han mirado los signos que se descubren en los astros.

Y serán sorprendidos por la realidad implacable de las leyes que rigen el movimiento histórico; y entonces el hombre podrá de nuevo soñar, gozará con los crepúsculos matutinos o vespertinos, con la contemplación de un mar apacible y el resplandor de las estrellas.

Cuadernos americanos seguirá siendo la Tribuna de América, la tribuna de los mejores hombres que viven en América. Cuadernos americanos ayudará desde el Nuevo Mundo a la creación del mundo nuevo. En "Nuestro Tiempo" trataremos de cuestiones vivas y presentes, con valor sereno y austero, con independencia de criterio, sin compromisos con nada ni con nadie y rindiendo sólo vasallaje y pleitesía a la Justicia y a la Verdad. En "Aventura del Pensamiento" tendrán la ciencia y la fisonomía amplio y libre escenario; mas no para engañar al espectador con ingeniosos trucos, sino para descubrir nuevas constelaciones. En "Presencia del Pasado" recogeremos con amor fervoroso los hechos pretéritos de nuestra estirpe indolatina, hechos que todavía influyen en nuestro pensamiento y en nuestra particular psicología colectiva, exaltando nuestros valores auténticos en lo que somos por haber sido lo que fuimos. Y por último, "Dimensión Imaginaria" será horizonte sin límites para todas las manifestaciones estéticas al servicio de la sociedad, teniendo la poesía lugar preponderante, al soñar con el bello sueño de Juan Larrea de que será la poesía la religión del porvenir.

Esas cuatro aspas de cuadernos americanos, con sus pequeñas gotas luminosas diseminadas aquí y allá, tal vez serán en la noche larga y doliente del hombre contemporáneo, una señal que le muestre el alba dentro de sí mismo, en el cerebro y en el corazón.

Somos unos inconformes porque siempre anhelamos más y más y más. Estamos poseídos del vértigo demoníaco del vuelo y de la altura. Somos unos idealistas insatisfechos, siempre insatisfechos, de todo insatisfechos, menos del don de la amistad. Por eso, esta noche, amigos míos, con agradecimiento tembloroso, levanto mi copa en vuestro honor.

Aventura del Pensamiento

MAXIMAS Y REFLEXIONES

Por *Rafael ALTAMIRA Y CREVEA*

Las MAXIMAS Y REFLEXIONES con que inauguro mi colaboración en los CUADERNOS AMERICANOS, *forman una parte minúscula del libro que escribí durante mi permanencia en Francia (1937-1943) y que permanece inédito. Para ser plenamente exacto, diré que hice entonces un primer texto enviado a México para su publicación aquí y que desapareció, no se sabe cómo, haciendo imposible el deseo de quien para ello me lo pidió y el mío propio. Afortunadamente, poseía yo una copia, a la que fuí añadiendo, en los años siguientes a esa pérdida, una cantidad de material que ha hecho del manuscrito un volumen cinco veces mayor (o quizá más) y que, desde el punto de vista de las materias en él tratadas, excede considerablemente en interés al texto anterior; de modo que aunque éste apareciera, no ofrecería más que un fragmento de la obra total y su publicacin carecería de utilidad.*

Todavía, para ser aún más inéditas que el volumen dicho (si es que el lector me permite, por una sola vez, la licencia de suponer que cabe la existencia de algo superinédito), las presentes máximas y reflexiones han sido escritas en 1944 y en su día serán incorporadas a sus antecesores. Y aquí termina este breve prólogo informativo.

EL PERDON

HAY dos clases de perdón, ambas difíciles para el orgullo humano. La una es de perdonar un daño sufrido por obra o palabra ajena; este es el más aparente y el que, por su uso jurídico, tiene más en cuenta el vulgo. La otra es más fina moralmente, y son pocos los que la perciben; todavía menos quienes la practican. Consiste en perdonar los descuidos, inadvertencias u olvidos involuntarios del prójimo, realizando en vez de éste y sin echárselo en cara, lo

que él debió hacer. En la vida familiar, dentro del hogar de cada persona, es donde más veces se presenta ese caso. Pero son raros los espíritus que llegan a comprender como obra de misericordia ese perdón que suprime la falta ajena y que sabe prescindir del placer de lanzar, a quien la cometió, el alfilerazo del reproche. Este placer es tan humano, que llega a ser más fuerte que el amor, aunque el amor puede ser más fuerte que la muerte.

AL MARGEN DE "AS CIDADES E AS SERRAS" DE EÇA DE QUEIROS (LA PARTE DE "AS SERRAS").

¿QUÉ sabia es la memoria humana! No por lo que haya aprendido en los libros o por la experiencia, raras veces ejemplar, de la vida, sino por la admirable facultad que posee de filtrar sus recuerdos como se filtra un líquido para ir quitándole los elementos que nos pueden perjudicar. Verifica la memoria esta operación de tal feliz modo, que no deja en los recuerdos vivos más que su parte bella, su máxima perfección.

Tal es la base de la poesía que cada hombre encierra en la intimidad de su espíritu y que engendra en éste el amor a las cosas y aun a los hombres, despojando a éstos y aquéllas de todo lo que nos amargaría si perdurase en nuestra memoria con preferencia. La transformación de los recuerdos llega hasta un retoque sentimental de la realidad análogo al que materialmente emplean los fotógrafos exagerando o dulcificando las líneas y la luz para favorecer la imagen. No otra cosa hace el poeta al crear su obra artística que no es, en fin de cuentas, sino el fruto cultivado (es decir, reflexivo) de aquella selección natural e inconsciente que muchos hombres alcanzan y gozan, y en virtud de la cual aman y enaltecen la casa en que nacieron y vivieron largamente; la huerta y la montaña que recorrieron en su juventud; el paisaje, familiar a sus ojos, del rincón de la tierra en que vivieron antes o en que todavía viven y donde se han sentido felices. Con eso, la belleza que creó el arte literario se viene a cimentar muchas veces en la visión apañada de lo perfecto y depurado de las cosas

y de mil accidentes de nuestra propia vida; con olvido, que no exige esfuerzo porque ya lo aplicó el cerebro, de todo lo que tuvieron o tienen aún de malo, de triste o de doloroso.

Esa poesía interior es el más grande encanto de la vida. Creada, sin que nos percatemos, por nuestra inteligencia y nuestra sentimentalidad, constituye en los más de los hombres la ilusión animadora suficiente para embellecer su vida por pobre y dolorosa que sea. Ella nos hace ver una belleza enternecedora en el campo o en la ciudad donde vivimos; en la playa y en la bahía donde nos bañábamos y pescábamos cuando mozos; en la calle a que pertenecía la casa donde moramos largo tiempo con nuestros padres; en todo lo que abarcó nuestro paisaje ya perdido o que sigue ofreciéndose a nuestras miradas, y que vemos ya sin polvo, sin calor, sin insectos impertinentes, sin manchas ni pedregales embarazantes. No quedó de todo él en nuestra visión intelectual más que lo hermoso, lo atractivo, lo poético; y lo mismo suele ocurrir en cuanto a los hombres que nos rodearon en el pasado, cuyas calidades humanas hemos cernido como lo haríamos con una harina de que sólo queremos guardar y aprovechar la flor pura.

Así es como Eça, por boca de los dos personajes principales creados por él en la novela que motiva esta acotación, pinta la poesía de una de las sierras de su patria que él conoció a fondo y amó entrañablemente. Y por eso es, la parte de su novela a que me refiero, la más poética, la más atractiva, la más apaciguadora y gustada de todo el libro.

La operación intelectual que produjo en él ese cuadro —repetida en cien libros de los mejores poetas y novelistas— exterioriza y plasma la fina elección de imágenes con que la memoria regala al corazón de los hombres, y expresa una de las fuentes más claras, más amorosas y más preferidas por los lectores, que brotan de la literatura.

Así viene a ser ésta, en muchas de sus creaciones, el "fruto cultivado", como ya dije antes, por la fuerza creadora del artista y por su técnica a menudo intuitiva, que dió aquella selección espiritual de que hablé al principio; y así se nos descubre el lazo lírico que une, en lo profundo de nuestra intelectualidad, lo más subjetivo de nuestra

alma con lo más objetivo del mundo externo, humano y material, que la literatura se esfuerza en pintarnos.

TONO Y RIMA

Si fuese cierto el hecho de que la poesía nació en los pueblos primitivos juntamente con la música, se explicaría la equivalencia de ambos elementos sustanciales de una y otra arte: la rima y el tono.

Es más que probable que otros antes que yo hayan percibido esa equivalencia; pero como hasta ahora no la he leído en ningún autor de los que conozco, estimo que puede ser útil explicar esta observación mía.

La función de la rima empieza por ser musical en sí misma. Tiene un valor auditivo independiente del literario (la habilidad y buen gusto en hallar buenos consonantes y asonantes) ; y ese valor es, por lo menos, uno de los que más aprecia el lector y el oyente de versos. Tan verdad me parece lo que acabo de decir, que aun en los versos blancos, cuando están bien construídos, se percibe ese mismo efecto; aunque es más claro y eficiente en los que riman. El poeta y el lector, en cuanto empiezan a escribir o leer versos, están esperando la música de la rima y no descansan si les falla, o por error del artista o por su insuficiencia. El desengaño que producen los ripios, es un hecho intelectual de otro género.

El tono en la música cumple con una finalidad análoga. Toda composición musical posee —en total o en sus varios *tiempos*— un ritmo propio; y éste también provoca esa espera en la resolución de las ideas o frases que va creando el autor. Por ello, cuando espontánea o técnicamente se sale de él un artista, esperamos ansiosos el momento en que volverá a enlazar la desviación tónica con la dominante en la obra. El efecto de esa reintegración al tono que caracteriza cada composición musical, es del mismo género auditivo que el que promueve la rima en la poesía. Por lo menos, así es como yo lo siento (y espero no ser el único), aún en lo más modernista y libre de ambas artes.

CONCIENCIA E INTUICION

Lo mismo si se resuelve el problema de origen en punto a la materia y el espíritu, en el sentido de su unidad o de su diversidad de especie, cabe racionalmente suponer que lo espiritual, en su facultad primaria de conocer, posee dos esferas o estados: uno intelectual y consciente y otro que, durante mucho tiempo, se ha llamado *preconsciente* y *subconsciente* y ahora empieza a ser denominado *supraconsciente.* Parece ser más propio este tercer nombre, porque la modalidad de su orden de conocer no es *anterior* (*pre*) a la conciencia, sino que está más allá de la función que caracteriza a esta última; análogamente a lo que, en la visión física, se significa con los rayos ultravioleta. Es un saber existente en el espíritu, pero invisible para la inteligencia pura. Los individuos que poseen una potencia de comprensión más allá de lo consciente, son los que alcanzan más o menos ampliamente ese otro orden de conocer. A eso se llama también *intuición;* y este nombre me parece expresar el estado actual de la filosofía en cuanto a esa parte del problema. Bergson representa ese estado en Francia; y tal vez es quien más profundamente la estudió y supo apreciar todo su valor.

INTERPRETACIONES

Ningún diccionario, hasta ahora (hablo de los de la lengua castellana), contiene la totalidad de las acepciones de que son capaces muchas de sus palabras. El vulgo (sentido amplio) ha creado en el correr de los siglos, y sigue creando, significaciones o interpretaciones que jamás han conocido o adoptado los hombres cultos autores de los léxicos; y por eso representan una riqueza superior a la atesorada en estos libros. Lo mismo que el vulgo han hecho muchos hombres cultos no filólogos.

Sin duda, la demostración numérica de lo que acabo de afirmar requiere años de investigación por todas las tierras en que se habla el castellano o se habló antes y ha dejado simientes más o menos disfrazadas por la lengua que vino a reemplazarlo. De hecho puede predecirse que

esa inmensa labor no puede ser realizada por un solo hombre. Una academia que lograse libertarse del fetichismo literario puramente culto o escogido, podría emprender esa tarea y terminarla, año tras año; pero siempre dejando la puerta abierta para nuevas adquisiciones que formarían, de tiempo en tiempo, suplementos sucesivos. Sin haber realizado esas investigaciones, toda negación sistemática de mi afirmación anterior, carecerá de fundamento.

Bueno será advertir la diferencia que separa el hecho de que parte mi tesis, del que corresponde a las palabras castellanas ya muertas y a los neologismos que cada época y cada ideología van creando forzosamente, casi por instinto intelectual que pugna por bautizar cada cosa y cada idea nuevas que aun carecen de voz que las nombre, y las incorpora así a la vida social de las realidades que van descubriendo la experiencia y la meditación. Mi tesis se refiere únicamente a las acepciones que han sido reconocidas a las palabras existentes y aceptadas por los diccionarios de cada período de vida nacional; aunque en los últimos de estos hayan sido despreciadas.

Para aclarar aún más el sentido de mi observación, daré un ejemplo concreto. La frase "si Dios quiere" es muy común entre nosotros. ¿Expresa la misma idea en los labios de todos los hombres que la pronuncian por rutina o por acto de fe? Seguramente, no. Lo corriente es que el "querer" de esa frase signifique la voluntad de Dios respecto de un acto o una aspiración individual; pero es indudable que existen otras acepciones resultantes de mirar la cuestión desde puntos de vista distintos de aquél, sin negar el hecho de la creación divina conforme a la cual se impone a todos los seres y, por lo tanto, significa, dentro del lenguaje humano, la sujeción de todos los hombres a la voluntad del creador expresada en la creación misma. No son posiciones iguales de nuestra inteligencia la que considera la acción de esa voluntad como una intervención casuística en ciertos hechos de la vida humana, individuo por individuo y para cada uno en forma variable, y la que ve esa intervención en la dependencia de nuestro vivir con respecto al cumplimiento igual y no interrumpido de las leyes que emanan de las condiciones fijadas para la

creación del ser humano, y que obran —podríamos decir— espontáneamente en cada ocasión, ya en favor ya en perjuicio de los deseos de aquel ser. Como este ejemplo, se podrían citar otros muchos.

Grupo aparte de voces castellanas es el formado por la variedad de la cultura de las distintas clases o capas sociales. Esta variedad se produce, por de contado, en todos los idiomas. Hace un siglo, Jorge Sand señaló una forma de ellas al escribir en su *Avant propos* de la novela *François le Champi*, el siguiente párrafo: "... c'est pour moi une cause de désespoir que d'être forcé d'écrire la langue de l'Académie, quand je sais beaucoup mieux une autre qui est si supérieure pour rendre tout un ordre d'émotions, de sentiments et des pensées". La novela citada fué, en la historia literaria de aquel autor, un ensayo o tentativa de emplear ese otro idioma para pintar un episodio de vida campesina francesa. Y nadie negará que *François le Champi* es uno de los libros más perfectos, en cuanto al decir francés, que existe en la literatura de ese pueblo. Una confrontación de él con la novela *Dominique* de Fromentin (otro modelo de buena prosa), proporcionaría observaciones muy interesantes para el tema de esta nota filológica.

EL DOCTOR ILUMINADO

CIENCIA Y AMANCIA

Por *Joaquín XIRAU*

DICE el Padre Juan de Mariana —lib. 15., cap. 4, de la "Historia de España"— de los escritos de Raimundo Lulio: "Cosa de grande maravilla, que persona tan ignorante de letras, que aun no sabía la lengua latina, sacase como sacó a luz más de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana, en que trata de cosas, así divinas como humanas; de suerte, empero, que apenas con indulgencia y trabajo los hombres muy doctos, pueden entender lo que pretende enseñar: tanto, que más parecen deslumbramientos y trampantojos con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas Artes o Ciencias" . Y añade, más adelante Feijóo, de quien es la cita: "De suerte que, hecho examen y análisis de la prolija información por la Arte luliana, resulta hallarse en ella mucho de estrépito, y casi nada más". Fácil sería multiplicar las citas despectivas. Para concluir baste recordar que la "Historia literaria de Francia" de Littré-Haureau se abstiene de entrar en el examen de su Arte porque "sería no menos superfluo que fastidioso" y que Prantl, el gran historiador de la Lógica occidental, tras de haberlo intentado y no con la mayor fortuna, pide perdón al lector.

"Grande maravilla" es, en efecto, que a pesar de su confesada "ignorancia en las letras", llegara a escribir, no veinte libros, como afirma Mariana, sino doscientos cuarenta y tres, contando sólo los conservados, que ya en vida mereciera el respeto de los más altos monarcas de la tierra y la veneración de religiosos y laicos y que, después de muerto, promoviera en el Renacimiento las más apa-

sionadas polémicas y las elucubraciones más arriesgadas y dejara en la tierra, desde entonces y para siempre, ideas germinales y proyectos de salvación humana de la más palpitante y perenne actualidad.

Difícil sería hallar una personalidad más famosa, más apasionante, que haya suscitado reacciones y comentarios tan contradictorios, merecido tan despectivos desdenes y tan fervorosas exaltaciones. La falta de un conocimiento preciso de su función en la historia de las ideas ha dado lugar a todas las fantasías y a todas las leyendas.[1] Tan contradictoria es su figura que, en el aspecto teológico y místico, tras haber sido condenadas quinientas (!) de sus proposiciones por el Papa Gregorio XI, fué propuesto para la santidad y solemnemente beatificado; y en lo que respecta a su Filosofía profana, dos pensadores de reconocida genialidad y de convicciones no ciertamente contrapuestas, como Descartes y Leibniz, han podido decir de él: el primero, que la mayor parte de sus "instrucciones" más bien sirven "para hablar, sin juicio de las cosas que se ignoran", que para conducir al conocimiento de la verdad, y el segundo, que su *Arte magna* es la genial iniciación de la idea de una Combinatoria y, por tanto, de todo el desarrollo de la lógica moderna.

FRENÉTICO y arrebatado—"alma de amor y de fuego"—, largo tiempo perdido en los limbos de la leyenda, al adquirir cuerpo y figura real y precisarse en los anales de la Historia, gracias a los esfuerzos de los eruditos, lejos de disolverse la leyenda en la realidad transfigúrase la realidad con la aureola de la leyenda. Su vida es la culminación del milagro. De ordinario la biografía de un hom-

[1] En el aspecto histórico y literario, la personalidad de Ramón Lull, hasta hace poco perdida en la nebulosa de la leyenda, ha sido magistralmente estudiada sobre todo por las Escuelas filosóficas de Barcelona y Palma. Antonio Rubió y Lluch, Jorge Rubió y Balaguer, Ramón d'Alós, Obrador Rosselló, Galmés, Durán y Reynals, etc.—, por Menéndez y Pelayo y la escuela de arabistas de Madrid—, Asín y Palacios, Julián Ribera... —En el aspecto filosófico, teológico y místico merecen especial consideración los estudios de Tomás y Joaquín Carreras y Artau, Longpré, Probst, Bové, Maura, etc.

bre se dibuja sobre la faz del mundo. Aquí, el mundo queda absorbido en la profundidad de un alma, que lo domina y lo trasciende, como un islote perdido en el horizonte infinito del Océano. Alma insular —hondero intrépido— "no tornó su piedra al mundo". Quedó el mundo prendido, por la trayectoria sutil de sus pensamientos, en el centro luminoso de las almas.

Nacido en Mallorca recién conquistada e incorporada a la universalidad de la conciencia cristiana, gracias al esfuerzo de Jaime I a cuyo servicio estuvo su padre, sueña, desde muy temprano, para el mundo entero una suerte análoga. Su vida es la trayectoria de este sueño. Al servicio de esta cruzada de redención universal pone su vida —su cuerpo y su alma, su pensamiento, su esfuerzo, su amor—, con arrebato inextinguible, hasta la muerte. Es la preformación encarnada de Don Quijote —¿no diríamos, mejor, que Don Quijote es su proyección tardía, desencarnada, espectral?—, Quijote de carne y huesos, incondicionalmente consagrado, con ademán caballeresco, al rescate de la Humanidad para la Ciudad de Dios.

La juventud le prodiga todos los deleites. Paje del rey de Cataluña, "senescal" del rey de Rosellón y de Mallorca, bello de alma y de cuerpo, vigoroso, extremado, "loco"... el mundo le brinda toda la riqueza de su pompa sensorial. "Loco fuí desde el comienzo hasta los treinta años". Ni el matrimonio ni la paternidad fueron bastante para templar su desenfreno ni para "huir de las obras y los hechos en que la lujuria lo ha corrompido y ensuciado"... No tarda empero en florecer el milagro. Voces del cielo interrumpen la elaboración de sus trovas profanas. Tras desvelos e insomnios, un día, de pronto, se le aparece Cristo clavado en la Cruz. La aparición se repite dos, tres hasta cinco veces. Desde aquel punto "el amigo echó de su cámara todas las cosas a fin de que en ella cupiera el Amado"... "Culpas y entuertos dejó al arrepentimiento y a la penitencia, deleites temporales dejó al menosprecio; a sus ojos dejó lágrimas y a su corazón suspiros y amores". El senescal del rey —enamorado, caballero y trovador— se convierte en caballero y trovador de Dios. Los amores del mundo se truecan en un único y arrebatado amor.

Una sed insaciable de consagración y de martirio arrastra su vida en un torbellino inextinguible. "El Amigo deseó todos los días vestiduras rojas". Ermitaño, peregrino, maestro, predicador, caballero andante de la fe... recorre todos los caminos, se acerca a todas las potestades, hace sentir su voz por todos los ámbitos de la tierra. Santiago, Montserrat, Roma, Andalucía, Francia, Inglaterra, Alemania, Argelia, Túnez, Chipre, Malta, Abisinia, Tartaria... se hacen familiares a su paso. En los senderos y en los bosques, en los mercados y en las plazas, entra en contacto con todos los estamentos y estados —pastores y cortesanos, frailes y mercaderes, prostitutas, juglares, señores y peregrinos, judíos, moros, gentiles, cristianos... Huésped de reyes y emperadores, se dirige a los más altos jerarcas de la tierra, increpa con enérgica reconvención a los Papas; enseña en las Universidades de más prestigio —Montpellier, la Sorbona—, hace sentir su voz en capítulos y concilios; discute con los más famosos filósofos, árabes y cristianos— con Homar en Túnez, con Ramón de Penyafort en Barcelona, con Duns Escoto, los averroístas latinos y Guillermo de Occam en París... En la montaña de Santa Genoveva la juventud estudiantil sigue apasionadamente las enseñanzas de Ramón "el de la barba florida".

Una idea le guía en todas sus andanzas: la salvación ecuménica mediante la depuración de la conciencia cristiana y la conversión de "todos" los infieles. Para lo primero formula una Utopía —la primera de las grandes Utopías que florecieron a partir del Renacimiento; para lo segundo proyecta la organización de una inmensa Cruzada. Es la clara preformación de la aspiración de los mejores en la España de los siglos XV y XVI —Luis Vives los Valdés, Victoria...

La idea de la Cruzada desfallecía en Europa tras una serie de desalentadores fracasos —el más reciente e impresionante fué para Lull el de su rey y protector Jaime I. La voz de Ramón se une al coro de todos los que aspiran a la renovación de la heroica epopeya. Traza incluso un plan de campaña tras un estudio minucioso de todas las posibilidades políticas y estratégicas. No fué sin embargo, ésta su originalidad. Lo peculiar y único, lo que le convierte —con

San Francisco— en claro precursor de la empresa misionera de España en el mundo —Motolinía, Vasco de Quiroga, Sahagún, Las Casas. . .— y más tarde, de la vocación de la ciencia misionera universal es la rápida maturación de una iluminación germinal ocurrida en el monte de Randa a raíz de su conversión. Merced a ella la cruzada guerrera pasa a un lugar secundario y llega incluso a serle indiferente y aun en ocasiones, hostil. La idea luliana —su única Idea— es la de convertir la Iglesia cristiana —previamente depurada— a una alta empresa misionera conducida y únicamente orientada por el intelecto y el amor.

De ahí que el término de todas sus correrías fuera siempre y con renovada insistencia la tierra de los infieles y principalmente los reinos musulmanes del norte de Africa; su punto de partida, y base de refacción espiritual Cataluña y especialmente la Corte de Montpellier —donde reinaba a la sazón el rey Jaime II su protector— y el solar de Mallorca —Randa, Miramar. . .—. Todo lo demás era auxiliar e instrumental. Era preciso templar el propio espíritu —de ahí los ermitajes y las peregrinaciones—; buscar, convencer y hallar el apoyo de los grandes de la tierra —de ahí sus insistentes visitas a príncipes y prelados, a reyes y papas— y reafirmar sus ideales y la seguridad de sus métodos mediante el contacto con los grandes centros de cultura universitaria y las personalidades más eminentes de la ciencia universal.

Sólo en España podía germinar semejante idea. El resto de Europa, acosada durante largo tiempo por las incursiones de los bárbaros y apenas segura de haber levantado el sitio secular vivía encerrada dentro de los muros de su castillo roquero, desconfiada y arisca. Fuera de su cerco era la Gentilidad —algo vago, exterior, remoto, desconocido, extravagante, hostil. En estas condiciones, una vez en posesión de sí misma y al germinar la idea de una posible unidad cristiana, no era posible pensar en otra cosa que en la guerra. Era preciso romper el sitio, organizar una milicia sagrada —las órdenes caballerescas—

conquistar por las armas el Santo sepulcro, reducir los gentiles a la fuerza implacable de la propia ley. Es el aspecto ideal de las Cruzadas —la más alta empresa de la Europa feudal.

En el mundo gentil no era todo, sin embargo, barbarie. La barbarie irrumpía en incesantes olas del Norte. En el Oriente y el Mediodía, remotas e ignoradas, dos grandes culturas florecían en el apogeo de su gloria. Mientras el Occidente se debatía en una lucha de vida o muerte, la esencia más pura de su tradición —la civilización greco-romana— era incorporada, asimilada y reelaborada por dos pueblos de la más delicada estirpe: los judíos y los árabes. Merced a ellos, las ideas y las creencias del viejo Imperio —de Constantinopla a Siria, de Damasco a Alejandría— a través del Norte de Africa, alcanzan su más alto florecimiento en el Califato de Córdoba. La cultura clásica da la vuelta al Mediterráneo. Por largo tiempo lo mejor de la cultura antigua se halla fuera del corazón de Europa.

España se convierte en el centro del gran crisol que arde en las cuencas del Mar latino. Abierta a los cuatro vientos del espíritu, en sus reinos se cruzan las tres grandes constelaciones de la cultura universal a la sazón en auge. Cristianos, árabes y judíos adquieren clara conciencia de su común ascendencia greco-romana y judaico-cristiana. Córdoba hace sentir todo el poder de su irradiación ecuménica. Averroes, Maimónides. . . afirman su personalidad henchida de presagios.

Las necesidades de una larga convivencia aciertan a crear hábitos de liberalidad y de democracia. En determinados momentos en todos los reinos —cristianos y mahometanos— se reconoce la más amplia libertad espiritual y religiosa y la igualdad jurídica y social entre los miembros de las diversas creencias. Las circunstancias de la vida fronteriza atenúan las condiciones de la organización feudal o aun borran lo más esencial de su fisonomía. No es extraño que en las plazas públicas se levanten púlpitos para elevar a estilo las polémicas de la vida cotidiana. El contacto personal, la conversación y la discusión, acercan los hombres a los hombres y tienden a borrar el abismo en-

tre las religiones y los pueblos. Así, en Barcelona y en plena Cristiandad, pudo florecer libremente el espíritu judío en la personalidad del filósofo Gresques. No era raro ni inaudito que, en la discusión surgiera la luz y que, por vía pacífica, se realizaran a diario conversiones. Recuérdese el caso peregrino de Anselmo de Turmeda. Mahomet el Ricoti obtiene del príncipe Alfonso la autorización para fundar en Murcia una escuela donde colaboran, en libre convivencia, castellanos, judíos y moros y donde se emplean de consuno los idiomas árabe, hebreo, latín y castellano. En posesión de la realeza, Alfonso el sabio funda más tarde en Toledo la denominada "escuela alfonsina" donde se renuevan las glorias que un siglo antes alcanzara la escuela de traductores de Don Raimundo. En el palacio real de la ciudad de Toledo colaboran en íntima amistad los sabios más destacados de todos los reinos. En la corte barcelonesa el rey Jaime I tiene como secretario privado al destacado judío Jahuda Bonsenyor.

En España y gracias a la labor de las escuelas de traductores de Cataluña y de Toledo se abren las puertas de Europa y se inicia la evolución espiritual que, pasando por París y Oxford —Santo Tomás, Duns Escoto—, a través de dos siglos, conduce finalmente al Renacimiento.

La experiencia de aquel trato, generoso y abierto, desprendido y liberal, alcanzó su punto culminante en la isla de Mallorca, recién incorporada a la comunidad cristiana. La convivencia entre árabes, judíos y cristianos se hace allí más estrecha y más indispensable que en parte alguna. La inminencia de las costas andaluzas y africanas proyecta sobre ella el resplandor del Islam. Situada en el centro del crisol mediterráneo, la posibilidad de una cruzada espiritual que, elevando a empresa universal las discusiones que a diario se sostenían en todas las ciudades de España, incluyera en la conciencia cristiana, mediante el convencimiento y el amor, a todos los reinos excluídos de la gracia, se hallaba en ella preformada.

Abrirse sin reserva al mundo e impregnar el mundo, mediante la propia entrega, de las más puras esencias del espíritu cristiano. He ahí la idea de Ramón Lull. No otra será la aspiración suprema de los pensadores adscritos a la *Philosophia Christi* que informaron la más ínti-

ma inspiración de la expansión española de los siglos xv y xvi y la de los más destacados misioneros de América.

En Mallorca, ermitaño en el monte de Randa, germina la idea en el alma de Ramón "lo foll". No basta el afán. Es preciso un instrumento seguro. Dios es amor. Por amor crea el mundo mediante el Verbo. Y el Verbo es el logos, la Razón. Toda la Filosofía de Ramón Lull nace de aquel afán, obedece a aquella necesidad y descansa en esta convicción. De ahí la idea de los dos grandes Arboles —el Arbol de conocimiento y el Arbol de amor—, de las dos grandes disciplinas —Ciencia y Amancia—, y de la urgencia de crear un instrumento para dominar "con arte" todas sus articulaciones desde la raíz hasta las flores y frutos. En posesión de un alma ardiente, sembrada con las simientes de la luz divina, es preciso afinar el instrumento, articular con precisión minuciosa una lógica del amor y una lógica del intelecto.[2] Si lo logramos se iluminarán ante nosotros todas las escalas que conducen a Dios y tendremos a mano el método indispensable para demostrar las articulaciones esenciales del mundo y las relaciones del mundo con Dios y de Dios con el mundo. Sólo faltará manejarlo con fervor y "coraje" para levantar el mundo en vilo a la comunión de la gracia. De ahí el afán jamás abandonado de escribir "el mejor libro del mundo", la idea obsesionada del *Arte magna* y de todas las innumerables "artes" mayores y menores que la preparan o le sirven de complemento.[3]

SERÍA una insensatez afirmar que la Edad media no es cristiana. El espíritu medieval es, acaso, la más perfecta encarnación del cristianismo militante. No lo es tanto pensar que la filosofía medieval no es "todavía" una filosofía enteramente cristiana. Desde hace algún tiempo se tiene por averiguado —gracias sobre todo a las investigaciones de la escuela de medievalistas de París— que el

[2] La Simetría luliana era triple, en relación con las tres facultades del alma —memoria, entendimiento y voluntad—. Pero el arte y el árbol memorativos sólo fueron esbozados.

[3] "Coraje" es para Ramón Lull casi lo mismo que amor o fervor. Pero presta al concepto un matiz peculiar.

pensamiento moderno empieza mucho antes de lo que generalmente se había imaginado. Ya desde el siglo XIII —Santo Tomás , Duns Escoto, el Dante. . .— aparecen los gérmenes y las ideas que conducen a él. Pero, a nuestro entender, el problema es mucho más grave. Hasta aquel momento la Filosofía cristiana había vivido pacientemente envuelta en los restos de la ideología pagana. Entre el espíritu cristiano y el manto que la abrigaba hay un conflicto, acaso irreductible, no percibido en toda su gravedad. Lo sintió en lo más íntimo San Agustín —*virtutes paganorum, splendida vitia*— y con él, los mejores entre los Padres de la Iglesia. De ahí la lucha entre los clasicistas platónicos y los místicos irracionalistas— San Clemente, Tertuliano. . .—. Poco a poco, gracias a ciertos aspectos del pensamiento agustiniano se llega a un acoplamiento confortable. El espíritu cristiano hace las paces con la Razón helénica.

En el siglo XIII, al entrar en contacto directo con el pensamiento antiguo por la presencia de los grandes pensadores cordobeses se percibe de nuevo en toda su magnitud la raíz del grave escándalo. Es el choque de la mentalidad griega —lógica y geométrica— con el espíritu amoroso del alma evangélica. Santo Tomás —lleno de moderación, de ecuanimidad, de parsimonia— es el supremo intento de reconciliación.

El conflicto es, sin embargo, grave. El logos griego es intemporal, eterno. El tiempo se reabsorbe en la eterna presencia. La estructura de las ideas o de las formas es perennemente idéntica a sí misma. Y es, en su presencia eterna, claridad, separación, exterioridad. Es un mundo natural, exterior, escultural o arquitectónico.

El mundo cristiano es interioridad y amor, actividad, movimiento, fervor, afán. . . En su centro se halla la temporalidad y la historia. Lo fundamental —la verdadera realidad— se revela en la Historia sagrada que se desarrolla en un proceso que va de Dios al hombre para ascender de nuevo desde el hombre a Dios. La Historia intemporal de Dios se refleja en la historia dramática del hombre. Dios crea el mundo por amor. La caída del hombre escinde el mundo y abre ante sus ojos el abismo del bien y del mal. Para redimir al hombre y al mundo baja Dios

al mundo en la figura de su Hijo encarnado. Con ello recobra el mundo la posibilidad de la gracia y se organiza en el cuerpo ingente de la Ciudad militante que aspira y es capaz de conseguir el triunfo final. Es la Ciudad de Dios.

En esta historia sacra que va de Dios al hombre y retorna del hombre a Dios la naturaleza pierde su autonomía y la perennidad de sus leyes necesarias. El mundo griego era un mundo natural. La Naturaleza era su modelo ingente; la naturaleza y el hombre en su realidad natural y racional. En el mundo cristiano desaparece la Naturaleza y el hombre natural. La naturaleza pasa a ser un momento transitorio, un islote perdido en el Océano de lo sobrenatural. La realidad es espiritual: Dios es espíritu y, en tanto que espíritu, amor. El mundo, escenario de la tragedia humana y divina, es, al mismo tiempo revelación y presencia de Dios.

Nada más alejado del racionalismo helénico. A la claridad de las ideas se opone la reverberación del misterio, al cálculo matemático la inspiración profética, a las articulaciones necesarias de la razón la certidumbre inconmovible de la fe.

En la raíz originaria del tronco cristiano se halla sin embargo ya inscrita la primera palabra conciliadora. Conciliación y paradoja. Dios es amor. Pero en lo más íntimo de su naturaleza personal alienta el Verbo. Por la abundancia rebosante de su amor crea Dios el mundo. Pero el instrumento de su obra es el espíritu racional. Las ideas platónicas se convierten en el instrumento de la creación por amor. Su estructura luminosa queda impresa en la faz del mundo. Y en el interior del hombre habita la verdad. De ahí la interpretación franciscana. El mundo no tiene sentido por sí mismo. Pero lo adquiere en tanto que en él se nos revela la faz de Dios. En dos formas se revela Dios al hombre: mediante el Libro —la Biblia— que es un mundo y mediante el mundo que es un libro. No hay más que aprestarse a interpretar su lenguaje enigmático para hallar en uno y otro las huellas indelebles del espíritu de Dios. Mediante el amor y el logos, impreso en la fábrica del mundo y en el espíritu del hombre, el hombre absorbe en su alma el mundo, lo ilumina, perfora

su masa opaca, lo trasciende y a través del mundo, tendido a sus pies, halla en la cumbre de todas las "escalas" la presencia luminosa de Dios. Florece el Arbol de Porfirio. De ahí la tarea coadyuvante de la Filosofía y de la Mística. Géneros y especies, categorías y símbolos, llevan, por caminos distintos pero convergentes, a la corona suprema de la sabiduría teológica.

La empresa luliana aparece a esta luz, clara. Es a primera vista desconcertante que en la misma persona y en la unidad de una misma evolución personal hallemos al místico y al racionalista. Dentro de los límites de la moderación habitual no es ello precisamente insólito. No hay más que recordar a algunos de los más conspicuos entre la falange franciscana. Lo extraordinario en Ramón Lull es el radicalismo, la exasperación, con que intenta proceder en una y otra dirección. Es sorprendente en un espíritu de afán tan coherente y tan unitariamente polarizado. La explicación aparece, sin embargo, transparente, si no se pierde de vista su afán obsesionado y la incondicional entrega con que se consagra a él. Es la idea misionera de salvación universal. La dualidad de vías adquiere organización y sentido en la raíz vital que le presta aliento y forma. Para convertir a los infieles es preciso llegar a Dios y llevar la presencia divina a todos los jirones desgarrados de la Humanidad ecuménica. Para los que se encuentran en el "huerto cerrado" de la gracia, basta el camino del amor. El intelecto puede, a lo sumo, esclarecerlo. Para los que permanecen fuera de él, sin prescindir del amor, antes llevándolo a su más fervorosa expresión, es preciso acudir al rigor de la demostración lógica. Sólo las "razones necesarias" pueden conducirlo sin vacilación a la verdad y a la fe. No se olvide que Dios es también logos —Verbo, luz— y que el logos tiene fuerza constructiva. Nada puede oponerse a la fuerza de sus razones. Para el cristiano bastan el Arte y los Arboles de amor. Para los infieles, sin dejar de acudir a ellos, es preciso descubrir un Arte de invención y de demostración lógica y organizar el gran Arbol de la ciencia en todas

las ramificaciones de su sólido tronco. En el primer caso es el logos instrumento del amor. En el segundo, su motor y su lumbre ardiente. Es preciso acercarse a los gentiles con amor tal que no vacile ante el martirio. Traídos a la comunidad del diálogo es necesario inventar un instrumento —un Arte— que haga del Cristianismo una fuerza irresistible de constricción racional. Es preciso demostrar todos los dogmas por "razones necesarias", incluso los que a primera vista más alejados parecen de la luz de la razón —la Trinidad, la Encarnación del Verbo, la Inmaculada Concepción de la Virgen.

¿Cómo racionalizar en tal forma el contenido de la fe que resulte irresistible aun para aquellos que no la poseen?

Tal es el principio rector de todas las Artes e instrumentos y el del *Arte magna* que los resume y los corona. Dios es Razón. El hombre lleva en la mente impresa la razón divina. El mundo —creación de Dios— tiene en su raíz las articulaciones necesarias de la razón. Dadas estas premisas la solución del magno problema resulta sin más de la naturaleza de las cosas. Para llevar el hombre a Dios no habrá más que buscar y precisar las simientes de verdad que se hallen en la mente de Dios, en el espíritu del hombre y en las raíces del árbol cósmico. Estas simientes son esencias, ideas o formas —en el sentido platónico. En esto Ramón Lull es de un realismo radical. Es preciso destacar las ideas primitivas —las "dignidades"—, principio de toda posible combinación y descubrir las leyes de sus combinaciones posibles y necesarias. En posesión de ambas cosas —las ideas simientes y las leyes de su posible combinación— tendremos en principio la clave del mundo y de las relaciones necesarias del mundo con Dios. Mediante una técnica adecuada nos hallaremos en condiciones de realizar todas las combinaciones posibles y de deducir, en el entrecruce de ellas, todos los mundos posibles y, entre ellos el real, pues el mundo real es evidentemente uno de los mundos posibles. Es la idea de la Combinatoria. En su arquitectura íntima encontraremos la anhelada "escala" que nos permita ascender, por razón necesaria, a la fuente de toda Razón y descender desde ella a sus infinitas ramificaciones. Y esta lógica

no será sólo demostrativa —como la de las *Sumulas* de Pedro Hispano— sino también inventiva; no nos permitirá sólo declarar y esclarecer el contenido de la fe sino también descubrir lo ignorado o incógnito.

No otra será en pleno siglo XVII la idea leibniziana de la *Machina combinatoria sive analitica* y de la Característica universal que debían servir, según Leibniz, de *Instrumentum algebraicum* para la reducción de todas las ecuaciones. Leibniz declara de modo explícito y repetido su fuente luliana. Tal es el origen de la lógica algorítmica contemporánea. Una y otras se inspiran en un principio de universal racionalización. La única diferencia entre ellos es que en Ramón Lull y aun en Leibniz, la arquitectura lógica descansa en una estructura metafísica —en nuestro caso la ontología platónico-agustiniana de la tradición franciscana— y es en Lulio instrumento de conversión y de salvación, mientras que entre la mayoría de los modernos —decapitado el mundo de su corona divina— el instrumento lógico queda flotando en el aire a riesgo de disolver la razón en la sinrazón y es instrumento de dominio del mundo mediante la física y la mecánica. Al servicio de Dios o al servicio del mundo el pensamiento es en lo substancial el mismo: una lógica universal e inventiva capaz de reducir todas las cosas a los cánones de la razón.[4]

El gran problema de la Filosofía cristiana —el problema de nuestros días— fué y sigue siendo la conciliación de sus dos grandes principios fundamentales, el Verbo y el Amor, el Hijo y el Espíritu. No importa que se dé a estos principios un sentido literal acorde con la dogmática o un sentido simbólico y meramente metafísico. Es la oposición entre la luz que ilumina las tinieblas y la fuerza creadora o destructora —fáustica o mefistofélica— amorosa o demoníaca. En un principio era el Verbo. Pero Dios es Amor. Y es Poder. Leibniz nos hablará de una Razón creadora —el mundo es el cálculo de Dios. De ahí el racionalismo y la fe ilusionada en el progreso racional. Pascal —entre el abismo de los dos infinitos que dan al hombre la medida de su grandeza y de su miseria— bus-

[4] Vid., el libro *Ramon Lull,* de próxima publicación.

ca, en lo más profundo del alma humana, razones del corazón que la razón no puede comprender— no se olvide la decisiva influencia de Ramón Martí, otro catalán contemporáneo de Lull, en la apologética pascaliana. La razón busca a Dios. El espíritu místico trata de proveerse de "razones" —es la idea de la Amancia—. Tal es, a la par —a través de Rousseau— el origen de la dialéctica romántica fundada en una lógica de las contradicciones y el de la Filosofía existencial de Kierkegaard y de Unamuno, de tan amplias repercusiones en la conciencia contemporánea. El problema del destino del hombre, del sentido de la historia y la cultura humana, que se halla en el centro de las preocupaciones actuales, no es sino la última y más radical manifestación de la oposición originaria entre la fuerza propulsiva —divina o diabólica— y la validez de las normas luminosas del Verbo, que con tan extremada intensidad gobernaron la vida y la obra de Ramón Lull. De ahí el carácter ardiente, exasperado, extremado, de una y otra.

No hay que insistir en el carácter ingenuo y aun pueril de muchos aspectos del Arte luliana. En su conformación intervienen todos los artificios del Arte adivinatoria más otros muchos que le prestan la fogosidad de su imaginación primaveral —formas geométricas, cuadrados, círculos, triángulos, artificios simbólicos, colores. . .— En el centro de su encanto germinal arde la chispa del genio.

En posesión del instrumento no tendremos más que poner a su servicio los poderes de consagración derivados del Arbol simbólico de amor y de su estilización artística. Los infieles podrán ser traídos mediante razones necesarias, a la verdad de los misterios cristianos. Es la obsesión de Ramón "lo foll". Toda su vida y toda su obra arden en su llama.

El *Arbol de Filosofía de amor*, el *Libro de contemplación, Los cien nombres de Dios*, el *Arte amativa*, el *Libro del Amigo y el amado*, los poemas místicos. . . su apostolado y su martirio, tienen su raíz en la convicción franciscana de la potencia creadora suprema del amor.

El *Arte inventiva,* la *Logica nova,* el *Arbol* de *Ciencia,* el *Arte demostrativa,* el *Libro del ascenso y del descenso del entendimiento*... las continuas disquisiciones dialécticas diseminadas en sus obras, descansan en la convicción de que, al servicio del amor o impulsado por su fuerza, la potencia de la razón no tiene límites.

En su mística y en su lógica es evidente la influencia arábiga. En ella se baña en virtud de su actividad fronteriza y polémica. Su última inspiración es, sin embargo, cristiana y franciscana. En su racionalismo influye poderosamente la situación del mundo musulmán y muy especialmente la convicción —fundada en una experiencia cierta— de que el Islam ha perdido la confianza de su fe y necesita hacerla descansar en razones necesarias. En aquella crisis del Islam —certeramente vista por Ramón Lull— tiene su último fundamento la ulterior expansión del racionalismo a partir de las discusiones con los averroístas latinos de París en la cual fué Ramón uno de los héroes singulares. Esta convicción, sentida con vivacidad merced a las discusiones personales con los filósofos musulmanes contemporáneos, es para él aliciente y acicate. Sin embargo, la raíz y la fuente de su racionalismo se encuentra en la tradición platónica cristiana que remonta a San Agustín.

El carácter instrumental, al servicio de la vida y de la salvación personal y ecuménica, que atribuyó siempre a sus libros y en particular a las grandes Artes y Arboles— explica el amor fervoroso que les profesaba. Consigo los llevó siempre. Con él viajaron y naufragaron. Con exquisita predilección los cita y les atribuye un destino al formular su testamento. En una crisis suprema de su vida, puesto a elegir entre la salvación de los libros y su propia condenación eterna o el sacrificio de aquéllos y la posibilidad de su propia salvación, opta sin vacilar por la primera alternativa. No son la obra erudita de un sabio. Son el instrumento indispensable y único para la salvación del hombre.

No basta, empero, la posesión del instrumento. Para dotarlo de eficacia es preciso galvanizar una falange apostólica que lo ponga a su servicio bajo la dirección de la más



Ramón Lull.



El Arbol de Ciencia. (Barcelona 1505).

alta autoridad terrestre. Y ello supone la organización de centros de formación intelectual y apostólica, colegios de misioneros orientados en las altas disciplinas del intelecto y del amor. La fundación de Miramar —en uno de los lugares más bellos de la tierra— es el primer fruto de su vocación. Bajo la alta protección de Jaime II de Mallorca y de Rodolfo de Absburgo —el Emperador del Blanquerna— allí se retira con doce compañeros, a ejemplo de los doce apóstoles de Jesús.[5] Cabe una fuente —la fuente eterna de los apólogos lulianos— "entre la vinya i el fenollar" —se inicia la severa disciplina. Bajo los pies, el abismo. Ante los ojos, la inmensidad azul en que se funden cielo y mar. En el límite inmediato los pinos —"los pinos, hermanos en tierra y ambiente"— y la silueta, grávida de pensamientos y de esfuerzos, de los olivos centenarios. En todos los libros de Lull murmuran frondas. Símbolo supremo de su pensamiento es el árbol.

Por motivos que se ignoran, el Colegio de Miramar desaparece tras breve existencia no sin que de él hubiera salido una generación de misioneros. Con el regido en Barcelona por Ramón Martí, fué la primera escuela de lenguas orientales de Europa.

Ramón Lull carecía de armas eficaces para la propagación de la fe. Ya en su juventud, esta preocupación le llevó a asociarse un muchacho moro que le enseñara la lengua arábiga. La idea cunde en la fundación de Miramar. Fracasada ésta con enconada persistencia logra más tarde del papa que se instituyan cátedras de lenguas orientales en las universidades de Salamanca, Oxford, París y Bolonia y consigue que el concilio de Vienne—al cual acude personalmente a pie— acceda a la de múltiples centros de índole análoga en todos los países cristianos. La Universidad de Alcalá, fundada por el cardenal Cisneros, será la consagración definitiva de aquel designio germinal. También en ella el estudio de las lenguas orientales y clásicas estará al servicio de la formación de una selección sacerdotal y misionera. En Miramar se encuentra el germen del

5 También los compañeros de Motolinía —la primera misión americana— fueron doce, bajo el mismo símbolo.

Instituto *de Propaganda fidei*, de la ciencia de las misiones y de la organización universal de la acción misionera.

"MUCHAS veces, durante mi estancia en Roma, estuve delante del altar del bienaventurado San Pedro: lo vi muy adornado y tachonado con gran profusión de luces y vi al Señor Papa, asistido de muchos cardenales, celebrar misa de pontificial y vi un coro sonoro celebrando en alta voz las glorias de Nuestro Señor Jesucristo. Pero hay otro altar, que es el ejemplar prototípico de todos los altares y cuando lo vi, delante de él ardían sólo dos lámparas y una de ellas estaba rota".

El contraste entre la magnificencia de la Corte pontifical, símbolo de la Iglesia terrena y la extraordinaria pobreza del Sepulcro de Cristo, símbolo del Cristianismo eterno, enciende la más ardiente indignación en el alma de Ramón "el mentecato". Insinúa, ruega, demanda, increpa... Con exasperada voz exige una reforma que salve de la degradación a la Iglesia militante y le otorgue la dignidad moral que es ya de por sí persuasión y ejemplo. Es necesaria y urgente una reforma interior de la Iglesia en todas sus jerarquías y grados. Sólo mediante ella será posible proyectar el resplandor de su cuerpo sacro sobre la inmensidad del mundo y construir sobre la tierra una verdadera y única Cristiandad. De ahí la gran Utopía. La organización impuesta por Blanquerna —elegido Papa— da una idea precisa de los ideales que la animaban. No se hallan muy alejados de los programas propuestos al Emperador Carlos V por Luis Vives, Juan y Manuel Valdés o Francisco de Victoria. Es el anuncio de todas las Utopías del Renacimiento. En ella es Ramón Lull el primer navegante de altura. En la organización de la Humanidad futura se halla claramente formulada la idea de un organismo universal de naciones libres y la del arbitraje internacional obligatorio.

MARAVILLA la impetuosa resolución, ingenua y heroica, con que lanza su cuerpo y su alma a la consecución de sus dos grandes propósitos: la reforma interior de la Igle-

sia y la conquista de los infieles por el intelecto y el amor. En nombre de los infieles —sarracenos, judíos, griegos, mongoles, tártaros, búlgaros, húngaros, heterodoxos rusos, girovinos, comenios y georgianos— saluda a la Virgen. "Todos ellos y muchos más infieles te saludan por ministerio mío, cuyo procurador soy". "Estos infieles, por quienes yo te saludo, tienen ignorancia de tu salvación y del honor que Dios te ha dado. Hombres son. Semejantes naturaleza y figura tienen que tu Hijo a quien tanto amas y por quien tanto eres amada y honrada... Boca tienen con que te sabrían loar si te conociesen, corazón tienen con que te podrían servir, pies tienen con los cuales podrían caminar por tus caminos. Digna eres de que por todas las gentes y en todas las tierras seas conocida servida, amada, loada. Salúdante. Ayuda y gracia y bendición pídente por mí".

Tras una lucha incansable para conseguir la incorporación de una Cristiandad, depurada y segura de sí misma, a los designios de la nueva cruzada, con fe inconmovible, troquelada en la dureza de las pruebas adversas, desoído por los grandes de la tierra, más atentos a la gloria temporal que a la insistente llamada de los destinos eternos, exasperado, al fin, se decide a emprender por sí mismo, firme y solitario, la empresa suprema de sus sueños. Los desprecios y las burlas, lejos de desalentarle son acicate para una más enérgica resolución. A ellos responde siempre con renovados viajes a las tierras de infieles. Cada viaje es un fracaso. En cada fracaso halla el aliento para una nueva esperanza. Acompañado por sus amados libros, animado por la certeza de su doctrina, discute con reyes, filósofos y sabios, se interna en los desiertos, se pierde entre la multitud abigarrada de las plazas y los mercados. A altos y bajos hace oír su voz persuasiva y penetrante. Sufre persecuciones. Es expulsado, escarnecido, azotado, encarcelado.

Acude al peligro con atracción irresistible. Al aliciente de la conversión se une el incitante del martirio. "Rojas vestiduras" aspira a vestir. Viejo y "desconsolado", ante la sordidez de los más altos jerarcas, a los ochenta y dos años de edad, tras una visita de ternura a su mujer y sus

hijos y una corta residencia en Mallorca, emprende su último viaje a tierras de Africa. El pueblo de Mallorca le otorga una despedida apoteósica. . . En la ciudad de Bujía, la leyenda y la historia le aureolan con la corona del martirio. El éxito de su palabra convincente promueve la ira popular. Es perseguido, acorralado y lapidado. Unos marinos genoveses recogen su cuerpo moribundo y píamente depositan sus restos en la tierra y que lo vió nacer.

CONOCIDA su vida andariega y frenética, asombra el volumen de su obra escrita y la inaudita riqueza de su vena. En torno al eje de su Idea emerge en ella un mundo. La rica proliferación de su riqueza tiene una estructura lógica subyacente y culmina en una aureola lírica. Entre el rigor lógico y metafísico —árido y seco— que nos proporciona aquélla y la rica floración mística en que se derrama ésta se despliega la inmensa abundancia de una serie de narraciones novelescas o autobiográficas —el *Libro del gentil y de los tres sabios*, el *Libro del Orden de la Caballería*, el *Blanquerna*, el *Felix ó de las Maravillas del Mundo*—, en las cuales, tras el apólogo y la alegoría, se dibujan aparecen y desaparecen, en una rapsodia cromática y sonora, todos los reinos de la tierra y todas las jerarquías del cielo. Difícilmente hallaríamos en parte alguna una representación más animada, más rica y vivaz, del mundo medieval, con todos sus intereses y sus miserias terrenales y todas sus aspiraciones eternas. La estructura de la Cristiandad —artesanos, campesinos, pastores, peregrinos, frailes, cardenales, reyes, emperadores. . .— se destaca sobre la profundidad de un mundo que se pierde en los horizontes de la más remota lejanía. En todo resplandece la rica experiencia humana del peregrino infatigable. En la descripción de la humanidad perdida en las profundidades del continente africano sólo tiene parangón en los relatos asiáticos de Marco Polo.

Ramón Lull escribió en catalán, en arábigo y latín vulgar. En la sabrosa maturación de su estilo alcanza el catalán su acuñación literaria definitiva. Suele decirse que Descartes fué el primero en verter los conceptos filosó-

ficos y científicos en idioma moderno. Lo cierto es que cuatro siglos antes Ramón Lull escribió en su romance materno sus más sutiles disquisiciones lógicas y metafísicas... En la poesía lírica —en el *Desconort*, en el *Cant de Ramón*, en el *Diálogo del Amic i l'Amat*...— aquél alcanza una elevación sólo igualada por Ausias March. La ternura y la honda desolación de los primeros se sublima en la refinada sutileza de los diálogos de amor. En su aliento místico confluyen —por el fondo y por la forma— el vigor espiritual de la tradición franciscana y la romántica ensoñación de la mística arábiga. Y es manantial perenne de inspiración para la mística castellana de los mejores tiempos.

CABALLERO de Utopía, místico de la razón, sutil raciocinador de los más íntimos secretos del amor y del "coraje", da los primeros fundamentos de una ciencia del corazón —la Amancia—, esboza las ideas esenciales de una Lógica universal que preste sentido y unidad a la Enciclopedia de las ciencias, formula con precisión la aspiración a la paz universal mediante la constitución de un organismo universal de las naciones y la implantación del arbitraje obligatorio sometido a la decisión de una autoridad internacional; lucha con la incomprensión, se debate contra los grandes de la tierra, da generosamente la vida por el ideal... Evidentemente su aventura loca —en el pensamiento y en la acción— conserva hoy el frescor y el riesgo de los más aventurados afanes. Y es nervio perenne de toda auténtica aventura.

CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DE LA FISICA MODERNA

Por *Marceau PIVERT*
Secretario del Instituto Francés de América Latina.

A LA ENTRADA de los Jardines de Akademos donde enseñaba el divino Platón la sabiduría a los hombres hace veinticuatro siglos, podía leerse el aviso siguiente: "No pase nadie que no sea geómetra".

Entonces se consideraban las matemáticas, ciencias exactas por abstractas, llave del conocimiento del Universo; y el Universo mismo, una especie de ser viviente superior del que Dios, eterno geómetra, era el Alma. La geometría encaminaba, pues, a la filosofía que franqueaba las vías de la suprema felicidad...

Nos encontramos nosotros, tal vez, en una época en la que empiezan a vislumbrarse los términos de un aviso algo distinto: En el pórtico de los futuros jardines de Akademos, que no dejará de reconstruir una humanidad liberada y calmada, es probable que se pueda leer: "No pase nadie que no sea físico". Queremos decir que la Física moderna, considerada como el conjunto de las disciplinas experimentales aplicadas a la materia, a la energía, dicho de otra manera, a los corpúsculos y radiaciones, es decir al universo físico, ha ocupado hoy un lugar tal en el conjunto de los conocimientos humanos que parece dominar la encrucijada que abre los caminos hacia todas las demás ciencias, y, sin duda, hacia la filosofía misma.

De seguro van a evocarse inmediatamente las prodigiosas aplicaciones que, por sí solas, han trastornado literalmente, en el transcurso del siglo pasado, las condiciones de existencia de los individuos, y acelerado el ritmo de transformación de las sociedades en grado mucho mayor que los cincuenta siglos precedentes. Este aspecto de las cosas

no deja de ser, en verdad impresionante. Retrocedamos por un momento al año 1844: empiezan a construirse las primeras grandes locomotoras, las primeras dínamos, los primeros motores eléctricos, las primeras máquinas de coser, las primeras grandes turbinas, los primeros martillos pilones de gran potencia, las primeras máquinas fotográficas, las primeras hélices, las primeras lámparas de arco para el alumbrado público... etc. El mismo año de 1844, Morse, pintor especializado en retratos, después de pasarse lo mejor de su vida en busca de alguien que creyera en la posibilidad del telégrafo, transmitía sus primeros mensajes desde Baltimore a Washington... Por lo que hace a la parte teórica, hubiera podido encontrarse ya en las *Reflexiones sobre la potencia motora del fuego,* del genial Sadi Carnot, escritas veinte años antes, donde se hallan las concepciones fundamentales de la termodinámica, e incluso toda la energética moderna. Ese texto penetrante merece que se le haga justicia: "El calor no es sino la potencia motriz, o, mejor dicho, el movimiento que ha variado de forma. Es un movimiento en las partículas de los cuerpos. Dondequiera que exista destrucción de potencia motriz, existe al mismo tiempo producción de calor en cantidad precisamente proporcional a la cantidad de potencia motriz destruída. A la inversa: dondequiera que haya destrucción de calor, hay potencia motriz. Puede, pues, deducirse, como tesis general, que la potencia motriz existe en cantidad invariable en la naturaleza, que jamás se destruye ni se crea; cambia de forma, es decir: origina tan pronto una clase de movimiento como otra, pero jamás es consumida". Subrayemos que no existe un resultado teórico o experimental de la microfísica contemporánea que haya llegado a poner en duda estos dos principios de la conservación de la energía y de la conservación de la impulsión o cantidad de movimiento; al contrario, los resultados que se obtienen son controlados constantemente a la luz de estos dos principios fundamentales... Pero esas "reflexiones" todavía no significaban nada para los físicos de hace un siglo. Fué necesario esperar a 1878 para que se las tomase en consideración. Hacia el mismo tiempo, por lo demás, otras "reflexiones" del mismo géne-

ro corrían suerte semejante: las de Jules Robert Mayer sobre *Las fuerzas de la naturaleza animada*". Como este investigador manejaba con dificultad el lenguaje matemático, le rechazaron la inserción de sus trabajos en todas las revistas de física de su tiempo. Al fin le acogió la Revista de Química de Liebig, permitiéndonos ello considerarle hoy como un "redescubridor" del principio de la conservación de la energía.

Carnot y Mayer se habían adelantado cincuenta años, simplemente; pero, en estas últimas décadas, ¡qué cosecha más impresionante!: el teléfono, el fonógrafo, el cine, los rayos X, los motores de explosión, la radio, las locomotoras eléctricas, el alumbrado y la calefacción eléctricos, los hornos electrometalúrgicos, los motores Diesel, y, luego, la alta frecuencia, la lámpara amplificadora, la célula fotoeléctrica, la fotografía en la oscuridad, la telefotografía, la aviación, la televisión, el cine sonoro y en colores, la luminiscencia. . . etc. Sin mencionar las aterradoras aplicaciones de la física moderna a eso que se llama "el arte de la guerra": los proyectiles que superan la velocidad del sonido, los aviones-cohete que, atravesando las capas de la estratosfera, pasarán pronto de un continente a otro... En estos momentos están funcionando en muchos sitios esos detectores electromagnéticos que, desde tantos puestos de DCA (defensa contra aviones), emiten en dirección a los aviones enemigos, que llegan a una velocidad de 600 km. por hora, ondas tan veloces como la luz (300,000 Km./s.); las ondas chocan a 80 ó 100 km. del lugar con el casco de los aviones, se reflejan en él y regresan a apuntar automáticamente el tiro de los cañones antiaéreos en la dirección requerida. . .

Sin embargo estas aplicaciones, por importantes que sean, no son las que ofrecen más interés; el suyo es mucho menor que el que nos brindan los nuevos conceptos originarios de tan variadas conquistas. El Instituto francés de América Latina se propone hablar a un público cultivado de estos audaces conceptos con el fin de prepararle para escuchar, en cuanto sea posible, a los sabios franceses más ilustres. Hoy son más estimadas que nunca, como es bien sabido, las afinidades de cultura y la comunidad de las

necesidades y aspiraciones que unen a las "élites" intelectuales de nuestros países latinos.

Por lo que se refiere particularmente al dominio de la física, y aunque los progresos científicos sean el resultado de un esfuerzo internacional de libre investigación permanente, el Instituto procurará traer a México a Paul Langevin, uno de los iniciadores de las teorías relativistas; al profesor Luis de Broglie, fundador de la mecánica ondulatoria; a Federico e Irene Joliot-Curie, creadores de la radio-actividad artificial (diremos, de paso, que esta técnica reciente significa, por ejemplo, la posibilidad de fabricar el equivalente a 10,000 dólares de radio, *diarios,* bombardeando un poco de sodio con "deuterones")... Vale la pena añadir que el prestigio de estos sabios no es exclusivamente científico sino también de orden cívico, porque son personas que han permanecido fieles a las enseñanzas del gran Henri Poincaré quien, hace ahora cuarenta años, repetía a los estudiantes parisienses la siguiente recomendación: *El sabio no debe olvidar jamás que no es sino una parte de un gran todo que le desborda infinitamente, y que el amor y la curiosidad hacia ese inmenso todo deben ser los únicos impulsos de su actividad.*

¿Qué lugar corresponde, pues, a la física moderna dentro de ese "gran todo"? ¿Puede la física justificar la orgullosa primacía que no hemos dudado en atribuirle más arriba? Vamos a intentar definirla insistiendo sobre todo en las cuestiones de método y en las concepciones generales que encierran una resonancia filosófica indiscutible. No necesitamos subrayar extensamente las aportaciones de la física moderna a las demás disciplinas experimentales: el químico, al conocer mejor las estructuras intra-atómicas, comprende mejor las propiedades de las moléculas, sus afinidades, su estabilidad, su valencia, que dependen de la distribución de las cargas eléctricas; mejora la técnica de reacciones y de "demoliciones' como ese *cracking* de las moléculas pesadas de carburos de hidrógeno (que forman los petróleos) que permite triplicar el valor del empleo de los productos naturales; el análisis químico se ve, por otra parte, infinitamente superado en precisión y rapidez por el famoso microscopio electrónico, mediante el cual, en

unos minutos, es posible desentrañar la composición química de una partícula de una millonésima de milmillonésima de gramo (1/1.000.000.000.000,000); de ahí los servicios prestados por el físico al biólogo, que ha podido desarrollar toda una serie de nuevas investigaciones electrónicas sobre el cáncer, la fiebre amarilla, la parálisis infantil... etc.; o sobre el mecanismo de las síntesis orgánicas efectuadas por mediación de la clorofilia gracias a las radiaciones ultravioletas procedentes del sol; o del metabolismo de los elementos absorbidos por un ser vivo: por ejemplo, después de alimentar a un individuo con productos fosfatados cuyo fósforo se ha hecho radioactivo por el método de los Joliot-Curie, se ha podido seguir el trayecto del fósforo aludido que, en cinco días, se alojó, en una proporción de 62%, en los huesos del esqueleto... Pero las ciencias abstractas nos revelan correlaciones o incluso perturbaciones todavía más significativas: toda la jerarquía clásica de las ciencias resulta afectada: la mecánica y la geometría tienen que ceder el paso a la física; la astronomía misma se convierte en un nuevo capítulo de ella.

Podemos percibir aquí la distancia que separa a los geómetras de Akademos del creador de la geometría analítica, Descartes. Entre los griegos no encontramos, en absoluto, verdaderos físicos, porque su preocupación dominante estribaba en describir, para clasificarlas después, cualidades sensibles o figuras imaginarias. La etapa cartesiana, en cambio constituye un paso gigantesco en la historia de los conocimientos humanos: reduce todas esas manifestaciones sensibles del mundo exterior a desplazamientos en el espacio, es decir, a números. Intelectualiza el mundo sensible. Atribuye a la razón todas las leyes naturales: la razón es quien las dicta. Oigámosle: *Todas las ciencias reunidas no son nada más que la inteligencia humana, que* PERMANECE SIEMPRE IGUAL, *por variados que sean los temas a los que se aplica, y no sufre por su causa cambio alguno,* COMO NINGÚN CAMBIO SIGNIFICA PARA LA LUZ DEL SOL LA VARIEDAD DE OBJETOS QUE ILUMINA. En la plenitud del *Grand Siècle* no causa ninguna extrañeza encontrar una filosofía de lo Absoluto. Pero en el mundo de hoy

corresponde a los filósofos del relativismo decir la última palabra; en efecto, no hay nadie, por poco al corriente de las teorías científicas que se halle, que se atreva a afirmar que la luz no se modifica ni modifica el objeto que encuentra; tampoco se atrevería nadie a sostener que la inteligencia humana, producto de las relaciones entre el hombre y el universo físico, no se transforma al mismo tiempo que transforma el mundo. Será necesario que transcurran cerca de tres siglos para que se haga manifiesto. Aplicado a las investigaciones en el dominio del mundo físico, el método cartesiano se revela infinitamente más fecundo que el verbalismo de los escolásticos.

Tras Descartes vienen los grandes de la mecánica celeste, presididos por Newton: todo parece justificar la seguridad de que se sienten poseídos. Se explica el movimiento de los astros con el mismo rigor que se demuestra un teorema de geometría. Las matemáticas son como las marcas racionales inmutables donde viene a alojarse la experiencia. Los triunfos de la explicación mecanicista de los fenómenos son innumerables. Y la filosofía kantiana viene a rematar el edificio: según Kant, el espíritu humano está constituído de tal forma que posee, por intuición, *a priori*, conceptos fundamentales como el del espacio, el del tiempo, el del número.. . y ello, independientemente de toda experiencia. . .

Podría definirse ahora, en una frase, la etapa einsteiniana, que se inicia con nuestro siglo: es aquella en la que se descubre que TODOS LOS CONCEPTOS, sin excepción, son productos de la experiencia, una especie de instrumentos inventados por el hombre para explorar mejor el universo y para prever, con más perfección, los fenómenos. . . Así pues, tan natural es desprenderse de un concepto insuficiente y sustituirle por otro más general, más estricto, más preciso, más exactamente de acuerdo con los datos experimentales, como cambiar un telescopio o un microscopio por otro de potencia mayor. . . Un esfuerzo de adaptación de este orden es el que intentaremos al estudiar las concepciones fundamentales de la física relativista. Ahora nos limitaremos a ofrecer una primera idea de conjunto.

El triunfo de las explicaciones mecanicistas era tan indiscutible al finalizar el siglo pasado que el gran físico inglés Lord Kelvin se confesaba incapaz de comprender bien un fenómeno si se veía imposibilitado de realizar un modelito mecánico del mismo. Y, de hecho, igual camino emprendieron también Rutherford y Bohr hacia 1910-1913 cuando intentaron construir pequeños modelos mecánicos de átomos. . . Pero los fenómenos observados van haciéndose cada vez más complejos y, sobre todo, se presentan en una "escala" muy distinta a la de la experiencia humana. Se tropieza, pues, con obstáculos cada vez más insuperables; las previsiones del cálculo ya no corresponden a los resultados de la experiencia; la aplicación de los principios de la mecánica racional, que tan fructuosa resultó en el movimiento de los astros, que sigue siendo tan admirable en el caso de los cuerpos en movimiento sobre la superficie de la tierra, se vuelve repentinamnte desconcertante y contradictoria en la dimensión de los átomos. . . Una larga controversia relativa a la naturaleza del rayo luminoso revela incluso esta dualidad inquietante: los teóricos de la emisión, considerando, de acuerdo con Newton, que la luz está compuesta de corpúsculos, y los de las ondulaciones, quienes, con Fresnel, la conciben como una vibración transversal, logran interpretar determinados hechos, pero otros no. . . "Si por lo menos supiéramos lo que es un rayo luminoso", es el grito desgarrador que lanzan durante dos siglos los físicos. . . Iba triunfando la teoría ondulatoria cuando Einstein hizo admitir la existencia de los "fotones" o granos de luz. . . Sin embargo, la teoría electro magnética de la luz, establecida por Maxwell y demostrada por las experiencias de Herz, explicaba un gran número de propiedades ópticas. ¿Cómo decidirse? El concepto "corpúsculo" y el concepto "ondulaciones", considerados separadamente, iban a sufrir las consecuencias de esta conquista moderna: en efecto, con Luis de Broglie entra un nuevo concepto: no existe corpúsculo sin su onda asociada, como no existe ondulación que no comporte determinados estados estacionarios reforzados por interferencias que desempeñan entonces el papel de corpúsculos: había nacido la mecánica ondulatoria, hace veinte años, y Luis de Broglie recibió por ello el Premio Nobel.

Es una síntesis de orden distinto, pero tan importante por sus consecuencias filosóficas la que ha destronado la geometría clásica, como la mecánica racional lo ha sido por la síntesis de Broglie. A decir verdad, el concepto de tiempo absoluto y el de espacio absoluto, sobre los que se basa la concepción newtoniana del universo, afectaron más directamente a nuestra experiencia corriente; la audacia de Einstein era, pues, más peligrosa, y de él es de quien provienen todas las demás empresas relativistas. Para Newton no hay duda posible: el concepto del espacio, como el del tiempo, corresponden a absolutos básicos, universales, eternos. . . y ello nos invita a meditar sobre la noción de "evidencia" tan estimada por los cartesianos, que, a su vez, tiene que ser igualmente "relativizada". Pues lo que le parecía "evidente" a Newton dejó de parecérselo a Einstein. ¿Corresponde esa "intuición pura" del espacio, separada de la intuición pura "tiempo", a un dato experimental? ¿Puede existir un ser que perciba un acontecimiento cualquiera en un lugar determinado fuera de un instante igualmente determinado y unido al acontecimiento? A la inversa, ¿es posible observar un instante determinado fuera del espacio en el que se encuentran el observador y el observado?. . . La dicotomía "espacio-tiempo" es, pues, una creación del espíritu nacida sin duda de las diferencias en las vías de la percepción, o, dicho de otra forma, de las diferencias del registro de las percepciones sobre atlas sensoriales distintos. Pero existe en la naturaleza de ambos datos una diferencia objetiva fundamental y que explica bien que la mecánica racional haya tropezado con sus límites de eficacia. Sus resultados son tan perfectamente accesibles con el factor t como con el factor $-t$; pero la experiencia no permite remontar el curso del tiempo; el tiempo es una magnitud irreversible. . .

Tenía, pues, que llegar un momento en que los progresos de la investigación científica tuvieran necesariamente que considerar a los elementos del cálculo como teniendo una historia. . . y no como simples objetos inmutables en un universo absoluto. Y tal cosa sucedió cuando los físicos descendieron a la escala intra-atómica.

Veamos aquí las características del método, pues lo que importa no es el éxito provisional de tal o cual sistema de conceptos sino el valor del método que permita perfeccionarlos, corregirlos y adaptarlos sin cesar en relación con las necesidades, nunca satisfechas, de la investigación: entre la experiencia y el razonamiento existe un intercambio perpetuo de servicios; el instrumento es eficaz o no sirve de nada; la experiencia es quien lo decide. El lenguaje matemático no es más que un buen servidor que traduce rigurosamente los resultados experimentales o que prevé otros; pero no es dueño de trasponer sus dominios sin antes asegurarse de la confirmación experimental; la intuición no basta; es incluso, muchas veces, una fuente de errores: si se la hubiera seguido siempre no se habrían descubierto los números imaginarios o las funciones continuas que no admiten derivada. Así pues, este control experimental exigido por los físicos es el que ha llevado a "relativizar el espacio", es decir, la geometría. Explorando el espacio, ¿dónde encontramos un absoluto, de no ser en nuestro espíritu? El niño adquiere la noción de espacio alargando los brazos, manejando objetos sólidos. Y cuando llega a las paralelas, le deslizan inocentemente "que se prolongan hasta el infinito". En espíritu, sí, se lo imagina, pero experimentalmente ¿qué podemos saber de la forma real de las trayectorias de los rayos luminosos que salieron en 1898 de la Estrella Polar... y acaban sólo de llegar, a 300,000 km./s., a la retina del contramaestre que, en su barco, "determina el punto?" O bien, ¿qué es una línea recta "experimental" en un átomo cuyo diámetro está en el orden de la diezmillonésima de milímetro? Para construir una casa, un puente, un canal, la geometría euclidiana es perfecta. Pero para interpretar distancias o espacios intra-atómicos, o, mejor, intra-nucleares ¿qué nos autoriza a servirnos de residuos experimentales comprobados en la escala humana...? Veamos un ejemplo intrascendente: definamos la distancia de México a París. Tenemos que elegir "el camino geométrico más corto" que pasa —imaginariamente— en un corte a través de la corteza terrestre... esa es la noción euclidiana. Pero no corresponde a ningún hecho experimental sobre tal distancia.

Y existe "el camino físico más corto", el de la geodesia. Pero entonces, si partimos de esta noción experimental, construímos una geometría no-euclidiana. Señalemos, de paso, que las dos nociones son tan "ciertas" una como la otra: son relativas a determinados postulados, y he ahí lo que regula las relaciones entre las nuevas y las antiguas teorías: según la excelente expresión de Bachelard, las nuevas "envuelven", implican a las antiguas. No es posible resumir aquí las etapas del razonamiento ni las demostraciones experimentales —astronómicas y atómicas— que han llevado a los físicos relativistas a hablar hoy del espacio-tiempo como de un continuo tetra-dimensional en el que se puede inscribir "el intervalo" de dos acontecimientos sin que intervenga el sistema de referencia. Minkovski encontró una expresión matemática de esta concepción sin la cual la teoría de la relatividad, ha dicho Einstein, "no hubiera tal vez progresado mucho". Cuando la expuso por primera vez (en 1908, año anterior al de su muerte) el eminente matemático inició su conferencia con estas palabras: *Señores, las consideraciones referentes al espacio y al tiempo que voy a presentarles tienen su fundamento en la física experimental. En ello estriba su fuerza. Su tendencia es radical. Desde hoy, el espacio en sí, como el tiempo en sí, deben descender al reino de las sombras; sólo su combinación conserva una existencia independiente.* Vivimos, pues, en un "universo Minkovski". Su curvatura, que determina "el camino físico más corto" de un rayo luminoso, por ejemplo, es determinada por la cantidad de materia dispersada en el espacio-tiempo. Una curvatura "local" se une a esa curvatura general cuando se avecina a masas materiales como la del sol; su valor, establecido por los cálculos de Einstein, pudo ser comprobado con ocasión del eclipse solar del 29 de mayo de 1919. Otra síntesis sorprendente entre la materia y la energía puede deducirse: la energía no es sino materia que se disipa en vibraciones, o la materia no es sino energía enormemente condensada: según el profesor Aston, media libra de cualquier materia equivale a la energía suficiente para llevar un navío de 30,000 toneladas de Nueva York a Southampton a una velocidad de 25 nudos por hora.

Mas he aquí otra consecuencia singular para los postulados de la mecánica clásica: la masa ya no es una constante: un cuerpo en reposo no tiene la misma masa que cuando está animado por una velocidad suficientemente grande: un protón lanzado a 30,000 km./s. experimenta un crecimiento de masa de ½%; pero un electrón lanzado a 288,000 km./s. adquiere una masa once veces mayor que en reposo. La teoría de la relatividad nos lleva a considerar la velocidad de la luz como una velocidad-límite, una "invariante" característica de nuestro universo.

Hemos indicado que las demostraciones se habían mostrado tan concluyentes en la escala atómica como en la astronómica; podemos esbozar el carácter de estas admirables coincidencias; sabido es que el átomo es una especie de pequeño universo casi vacío cuyo núcleo central representa casi toda la masa; su densidad nuclear es del orden de 5,000 miles de millones de veces la del agua. Ese núcleo está cargado de electricidad positiva y se compone de protones, positivos y de neutrones, corpúsculos neutros descubiertos en 1931 por Federico e Irene Joliot-Curie. Alrededor del núcleo circulan, por "niveles" concéntricos, partículas cargadas de electricidad negativa o electrones. Los protones son considerados por otra parte, desde 1933 (fecha en que descubrió el positrón el joven físico norteamericano Carl Anderson), como la reunión de un neutrón y de un positrón (o "electrón" positivo). Y no acaban, con esas, las partículas constitutivas descubiertas en el transcurso de estos últimos diez años: existen además los mesotrones, quienes, provistos de una energía formidable que les permite atravesar diez centímetros de plomo, proceden de los rayos cósmicos y, sin que al parecer lo notemos, nos traspasan el cráneo, en número de un centenar, cada minuto... Y no hablemos de los deuterones, o asosiación "protón-neutrón", de quienes apenas acaba de calcularse el momento magnético...

Todos estos corpúsculos son estudiados por medio de radiaciones que bombardean los edificios atómicos. Y aquí es donde se revela lo fecundo de la ecuación de Luis de Broglie: los dos últimos Premios Nobel de Física: Otto Stern (1943) e Isidoro I. Rabi (1944), confirmaron bri-



MORSE. Retrato de su esposa e hijos.



Positrón.

Esta histórica fotografía, tomada el 2 de agosto de 1932 por el Dr. Carl D. Anderson en el California Institute of Technology, es famosa porque constituye el descubrimiento del electrón positivo o positrón. En ella se ve al positrón pasar a través de una plancha de plomo de seis milímetros. El trazado se compone de muy pequeñas partículas de agua condensada en el camino seguido por el positrón al precipitarse a través de la atmósfera saturada de humedad de la cámara oscura. El trazado es curvo porque la cámara está colocada en un fuerte campo magnético.

llantemente el doble carácter corpuscular y ondulatorio de los elementos constitutivos de los átomos. Se aprecia el inmenso alcance de la síntesis "energía-materia-radiación"; un fotón cargado de energía suficiente hace surgir una pareja electrón-positrón en determinadas condiciones: es el fenómeno de "materialización"; y al contrario: la masa de la pareja "electrón-positrón" puede transformarse en energía radiante, en uno o dos fotones. Al estudiar esta clase de transformación descubrieron Irene y Federico Joliot-Curie la radio-actividad artificial: bombardeando cualquier clase de núcleo se puede provocar hoy una "emisión" análoga a la que proporcionan los materiales naturalmente radio-activos.

Apuntemos ahora el aspecto "astronómico" de estos trabajos; el conocimiento de las condiciones de equilibrio intra-atómico, de las presiones de radiación o de los campos de gravitación, permite explicar las fases de la vida de las estrellas, su brillo y su extinción; las que nos mandan su luz lo hacen a expensas de su energía intra-atómica; cuando son expulsados sus últimos electrones periféricos se apagan y se convierten en inmensas reservas de energía, condensada a densidades de un orden de 60 toneladas, hasta que estallan de nuevo al encontrarse y hacer brotar otros electrones periféricos; serán entonces estrellas gigantes, y luego se volverán estrellas enanas al desprenderse otra vez de sus electrones exteriores.

Todas estas ideas y todas estas experiencias han recibido una impulsión prodigiosa no sólo gracias a las teorías relativistas, que permitieron revisar los conceptos de espacio tiempo, masa, energía, corpúsculo y radiación, sino también en virtud de un descubrimiento, verdaderamente sensacional debido a Max Planck. En 1900, este físico eminente, al tratar de explicar las leyes de la radiación del cuerpo negro por medio de la electrodinámica y de la mecánica clásicas y sufrir el más completo fracaso, imagina que la energía de un átomo (o de un oscilador) no puede variar en una forma continua, sino solamente a "saltos", por "granos de energía"... En seguida deduce Einstein de ello la teoría corpuscular de la luz: nacen los "fotones". A continuación explica determinadas anomalías de la ley

de Dulong y Petit. Y la noción de energía es reemplazada por la de acción (o producto de una energía por un tiempo). Entonces la ecuación de Einstein va a dominar todas las cuestiones de microfísica:

$$E = h.n.$$

La energía E de un corpúsculo está SIEMPRE unida a la frecuencia n de la onda que lleva asociada. El coeficiente constante h recibe el nombre de constante de Plank. De este modo, gracias a este "escalpelo" de los cuantos, la ecuación de Einstein explica fenómenos tan diferentes como la luz, la radiación térmica, la electricidad, la fotoquímica, los rayos X, la radioactividad, la T.S.H. . . los rayos cósmicos. . . etc. Aplicada al estudio de la estructura del átomo la teoría de los cuantos permite a Bohr, siguiendo la hipótesis de Lorentz sobre la naturaleza vibratoria de los estados de equilibrio, calcular los niveles "cuánticos" donde se alojan los electrones periféricos: si la frecuencia de un corpúsculo está ligada a su energía, las "trayectorias" de los electrones periféricos deben ser múltiplos enteros de la longitud de onda correspondiente; el coeficiente h representa, por lo tanto, el cociente constante de la energía de un electrón o de un fotón por la frecuencia de su onda asociada. Estas consideraciones permitirán descubrir la naturaleza ondulatoria de los rayos X y, en 1923, la explicación del efecto Compton; cuando una radiación "bombardea" un electrón, la frecuencia de los fotones difundidos en el instante del choque es dada por la ecuación de Einstein. La contra-prueba se verifica en 1927, cuando Davisson y Germer llevan a cabo la difracción de los fotones mientras Schroedinger aportará la ecuación completa del estado de resonancia que determina los niveles cuánticos. Añadiremos que, desde un punto de partida completamente distinto, por medio de símbolos matemáticos apropiados (tablas de número o matrices), han creado los físicos de la escuela danesa como Heisenberg, en el curso de los últimos quince años, una "mecánica cuántica" que también explica datos experimentales. Pauli, en fin, calcula y prevé el número de electrones que pueden alojarse en un nivel cuántico determinado, y Dirac establece las relaciones que permiten definir cualquier estado de equi-

librio intra-atómico: los resultados presentan una singular analogía con los de las coordenadas del espacio-tiempo de Minkovski; pero la complejidad de los símbolos llega a tal extremo que Arthur Haas define el electrón con esta fórmula: "Es el contenido de las ecuaciones de Dirac".

Ahora llega el momento de subrayar el carácter general de estas nuevas teorías, que exigen de nosotros un gran esfuerzo de readaptación o, más exactamente, que amplían nuestros horizontes y nos libran de un residuo antropomórfico que nos había pasado desapercibido: pues la concepción antropocéntrica del mundo se prolonga, en el sistema heliocéntrico de Newton, a través de los absolutos que acaban de ser destronados. Además, determinados procesos de razonamiento aplicados a las colectividades innumerables de partículas, como en el caso de la teoría cinética de los gases, han llevado a conclusiones medias, a una física estadística, a un probabilismo perfectamente coherente con los resultados experimentales. Pero algunos "comportamientos" de las partículas aisladas, tratados individualmente, permiten constatar que la física de términos medios no proporciona todos los resultados posibles. Para prever el comportamiento de una partícula es preciso conocer toda su historia y no sólo su estado actual. Estos nuevos aspectos de la filosofía científica tienen sin duda consecuencias en otros terrenos; evidentemente, no pueden poner en duda el postulado determinista, sin el que jamás hubiera existido la ciencia, pero permiten, sin duda, comprender mejor cierta noción moderna de la libertad considerada como un cobrar conciencia de las virtualidades individuales en el cuadro de los grandes determinismos colectivos. . .

Esfuerzo de imaginación particularmente arduo se nos exige cuando pretendemos, finalmente, representarnos ese "universo de Minkovski" que nos proponen para sustituir (o corregir) el de Newton. Por lo menos, nos es dado comprender por qué el esfuerzo nos parece arduo. Si admitimos que venimos a estar en la 10,000 generación de nuestra especie, que existe hace 300,000 años, llevamos dentro un pensamiento habitual que estimó natural, durante 9,990 generaciones, considerar a la tierra como el

centro del universo. Sin embargo, hace exactamente cuatro siglos, que aparecieron, el año de su muerte 1543 las *Revoluciones de los cuerpos celestes* del canónigo Copérnico obra en la que, por vez primera, la tierra era sustituída por el sol como centro del mundo. A pesar de ello, hace un siglo seguía negando todavía el clero de Varsovia su asistencia a la inauguración de un monumento dedicado al hijo más ilustre de Polonia. Se explica que hoy sea difícil avanzar un salto mucho más atrevido: imaginar un universo "curvo" en el que un rayo luminoso, lanzado en cualquier dirección, acabaría regresando a su punto de partida al cabo de un lapso de tiempo del orden de una centena de millones de años... un universo, con todo tan ilimitado, como pueda parecer ilimitada a una minúscula hormiga la esfera terrestre misma... y, sin embargo, un universo *finito,* cuyas dimensiones se hallan determinadas; a pesar de que nuestro mejor telescopio no alcance todavía ni la milésima parte de su radio. En un universo así nos es dado comprender la "relatividad" de nuestra geometría euclidiana, de nuestra mecánica racional, consideradas como "casos-límites" medidos en nuestra escala humana, como puede asimilarse la superficie en calma de un cubo de agua a un plano y no es posible comparar al plano la de los océanos... En efecto, el esfuerzo, es grande, pero puede hacerse porque otros de orden semejante se hicieron ya en tiempos pasados: mucho más trabajo debió costar en tiempos de Copérnico. Y a nosotros nos invitan a hacerlo el movimiento mismo de las ideas y de las cosas pues, como se ha dicho, ni los jueces que condenaron a Galileo podían evitar el girar con la tierra... El bueno de Anatole France nos da, en la meditación que inicia su *Jardin d'Epicure,* un ejemplo de cómo pueden tomarse los prejuicios cosmogónicos vetustos, gracias a una fina y espiritual ironía libertadora, sin perder el respeto debido a ciertas creencias que son también producto de una larga tradición:

"Trabajo nos cuesta, escribe, imaginar el estado espiritual en que debía hallarse un hombre de la antigüedad convencido de que la tierra era el centro del mundo y de que todos los astros giraban a su alrededor. Sentía bajo sus pies retorcerse a los condenados entre las llamas y tal vez

había visto con sus propios ojos, y olido por sus propia nariz, el humo sulfuroso del Infierno que escapaba por la fisura de alguna roca. Alzando la cabeza, contemplaba las doce esferas, la de los elementos, que encierra el aire y el fuego, y, luego, las esferas de la Luna, Mercurio, Venus —que visitó Dante el viernes santo del año 1300—, luego las del Sol, Marte, Júpiter y Saturno, y, más allá, el firmamento incorruptible del que estaban colgadas las estrellas, como lámparas. Prolongando su contemplación por su pensamiento, descubría, más lejos, con los ojos del espíritu, el noveno cielo, donde estaban los santos, el *primum mobile, o cristalino,* y, en fin, el Empíreo, lugar de los bienaventurados hacia donde, después de morir, dos ángeles vestidos de blanco (tenía la firme convicción) llevarían como a un niño su alma purificada por el bautismo y perfumada por el óleo de los últimos sacramentos. . ."

Es verdad, nos cuesta trabajo comprender las ideas que tenían nuestros antepasados, y, sin duda, más trabajo nos cuesta suponer las que serán habituales a nuestros descendientes. ¿Pero no vivimos en unos tiempos en los que todo parece llamarnos a una revisión general de nuestras ideas? No para sustituirlas todas, pues las hay tan sólidamente sujetas a nuestra escala humana como lo está la geometría euclidiana, pero, tal vez, en razón de esa necesidad de belleza intelectual que cultivaban los griegos y que les permitió triunfar de las tentativas de destrucción de los bárbaros invasores y de las lentas asechanzas del tiempo. . . o, sencillamente, por amor a esa verdad científica de la que decía Henri Poincaré:

Los que tengan miedo de la verdad científica tendrán también miedo de la verdad moral, pues son los que, en todas las cosas, se preocupan ante todo de las consecuencias.

UN SIGLO DE PENSAMIENTO LATINOAMERICANO *

Los principales países latinoamericanos, si no la totalidad, cuentan con Historias más o menos completas de la filosofía o, más en general, del pensamiento en ellos, como las obras que ya pueden llamarse clásicas de Ingenieros y de Korn sobre la evolución de las ideas argentinas y sobre las influencias filosóficas en la evolución nacional argentina, respectivamente, o como las más recientes, de Vitico sobre las ideas en Cuba y de Ramos sobre la filosofía en México. Hay incluso algunos panoramas de la filosofía o del pensamiento en toda la América española y hasta en toda la latina, como el de Sánchez Reulet o el de Frondizi, aparecido hace poco, aunque éste se refiere sólo al período contemporáneo, o como los míos en números anteriores de esta misma revista y en una de las *Jornadas* de El Colegio de México. Hay también, en la dirección opuesta, publicaciones de tema más reducido, pero de trabajo más detallado, algunas tan considerables como el volumen de Oliveira Torres sobre el positivismo en el Brasil o los dos volúmenes de Zea sobre el positivismo en México, el segundo de los cuales salió hace unos meses, sin la resonancia, hasta ahora, que tuvo el primero, aunque no lo merece menos, ciertamente. Y hay por muy diversas partes, principalmente en la Historia literaria y los materiales para ella, otros muchos materiales para la Historia del pensamiento en los países latinoamericanos —la cual, a pesar de todo, está todavía por hacer, como la del resto del pensamiento en las mismas lenguas, la del pensamiento español y portugués, donde la situación es semejante. No puede ser punto, ni siquiera punto, de esta nota, ocuparse con el hecho, sino sólo recordarlo, para explicar el interés con que podía contar una obra sobre el pensamiento latinoamericano debida a las investigaciones— "*the research for this study*", que le permitió hacer "*a grant from the Faculty Research Committee of the University of Pennsylvania*", son términos del autor— de un *chairman* de departamento —Sociología— en una Universidad norteamericana —la acabada de nombrar—, pasado al Servicio Exterior de

* *A century of Latin-American thought* by WILLIAM REX CRAWFORD. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press. 1944.

su país como agregado cultural de la Embajada en Rio de Janeiro, y editada por una Universidad como la de Harvard. Es cierto que desde su título promete ocuparse sólo con un siglo de ese pensamiento, pero ya por el inmediato índice se ve que se trata del último, que viene de 1842, —que puede tomarse como fecha generacional no sólo de la llamada por el autor "la generación del 42" (Bello, Lastarria, Bilbao), sino también de la que no peor puede formarse con Echeverría, Alberdi y Sarmiento, por quienes empieza la obra—a 1942—en que apareció el libro más reciente reseñado en la obra, *El peligro del Hombre*, de Caso—, y este último siglo es el del pensamiento latinoamericano verdaderamente independiente, como los países respectivos, y plenamente maduro.

El mentado índice promete incluso toda una triple construcción histórica: geográfica, cronológica, ideológica —política o ideológica— sociológica. En efecto, los capítulos, según sus títulos, proceden de Sur a Norte, de la Argentina a México, de unos a otros, como los dos dedicados a los pensadores argentinos, o dentro de uno mismo, cronológicamente; y a las distintas cuadrículas de este doble retículo correspondería una significación ideológica de conexiones políticas o sociológicas: *Independencia y nacionalidad* es el título del capítulo que se ocupa con Echeverría, Alberdi, Sarmiento; *La generación del 42 y más tarde*, el que lo hace con Bello, Lastarria, Bilbao y Letelier; *Una reacción, Rodó*, el del siguiente, que comprende además a Vaz Ferreira; *Positivismo e idealismo en la Argentina*, el del cuarto de la obra y segundo de los dedicados a los pensadores argentinos; *Rebelión en la costa occidental*, el referente a los ecuatorianos y peruanos, que por cierto, se reducen a... porque ya en el índice mismo llama la atención el brillo de ciertas ausencias, pero de esto, en seguida: antes hay que decir que los tres capítulos siguientes se rotulan simplemente *Tres pensadores del Brasil, Los cubanos y Hostos, Los mexicanos*, pero no se piensa que la construcción se haya acabado, sino que sin duda no fué tan fácil encontrar una etiqueta para la parte correspondiente a cada uno de los últimos países.

Podemos volver a las brillantes ausencias: en el Perú, Deustua y su escuela, numerosa e importante; en el Brasil, los pensadores más puramente filosóficos y no menos valiosos e influyentes o representativos que los tres a que se contrae expresamente el capítulo, pensadores como un Tobías Barreto y un Farías Brito; entre los mexicanos Mora, Ramírez, Altamirano y Sierra, Bulnes, Vasconcelos, Caso, Ramos, se echa de menos a Barreda; y puesto a llegar a la generación de Ramos,

¿cómo no haber agregado a los argentinos, siquiera a Romero?; falta entero un país como Colombia —y no es todo, pero se esperan las explicaciones y significaciones del texto.

Acabada la lectura, las omisiones resultan confirmadas. De Deustua y su escuela, ni los nombres siquiera en algún pasaje, ni, por tanto, en el índice. De los brasileños, lo mismo: ni el nombre en el índice, ni en el lugar donde se encontrarían, siguiendo la norma general de hacer los índices onomásticos por los apellidos, ni en aquel donde se encontrarían siguiendo la de hacerlos por los nombres propios con que los brasileños desconciertan a los extranjeros, según observación del autor. ¿Habrá incluído a los tres pensadores brasileños, dos de los cuales son sociólogos o historiadores sociales, para poder decir en el título de la obra "latinoamericano" y no tener que decir simplemente "hispanoamericano"? De Barreda, por tercera vez otro tanto. No deja de sorprender semejante omisión de dos movimientos de tanta amplitud y repercusión en los dos respectivos grandes países latinoamericanos como los movimientos positivistas del Brasil y México, en una obra que hace justicia a los movimientos homólogos de otros países y en un autor que consigna expresamente en más de un pasaje la inclinación del suyo por el positivismo, hasta la índole positivista del pensamiento del suyo, sin protesta manifiesta, ni siquiera disgusto perceptible. El positivismo mexicano no aparece sino en alguna referencia incidental, como la de la introducción, contra la presentación que Zea hace del Dr. Mora como un precursor del positivismo en este país: "*Thus Dr. Mora, labeled a precursor of Positivism in Mexico, can hardly be claimed as an adherent of a school that did not exist*". Frente a lo cual parece probable que por lo menos todo espíritu no positivista y numerosos espíritus norteamericanos se digan que los precursores son precisamente quienes tienen el curso de su vida y obra antes de aquello de que son precursores —o quizá ignoro que en inglés los conceptos de "*precursor*" y "*adherent*" son el mismo. Y con todo, el autor conoce el primer volumen de Zea. ¿Llegaría demasiado a última hora?— En cuanto a Romero, ¿cómo despacharlo con *esta* sola mención hecha al empezar a tratar de Korn: "*The most interesting philosopher in present day Argentina, Francisco Romero, whose work has not achieved any systematic expression, acknowledges the inspiration he received from Korn*"? He subrayado el "esta", porque no puedo menos de encontrar un tanto incoherente contentarse con decir del filósofo más interesante de la Argentina actual, que lo es. No siendo posible que el motivo haya sido la falta de expresión sistemática, sin

contradicción con el resto del libro o del pensamiento latinoamericano, porque ¿cuántos son los pensadores latinoamericanos tratados en el libro cuya obra ha logrado expresión sistemática?

Es cierto que el autor hace en más de un pasaje, sobre todo en los párrafos finales de la *Conclusión*, su "apología" por las omisiones inevitables, entre las cuales cuenta alguna de las señaladas, y, a cambio de no contar las restantes, cuenta alguna otra no señalada. Toda historia procede, *necesariamente*, por selección u omisión: es innegable. Pero la cuestión es: la selección debe hacerse con arreglo a la norma de incluir todo lo situado al nivel valorativo que se decida y excluir todo lo situado por debajo, pero no excluyendo parte de lo situado a un nivel más alto e incluyendo más o menos de lo situado a otro más bajo, porque entonces no hay nivel decidido ni norma. Ahora bien, es dudoso que los pensadores y movimientos excluídos de la obra se hallen a un nivel más bajo que muchos de los incluídos en ella. La mayor incriminación que sobre este punto se puede hacer a la obra, es la falta de un criterio suficientemente riguroso, o, quizá con más exactitud, suficientemente subdividido, matizado, de selección de los pensadores, desde luego bajo el punto de vista del valor relativo, pero, aún más radicalmente, bajo el punto de vista del concepto mismo de "pensadores": criterio difícil de fijar, es la verdad, como hay que conceder a las consideraciones que no deja de alegar el autor en la *Introducción* — y son, por paradoja, de lo más certero de la obra. Y la mejor defensa que de la deficiencia pudiera hacerse, quizá fuese la siguiente, que por ventura no se encuentra entre las alegaciones del propio autor: una obra que pretende ser una construcción cabal no puede permitirse deficiencias semejantes, pero una obra que se limita a hacer desfilar, a través de una serie de semblanzas abocetadas con notable presteza de mano, sendas figuras más o menos representativas, goza sin disputa de mayores franquicias electorales.

Porque, a cambio de resultar confirmadas las omisiones, no lo resultan del todo las expectativas acerca del contenido y estructura de la obra suscitadas por el índice. La construcción prometida no se encuentra más que en los títulos de los seis primeros capítulos, o, si se quiere, a lo sumo en el espíritu que se desprendería de las semblanzas contenidas en ellos para condensarse en el título correspondiente; porque ni siquiera las consideraciones de *Introducción* y *Conclusión* se refieren a la estructura del curso de la evolución histórica del pensamiento latinoamericano, sino a la significación de éste en general. Por lo demás, era una construcción realmente difícil de llevar a cabo con

rigurosa consecuencia, y así, mientras que se abandona a los chilenos contemporáneos por imponerlo juntamente cronología y lógica, según el propio autor, para pasar al Uruguay, a Rodó y a *Vaz Ferreira*, y a los positivistas e idealistas argentinos que terminan en *Ricardo Rojas*, de éstos se retrocede —si no en el espacio, en el tiempo, que es más decisivo en el punto de que se trata— a Montalvo, como más adelante sobrevienen los cubanos y mexicanos de principios del XIX. "El método de las generaciones", que por lo visto ha llegado a Norteamérica, a pesar de su parcial prosapia teutónica, se queda en llegada o conato, al menos en esta obra, que se reduce en realidad a una serie de semblanzas de figuras de pensadores latinoamericanos, ya que tampoco dentro de cada capítulo se hallan en general los pensadores insertos en él más unidos que por la mera sucesión en que se siguen.

En cuanto, pues, a la manera de proceder con cada uno de los pensadores, no es uniforme, sino que la manera más frecuente resulta interrumpida por alguna otra, que no deja de amenizar con un mínimo de variedad la monotonía de la primera. Manera excepcional es la empleada, por ejemplo, con Prada o con Martí: un resumen biográfico en que se intercalan o a que se agregan las referencias a la obra o el pensamiento *en globo* del varón respectivo. Si en algún caso pudo parecerle la manera al autor justificada por la índole de la obra y aún la significación total del pensador, también en algún caso, que no necesita ser siempre distinto del anterior, podrá parecerle al lector sugerida por destacarse en la bibliografía de los pensadores correspondientes y sobre ellos biografías recientes y asequibles tan excelentes y atractivas como *Martí, el apóstol* o *Don Manuel*. En otros casos se debe, indudablemente, a la extensión con que se trata a los distintos pensadores, la cual pide párrafo aparte. —La manera más frecuente consiste en reseñar sucesivamente más o menos obras del pensador en turno; así, para poner el primero y el último ejemplo de la manera: de Alberdi se reseñan las *Bases*, *Peregrinación de Luz del Día*, el *Fragmento Preliminar*, el ensayo sobre *Sociabilidad* y los *Estudios Económicos*; de Caso, los *Discursos* y los *Nuevos Discursos a la Nación Mexicana*, *Doctrinas e Ideas*, los *Principios de Estética*, *El Concepto de la Historia Universal*, *El Acto Ideatorio*, *La Filosofía de la Cultura*, *La Persona Humana* y *El Peligro del Hombre*. Mas, en algún caso, como, sin juego de palabras, en el último, que quizá no es el único, falta *la* obra principal del pensador: Caso mismo y con él otros estimamos que la suya es *La Existencia como Economía, Desinterés y Caridad;* en algún otro caso, que parece todavía menos único, faltan

obras tan principales como las reseñadas. La equidad obliga a sugerir que quizá tales faltas se deban a dificultades para hacerse con determinadas obras de la literatura latinoamericana en general, bien conocidas como insuperables por experiencia propia de los trabajadores en este campo. —La manera de proceder *con cada una de las obras* reseñadas, a su vez, consiste en extractar las ideas y hacer las citas más significativas a juicio del autor de la que es objeto de esta nota, —quizá fuera más exacto decir "a intuición", y desde luego lo es decir "a interés", por lo que se añadirá más adelante: no se hace un análisis riguroso de las obras con arreglo a cánones o siquiera principios generales, no "objetivos", porque siempre habrían de ser bastante "subjetivos", pero sí bien fijados y aplicados; o, por lo menos, no se transparentan lo bastante para un lector como yo. Extractos y citas se reducen en casos a un mínimo tan incapaz de dar idea de las obras como inevitable habida cuenta de la extensión de la que es objeto de esta nota. Y no se intentan interpretaciones de las obras, sino todo lo más, las críticas y apreciaciones a que voy a referirme en seguida. El resultado quizá no sea tanto dar a los lectores que desconozcan las obras de los pensadores latinoamericanos, una noción cabal y adecuada de ellas, cuanto una serie de especímenes, auténticos y relevantes, si place subrayarlo, de ideas expuestas o apuntadas en tales obras o por tales pensadores. —La manera, en fin, de proceder *de una obra a otra* tampoco es más unitaria que la de proceder de una figura a otra: de nuevo mera sucesión externa, sin vinculación íntima por la evolución intelectual del pensador, que en general falta totalmente, si no se quiere afirmar por tal la mera sucesión externa de las obras.

El autor reconoce al comienzo de la *Introducción* que "*no countries attach more importance to their intellectual elite than do the Latin-American republics*", y declara hacia el final de la *Conclusión* que "*the effort of this book has been throughout to give an honest account of the thinking of the men who have been regarded as most able by Latin-American themselves*": consecuentemente, se muestra informado de las valoraciones que de los pensadores latinoamericanos hacen sus compatriotas, las que en último término se reducen a las que los pensadores posteriores han hecho de los anteriores; pero, quizá no tan consecuentemente, con las más positivas y autorizadas, a una, de tales valoraciones no vienen a coincidir las suyas propias. Es lo que salta a la vista ya en la extensión concedida a los distintos pensadores. La extensión concedida a autores y obras en las del género de la que es asunto de esta nota, es, como bien sabido, una expresión de la valora-

ción que se hace de unos y otras —si no se advierte expresamente lo contrario. Bajo este punto de vista, *sólo en apariencia, pues, meramente cuantitativo, externo,* por lo que resulta justificado considerar las cosas bajo él, sorprende una semblanza excepcionalmente extensa: la de Ingenieros, con sus 26 páginas, contra las 19 concedidas a Alberdi; las 16 de Vasconcelos y Caso, las 15 a Gálvez, las 14 a Freyre y las 13 a Sarmiento, que son quienes siguen en extensión; la 19 a Alberdi y las 13 a Sarmiento, que son reconocidos universalmente, sin excepción del autor de la obra, como los mayores pensadores, y hasta hombres de la misma nacionalidad; las 11 a Lastarria, 10 a Hostos y 8 a Varona, que son los considerados generalmente como los otros mayores hispanoamericanos de la misma orientación, —aunque en este punto se trate de tópicos no todos del todo fundados—; las 11 a Rodó, 9 a Martí, 6 a Bello y 4 a Montalvo, que son considerados igualmente como máximas figuras intelectuales, e incluso humanas, de la América española. En el extremo opuesto se encuentra, pues, a Bello y Montalvo, y en el término medio a Sarmiento, Rodó, Lastarria, Hostos, Martí, y Varona. Claro que el autor no se limita a esta valoración indirecta por la extensión; en algunas ocasiones desarrolla observaciones críticas, en otras no pasa de insinuarlas, pero aún en aquellas en que ni esto, la simple manera de parafrasear, de presentar las cosas, hace perceptible la valoración por vía menos indirecta que la de la extensión: en general, la obra es una pequeña obra maestra de reticencia, a la que sirven las gotas de humor que caen de cuando en cuando. Ahora, estas valoraciones más o menos directas, sustancialmente no contrarrestan, antes corroboran aquella valoración indirecta por la extensión: la impresión final es la de una deferente indulgencia para con los pensadores latinoamericanos; el humor es tenuemente ácido.

Apuntado todo lo cual, se concederá que aunque fuese hacedero dentro de los límites de una nota como ésta, acaso no tuviera demasiado sentido entrar a discutir por menor cada semblanza o la reseña de cada obra. Me conformaré, pues, con apuntar, también, lo más y lo menos logrado, a mi modo de ver. —Particularmente bien comprendidos o definidos, o estimados, me parecen Echeverría, Lastarria, Prada, Hostos y el segundo período de Varona, a pesar de la contradicción que se le señala. A Vaz Ferreira quizá se le presenta como un poco más singular de lo que es en realidad: no faltan otros pensadores de equiparable dedicación, entre aquellos que le resultan más simpáticos al autor, como Caso, y entre aquellos que se lo resultan menos,

como Korn. No osaré afirmar que el autor no hace un esfuerzo sincero por hacer justicia a Rodó, caso escabroso para un norteamericano, aun el menos patriotero; pero tampoco me atreveré a asegurar que el esfuerzo resulte plenamente logrado. En la reacción contra Rodó por motivos políticos, se ha ido más allá de lo que estos mismos motivos, no se diga razones de otra índole, permiten consentir, sin necesidad de estar seducido, como los primeros admiradores, por un estilo para cuya morosa y afectada unción quizá se tiene menos receptividad y paciencia hoy día. De esta valoración no disiente, esta vez, el autor. —Insuficientemente tratados me parecen en particular Bello y Montalvo. Incompletamente presentada, la figura de Martí. Injustamente apreciado, o, con más exactitud, depreciado, relativamente más que ningún otro, hasta el punto de sentirlo intencionalmente rebajado, Korn. Su semblanza acaba: *"It is a basic and unavoidable problem. Has Korn solved it?"* Pero ¿es que no podría, no debiera acabarse igual, no ya la semblanza, el estudio más completo, de *todo* filósofo, incluso de los más grandes, desde Platón y Aristóteles hasta Bertrand Russell, Santayana, Whitehead y Dewey, para repetir nombres mencionados inmediatamente antes por el autor? —De algunos cabrá decir, o dar a entender, como no se deja de hacerlo, que el escritor priva sobre el pensador, como de Montalvo, o que la vida priva sobre la obra, como de Martí; pero ¿y de otros, como, sobre todos, Bello? —En cuanto a Ingenieros, no es seguro que su producción sea más copiosa que la de la mayoría de aquellos a quienes se concede menor extensión. Sí lo es que Ingenieros representó el pensamiento latinoamericano para los no muy bien orientados, de hace algún tiempo, además, que no necesitaban reducirse a los filisteos de la cultura, con este nombre estigmatizados resonantemente desde poco antes, o a las clases medias y proletarias intelectuales, más en general; porque también lo es que las últimas generaciones de cultivadores autorizados de la filosofía en la Argentina no juzgarán muy acertado el hacer seguir a las 26 páginas de Ingenieros las 6 de Korn. Acaso, pues, la detenida complacencia en Ingenieros se deba a que su pensamiento, prototipo del pensamiento "mediocre", sea singularmente aceptable, si no para el autor de la obra, para los lectores a que la destina; pero con el riesgo de que, si no estos mismos, otros concluyan que si tal es el pensador latinoamericano más importante, el pensamiento latinoamericano no tiene más que una mediocre importancia. —De las obras, para no referirme sino a las máximas, me parecen particularmente mal conceptuadas, en el doble sentido de la

naturaleza y estructura y del valor, el *Facundo,* el *Proteo* y los *Siete Tratados.* La última, porque realmente no se entra en ella. La primera porque no se percibe, o no se da a conocer que se perciba, siquiera la poderosa arquitectura de la primera parte. El *Proteo* no se reduce a decir mejor que nadie, ciertas cosas: dice muchas valiosas y no todas del todo ajenas, aunque sólo fuese por decirlas dentro de una peculiar "reprodución" del curso de la vida ccn más alcance filosófico del que, al parecer, es general advertir. Por lo mismo, tampoco se reduce a decir a lo largo de 450 páginas que todos deben seguir su vocación. Hay, en fin, contradicción en el fondo entre suscribir semejante afirmación y agregar por propia cuenta que su pensamiento es esencialmente asistemático, mientras que no la hay en sostener el desenvolvimiento de su radical, su vital unidad en el curso proteico en que se ingieren orgánicamente las parábolas ejemplificantes, y hasta algo más, documentantes.

Lo anterior viene a achacar a la obra asunto de esta nota una cierta inarticulación. Mas no es que deje de estar dominada de punta a cabo por alguna preocupación. Nada tan natural como que una obra que presenta por primera vez el pensamiento latinoamericano al público norteamericano se preocupe singularmente por un tema como el de "Estados Unidos", que lo ha sido con tanta insistencia de ese pensamiento. Y nada asimismo tan natural como que la posición de los pensadores ante el tema no pueda menos de influir en la del autor ante los pensadores —selección de ellos, de sus obras, de sus ideas, extensión, valoración toda, indirecta y directa—, a pesar de toda la buena voluntad de una imparcialidad inasequible por la propia naturaleza de las cosas; por ejemplo, que *cueste* un *esfuerzo* hacer justicia a *Ariel,* mientras que quepa dejarse llevar de la complacencia en cuantas ocasiones los pensadores de la América Latina han visto en la sajona el ideal que proponer a la suya. Mas como quiera que sea, la preocupación no tiene el significado de caso particular de un proceder general: el de ocuparse con las influencias que han suscitado o sustentado el pensamiento latinoamericano; y no porque, en contraste con el tema "Estados Unidos", las del *pensamiento* norteamericano sean poco más que nulas, pues el propio autor no deja de registrar el desconocimiento que del pensamiento de su país tienen en general hasta el día los pensadores de América latina; sino porque algunas referencias particulares a unas u otras, y alguna general, hecha además sólo incidentalmente, como la hecha al final de la semblanza de Korn, no son bastante, sin disputa. En especial, la crecientemente preponderante influencia de la

filosofía alemana sobre el pensamiento latinoamericano en los últimos tiempos, no aparece por ninguna otra parte; ahora bien, y para remitirme al caso extremo, en más de un sentido, ¿es posible escribir sobre el *Nuevo Humanismo*, de Ramos, sin estampar más nombres que los de Toynbee e Ingenieros? Sin embargo, no parece razonable sospechar que la guerra haya hecho inconveniente, por no decir más, el nombrar a los filósofos alemanes, incluso a los que han sido víctimas del nazismo, hasta en los libros de Historia del pensamiento. No; es patente que el ocuparse con las influencias no entra en el plan de la obra; sólo que ello acaba de determinar la naturaleza y el valor de la misma.

Su texto se abre y se cierra con consideraciones sobre el pensamiento latinoamericano en general: en la *Introducción*, sobre la índole de los "pensadores", los problemas que se plantean, o que se les plantean, y las soluciones que les dan, tan variadas y hasta opuestas como posible; sobre el catolicismo de unos, el positivismo de otros, el indianismo o indigenismo de algunos, la orientación aplicada o práctica del pensar de los más. . . ; en la *Conclusión*, sobre la mentalidad de cada una de las dos Américas, o en particular sobre el nacionalismo que permitiría "*to understand the power of the Spanish Falange*". . . Estas consideraciones son quizá lo más acertado de la obra, como ya tuve ocasión de indicar. Sin embargo, quisiera decir lo que sigue. El señor Rex Crawford me hace el honor de mencionar y utilizar los artículos a que aludí al principio, pero acaba presentando mi posición relativamente al pensamiento hispanoamericano justo como la opuesta de la que es. Apoyándome en Dilthey, recuerdo que si los filósofos *stricto sensu*, sistemáticos y metódicos, cuasi científicos, digámoslo así, y casi sin excepción poco o nada escritores, si no decididamente malos escritores, integran la historia de la filosofía —en una mitad, en la otra mitad la misma historia está integrada por pensadores asistemáticos y ametódicos, literarios, frecuentemente buenos y hasta grandes escritores, como son los hispanoamericanos; y trato, pues, de fundarme justo en los caracteres de éstos para localizarlos en la segunda mitad de la historia de la filosofía y valorarlos positivamente, en contra expresa de quienes desvaloran su pensamiento considerándolo mera literatura, aunque sea buena. No obstante, la redacción del señor Rex Crawford hace parecer como que sea él quien opone a mi considerar "*dismissing this type of writing as literature, although with the pat on the back of calling it good literature*" la "*further reflection*" que "*recalls to mind the ethical and social interest of Plato and Aristotle,*

and all the tradition of Hobbes, Locke, Condorcet, Comte, Marx, Nietzsche, Taine, and our own John Dewey", que no son exactamente los tenidos en mente por Dilthey y por mí, porque tampoco son los más favorables que aducir en la coyuntura. No debiendo sospechar que el señor Rex Crawford haya querido exhibir, ya que no producir, una colisión entre los representantes actuales del pensamiento hispanoamericano, o simplemente sus compatriotas, y un español de origen que lo estudia con y como el patrio; ni pudiendo conjeturar que el señor Rex Crawford no entienda bien en general el español, no me cabe sino resignarme a la desgracia de expresarme tan oscuramente como para no ser entendido ni siquiera por persona cuya inteligencia parece que había de poder superar la ajena oscuridad.

La obra se cierra con una bibliografía. Como no le faltan más que algunos libros o ediciones de los pensadores, y alguno que otro sobre ellos, ni le sobra más que algún error o simplemente errata, dada la falta, muy poco menos que absoluta, de bibliografías en la materia, prestará servicios que serán apreciados de todo punto.

Todo lo anterior, si prolijo y enojoso, era absolutamente indispensable para hacer parecer fundado lo menos que el género de una nota como ésta le obliga honradamente a dar: una definición, se puede decir, de la obra objeto de la nota, y la consecuente valoración. Reducida a unos meras semblanzas y reseñas biográficas y doxográficas, con omisión de movimientos como los positivistas mexicano y brasileño, sin construcción histórica, sin estudio de influencias, no llega a ser todavía una obra de *Historia*, propiamente, del pensamiento latinoamericano; es un *reportaje* sobre pensadores latinoamericanos de la última centuria, que sin duda revelará nombres de autores y de obras al público norteamericano que es su destinatario, y le dará una idea de unos y otras —que no se puede dejar de sentir un leve temor de que no resulte en definitiva tan fiel y favorable como sería justo. Por todo, no parece arbitrario inferir que responde más a los intereses y a las normas de la vida académica pura, al "*flurry of recent inter-American cultural developments*", para emplear las primeras palabras del autor; singularmente, a los esfuerzos de *entente* con sus cohabitadores de continente que, presididos por el lema bien conocido, vienen haciendo los norteamericanos en la "emergencia" última; esfuerzos urgentes, pues. Una cierta impresión de prisa por redactar y publicar la obra no logra reprimirla el lector de la del Sr. Rex Crawford. Parece hecha, un poco toda, con lo más a mano, lo más reciente. Lo mínimo es a veces lo más indiciario: tales serían los pequeños deslices:

afirmar que "*it is a Latin American who speaks of the holy sacrament of conversation*" hace temer que una mención mía haya hecho tomar al venerable maestro del Krausismo español, D. Manuel B. Cosío, por un americano, si no por el conocido director del *Fondo de Cultura Económica;* el famoso ensayo de Bilbao sobre la *Sociabilidad Chilena*, publicado en junio de 1844, recordaría el "*Manifiesto Comunista*" *of the year before*, es decir, del año 1848, que es aquel en que se publicó el de Marx y Engels, único que puede ser citado en semejante forma; Prada habría conocido en Barcelona y en Madrid en 1897 a los hombres que han quedado en la historia literaria como la generación del 98, lo que no es del todo exacto, no por la razón de que los hombres del 98 son los que tuvieron en aquella fecha no su *acmé*, sino el punto de partida de su obra y notoriedad, pero sí por la autoridad de L. S. Sánchez, según el cual los conocidos por Prada fueron Castelar, Valera, Echegaray, Cánovas, Menéndez y Pelayo, Campoamor, Pi y Margall, quien "le mostraba la inquietud de la gente moza"... Costa y Ganivet... Valle Inclán, Azorín... "*Alfonso Reyes, brilliant director of the Colegio de México and of the admirable new* CUADERNOS AMERICANOS", aunque es bien visible en estos mismos nuevos y admirables cuadernos que el director es Silva Herzog. Después de todo, quizá no sea insignificativo, aunque lo fuera inconscientemente de su significación, que el autor aparezca en la portada con sus títulos diplomáticos y no con los académicos.

Pero ésta no puede ser la conclusión. Debe ser esta otra. Hay una razón profunda de que ninguna obra que se quede en el plano doxográfico pueda hacer justicia al pensamiento hispanoamericano y una razón forzosa de que esta injusticia sea inevitable durante buen espacio de tiempo aún. Forzosamente, la Historia de las ideas tiene que empezar por la doxografía: todo lo demás sólo puede venir después. Ahora bien, la doxografía hace más o menos justicia a los pensadores según que ellos sean más o menos doxográficos, por decirlo así. Hay pensadores cuyos temas *parecen* simplemente abstractos, eternos, intemporales, ajenos a toda "circunstancia" histórica; pero los hay cuyos temas son los de la circunstancia y hasta los de la ocasión, y tales son los pensadores latinoamericanos, sea porque "*perhaps in a young country philosophy is bound to be social philosophy*", sea por una razón todavía más radical. La pura doxografía parece hacer justicia a los primeros, mas ¿qué justicia puede hacer a los segundos el mero resumen de sus ideas aisladas de las circunstancias y ocasiones correspondientes? Por ejemplo, la originalidad de los pensadores de esta es-

pecie no está tanto en los filosofemas o en las doxas que profesen, cuanto en la refracción que los ajenos toman al pasar a través de ellos, a través de su medio, a unos y a otro: el positivismo de Comte no es ya exactamente el de Barreda, que altera el de aquél como lo requiere la finalidad de alta política nacional con que lo importa, y así en todos los demás casos. Dada, pues, la forzosidad de la previa doxografía, los latinoamericanos debemos avergonzarnos de no haber hecho antes lo que el Sr. Rex Crawford ni siquiera peor. Unicamente, la anticipación no parece ha sido el fruto de una larga dedicación, sino haberse conseguido al precio de no llenar decisivamente el vacío que sigue existiendo. Y debemos darle las gracias. Todo, preferible a la indiferencia y la ignorancia; hasta el error y el odio. Me apresuro a añadir, y a terminar ya diciendo: que si no he podido honradamente dejar de apuntarle al Sr. Rex Crawford algún error, sin empeñarme en que no sea mío, sería absolutamente injusto imputarle odio alguno.

José GAOS.

Presencia del Pasado

UN VISTAZO A LAS "CIUDADES" MAYAS: SU ASPECTO Y FUNCION

J. Eric S. THOMPSON
Institución Carnegie de Washington.
Profesor Honorario del Museo Nacional
de Antropología de México.

They cease from long vexation,
Their nights, their days are done,
The pale, the perished nation
That never see the sun;
From the old deep-dusted annals
The years erase their tale,
And round them race the channels
That take no second sail.

A. E. HOUSEMAN

La palabra "ciudad" se aplica con frecuencia a las ruinas Mayas, aunque a nuestro juicio no es la más adecuada. Hay razones suficientes para creer que nunca fueron poblaciones habitadas sino centros religiosos, a los que acudía la población que vivía en pequeños grupos dispersos en los campos circundantes, para las ceremonias religiosas, ciertas funciones civiles, como instalación de jefes, tribunales de justicia y quizá, para celebrar mercados cada cinco o trece días.

Los planos de estos centros religiosos del área central varían hasta cierto punto según la localidad. En unas partes las ruinas forman una masa compacta con patios rectangulares rodeados de montículos y pirámides, en otros, están más dispersos, consistiendo en pequeños grupos aislados en lo alto de las colinas o áreas en relieve: que a veces se conectan con vías empedradas.

Tikal, casi en el centro del Petén y sólo a unas diez millas de Uaxactún, da la mejor idea de un gran centro reli-

gioso Maya, aunque el lugar que ocupa y las dimensiones de sus más altas pirámides exceden en mucho al promedio normal. El centro es el gran patio de ceremonial; tiene 75 yardas de longitud y más o menos el mismo ancho. Ahora está invadido por una densa selva tropical, en la que vi una vez divertirse una cuadrilla de monos (una especie de Corte de Jamshyd del Nuevo Mundo). Pero hace 1100 años su piso estucado, de color crema, reverberaba cegadoramente los rayos del sol de mediodía o era la inmaculada pantalla donde proyectaban sus sombras los templos circundantes.

Las partes Este y Oeste del patio están limitadas por dos enormes pirámides coronadas por templos. La del lado Oriental se compone de una plataforma formada por ocho terrazas con un templo macizo de muy gruesos muros, rematado por una enorme cresteria debajo de la que hay tres cámaras diminutas una detrás de la otra. La altura total, descontando una pequeña parte de mampostería de la cresteria, que se derrumbó, es de 157 pies. El centro de la base de la pirámide tiene 130 pies de ancho. De él sale una escalera con una amplitud de 30 pies que da acceso a la plataforma sobre la que descansa el templo. Es una de las cinco grandes pirámides de Tikal las cuales están rematadas por un templo de construcción maciza; la más alta mide 230 pies aproximadamente y es la mayor altura que alcanzan las construcciones conocidas en esta área. Debe tomarse en cuenta que la pirámide a su vez tiene por base una plataforma hecha por la mano del hombre lo que aumenta considerablemente su altura. Además, la impresión de esbeltez debida al escalonamiento de las terrazas (como en muchos rascacielos modernos) da a estas estructuras una apariencia de mayor elevación que la que realmente tienen.

Desde la entrada de uno de estos cinco templos, a través de las copas de los árboles, pueden contemplarse las blancas paredes de los otros cuatro que, como islas coralíferas, aparecen entre el follaje, donde la escala de matices del verde nos recuerda la del agua poco profunda. En tiempos antiguos debían tener un panorama ininterrumpido de toda la ciudad con sus grupos de pirámides

más pequeñas coronadas por templos, sus edificios de múltiples cámaras cuyas fachadas miraban hacia los patios de diferentes niveles y las superficies sin fin estucadas de color crema interrumpidas solamente por sombras y acá y allá, algún edificio estucado de rojo. A mediodía, estas grandes áreas de estuco blanco cremoso son casi insoportables a nuestros ojos norteños, pero debe recordarse que los de los indios tienen una pigmentación más intensa que la nuestra.

La pirámide que corresponde a la parte Occidental de la gran plaza se levanta sobre tres terrazas con una escalinata similar, un templo macizo en la parte superior y sobre éste, enorme crestería. Las cámaras como las del templo del lado Oriental, son extremadamente pequeñas en comparación con las dimensiones del edificio. Por la entrada de 7½ pies de ancho se penetra a un vestíbulo transversal de 16 pies de longitud, con una amplitud de 3. Otra puerta bastante ancha y un peldaño, conducen de aquí a un salón paralelo que es algo más estrecho. Estos cuartos diminutos son un anticlímax de la soberbia grandiosidad de la masa de terrazas de la pirámide y la bella perspectiva del exterior del templo con su elevada crestería. Es una montaña que da origen a tres ratones, o como dicen los londinenses "after the Lord Mayor's show comes the dust cart".

Este hecho anómalo se explica quizá por la falta de confianza que tenía en sí mismo el arquitecto maya, quien, teniendo en cuenta el enorme peso de la crestería, no se atrevía tal vez a levantar muros más delgados que hubieran permitido mayor espacio.

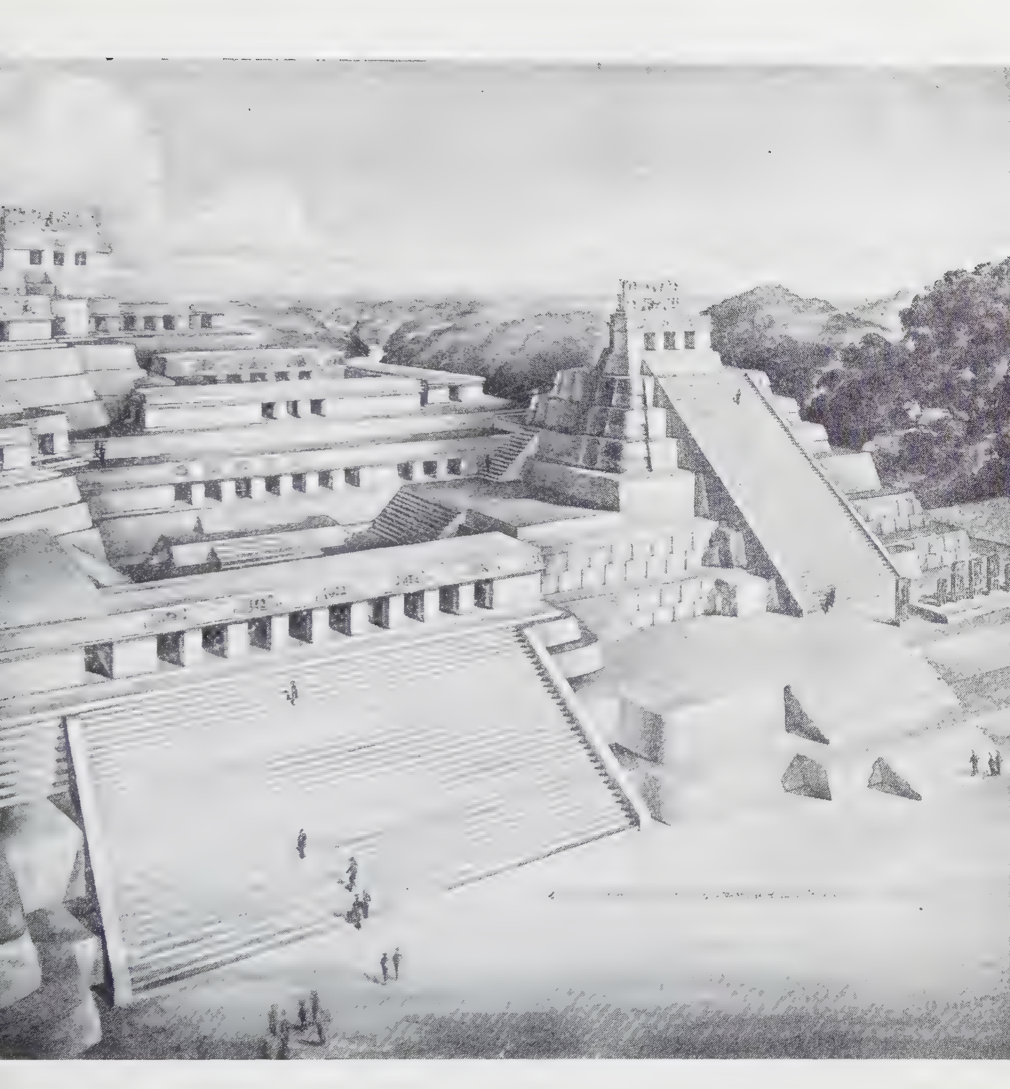
Las dos puertas de este templo estaban encuadradas en dinteles de madera cada uno integrado por cinco vigas. Estas, estaban ricamente labradas pero fueron removidas por una serie de esfuerzos vandálicos e ignorantes (que se intentó hacer con machetes y aun quemando los extremos para poderlos extraer) lo que dió lugar a la desaparición de los dinteles que, a juzgar por la belleza de los de las otras pirámides, representa una pérdida arqueológica única.

El lado Norte del patio está flanqueado por una línea de cuatro pirámides más pequeñas, detrás o al Norte de las

cuales hay tres o más, en hileras de pirámides cada vez más altas desde delante hacia atrás. Al Sur del gran patio hay varios edificios de múltiples cuartos agrupados a los que los arqueólogos han dado el nombre de "palacio", a pesar de que no hay el más remoto indicio de que hayan servido como tales. El templo es un edificio con pocos cuartos, a veces uno solo, colocado en un plano sencillo, y generalmente está en la cúspide de una pirámide. En cualquier caso sugiere que haya servido para lugar de adoración. El "palacio" contiene muchos cuartos (el de Uaxactún contenía sesenta y dos, el de Sayil, Yucatán, alrededor de sesenta y seis) a menudo con un plano mucho más complicado. Además el "palacio" está sobre una plataforma baja, pero por sí solo puede tener dos o más pisos.

Más allá de estas estructuras palaciegas al Sur del gran patio, hay una zanja ancha y profunda que en tiempos antiguos puede haber servido como depósito de agua. Algo más lejos aparece otra de las cinco grandes pirámides, como una gallina con sus polluelos, con una multitud de estructuras más pequeñas en su derredor. Por el lado Norte del gran patio y sobre la plataforma que está detrás, que soporta la primera hilera de pirámides más pequeñas, hay un grupo de cincuenta estelas y altares, por lo menos, muchos de ellos sin esculpir, así como también un grupo de dos estelas en el extremo Este del patio delante de la gran pirámide. Dispersas entre las ruinas se encuentran muchas más. Uno puede imaginarse al sacerdote astrónomo, ansioso de cotejar sus cálculos sobre la duración del año tropical o del mes lunar, recorriendo su camino entre las hileras de estelas en busca de los que sus predecesores registraron en el ya entonces oscuro pasado, o, al conjuro de la imaginación ver y sentir el picante humo fuliginoso de copal que salía de los braseros colocados delante de cada estela, en ocasiones especiales.

Este patio limitado por los cuatro costados por edificios altos, puede compararse de un modo general a los modernos estadios con su escalonado, tanto en el plan general como en su función, sin olvidarnos de que solamente fué establecido para ceremonias religiosas. Muchos patios menos importantes acompañados de sus templos y

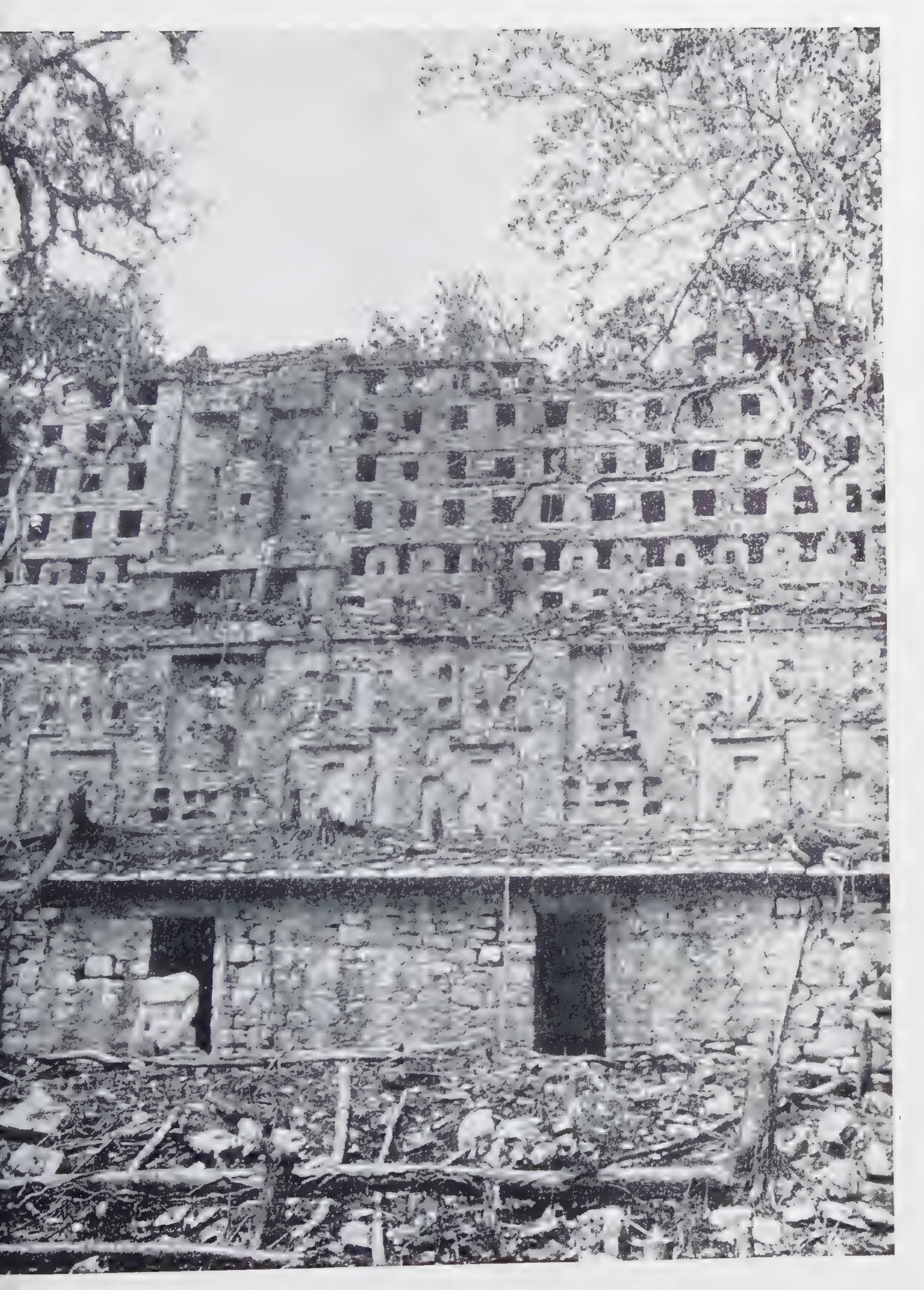


La acrópolis de Piedras Negras en el valle de Usumacinta.

Restauración dibujada por Miss Tatiana Proskouriakoff.

Arriba: Pirámide Sub-EVII, Uaxactún, Petén, con la Estela 20 al frente. Es ésta la p
rámide más antigua que hoy se conoce en el área maya y data del Período de Formación
(Cortesía de la Institución Carnegie de Washington).

Abajo: Modelo del palacio de Uaxactún, Petén.
Construído por A. Ledyard Smith sobre las medidas tomadas en el curso de su excavación.



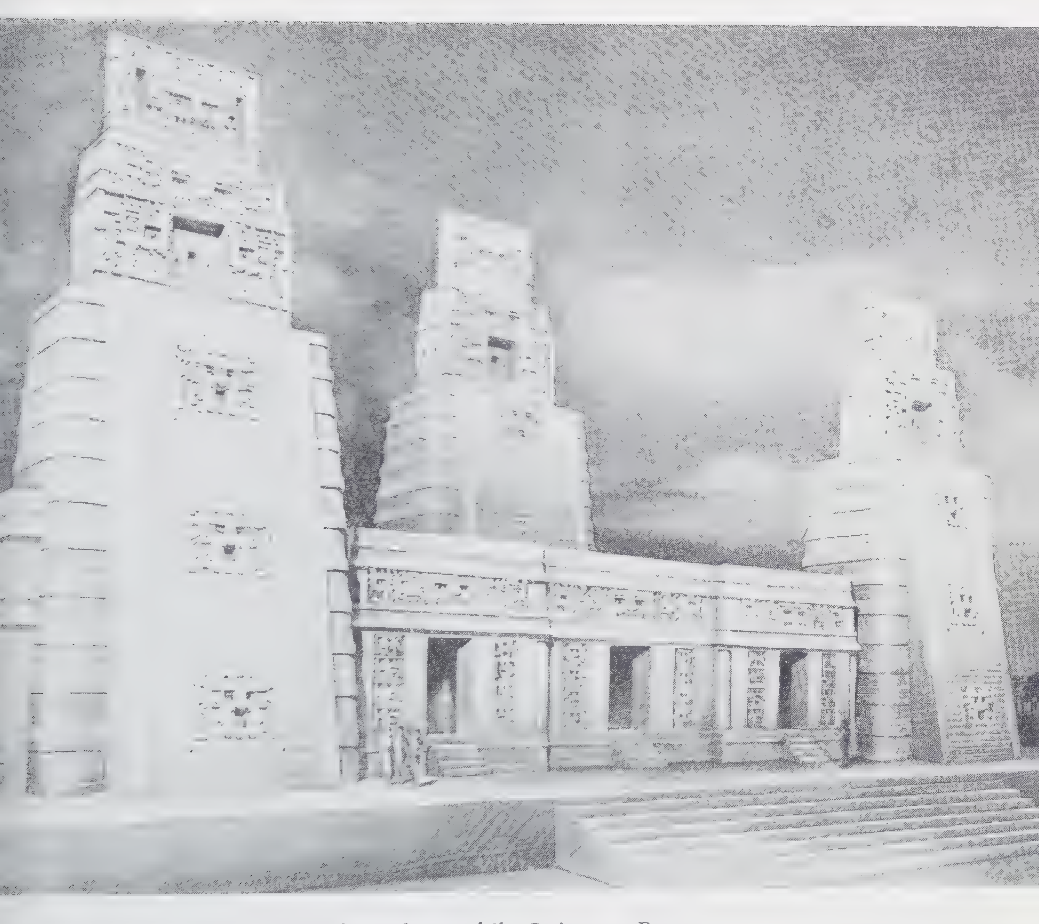
Parte de la fachada del palacio de Yaxchilán, Chiapas.

(Cortesía de la Institución Carnegie de Washington).



Parte del edificio de Xpuhil, Quintana Roo, mostrando una de las altas torres.

(Cortesía de la Institución Carnegie de Washington).



Edificio de Xpuhil, Quintana Roo.

Restauración dibujada por Miss Tatiana Proskouriakoff.



Dintel labrado de Yaxchilán, Chiapas.

(Cortesía de la Institución Carnegie de Washington)



Peldaño de un edificio de Yaxchilán, Chiapas. Presenta un texto jeroglífico confuso.

(Cortesía de la Institución Carnegie de Washington).



Estela 40, Piedras Negras. El dios del maíz, arrodillado, esparce granos de este vegetal.

(Cortesía de University Museum, Philadelphia).

palacios rodean el gran complejo central. Nunca se había levantado un plano completo del lugar a pesar de haber una milla cuadrada completamente cubierta de ruinas.

Como ya hemos dicho, hay motivos suficientes para creer que estas ruinas nunca fueron ciudades habitadas. ¿Para qué servía entonces esta abundancia de edificios? Para lo que supone el nombre de templos. Las ceremonias religiosas en la América central antigua no fueron funciones democráticas. Entre los Aztecas y quizá también entre los Mayas, las ceremonias, tales como sacrificios humanos, se celebraban generalmente en la cumbre de la pirámide, sobre la plataforma superior enfrente del templo. La congregación estaba agrupada abajo en el gran patio, secciones de la cual estaban asignadas a las varias subdivisiones del pueblo. Arriba sólo se permitía el acceso a los sacerdotes y a los funcionarios civiles más importantes quienes, ex-oficio, eran también miembros de la jerarquía.

No se usaban puertas, pero en las aberturas se colocaban cortinas de algodón así como probablemente, pendían otras colgaduras de las paredes de los cuartos, tal y como se acostumbraba en el Centro de México. Muchos cuartos, de templos y de palacios, contienen plataformas rectangulares de piedra o bancos construídos a lo largo de las paredes posterior y laterales. En los templos, probablemente funcionaban como altares, encima de los cuales se colocaban los ídolos de los dioses y enfrente de ellos los sacerdotes hacían sus ofrendas. Los utensilios de los templos quedaban reducidos a sahumadores de incienso, braseros, otras vasijas de barro, madera o calabaza, para contener ofrendas, especialmente el corazón y la sangre de las víctimas sacrificadas, hisopos de madera, cuchillos de sacrificio, quizá cojines para sentarse, cubiertos con pieles de jaguar u otros materiales, y otros objetos de ceremonial. En la plataforma al lado del templo, había astas para llevar estandartes de algodón o de tela de corteza, y probablemente allí también se encontraba el bloque bajo con la parte superior redondeada sobre la cual se colocaba la cintura de la víctima, posición necesaria para serle arrancado el corazón.

Los palacios seguramente servían para muchos fines, de los cuales el más importante era probablemente el de residencia temporal de sacerdotes y novicios. Antes de las ceremonias más importantes los sacerdotes debían ayunar, hacer penitencia y practicar abstinencia sexual, durante períodos muy largos. En estas ocasiones los sacerdotes aztecas residían en el claustro y puede suponerse que los sacerdotes mayas hicieran lo mismo. Por esto puede también pensarse que muchos cuartos de los palacios estaban ocupados por los sacerdotes durante dichos períodos de reclusión a cuyo fin se construyeron. Los cuartos mayas a veces dan idea de haber sido habitados, por señales de humo y huesos de animales esparcidos por el suelo, lo que puede explicarse por lo dicho anteriormente y que allí se les trajeran las escasas raciones que les estaban permitidas.

Otros cuartos debían guardar almacenados los voluminosos atavíos, tales como máscaras, tocados, capas de pluma, estandartes, etc., usados en varias ceremonias. Como cada deidad o grupo de deidades tenía su propia insignia y atributos, la abundancia de aquéllos debe haber exigido una gran cantidad de espacio donde guardarlos. Las habitaciones interiores de los palacios, en las que entraba muy poca luz, deben haber sido destinadas a este objeto. Otras habrán servido para celebrar consejos o para tribunales de justicia.

En una ciudad Maya no todos los edificios eran de piedra. Muchas plataformas y algunas pirámides, que ahora no tienen ruinas en su cumbre plana, en otros tiempos soportaban edificios con paredes de materiales perecederos y techos de palma. Algunos de ellos pueden haber sido hospedaje de los novicios, quienes a juzgar por costumbre azteca, tenían varios deberes que cumplir dentro y alrededor del templo que consistían en largas vigilias durante las cuales quemaban incienso de copal a horas fijas del día y de la noche, cuidar de mantener siempre a mano abundante leña y llevar a cabo el autosacrificio. Otros edificios estaban destinados posiblemente a dar albergue a muchachas solteras de sangre noble, quienes también tenían ciertas obligaciones que cumplir tales como

barrer los patios, tejer telas necesarias en las ceremonias religiosas y tomar parte en ellas.

Además de los tipos de edificio ya descritos, había otros con funciones especializadas. Los más importantes eran los patios en los que se celebraban los juegos de pelota rituales. En Tikal no se ha encontrado ninguno, pero el plano de la ciudad tiene dos montículos paralelos del tamaño aproximado que se necesita para dicho patio y puesto que se han hallado en casi todos los lugares Mayas que ya se han excavado es probable que dichos montículos correspondan al juego de pelota. Tomando en cuenta las dimensiones de Tikal es probable que hubiera más de uno.

En algunas ruinas, pero no en Tikal, se han encontrado casas para baños de vapor. Consisten en un cuartito, que es el baño propiamente dicho con un aparato generador de vapor, y un cuarto a temperatura normal. En muchas partes tienen depósitos de agua, con el piso enlosado. La conducción del agua estaba forrada con piedras y la conducían de los patios hundidos que se han encontrado en muchos sitios. Excavaciones más intensivas demostrarían que se encontraban en muchos lugares. En algunos casos estas conducciones estaban muy adornadas y cubiertas por la falsa bóveda Maya.

En Palenque se desvió una corriente, que serpentea a través de las ruinas, hacia un acueducto subterráneo, de este tipo. En otro caso una corriente está atravesada por un puente con bóveda. En Pulisha, en el Sur de Honduras Británica, pueden verse los contrafuertes de un puente en las dos márgenes.

Palenque, ostenta una torre cuadrada de una altura de tres pisos con una escalera interior en que cada piso está techado con vigas de madera en vez de la bóveda acostumbrada. Las escaleras interiores no son excepcionales en edificios del Período de las Series Iniciales.

Los centros religiosos, con frecuencia, estaban situados en las orillas de ríos o lagos. Sin embargo, en muchos casos, lugares donde en otros tiempos hubo lagos ahora están convertidos en pantanos. Esto es lo que parece haber acontecido en el caso del gran pantano situado al Este de Tikal.

Se ha tenido noticia de que en Cobá, lugar situado en el área Norte que floreció en el Período de las Series Iniciales, hay un muelle. Consiste en una piedra de 5½ pies de largo, finamente labrada, colocada en la orilla del lago provista de dos salientes laterales, de piedra sin desbastar, que penetran en el agua unos 10 pies y forman un excelente lugar para amarrar canoas.

Aparte de estos edificios con funciones especiales, los templos y palacios despliegan una variedad infinita en su construcción. No hay ningún plano igual a otro en las estructuras. Mientras que muchos de los edificios de piedra tenían el techo de falsa bóveda, en otros era plano formado con vigas que soportaban un techo de mezcla y otros lo tenían de palma todo o en parte. Además otras construcciones fueron hechas enteramente de materiales perecederos como he señalado. En la decoración externa de los edificios había gran variedad de motivos, particularmente en las cresterías. Estas enormes masas, que como grandes muros estaban colocadas encima de los techos, servían, probablemente, para dar una apariencia más imponente al edificio aumentando la altura y el espacio a propósito para la decoración.

En el área Central la decoración de la fachada se hacía generalmente sobre estuco que se ponía sobre un núcleo de piedra tosca o sobre un marco. El clima no era muy propicio para esta clase de ornamentos, y por esto en muchos casos han desaparecido completamente los motivos decorativos que podían haber sido una clave para identificar las deidades a las que se había dedicado un templo en particular. En Copán, y en otros centros de la parte Sur del área Central, la decoración de las fachadas estaba ejecutada en piedra, práctica muy común en el área Norte.

En los alrededores de muchas, sino en todas las ruinas Mayas, se han encontrado montículos pequeños y bajos, en número considerable. Indudablemente eran los fundamentos de las casas de la nobleza y del sacerdocio, pero habiendo sido construídas con materiales destructibles, estos restos dan muy poca idea de sus formas originales. Sin embargo, en muchos se conservan los de los muros

de piedra, y por lo general los pisos son de una consistencia de cemento que ha perdurado durante siglos; estos detalles nos facilitan la identificación de las formas originales.

La silueta de un centro religioso Maya era muy semejante al de una ciudad americana moderna. En el centro estaban las pirámides en terrazas alrededor de la plaza central como correspondiendo al grupo de rascacielos con sus perfiles escalonados que permiten la entrada de la luz hasta el nivel de la calle. Las series de círculos externos de estructuras, decreciendo gradualmente en altura, de construcciones con alguna que otra área de construcción más elevada, puede ser comparado con las fábricas de menor importancia de los barrios de una ciudad moderna. Finalmente el círculo exterior de una ciudad Maya que consiste en las residencias de techo de palma de los sacerdotes y de los miembros de la nobleza, corresponde a los suburbios de una ciudad americana. La semejanza superficial es aún mayor si la comparación se establece con ciudades como Chicago, Cleveland o San Luis situadas en las orillas de un lago o de un río. Sin embargo, debemos tener presente que la organización social es muy distinta. Los habitantes Mayas de los suburbios constituían la clase selecta porque los labradores vivían lejos de la ciudad en pequeños poblados esparcidos, mientras que en los Estados Unidos el hombre de negocios o el banquero (antes de 1933) son los que tienen una residencia apartada y retirada. Solamente en el litoral del Norte del Atlántico o en las cercanías de los Grandes Lagos se encuentran ciudades y poblaciones tan cercanas una de la otra como lo están los sitios en ruinas del área central.

A una persona poco familiarizada con la arquitectura medieval, las catedrales góticas pueden parecerle muy semejantes a primera vista, pero un estudio más cuidadoso le descubrirá un sinfín de variaciones locales en pequeños detalles que sirven para contrarrestar la escasez de desviación en mayores aspectos de un patrón impuesto a los constructores por tradición, función, y por las leyes de fuerza y gravedad. Lo mismo ocurre en los centros de ceremonial Maya. Hay una sorprendente uniformi-

dad en los rasgos esenciales desde un extremo al otro del área central, pero la familiaridad con el material, hace resaltar las divergencias locales, y revela muy encantadoras particularidades.

Tikal, en este amontonamiento de edificios y pirámides encumbradas y hasta en su arte escultórico, tiene la inquietud de una sinfonía de Tschaikowsky, mientras que el ritmo de la arquitectura y arte de Palenque se manifiesta con mayor sosiego. Las suaves líneas de sus esculturas de piedra y bajo relieves de estuco, y la elegancia menos pretenciosa de sus edificios más pequeñas y menos numerosos con sus cresterías, indican una cultura más segura de sí misma. Sería mejor interpretarla en términos de un Minuet del siglo XVIII. Yaxchilán, Piedras Negras y Copán, comparten los honores de la escultura Maya.

En Yaxchilán y hasta cierto punto Piedras Negras, dinteles de piedra maravillosamente esculpidos enmarcaban las puertas exteriores de muchos templos y palacios, en contraste con los dinteles de madera del Petén. Las estelas de ambas ciudades pueden incluirse entre los más bellos ejemplares de esta rama de la escultura Maya. Las figuras humanas, vestidas y adornadas, están representadas con excepcional delicadeza y los jeroglíficos con sus graciosas formas son más refinados que cualquiera de los conocidos del Petén. De todos modos, parecería que hasta cierto grado el adelanto en el arte sobrepasa el progreso de la ciencia de algunos centros Mayas, como sucede en otros períodos y lugares de la historia del Mundo, porque hay fundamentos para creer que en los campos tan estrechamente ligados entre sí, como el de la aritmética y de la astrología, Yaxchilán y Piedras Negras estuvieron a la zaga con relación a otros centros religiosos de los Mayas.

Por otra parte, Copán está a mayor altura en cuanto a ciencia y en cuanto a arte. Este centro parece haber estado a la vanguardia en la solución de problemas con referencia a la longitud del año tropical (materia de suprema importancia para el ritual y la adivinación Mayas) y es claro que los astrónomos de Copán, o formularon las magníficas tablas para calcular los eclipses, que usa-

ron los Mayas, o fueron lo suficientemente inteligentes para reconocer el esplendor de un trabajo forastero e incorporar sus ideas al sistema propio y adoptarlo. Sin embargo, el arte de Copán era igual al de otra cualquiera ciudad Maya, y quizá bajo un aspecto estaba a la cabeza de ellas: en algunas estelas de esta ciudad el personaje se destaca de modo muy notable y en los frisos se pone de manifiesto una gran habilidad de retratista en las representaciones en posición sentada. En cuanto a la arquitectura la escalera que contiene los inspirados jeroglíficos de Copán, es única. El peralte de cada peldaño de dicha escalera está decorado con jeroglíficos, cada uno esculpido profunda y cuidadosamente. El tramo de sesenta y dos peldaños se eleva majestuosamente a una altura de 86 pies sobre el nivel del patio. Cinco figuras de 6 pies de alto cada una, representando dioses o sacerdotes, están colocadas a intervalos, en ella, dando la idea de que guardan la ascensión al templo que en otros tiempos coronaba la cumbre. En cada lado de la escalera había una balaustrada dándole una anchura total de 33 pies. Estas balaustradas estaban también profusamente esculpidas con pájaros míticos y monstruos en forma de serpiente. No queda ningún resto del templo que había en la parte superior a excepción del piso de yeso cuyos bordes vueltos hacia arriba muestran el tamaño del edificio, y un número de piedras magníficamente esculpidas que habían formado el friso de jeroglíficos del interior del templo en la base de la bóveda.

Desde la entrada de este templo puede contemplarse la perspectiva del Juego de Pelota. Está en la parte inferior y ligeramente a la derecha del patio decorado de estelas un poco más alejadas y si se mira hacia la parte izquierda se veía el templo que ahora prosaicamente tiene el número 11, con sus hermosos frisos esculpidos con personajes y seres mitológicos. El Juego de Pelota con sus marcadores colocados en el piso, sus cabezas de loro, de piedra, profundamente introducidos en las paredes laterales en grupos de tres, y sus templos abovedados a cada lado en los que los jugadores hacían sus ofrendas antes y después del juego, debe haber sido uno de los más bellos

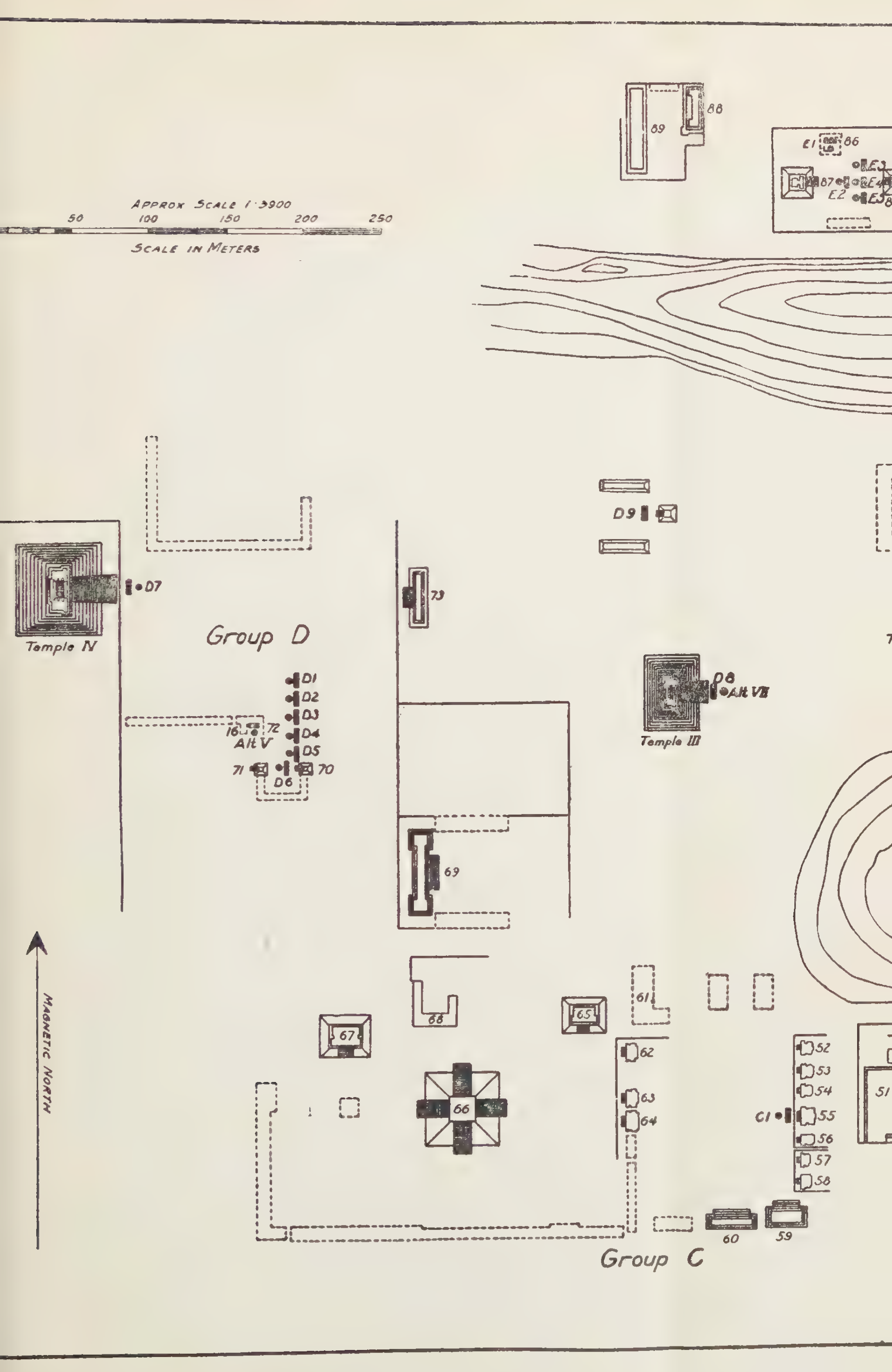
del área central. Uno se representa al novicio sobre la parte superior de la pirámide, con su escalera de jeroglíficos, ocupado en sus deberes religiosos, mirando a hurtadillas la reñida partida que se desarrolla abajo en el patio, cuando los aplausos de los espectadores le anuncian alguna jugada espectacular.

Quiriguá no tiene altas pirámides sino sólo algunos edificios de piedra pero debe su fama en los centros Mayas, a la majestad y gracia de muchas de sus estelas de piedra arenisca y a sus altares extraños, esculpidos como monstruos míticos fantásticos, que combinan armoniosamente la voluminosa masa y el gracioso e intrincado detalle de la escultura.

Lubaantun, al sur de Honduras Británica, no tenía estelas ni edificios abovedados. Sin embargo, mantiene su individualidad, en el bello efecto escalonado de sus pirámides ejecutado con bloques cuadrados de piedra caliza cristalina que tiene la apariencia y muchas cualidades del mármol. Quizá antiguamente no era tan hermoso como lo vi hace pocos años con su deslumbradora blancura en cierto modo disimulada por el follaje verde oscuro y las flores coralinas de grandes grupos de begonias silvestres entre los intersticios que forman las hileras de peldaños.

Las ciudades del Petén están construídas con piedra caliza. La dolomita fué empleada en algunas partes como material de construcción en el valle del Usumacinta. En Copán se usó una traquita de un delicioso matiz verde. Quiriguá tenía canteras de arenisca para sus edificios y estelas y Lubaantun usaba una piedra caliza, como hemos visto. Sin embargo, en Comalcalco, Chiapas, y en las inmediaciones de Bellota, por el Occidente del área Maya, los edificios eran de ladrillos cocidos, algunos de ellos con diseños incisos simples. El uso de ladrillos es explicable por la falta de piedra para construcción en esa área. Algunos sitios demuestran su personalidad en la forma de las estelas; Cancuen, por ejemplo, las erigía con la parte superior almenada, a diferencia de las de muchos otros centros Mayas que la tenían roma.

Sin embargo, la mayor diversidad la encontramos en las plantas. Aunque hay una gran variedad en la exten-



Mapa de Tikal, segú

sión de los sitios, esto no quiere decir que los más grandes sean los más ricos. Algunos muy grandes, tales como Holmul, en la parte centro-oriental del Petén, tenían muy pocas o ninguna estela, mientras que otras como Pusilha en el sur de Honduras Británica, erigió un número considerable de estelas esculpidas, pero constituyó solamente montículos bastante bajos, de cantos rodados y peñas sin intentar labrar su superficie. El caso de Pusilha es muy sorprendente porque en Lubaantun, escasamente a 30 millas —cuyas vasijas y figuritas de tierra cocida demuestran que floreció en la misma época— se encuentra lo diametralmente opuesto, hermosa mampostería y ausencia de estelas. Es difícil explicar estas diferencias. En Pusilha hay abundancia de piedra caliza tal como la hemos visto en otras partes, y aquí mismo las encontramos labradas y esculpidas cuando se trata de estelas. La diferencia es más bien en cuanto al material que en la apariencia puesto que los Mayas cubrían la superficie de todas sus pirámides, montículos y edificios con estuco de piedra caliza, incluyendo aún la más fina piedra, como la caliza cristalina de Lubaantun o la traquita verde de Copán. Parece, pues, indudable, que los montículos de Pusilha eran simples montones de cantos rodados con una superficie de estuco plano con los intersticios rellenos de mezcla, ahora ya desintegrada, con lo que lograban una buena base para la aplicación de la capa de estuco.

Además de los muchos sitios grandes, los Canterburys, Romas y Reims del área Maya, había una infinidad de sitios más pequeños, los que equivalían a nuestras aldeas. El estudio de este tipo de centros más pequeños es importante porque refleja con más fidelidad la cultura indígena menos expuesta a modificaciones externas. Las ideas forasteras penetran desde lejos a través de muchos centros y modifican y naturalizan lo exótico. Yendo más lejos, la tendencia moderna en la historia es prestar menos atención a la pompa y circunstancias y esforzarse en reconstruir y acentuar el medio cultural y físico donde el promedio humano desempeñó su sencillo papel.

San José en el centro de la parte occidental de Honduras Británica, es quizá el lugar típico de un centro re-

ligioso más pequeño. Está formado por cuatro grupos pequeños de ruinas separadas consistiendo cada uno en un patio flanqueado por montículos. Tres de los grupos incluyen pirámides hasta de cuarenta pies de alto. Hay también un pequeño juego de pelota, un depósito de agua, una estela pequeña plana y un palacio de dos pisos regularmente elaborado, conteniendo once cuartos abovedados, algunos bancos o altares y una escalera interior. La estructura próxima más pretenciosa tenía seis cuartos alineados en dos hileras paralelas con un séptimo cuarto transversal en un extremo; todos estaban abovedados. Otro edificio es una mezcla de cuartos también con bóveda o sin ella. La cerámica demuestra una ocupación continua del sitio desde el fin del primer horizonte del Período Formativo, a través del Período de las Series Iniciales y probablemente penetra a las primeras etapas del Período Mexicano. Los entierros en su mayor parte consisten en esqueletos colocados en posición de "feto en útero" lateral. Generalmente con el esqueleto se encuentran algunos de sus objetos personales, no de lo mejor, pero sí lo que podría encontrarse junto a un miembro de la burguesía de un pequeño centro provincial que desconfiara de la ostentación y de las costumbres extranjeras.

No obstante, no era un lugar completamente aislado puesto que allí se encontró un número considerable de objetos de comercio. Entre ellos ciertos cántaros de tierra cocida con un "slip" de pizarra, que estaba hecho en Yucatán, malacates de Veracruz, conchas de la costa del Pacífico, obsidiana probablemente de los altos de Guatemala, jade cuya procedencia todavía no ha podido identificarse, objetos de cobre quizá de México, coral del Caribe, vasijas de mármol, probablemente de Honduras y gran cantidad de cerámica pintada, de manufactura forastera. San José no produjo obras escultóricas, pero adornaba sus edificios con dibujos en estuco y evidentemente conocieron los jeroglíficos Mayas, puesto que decoraron la parte inferior de sus altares con glifos cuidadosamente ejecutados, en estuco. Naturalmente estaban atrasados, lo que se nota en su arquitectura; el tipo de albañilería que empleaban ya no se usaba en otras partes. Hay

indicios de que practicaban el sacrificio humano tanto en adultos como en niños, pero en pequeña escala de acuerdo con el carácter provincial del sitio.

Uno o dos de los edificios más pequeños podían haber sido residencias permanentes, pero en otros aspectos San José fué un centro religioso en pequeña escala, de los que debe haber habido centenares en el área central, y quizá miles en toda el área Maya.

El conjunto del área central, excluyendo la sábana, pantanos y otras partes inhabitables, puede describirse en el Período de las Series Iniciales como un sembrado de ciudades innumerables, o, mejor de centros religiosos que varían en tamaño desde las que consisten en cuatro plataformas simples con templos en forma de choza, de techo de palma en su parte superior, que estaban construídas alrededor de patios, de unos 50 pies escasos en cada dirección, a las vastas masas de plataformas y pirámides, palacios y templos ascendiendo dentadas como un concierto de Gershwin o agrupadas con una arquitectura armoniosa más comparable a Brahms. Sin embargo, a pesar de las muchas semejanzas impuestas por convenciones religiosas y eclesiásticas, las variaciones arquitectónicas de estas ciudades manifiestan el genio de la personalidad individual tan distinta de la producción en masa.

Podemos repetir que estos grandes centros, estuvieron probablemente inhabitados salvo por unos pocos sacerdotes, novicios y ayudantes, excepto en aquellas ocasiones en que tenía lugar una ceremonia pública. El pueblo procedente de los campos que la rodeaban se congregaba en ellos y agrupado en los patios presenciaba las ceremonias que tenían lugar sobre la cima de la pirámide. Estas reuniones se supone que eran también propicias para la celebración de mercados, administración de justicia y quizá para la recaudación de los tributos.

En el territorio que rodeaba los centros religiosos alternaba la selva con el rozado, donde las chozas de los campesinos se agrupaban, en número de cuatro a cinco, en los claros, mientras que las de los sacerdotes y otros aristócratas estaban reunidas en la periferia de los mismos.

Creo que podemos decir, sin riesgo a equivocarnos, que la cultura Maya de aquel tiempo fué en extremo introvertida y probablemente organizada como una teocracia genuina. Hemos mencionado a los nobles, pero es probable que durante el Período de las Series Iniciales todos los miembros de la nobleza eran también casi sacerdotes, quizá formando, en cierto modo una Orden de los Caballeros Templarios del Nuevo Mundo, por lo menos emparentados socialmente o por la sangre con el sacerdocio. Con todo, la cultura probablemente era pacífica. En aquel período, la ausencia de defensas en los centros religiosos, la escasez de luchas en la cultura y la aparición aparentemente ininterrumpida de construcciones, atestiguan la rareza de la guerra.

En cuanto a la organización política poco puede decirse. ¿Debemos imaginarnos cada gran centro religioso con su área circundante como la ciudad-estado según el modelo griego o considerar el área completa sometida a un gobierno centralizado? Quizá ninguna de las dos respuestas es la verdadera, si no que fué una especie de federación gobernada por sumos sacerdotes locales quienes habían conseguido vivir en armonía mutua. La divulgación de ideas nuevas y la rápida propagación de los adelantos de la astronomía manifiesta que no hubo límites para el pensamiento científico y la presencia de comercio en amplia escala quizá nos indica que no hubo fronteras nacionalistas o que las hubo de poca importancia. Quizá el paralelo más cercano a la cultura Maya en lo que se refiere a su altura es la encontrada en el régimen jesuítico en el Paraguay durante el siglo XVIII.

Esta breve descripción de los centros religiosos mayas sólo se refiere al período anterior al fin del siglo IX. Después, las influencias mexicanas, semejantes a las que presidieron al nacimiento de Tula, Hidalgo, afectaron profundamente a lo maya. Se operó un cambio profundo, pasando de una teocracia a un militarismo agresivo. La religión, aun cuando continuó siendo el principal factor en la vida del pueblo, perdió terreno en las instituciones políticas y militares impuestas por los nuevos gobernantes. Muchos centros religiosos fueron abandonados. Parece que otros

se transformaron en centros urbanos con una población permanente. En muchos casos, estos últimos fueron fortificados o construídos en localidades más fácilmente defendibles, llegando a convertirse en fortalezas locales.

Tales transformaciones se reflejan parcialmente en las palabras tomadas del nahuatl para designar los nuevos elementos culturales. Resulta esto particularmente notable en el caso de las ciudades transformadas. Los mayas carecían de designación para una ciudad del nuevo tipo. Según se desprende de no pocos dialectos mayas, adoptaron, en forma modificada, el vocablo nahuatl *tenamitl* para designar las nuevas concepciones.

La cultura Maya permaneció en su más alto nivel aproximadamente desde 500 a 900 de nuestra Era, pero las ciudades Mayas funcionaron largo tiempo aún después de haberse transformado México en una ciudad virreinal. La última ciudad Maya, Tayasal, sobre las orillas del lago Petén y a treinta y cinco millas escasas por aire de Tikal, florecía todavía cuando fué destruída por Martín de Ursúa en 1697.

Las pirámides rematadas por templos de tradición Maya se elevaban todavía pesadamente sobre la tierra tropical, cuando cúpulas de iglesias barrocas dominaban la ciudad de México y más al Norte crecían graciosos campanarios agudos en alas de la inspiración de Sir Cristóbal Wren. Las exhortaciones de un Maya Ah Kin, en Tayasal, las homilías de un sacerdote católico en la ciudad de México y los interminables sermones de algún divino puritano en Nueva Inglaterra eran escuchados a un mismo tiempo. Se estaban quemando hechiceros en Massachusetts cuando todavía en Tayasal se sacrificaban algunas víctimas. Este fósil arqueológico, sombra de sus gloriosos predecesores sobrevivió hasta los tiempos modernos. Algunos de sus sacerdotes con conocimientos de los jeroglíficos mayas deben haber vivido hasta mediados del siglo XVIII, pero la suerte decretó que no hubiese nadie dotado de suficiente interés por esta cultura moribunda que pudiera recoger su último aliento con el fin de legarlo a la posteridad.

SANTIAGO EN LA IMAGINACION DE AMERICA

Por *Rafael Heliodoro* VALLE

Numen de la España popular, abuelo de los dos excelsos héroes andantes (el Cid y Don Quijote), Santiago el Mayor, compañero de armas de los más distinguidos conquistadores de América, pasa por los aires abriendo caminos a la cultura española desde el Mediterráneo hacia las islas y los valles americanos; y los peregrinos que van hacia Compostela, a visitar su sepulcro, son "los santos y los reyes, las princesas y los nobles; los guerreros y los artesanos; los labriegos y los juglares y los menesterosos".

—¡Ultreia, ultreia! ¡más allá, más allá!

Y vuelven a sonar los versos del Códice Calixtino.

Jacobi Gallecia
Opem rogat piam
Glebe cujus gloria
Dat insigne viam.

Ut precum frecuentia
Cantet Melodiam.

Primus et Apostolis
Martir jerosolimis.

Jacobus egregio
Sacer est martirio.

¡Santiago de Compostela! Seis siglos antes (el 25 de julio de 813) de que Colón llegara a las Islas Afortunadas, una luz reveló al Obispo Teodomiro el sitio en que se hallaba el cuerpo del Apóstol que fué degollado el 25 de

marzo de 41. Y fué en la batalla de Clavijo contra la morería, cuando Ramiro de Asturias lanzó el grito:

—¡Señor Dios, ayúdanos! —¡Ayúdanos, Santiago!

¡España cerrada contra el invasor, pero no contra la cultura! España —¡ultreia, ultreia!— más allá de las columnas de Hércules, más allá de los faros de las Azores, donde el almirante iluminado veía lo que no estaba en las cartas de marear, lo que escribía en su diario de sueños. Y en el fondo de aquella utopía Santiago de Compostela como en las hermosas escrituras de don Ramón del Valle Inclán: "... inmovilizada en el éxtasis de los peregrinos, junta todas sus piedras en una sola evocación y la cadena de siglos tuvo siempre en sus ecos la misma resonancia".

—¡Santiago y cierra España!

Este grito de guerra que se transformó en "¡Santiago y a ellos!" (Cortés en varios combates contra los mexicanos), y en "¡Santiago, Santiago y libertad!" (como exclamó Francisco Hernández Girón en la batalla de Pucará), abría al español los misteriosos caminos de América, en tanto la figura de San Cristóbal —esbelta en el mapa de Juan de la Cosa— cruzaba el Alto Mar Océano llevando a Cristo niño sobre el hombro, y, como si fuera un hombre antiguo, conducía milagrosas carabelas.

En la figura aérea del Apóstol encarnan las grandes virtudes terrestres de lo popular español. Cruzó el Mediterráneo conduciendo de España el primer mensaje de la Cristiandad y pasó del Atlántico para pelear al lado del pueblo, haciendo señales a la audacia creadora, con su actitud de ciudadano europeo y su ademán civilizador. Abandonó su rumbo para ganar nuevas batallas. Porque, en verdad, como dice Juan Larrea "dentro del tema cristiano el pueblo español se halla representado por él"; fué para Jesús uno de "los tres discípulos escogidos en todas las grandes solemnidades"; al contemplarle junto a Juan —el espíritu— y Pedro —el agua— se puede creer que "ocupa la posición de la sangre"; y puede reconocerse su figura "transfigurada bajo las facciones del destino de España". Y agrega el exégeta: "Y por tanto, percatarse de que su cometido es servir de nexo, por medio del bautismo crístico, entre los reinos de Roma y del Amor, entre el

Viejo y el Nuevo Mundo, entre tierra y cielo o sea personificar el Finisterre ocupado, en efecto, por Compostela, la ciudad de Santiago".

Y así, dignamente, pudo convertirse en el Patrón de España y de las Indias, siendo en ellas el primer Apóstol que enseñó el Evangelio. Su personalidad cristiana es la del europeo profundamente español. Todo el siglo XVI su solo nombre fué una irradiación, un toque de somatén, y su imagen abrió brechas de vehemencia en el corazón de los paladines vestidos de heroísmo y de hierro.

Geografía santiaguina

Un lento viaje a través de la geografía americana hace brillar el nombre de Santiago más de 200 veces, en ciudades magníficas y pueblos humildes, provincias religiosas, sierras, bahías, ríos, barcos, valles, haciendas, minas de oro, minas de plata, danzas, y de modo extraordinario en el famoso Colegio de Santiago de Tlaltelolco que fué uno de los primeros para estudios superiores en la Nueva España.

Mezclado a nombres indígenas en que resuenan las melodías del náhuatl, el quiché y el quechua, pasa el santo por los abismos peligrosos de la toponimia, señalando fechas próceres de ciudades: Santiago de Cuba (1514), Santiago de los Caballeros de Guatemala (1524), Santiago de Querétaro (1531), Santiago de Chile (1544), Santiago del Estero (1553), Santiago de la Monclova (1589), Santiago de Talamanca (1605), Santiago de las Vegas (1688). Suena su nombre, batallador, intrépido en el nuevo aire, como un relámpago, agudo como espina clavándose en el áspero pecho de las comarcas, prolongándose aún en los horizontes misteriosos.

En Guatemala hubo el Hospital Real de Santiago, que fundó el Obispo Marroquín (1549). El nombre de Santiago lo llevaron, entre otras naves de expediciones célebres, las de Balboa, Pizarro y Magallanes; y entre las provincias religiosas hay que recordar las de Santiago de Jalisco y de Guatemala (franciscanas) y la de Santiago de México (dominicana, fundada en 1532), la cual tenía la casa o



Ejecutoria de nobleza. Siglo XVI.



Portada de Tuxpan, Michoacán.

doctrina de Santiago de Cuautla (1679) y la misión de Santiago Apóstol en la Baja California (1771).

Ilustre pasajero de Indias

TRES son los santos que iluminaban la imaginación española de los siglos XV y XVI: San Cristóbal, San Miguel y Santiago. Si el primero no necesitaba pagar pasaje en las carabelas, porque sabía cruzar a pie el Alto Mar Océano, y el segundo tenía la delicada misión de mantener a raya al Demonio, Santiago era de carne y hueso para las milicias españolas.

En la mitología precolombina los simples mortales se familiarizan con los dioses iracundos, con Huitzilopochtli, el devorador, o con Tláloc, el fecundador. Los indios poblaron de genios sobrenaturales su mundo poético. La Serpiente Emplumada puso un calosfrío de emoción en el aire transparente del Anáhuac. Y la creencia en el milagro sirvió de puente fácil para que el ilustre Apóstol, "el Hijo del Trueno", pasara de las mentes de los conquistadores a las de los aborígenes con su mensaje de terror. Cuando los caciques referían a los misioneros la presencia de un hombre blanco, muchos siglos antes de la llegada de Cortés, los segundos —sin el menor estremecimiento de duda— identificaban al misterioso personaje con el Apóstol Santo Tomás, predicando en Yucatán; y así, Fray Antonio de la Calancha pudo asegurar que estuvo en Arequipa y Fray Francisco de Burgoa afirmó que sus huellas habían quedado en las costas del Pacífico mexicano.

El siglo XV fué notable por la multitud de monstruos y de fantasmagorías que invadían la mente española; pero antes de que en la Geografía mística de América aparecieran el Dorado, El País de la Canela, La Fuente de la Juventud, La Tierra de los Césares y Las Siete Ciudades de Cíbola, hizo acto de presencia entre los mortales heroicos la garbosa imagen del santo que, sin permiso real, fué uno de los primeros pasajeros de Indias. Temporalmente se hospedó en la Isla Española, luego pasó a la de

Cuba, y en ambas quedó a perpetuidad su nombre en dos ciudades que testimonian su arribada.

Las trece apariciones

Según los cronistas y algunos espectadores, Santiago ha aparecido en América varias veces:

1ª—En Tabasco, durante la batalla de Centla (1518).

2ª—En Tenochtitlán a Pedro de Alvarado (1520).

3ª—En la fundación de Guatemala por Pedro de Alvarado (1524).

4ª—En la batalla de Tetlán (Jalisco) a las tropas de Nuño de Guzmán (1530).

5ª—En Querétaro durante la conquista de los chichimecas (1531).

6ª—Cerca de Jauja (Perú), a las tropas de Pizarro (1533).

7ª—En el sitio de Cusco, (Perú) a los soldados de Hernando Pizarro (1536).

8ª—En el valle de Goaca (Colombia), a las tropas de Francisco César (1536).

9ª—En Guadalajara, defendida por Cristóbal de Oñate (1541).

10ª—En la conquista de Nuevo México por Juan de Oñate (1595).

11ª—A las tropas españolas que luchaban contra los araucanos en Chile (1640).

12ª—A las tropas mexicanas que en Tabasco peleaban contra los franceses (1862).

13ª—En la hacienda de San José de Atlatongo, México, a un español (1892).

La primera vez que Santiago aparece en el aire luminoso de la leyenda es en lo más apurado de una batalla contra los indios de México. Había caballeros que peleaban majestuosamente, pero que no sabían quién era ni sus ojos mortales pudieron identificarlo. El cronista López de Gómara aseguró que era el mismo Santiago, pero Bernal Díaz del Castillo declaró que sabía quién era, "y yo, como pecador, no fuese digno de verlo. Lo que yo entonces vi y conocí fué a Francisco de Morla en un caballo

castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos. Y ya que yo, como indigno, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase de ello, y se tomara por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Victoria, o de San Pedro de la Victoria, como se nombró Santa María de la Victoria. Y si fuera así como dice Gómara, harto malos cristianos fuéramos que enviándonos Nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia, y publiera a Dios que así fuera, como el coronista dice, hasta que leí su corónica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí".

Si fué Santiago o fué San Pedro, no hay motivo para prolongar la discusión; pero no cabe duda de que esta es la primera leyenda española que hubo en México. El misterioso y valeroso personaje, siguió presentándose, en caballo blanco, siempre al lado de los capitanes intrépidos que le invocaban en el momento de peligro, armado de punta en blanco. Todo el aire de América le vió pasar, tan rápido como el relámpago, decidiendo las batallas, envuelto en luz cegadora, y todos los cronistas, desde el Inca Garcilaso y Guamán Poma de Ayala, hasta el Padre Tello y el Padre Ojea, reiteran las apariciones. Tan sólo el cronista franciscano Francisco Frejes tuvo a bien disentir: "No es la primera vez que estos bárbaros (los españoles de la Conquista) levantan falsos y quimeras contra los santos, haciéndoles cómplices de sus maldades. ¿Qué tenía que hacer Sto. Santiago con los infelices e inocentes indígenas que sólo se defendían de una agresión injusta? ¿Y cuándo fueron los indios a dominarlos, como los moros a ellos? Es necesario callar, porque no es de mi intento sino referir lo sucedido. Solamente añadiré: que el mayor milagro que Dios y sus santos hicieron en la conquista fué que los indios amaran tanto desde entonces una religión que los bárbaros

españoles les trajeron en la punta de la espada y boca del cañón".

Las noticias de Tabasco, Otumba, Querétaro, Tetlán, Cusco, Nuevo México, etc. etc., sirvieron a maravilla a los evangelizadores de América para relievar la importancia del guerrero aéreo que bien pronto, con sólo evocársele infundió pavor en el alma de los catecúmenos indios. Pero a medida que la tierra iba siendo ganada, Santiago fué perdiendo los atributos de terror y de espanto, y en el siglo siguiente los indios dejaron de verle en el aire y les fué tan familiar que alternaban con él en las fiestas de "Moros y cristianos", en que el Apóstol dejó de ser guerrero inmortal para convertirse en actor. Antes se aparecía en el aire, y después bastaba ser llamado en auxilio en algún momento difícil, y aunque ya no se presentaba, los creyentes sentían el eco de sus pasos. Así aparece en la vida del beato Sebastián de Aparicio, según el cronista Torquemada lo relata en términos que revive el Padre Ojea: "Yendo este bienaventurado religioso (que era lego) de la ciudad de Tlaxcala a la de los Angeles (que es todo en la Nueva España) con una carreta cargada de provisión para su convento; llegó a un arroyo que pasa por medio de este camino, y a la sazón iba muy crecido y furioso por ser en tiempo de aguas. Y al tiempo de pasarse por una puente que hay en él, cayóse la carreta con los bueyes en el agua. El Santo Aparicio que vió el peligro, dijo de presto cuando iba a caer: "Válgate Dios y Santiago de Galicia" (del cual era muy devoto), y se la ofreció, y encomendó muy de corazón. Fué cosa maravillosa que con haber caído todo revuelto, y con gran confusión, cuando llegó abajo fué con tanto orden y concierto, que nadando los bueyes, suspendieron la carreta, y por entre las angosturas, peñas y malos pasos del tortuoso río, la fueron guiando, con ayuda del santo religioso, que por la orilla del abajo los iba animando, hasta que llegaron a parte cómoda que pudieron salir de él. Y así salió todo sin haber peligrado o menoscabádose cosa alguna, de la carga, bueyes y carreta".

Santiago dejó de ser el santo de moda, así que pasó el furor de la conquista. Afirma Remesal que cuando Pedro de Alvarado llegó a la ciudad de México, hacia

1526, se confesó con Fray Domingo de Betanzos, "y aunque no sabemos los pecados que le dijo, sábese la penitencia que el P. F. Domingo le dió y fué: que diese un terno de terciopelo o damasco a la Iglesia de Santiago de su ciudad: la cual Alvarado no cumplió en todos los días de su vida". Dato que nos hace sospechar que aunque el fiero "Tonatiuh" si bien era devoto del santo como lo fué Cortés en el momento en que ya no necesitaba de sus servicios se eximió de cumplir la promesa. En el siglo XVII otros eran los santos que gozaban de popularidad: en México el criollo Felipe Las Casas (San Felipe de Jesús) y en el Perú la mestiza Isabel Flores de Oliva (Santa Rosa de Lima). La figura del santo dejó de ser en América el símbolo militante de la sangre para convertirse en tema de escultores, pintores y oradores sagrados.

Pero el santo pudo llegar a convivir también con algunos de los indios. Por ejemplo, para los de Zapotlán "es un marrullero que se ha enriquecido a costa de los indios, y aunque no lo quieran, siempre se sale con las suyas, porque le tienen miedo"; y entre los tarascos de Azaco, "quince millas al este de Cherán, era tan ladrona la gente que, según decires, sólo Santiago, el santo patrono del lugar, no robaba, pero prestaba su caballo a los bandidos. Cuando mataban ganado ajeno, llevaban los corazones al santo para colgárselos al cuello".

En el aire del Perú

COMO para confirmar la designación de "Hijo del Trueno" que al Apóstol dió Jesús, el cronista Fr. Antonio de la Calancha escribió:

> "Después de Pachacamac, Sol y Viracocha, Luna y de las estrellas se seguía en orden i a quien se daba mayor veneracion, particularmente en la sierra, al rayo que llaman Libiac o Illapa; y aora porque los españoles decían Santiago al tiempo del disparar, le llaman Santiago".

Una de las leyendas recogidas por Arturo Jiménez Borja en Huancayo, se la relató Alfonso Lago, y por su pureza extraordinaria hay que reproducirla íntegramente.

"En Pacha, Quicha y Cambará cuando el cielo comienza a obscurecer y amenaza tempestad, dicen los campesinos que se abren los cerros y sale Amaru. Los vientos se juntan y entre todos halan al demonio. Silba contenta la helada. El demonio tiene forma de culebra y sube, sube a los cielos. A cada salto, Amaru vomita granizo.

"Santiago Apóstol entonces monta su caballo blanco como nieve y galopa sobre las nubes. El caballo se ve clarito como corre sobre el cielo. En Alata, San Blas, Angasmayo y Llacurí todos se sosiegan, pues el Apóstol llega a confundir al demonio. Santiago tiene una hermosa carabina y con ella lanza balas de oro. La serpiente se escurre por entre las nubes seguidas del Apóstol. Al fin desfallece y muere. Cae en sitios solitarios. Nadie ha visto los pedazos del demonio. La tierra en silencio se abre y los traga".

He aquí, en síntesis, la deliciosa leyenda de don Ricardo Palma, sobre la promesa que hizo a Santiago la víspera de la batalla de Chupas (16 de septiembre 1542), Marco Saravia, uno de los soldados de caballería que pelearon por la causa del Rey. Prometió Saravia al santo que si le sacaba con bien después de la batalla le regalaría su caballo; y como de ella salió ileso, acudió el siguiente día al templo de Huamanga para cumplir lo prometido.

—"Santo mío, vos no habéis menester de caballos sino su precio.

"Y sacó de la escarcela en doblillas de oro —sigue diciendo Palma— cuatrocientos pesos que puso en el altar, añadiendo:

—"Estamos en paz, patrón, que soy buen pagador.

"Pero Santiago Apóstol no lo tuvo por tal, sino por tramposo y redomado. Lo menos que valía el jamelgo era doble suma, y era mucha bellaquería venirle con regateos a santo batallador y tan entendido en materia ecuestre, como que nadie lo ha visto pintado a pie, sino sobre arrogantísimo corcel y con mandoble o bandera en mano.

"Salido de la iglesia, apoyose Marcos en el estribo y cabalgó; pero el demonche del animal, rebelde a freno, espuela y azote, se encaprichó en no dar paso. El caballo había sido siempre manso de genio, nada corbeteador ni empacón, y por primera

vez en su vida revelaba insubordinación y terquedad. Aquello no podía ser sino obra de influencia beatífica.

"Aburrido Saravia, apeóse, regresó al altar y le dijo al santo:

—"¡Ah, picaronazo! No hay quien te la juegue —y puso sobre el altar cantidad de doblillas igual a la que antes dejara. Suma redonda, ochocientos duretes.

"Cabalgó nuevamente, y el dócil animal siguió con su habitual paso llano camino de la posada".

"Marcos Saravia volvió el rostro hacia la iglesia, murmurando entre dientes y como quien reza:

Santiago, patrón de España,
no eres santo de cucaña
ni de paja.
Accedes a hacer favores;
mas tus caballos peores
no los vendes sin rebaja".

La Orden de Santiago

La orden de Santiago fué instituída de 1160 a 1170 por Fernado II de Castilla y confirmada por el Papa Alejandro III en 1165, y tuvo en México numerosos caballeros (Leopoldo Martínez Cosío habla de 300 en su libro inédito "Los caballeros de las órdenes militares en México"). Entre los caballeros hay que mencionar a Hernán Cortés, —cuyo abogado era Santiago— los Virreyes Antonio de Mendoza, Luis de Velasco, Juan de Acuña, Francisco Cajigal de la Vega, Juan de Mendoza y Luna y Pedro de Castro Figueroa; y entre otros personajes notables a Pedro de Alvarado, Leonel de Cervantes y Diego de Ibarra, quien había sido compañero de Juan de Tolosa en la conquista de Zacatecas, fué hombre muy rico, que casó con la hija de un virrey de México —"que aún hoy hay memoria de ese casamiento"— y de allí el comentario:

Si la mina no fuera tan rica,
y el metal de tanta ley
no casara Diego de Ibarra
con la hija del Virrey.

Entre los comendadores de la Orden figuraron el conquistador Diego de Ordaz, Luis y Martín Cortés, y los Virreyes Fernando de Lencastre Noroña y Silva, Agustín Ahumada y Villalón y Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel.

Sólo en el Perú había 138 caballeros del hábito en 1805.

Danzas y fiestas de Santiago

El príncipe heredero de la corona de Tonallan (hoy Tonalá, Jalisco), al ser bautizado en 1530 tomó el nombre de Santiago en memoria del Apóstol adoptando dos apellidos, el de su padrino el conquistador Diego Vásquez, y el de Palacio porque le correspondían ser el heredero del Palacio Tonaltense.

Santiago ha sido uno de los santos más festejados en México, desde el siglo XVI. La villa de Ocotlán, en Jalisco, una de las primeras cristianizadas por los misioneros que llevó a la Nueva Galicia el conquistador Alonso de Avalos, fué dedicada al Apóstol y durante muchos años, en documentos posteriores a la dominación española se le llamó Santiago de Ocotlán (según me informa el Lic. J. Ignacio Dávila Garibi). Y en la ciudad de México hasta 1772 "todavía se hizo la fiesta de Santiago en su día en el colegio e iglesia de San Buenaventura", que era de franciscanos y a la que el vulgo llamaba Santiago; y al siguiente de 73 ya se hizo en Santa Ana".

En el templo de Santiago de Temoaya, cerca de Toluca; en Chalco (Estado de México), se le ve ataviado a la mexicana, con su pistola bien pertrechada.

—¡Allá va el Señor Santiago! —dicen las gentes al ver la Vía Láctea; y el mejor testimonio del culto santiaguino ha quedado en las danzas de "moros y cristianos", en la Isla de Janitzio, frente a la iglesia de Bracho (suburbio de Zacatecas) y en Teziutlán, Milpalta y numerosas poblaciones indígenas.

La Danza de los Moros ha sido descrita por Vásquez Santa Anna así: "Es bailada por los nativos en diferentes lugares del Estado de Michoacán, y particularmente en la



Aparición de Santiago y la Virgen en el Cuzco.



Santiago. Acatepec, Puebla.

región lacustre durante las fiestas religiosas y del Carnaval que se celebran anualmente en las poblaciones. Chuatzio y Janitzio son las comunidades en las que se dice que la danza conserva mejor su forma original. La versión de la danza dada aquí proviene de la isla de Janitzio en el lago de Pátzcuaro. El grupo de danzantes consta por lo general de cuatro hombres. Aunque la danza no tiene significado religioso, uno de los danzantes es honrado como Santiago y se distingue de sus compañeros porque lleva el cetro de la autoridad. El cetro, una caña pequeña de ébano con la cabeza de plata adornada con muchas cintas de colores, es prestada a Santiago para esta solemne ocasión por la principal autoridad del lugar. Durante los tres días de fiesta, los bailes empiezan a la mitad de la primera mañana y se repiten diariamente sin variación. En algunos lugares se acostumbra comenzar la danza en el atrio de la iglesia. Los danzantes van en seguida de casa en casa, bailando en los patios, repitiendo interminablemente los mismos pasos y la misma música y recibiendo regalos de aquellos para quienes han bailado. El baile continúa de casa en casa hasta el mediodía, cuando los danzantes van a la casa de la autoridad principal quien les da alimento y bebida y a los demás que se han congregado en su casa. Según Carlos González, el anfitrión al servir a los danzantes repite estas palabras: "Aquí traigo estos presentes, pues cuando yo llevaba los adornos que tú llevas, se me daban regalos y te ruego que, cuando a tu vez seas huésped, regales a aquellos que llevan los adornos que tú y yo hemos usado". Según González el ofrecimiento de regalos es como un eslabón de la cadena que une la danza de hoy con aquella del futuro, perpetuando así la tradición. Es una ceremonia muy sencilla en la que el hospedador hace regalo especial a Santiago".

Los indios totonacos tienen la danza "Los Santiagos" y las canciones con que lo acompañan son en náhuatl, lo cual explica que la aprendieron de alguna población vecina que habla dicho idioma. En dicha danza el capitán representa a Santiago, y "lleva una cabeza de caballo de manera que él va metido en el armazón. Pónese en la cabeza un casco como el del Señor Santiago con unos

rayos de madera pintados de colores. Lleva muchos cascabeles en el traje. Va caracterizando al Santo, usando hasta los "milagros" . A quien hace el papel de Santiago le gritan: —"Señor Santiago de Caballero, tú capitán primero, capitán segundo".

El Apóstol aparece también en la danza "Los Santiagos de Teziutlán", en la que los danzantes llevan trajes medievales y el sombrero de fieltro con plumas de colores. La danza es una simulación de ofensivas y contraataques y hace recordar el concepto que los mexicanos anteriores a Cortés tenían respecto al hombre y al caballo considerándolos un mismo animal. Al fin de ella los cristianos resultan vencedores, que es lo que los misioneros trataban de enseñar por medio de ella.

Sin duda alguna que la más bella fiesta en que aparece el Apóstol en todo su esplendor es la célebre de los "Tastoanes", descrita por Alberto Santoscoy, y que se celebraba en San Andrés, Huentitán, Tonalá y Mezquitán, un suburbio de Guadalajara. Tales danzantes, con los nombres de Anás, Satanás, Barrabás, Averrugo y Chambelico, eran dirigidos por un "sargento"; y sus danzas se interrumpían al encontrarse con Santiago, "quien ha andado visitando en su cabalgadura algunas casas del pueblo". Santiago escapaba, seguían bailando; y cuando aparecían tres reyes y se medía el terreno por unos agrimensores, el santo aparecía con su traje de vaquero, luciendo en la montura un caparazón rojo y en la mano derecha un machete, y después de enfrentarse a sus enemigos y enmascarados, resultaba vencido y sentenciado a muerte, dándosela con sus armas los "tastoanes" y haciendo fluir la sangre de su pecho.

Santiago en Teotihuacán

EN San Martín de las Pirámides (valle de Teotihuacán) se representa el auto de los "archileos", en que aparece Santiago, Gallín y Zabario, dialogando en náhuatl, y en el que el Apóstol envía desde Roma a Jerusalén al segundo como su emisario secreto.

Allí también puede conocerse la auténtica danza de "moros y cristianos", en la que toman parte Santiago, Pilatos, El Cid, el Embajador moro y Zabario; y el auto del mismo nombre, en 26 escenas, en que figuran un embajador cristiano, Maricadel, Malcadel y Ramiro, y el Apóstol se expresa así delante de Pilatos:

"Monarca musulmán: mucho me place veros, pues antes erais vasallo y hoy os llamáis monarca; antes erais tributario y hoy exigís las doncellas, tributo muy afrentoso a un cristiano de Castilla. Quiero, pues, me cumpláis los tratados de Fernando, y las cenizas de Pelayo. Por ellas me pagaréis cuarta parte de las rentas de ese reino granadino, como tributo y vasallaje, y podéis seguir gobernando en esos fecundos países, pues sabéis que yo deseo el ser cristiano libre y, además más independiente, y deseo que seáis cristiano e independiente de Marruecos y del Asia, y vos os gobernaréis sin pagar ningún tributo de Granada y sus provincias. Mirad que mi religión castiga muchos delitos, que la vuestra los protege. Bemenasad (?) nuestra religión y sed vasallos de Cristo; olvidad el hueso imanado de Mahoma, que adoráis como una grande reliquia.

La escena XXV es muy breve:

SANTIAGO *Venid, noble embajador;*
id al momento a Granada,
diréis a Poncio Pilatos
que ha perdido la batalla
muriendo muchos soldados
y cayendo prisioneros
y el Príncipe con Zabario.
Y así, que se haga cristiano,
que me rinda el vasallaje,
o le cerco yo en Granada
para acabar con cuanto haya.

EMB. CRISTIANO *—Parto, señor, a Granada*
a cumplir con mi embajada.

Juegos de cañas y otras fiestas

Ha sido muy solemne en Guatemala la celebración del 25 de julio, día de Santiago. Todos los cronistas —Remesal, la "Isagoge Histórica Apologética", Vásquez, Juarros y Fuentes y Guzmán— coinciden puntualmente en los orígenes del culto guatemalteco al Apóstol; y al hablar de la fundación de Santiago de los caballeros de Guatemala (1524), dice el primero:

> "Esperaron de este modo a que llegase un lunes, 25 del mismo mes de julio, día del glorioso apóstol Santiago, Patrón de España, que la anduvo toda y enseñó en ella la fe de Jesucristo Nuestro Señor. Y viendo el día señalado que amaneció sereno y claro con ser entonces la fuerza de las aguas y el invierno de esta tierra se armaron todos y pusieron en forma de ejército que marcha a pelear con sus enemigos a son de tambores y pífanos y al ruido de arcabuces y mosquetes. Resplandecían los arneses, tremolaban las plumas en el aire de la mañana, lozaneábanse los caballos enjaezados y encubertados con gireles de oro y seda; parecían bien las joyas y planchas de oro que sacaban los soldados, que iban alegres y contentos, de este modo a oír misa oficiada por ellos mismos y celebrada por el padre Juan Godínez, Capellán del ejército. Cumplido con la obligación de la Iglesia y solemnidad de la fiesta, todos juntos apellidaron al Apóstol Santiago y dieron su nombre a la villa que fundaban (que sólo tuvo el de villa diez y ocho días), y al mismo Apóstol santo dedicaron la Iglesia que en ella había de hacer. De suerte que esta nueva población se había de llamar la Villa de Santiago y el templo había de estar dedicado al Apóstol Santiago".

Al explicar por qué le fué dedicada la ciudad, agrega Remesal que de ese modo le daban gracias "por las muchas victorias que por su favor e intercesión habían alcanzado, como poniéndose por medio de su advocación y apellido, debajo de su defensa y amparo". Según Fuentes y Guzmán, el 22 de noviembre de 1527 el Cabildo juró "solemnemente por patrón, al que es ínclito de las Españas" y prometió "solemnizar su día con vísperas solemnes, procesión y misa, y con fiestas públicas de plaza de

toros, para cuando los hubiese y desde luego con carrera y juegos de cañas".

El Cabildo de Guatemala acordó (20 de julio 1530) que el día de Santiago "se corra un toro en esta dicha ciudad"; y más tarde (20 julio 1543) que corrieran "seis toros e de aquí adelante se den para la dicha fiesta e que si fuere menester gastarse algo en la dicha fiesta se platique cada un año sobre ello. Y que los Alcaldes que fueren de aquí adelante tengan cuidado de apercibir la gente, e lo ordenar e con juego de cañas, e otras fiestas que les parecieren".

En la ciudad de Las Cañas (o Cañas), de la provincia de Guanacaste, en Costa Rica, celebran el día de Santiago con carreras hípicas en las que toman parte todos los finqueros y los campesinos, luciendo los mejores caballos que han podido amansar en el año. La nota colorida de la fiesta la dan las muchachas más lindas, montadas en las ancas, y los arreos de los caballos que llevan hilos de colores y hasta adornos de plata (datos de Francisco María Núñez).

"Los hijos de Santiago"

Me cuenta el arquitecto Emilio Harth Terré que el día de Santiago es motivo de gran fiesta entre los indios de los Andes del Perú; que ese día acostumbran horadar las orejas de los llamas para ponerles orejeras; y que a los nueve meses de aquella celebración, como recuerdo de las borracheras nacen muchos niños que, por ignorarse quiénes fueron sus padres, son llamados "los hijos de Santiago".

En las fiestas del día de San Juan, en algunos pueblos se llevan a cabo cabalgatas con apuestas y al mismo tiempo "el baño de los españoles". Entonces echan a correr los caballos a los gritos de:

—¡A la una!

—¡A las dos!

—¡A las tres!

—¡Santiago!

Iconografía

Es claro que su imagen no ha podido faltar en las poblaciones de las que ha sido el patrón; y también aparece en las pinturas en que Jesús está rodeado por los apóstoles y en algunas ejecutorias de nobleza.

Una rápida noticia de las esculturas, pinturas y grabados que figuran en los archivos de las investigaciones estéticas bastará para conocer la importancia que tuvo. No es la figura que vió el Greco a la entrada de Toledo; pero sí la que en América se incorporó al paisaje histórico, iluminado por la guerra.

Lo hemos encontrado en México en las iglesias de Tula, Silao, Janitzio, Huejotzingo (la cabeza degollada), Xometla, Uruapan, Acatepec, Tulyehualco; esculpido en la portada siglo XVII de la iglesia de San Francisco de Querétaro y en el bajo relieve pétreo de la de Tuxpan (Michoacán); en el cuadro de "Los Apóstoles" de Jose de Alzíbar, en el Museo de Guadalajara; en la pintura de Andrés Padilla Mata, en el camarín del convento de la Santa Cruz de Querétaro; y en la estatua ecuestre del templo que se halla en el barrio de los indios cocas de Cocula, y en Santiago de Temoaya (distrito de Toluca), donde está su imagen de tres metros, y cuando los indios la bajan del caballo, tienen la cortesía de dejar en torno de éste las velas encendidas.

Santo Señor Santiago,
Padre del Dios verdadero,
échame tu bendición
para el año venidero.

Mucho tiempo recibió homenaje la imagen del patrono del Valle de Santiago, en Guanajuato, que fué traída de España por recomendación de don Pedro Lascurain de Retana. "Santiago montaba en brioso caballo blanco que en actitud bélica llevaba en la diestra flamígera espada: vestía calzón corto, medias y zapatillas, usaba jubón o chupa a colores y sobre sus hombros llevaba fina capa de estilo español, tocando su cabeza con brillante morrión adornado de finas plumas".

En la Antigua Guatemala había una notable escultura en un nicho de la calle de Mercaderes, que lucía en alto la espada. En la "Histórica relación del Reino de Chile" por Alonso de Ovalle hay un magnífico grabado en que aparece el Apóstol peleando al lado de los españoles.

Hay también varias muestras de la pintura del Cusco, en el Perú, en que el Apóstol aparece en los aires, mientras los indios llevan en andas a la Virgen María. Es la misma figura militante que vemos en el "Libro de los Caballeros" del Archivo Municipal de Burgos. En el pórtico lateral del templo de la Compañía, en Arequipa, la imagen en piedra enriquece la iconografía santiaguina.

Lo dicho permite comprobar que Santiago, ciudadano de Oriente y de Occidente, es uno de los conquistadores de América; y que el culto santiaguino en América fué uno de los más populares en el siglo XVI y al mismo tiempo dió pábulo a uno de los más hermosos mitos creados por la imaginación española y transformados por la del indio vencido. El Apóstol conquistador fué conquistado por América; pero siguió siendo demócrata, fundador de pueblos y ciudades, amigo de los indios, primera persona del teatro, inspiración de pintores e imagineros. El grito de "¡Santiago, Santiago y cierra España!" fué contra el moro; pero al salir de España hacia América abrió un camino a la cultura occidental.

LA EDUCACION VITALISTA DE ALBERTO MASFERRER

Por *Pedro* DE ALBA

AL ESCRITOR Y ECONOMISTA SALVADOREÑO
ALFONSO ROCHAC

DESPUÉS de la otra guerra aparecieron centenares de libros que proponían reformas educativas; se abrigaba la esperanza de que la escuela fuese un germen de transformación social y un foco de mejoramiento para las clases más necesitadas.

Maestros y escritores de vigorosa personalidad; equipados de doctrinas filosóficas, políticas y sociales unos y otros con preparación técnica y científica bien reconocida, acometieron la tarea de remover los cimientos de la escuela tradicional.

A tiempos nuevos, decían, debe corresponder una nueva educación. Al explorar los caminos por los que debían implantarse dichas reformas se iban dando cuenta de que los problemas educativos no se pueden desvincular de los problemas económicos, sociales y políticos. La escuela no era una "entelequia" que pudiera colocarse lejos de las realidades vitales.

En esa noble campaña para convertir a la escuela nueva en centro receptor y antena difusora se escucharon voces de altura que invitaban a pensar en los temas educativos con un nuevo sentido filosófico.

En los países desgarrados por la otra guerra se propiciaron reformas escolares con la ilusión de "construir un mundo mejor", ni más ni menos que como se dice ahora cuando se habla de la Post-Guerra de la década que corre. Así como se afirma que en Versalles se perdió la Paz y que

los veinte años de 1919 a 1939 fueron una tregua más corta que la de "La Paz armada" de 1870 a 1914, del mismo modo se puede argüir que la conquista de un mundo mejor por medio de la nueva educación se volvió una siniestra derrota. No hubo tiempo para depurar el ambiente y las nuevas generaciones fueron envenenadas con los planes de revancha o enloquecidas con las más absurdas ideas racistas o de hegemonía universal.

De aquel naufragio se han salvado, por su auténtico valor humano, algunos autores; Dewey, Kerhensteiner, Decroly, Mme. Montessori, Angelo Patri, Claparède, Ferrier, siguen en pie, maestros ejemplares, espíritus generosos, reformadores esforzados y clarividentes. Por todo el mundo se difundieron sus doctrinas y hasta el maestro de aldea tuvo fe en su misión. Aquellos ilustres pensadores fueron avanzada de un ejército de maestros contemporáneos. La escuela activa, la escuela del trabajo, la escuela socializada, la escuela funcional, la escuela proletaria iban a ser centros de irradiación saludable y a convertirse con el tiempo en "casas del pueblo".

Parafraseando al Canciller teutón se podría decir que si los maestros de escuela ganan batallas a la larga pierden las guerras y también la paz. Hubo no se sabe qué confusión de valores al final de la otra guerra que no permitió ver claro los problemas ni poner en orden ciertas ideas fundamentales.

Los libros de aquellos ilustres maestros de fines del siglo XIX y principios del XX seguirán siendo obras de consulta sobre Filosofía de la Educación, Técnica de enseñanza, historia de la pedagogía o de la sociología educativa; se tendrá que volver a esas fuentes con frecuencia, muchas de sus ideas están en pleno vigor y son generalmente aceptadas en la actualidad.

Entre tanto títulos que se pusieron en las portadas para hablar de la nueva educación hubo uno que dentro de su sencillez encerraba profundas e ilimitadas sugerencias, el de "Escuela Vitalista".— Vida como motivo de inspiración inicial y como último fin; movimiento, sensibilidad, reacciones biológicas, cambios nutritivos, nacimiento, desarrollo, muerte.

Dentro de su clara y obvia definición la escuela vitalista traía implícitos intrincados y evasivos problemas. La educación como fórmula vital se volvió cruzada apostólica en la mente de Alberto Masferrer, maestro salvadoreño a quien el Continente americano debe nobles enseñanzas. Pensador inquieto y generoso dió forma a su mensaje en la proclama sobre "El Mínimum Vital", manifiesto revolucionario a despecho de su título de apariencia académica.

Cuaderno de cincuenta páginas del tamaño de una publicación de bolsillo en el que se encuentra la síntesis compacta de una doctrina de largo alcance y elementos materiales para construir un gran edificio. El autor meditó su teoría por seis meses, de agosto de 1928 a febrero de 1929. Durante ese tiempo macera sus ideas y las somete a la fermentación del buen vino. Las bases para establecer el "Mínimum Vital" fueron como obsesión y ritornelo; las explica, las depura, vuelve sobre ellas, las repite, dice él mismo que la importa, según las palabras del Evangelio, que comprendan sus ideas los ignorantes aunque los sabios no las entiendan.

I

LA DOCTRINA DEL MINIMUM VITAL

> "Será necesario organizar en forma nueva la propiedad de la tierra y la finalidad de las industrias vitales; habrá que reorganizar la Escuela Primaria, el ejército, el presupuesto nacional, la legislación del trabajo, la administración de justicia, la asistencia pública. . ."

DESDE la primera página de su apelación a los hombres de buena voluntad, Alberto Masferrer habla con lenguaje de "tribuno del pueblo". Su programa tiene el alcance de una dilatada reforma social; para que el mundo se cure de tantos males se necesitan remedios heroicos. Al

maestro de escuela parece decirle que el silabario, la escritura y las cuatro operaciones son muy poca cosa si se piensa en la urgente obligación de dar al pueblo un "Mínimum Vital". El salvadoreño sabía que la tarea era dificultosa y larga y pensaba que tenían que removerse los cimientos de la organización social de su tiempo.

Reformas aisladas y medidas circunstanciales no tendrían efecto alguno si no se ponen en movimiento los recursos materiales y los esfuerzos creadores de la nación entera.

¿Qué era en esencia la doctrina del Mínimum Vital?

Concretamente dice el autor, "el Mínimum Vital significa la satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales. Necesidades primordiales son aquellas que si no se satisfacen acarrean la degeneración, la ruina, la muerte del individuo".

"Sobrevienen la debilidad, la apatía, la enfermedad, el abandono, el pesimismo, la pereza, la propensión a todos los vicios. Hombres que no se alimentan bien, que no se abrigan bien, que no descansan bien, que no se guarecen bien no sirven ni para trabajadores ni para ciudadanos, ni para defender a la patria, ni para sostener a su familia".

¿Cuáles son, reducidas a su esencia, esas necesidades vitales? Helas aquí:

"1ª—Trabajo higiénico, perenne, honesto y remunerado en justicia;

2ª—Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;

3ª—Habitación amplia, seca, soleada y aereada;

4ª—Agua buena y bastante;

5ª—Vestido limpio, correcto y buen abrigo;

6ª—Asistencia médica y sanitaria;

7ª—Justicia pronta, fácil e igualmente accesible para todos;

8ª—Educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales y trabajadores, expertos y jefes de familia conscientes;

9ª—Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo".

—Estas ideas de Masferrer son reveladoras de su afanoso empeño por el advenimiento de una generación de hombres sanos y fuertes y, si fuere posible también, cultos y alegres.

El pensamiento del maestro salvadoreño adquiere resonancia internacional; sus doctrinas se identifican con los más avanzados proyectos para la creación de un mundo futuro equilibrado y justiciero. Los economistas ingleses que hablaron en los años de gran peligro —1940-1942— de la democracia dinámica y del mínimo de derechos económicos para todo ciudadano de una verdadera democracia, parece como si hubieran leído el manifiesto del Mínimum Vital, en algunas de sus conclusiones hasta usan las mismas palabras.

—Hace tiempo que las organizaciones obreras denunciaron como engañosa la protección del "Salario Mínimo", porque con frecuencia no resuelve las necesidades de la clase asalariada; debería tomarse como base el "salario vital", algo que también está sobreentendido en la tesis de Masferrer.

Cuando se dice que el hombre del futuro debe verse libre de los estragos y humillaciones de la miseria, hay que pensar en el decálogo de Masferrer. Si Franklin Delano Roosevelt, campeón de las cuatro libertades, leyera el manifiesto del Mínimum Vital, se sentiría jubiloso al darse cuenta de que en la mente de un maestro de América habían germinado desde hace diez o doce años las mismas ideas que él sostiene en la cláusula económica de las Cuatro Libertades.

El Seguro Social "de la cuna a la tumba" de Lord Beveridge, en el que se tienen cifradas tantas ilusiones para la organización del mundo futuro, tiene afinidades manifiestas con el Mínimum Vital.

En los ensayos sobre la Escuela Democrática de la Post-Guerra se formulan conclusiones en las que se dice que la escuela de leer, escribir y contar es apenas un barniz y un compás de espera para las clases necesitadas, y se cita el viejo aforismo clásico que dice: "primero es vivir y después filosofar". Se puede comprobar fácilmente que muchas ideas sostenidas en la época actual por parlamen-

tarios o jefes de Estado, economistas, revolucionarios, trabajadores organizados y educadores de vanguardia concuerdan con las doctrinas de Alberto Masferrer.

Esta concordancia le da validez y notoria potencialidad al ideario del Mínimum Vital. Su vigencia se explica porque los ideales de Masferrer corresponden a imperativos humanos y a condiciones biológicas permanentes. Nutrición, salud, vestido, alojamiento, recreación y cultura han sido preocupaciones del hombre desde la infancia de la historia hasta los días presentes.

La clarividencia y el espíritu humanitario de Masferrer le dan derecho a figurar entre los americanos de estatura continental.

El pensamiento de los grandes hombres de América tiene con frecuencia un sentido de universalidad; el continente americano entró en el cuadro de la cultura de occidente en los momentos en que se completó el mapa del mundo.

Los ciudadanos de Centroamérica y de las Repúblicas del Caribe, por su carácter ístmico e insular, aparecen muy bien dotados para sentir las palpitaciones del ancho mundo y para entender los problemas de los hombres de otras latitudes.

El cruzamiento de las rutas terrestres, aéreas y marítimas ha dado al centroamericano la simpatía humana con que se ocupa de los problemas de sus semejantes, al mismo tiempo que cierta humildad nativa para darse cuenta de lo pequeño que es el globo terrestre; de la inestabilidad de la grandeza y el poderío y del inconsecuente orgullo y aire de suficiencia de los grandes imperios.

El manifiesto del Mínimum Vital de Masferrer participa de la grandeza y de la sencillez, está inspirado por las preocupaciones eternas del género humano y por la humilde verdad del trabajo diario. Su tono de libro de horas un tanto místico se balancea con las realidades apremiantes de cada minuto, su estilo catequista y "pedagógico" está hablando de que él se dirigía a sus semejantes con la persuasiva dialéctica del maestro que está dando una clase objetiva. La Educación vitalista en función de un mínimo de derechos económicos que permitan al hom-

bre de hoy al de mañana resolver su ecuación biológica y social fué la mejor cátedra que Masferrer ofreciera a sus contemporáneos. Los mejores discípulos suyos serán aquellos que consigan dar a la doctrina de "El Mínimum Vital" estricta vigencia y fecunda aplicación concreta.

II

EL MINIMUM VITAL Y EL NIÑO

> "El niño decimos, es el perdón de hoy y la purificación de mañana, sólo en él cabe el mejoramiento visible y trascendente de la sociedad".

El poeta que acompañó a Masferrer en sus andanzas por este mundo le decía al oído palabras rebosantes de ternura y delicadeza. El maestro de escuela que ama su oficio hace obra de arte al modelar la arcilla primigenia de la especie.

Alberto Masferrer graba bellas sentencias en el telón de fondo del trabajo diario, su doctrina pedagógica lo acercaba al niño por las rutas del biólogo, del economista y del poeta.

El trato diario con los niños da al maestro una categoría moral de la que con frecuencia no se da cuenta el ciudadano indiferente o satisfecho. Se dice con frecuencia que el maestro debe ser un hombre sin rencores ni resentimientos, de limpia conducta e inagotable generosidad. Para conseguir el tipo de educador equilibrado y benevolente es preciso que se le asegure una subsistencia digna y un rincón tranquilo en su propia casa.

Para que sus tareas rindan frutos se necesita que el niño de edad escolar sea un ser activo y pensante en el que se hayan resuelto los problemas del Mínimum Vital. La vida del niño en sus múltiples aspectos debe ser preocupación constante del padre de familia, del maestro y de las autoridades.

Estos imperativos que parecen imponerse por su propia definición se olvidan con frecuencia; cuando esto sucede la escuela, el maestro, el niño y la sociedad entera se colocan en las nubes o en los dominios de la retórica.

El maestro salvadoreño llama a sus discípulos y colaboradores a la realidad moral a flor de tierra cuando les dice: "Por el simple hecho de ser traído a la existencia un niño, adquiere plenos derechos a la vida íntegra y todas las fuerzas familiares y sociales deben subordinarse a la necesidad de procurarle esa vida íntegra. . ."

En recientes congresos o conferencias de higiene y sanidad o educación se han aprobado decálogos sobre los derechos del niño; con ligeras variantes casi todos concuerdan en los mandamientos sobre salud, alimentación, vestido y alojamiento; Masferrer les da un sentido trascendental y obligatorio a esos buenos deseos que a veces no pasan del papel, él se adelantó a su tiempo en muchos sentidos y fué precursor también de la Cartilla de los Derechos del Niño.

Si en todos los países es de esperarse el reconocimiento público de los derechos del niño, tal obligación se impone de manera más categórica en aquellas naciones que son o se llaman a sí mismas democráticas. La democracia tiene que depurar el ambiente y corregir malos hábitos de discriminación o distingos raciales donde padezcan ese cáncer social, refrenar el afán de atesoramiento en los que sean víctimas de la fiebre de lucro, sacudir la sordera moral en aquellos en que los vicios de organización económica son causa de que los niños padezcan hambre, desnudez y enfermedades.

Masferrer toca los resortes del instinto de conservación y trae a primer plano los imperativos del mejoramiento de la especie; parece decir entre líneas que por propia conveniencia, y hasta por egoísmo, las sociedades debieran proteger al niño como su mejor inversión para el mañana; su salud, bienestar y alegría son la mejor reserva y previsión que puede hacer un pueblo. He aquí lo que dice el maestro: "Pedir para el niño el Mínimum Vital, es como implorar una limosna para el dueño del tesoro; como pedir un sorbo de agua para calmar la sed a quien posee el manantial y la nube".

Con el niño y con la escuela se ha hecho mucha literatura banal, se encuentran a cada paso páginas efectistas y se oyen discursos a los que se les descubren el falsete o el convencionalismo.

Se habrá ganado mucho cuando los problemas del niño en su esencia vital se consideren antes que los que hablan de técnica de la enseñanza.

Al hablar de educación se piensa en conducir bien a un ser en la vida, ésta debe ser por lo tanto múltiple, flexible y providentes sus planes y los medios de realizarlos han de descansar sobre una base sólida, esa base tiene que ver con el mejoramiento del medio físico, biológico, económico y social. El gran edificio de la educación en todos sus grados debe descansar sobre pilares consistentes y cimientos profundos, tal es la admonición que dirige Alberto Masferrer a los hombres de buena voluntad que quieran afiliarse en su cruzada. Si tanto se habla de justicia social hay que impartirla a tiempo para que los niños de las nuevas generaciones no malogren sus posibilidades.

Tratándose del niño, dice el maestro: "Asegurarle el Mínimum Vital es apenas devolverle el centésimo de lo que es suyo; toda situación que no le asegure siquiera ese mínimum, es una afrenta para la familia, para la comuna y para la nación".

III

EL MINIMUM VITAL Y LAS CLASES TRABAJADORAS

> "Cuando yo trabajo una hora, doy un valor que no puede ser ni sustituído ni atenuado: porque esa hora de trabajo es una hora de mi vida".

En "El Mínimum Vital" figuran el niño y la escuela en función potencial de trabajo, no sólo en el aspecto técnico y material del esfuerzo, sino en su trascendencia filosófica.

La dignidad del obrero o del artesano y la del que realiza sus tareas con recursos intelectuales adquiere en Masferrer una categoría insustituíble. El trabajo es acción palpable y también impulso anímico y cordial; es algo que se puede ejecutar con herramientas pesadas o con los recursos de la inteligencia. Espíritu, destreza manual y propósito determinado se subordinan a una fórmula de tiempo y espacio y en último término a una manifestación vital.

El que trabaja es, según Masferrer, el hombre más generoso, el que más da, el que entrega algo de sí mismo. Pregunta él ¿qué es lo que doy yo cuando trabajo", en seguida contesta sin titubeos: "Doy mi vida. Literal y esencialmente el que da su trabajo da su vida. *Trabajo* no es sino una palabra que expresa brevemente un hecho complicado, trascendental e inconmensurable: dar uno la vida acumulada en sí. Es el mismo fenómeno de la tierra, que *se da* en forma de árbol y del árbol *que se da* en forma de fruto, *del mar que se da* en forma de nube, de la nube *que se da* en forma de lluvia, de la lluvia *que se da* en forma de manantial. . ."

Esta concepción del trabajo que para algunos puede aparecer demasiado lírica, lleva dentro la idea vital de algo que brota, fluye, se transforma y se purifica con su propio aliento y su propia finalidad. La vida lo es todo, en esa "totalización" se evidencia un movimiento y en el movimiento una resultante de los fenómenos de la naturaleza y del esfuerzo del hombre.

Al diluirse el pensamiento y la voluntad del hombre dentro de un proceso cósmico, las obras más humildes del trabajador manual y las del hombre de genio se funden en una misma capa atmosférica; el gran hombre de pensamiento y el artesano y el obrero se identifican en esa ejecutoria de nobleza que se llama la dignidad del esfuerzo creador o productivo.

El hombre da su tiempo, sus ideas y su voluntad al acometer investigaciones intelectuales o humildes tareas de la vida sencilla, en todos los casos dice Masferrer: "El trabajador es el hombre que da su vida: la da como tiempo, en cuanto no hay faena que se pueda cumplir sino en

un tiempo determinado; la da como pensamiento en cuanto a ningún trabajo se puede efectuar sin atención, y finalmente la da como voluntad, como corazón si el trabajador infunde a la obra el anhelo de que salga perfecta. Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios y tendones y huesos, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el ser entero se trasfunde en la obra realizada, que no es ni más ni menos que un trozo de la vida individual trasmutado en la vida total".

El evangelio de Masferrer se identifica con el pensamiento de quienes colocan la partícula divina del hombre por encima de la riqueza y del poder; su postura es esencialmente humanista porque, según él, ser hombre cabal es lo primero. La buena voluntad del trabajador debe traducirse en simpatía para sus semejantes y la conciencia de la tarea realizada considerarse como una dádiva en favor de la colectividad.

Pocas veces se encontrará un sentido más claro y elocuente a las frases "Interés colectivo", "esfuerzo colectivo", "obra colectiva", que el que aparece en el "Mínimum Vital", cuando asienta: "El hombre que abre un surco, o siembra el grano, o alza las paredes de una casa, o teje la tela para el vestido, o enseña a los niños, o cura a los enfermos, o realiza cualquiera otra forma de actividad normal y benéfica, trasmuta su vida individual en vida colectiva, porque la cadena de influencias, de fuerzas creadoras que inicia con su trabajo, ya no termina, se desenvuelve en una serie inconmensurable que abarca y enlaza todas las actividades sociales. . ."

Cualquier hombre sensible entiende esta parábola que enaltece el sudor del jornalero y consagra el alto empeño del pensador. Tal similitud se puede descubrir en los actos de la vida diaria: Vestirse, sentarse a la mesa, tomar un baño, hacer un viaje, asistir a la escuela, al teatro, a la iglesia, al taller o a la oficina son actos rutinarios que se pueden prestar a reflexiones trascendentes. Lo trascendental, que es concepto "manoseado", adquiere en Masferrer su exacto valor cuando habla del encadenamiento de todo esfuerzo y de su proyección en beneficio colectivo. El pan de cada día trae a la memoria la silueta del

sembrador, la ropa que nos cubre se asocia en la mente con el acompasado ruido del telar, el viaje lo enlazamos de manera natural con la atención vigilante, del maquinista o del conductor del tren de pasajeros.

Lejos de ser una doctrina hermética, la del Mínimum Vital invita a reconocer la interdependencia de todos los actos humanos. Aquellos que realizan las tareas más complicadas o manejan las cifras astronómicas están obligados a darle valor a los esfuerzos más humildes o sencillos. En las parábolas del Evangelio y en las páginas de Víctor Hugo el sembrador aparece como símbolo del empeño creador por excelencia. La expresión final del colectivismo es esta que se encuentra en las páginas de Masferrer: "Toda obra es colectiva... todo lo hacemos entre todos y puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva siquiera una porción mínima en la del "Mínimum Vital", aquello que hemos dado, nuestro trabajo, nuestro yo".

La doctrina del Mínimum Vital, al aplicarse a las clases trabajadoras, conduce a la fórmula expresada por economistas de esta época: "A cada quien según sus necesidades; de cada quien según sus recursos", lo que en lenguaje llano quiere decir que el trabajador que tiene obligación de sostener una familia numerosa debe recibir un salario que le permita sostenerla decorosamente, y que los gastos públicos, los impuestos y las obras de asistencia social deben pagarlos los que más tienen y los que más ganan.

UNA HISTORIA SAGRADA

PARA escribir la historia de Cuauhtémoc precisa la asistencia de dones poéticos. Porque aquella es género de historia sagrada y el protagonista un complejo de misterios en mínima parte revelados al testimonio de los hombres.

Empresa riesgosa. Lograr la comprensión del mito —misterio y mito de un héroe, de un pueblo, de una cultura— sin deshumanizar al personaje ni a su circunstancia; tornar al clima de lucha sin incurrir en desatino, sin perder lucidez; llenar penumbras y silencios conteniendo el fácil desvarío de la imaginación; imprimir movimientos humanos a la estatua sin restarle majestad; intuir y reconstruir toda una vida —más allá del nacimiento: en oscuro limbo de siglos; más acá de la muerte: sobre los limos del presente—, y la vida de un espíritu colectivo, utilizando elementos desarticulados, sin recaer en las procelas de árida erudición o idealización caprichosa.

El laberinto ha sido venturosamente sorteado por Héctor Pérez Martínez,[1] en quien el poeta es categoría suprema de toda otra actividad.

Sin dejar de ser símbolo, sin arrebatarle su investidura legendaria ni la sustancia mágica en él encarnada, Cuauhtémoc vive aquí el destino mortal con que acuñó su no perecedera impronta de sangre y siglos; el azaroso destino que principia entre los ritos de la gestación y el alumbramiento —exorcismos y augurios, olor de flores y copal, admoniciones y consagraciones—, prueba en temprano el sinsabor de la orfandad, pasa la rigurosa criba de largos años en el Calmécac: escuela de penitencia, meditación, trabajo y vigor; acredita su linaje con el ejercicio juvenil de la guerra, recibe pronto el señorío de Tlaltelolco donde alcanza destreza en el mando, partifica de augurios y noticias: Quetzalcóatl regresaba; y atestigua la política complaciente de los suyos y las demasías de los invasores, quienes van del aprisionamiento de Moctezuma y de la destrucción de los ídolos mayores a la implacable matanza en la fiesta del mes llamado Toxcatl; consigue sobreponer en la opinión común el ímpetu

---

1 HECTOR PEREZ MARTINEZ: *Cuauhtémoc. La Vida y la Muerte de una Cultura.* Editorial Leyenda, S. A., México, 1944.

belicoso, sumándose al esfuerzo para echar de la ciudad a los extranjeros; a la muerte de Moctezuma, Cuitláhuac lo designa general en jefe de los ejércitos y sumo sacerdote. Ya lo iluminan plenamente los reflectores de la historia en fugaz y gloriosa revelación, ya se le confía la suerte de un mundo. El destino del héroe alcanza el clímax. Presto entrará de nuevo en la penumbra del misterio hasta cobrar con la muerte la inmortalidad.

Para re-vivir este proceso, ha dispuesto el poeta un primer plano de cuádruple dimensión, al que concurre la superior especie de realidad que animó al mundo prehispánico; lo sagrado; sin entender esto resulta imposible comprender la magnitud mitológica de Cuauhtémoc. Dos capítulos componen la magnífica introducción: el primero, que se intitula *El imperio de lo sagrado*, da el tono a la obra: canon mágico que la rige, como regía omnímodamente la existencia del pueblo azteca, donde los hombres eran sólo colaboradores de la divinidad; en admirable síntesis va descubriéndosenos la materia de que aquella vigencia estaba hecha, su regularidad vital y las resonancias que alcanzaba en todos los ángulos de la vida colectiva y privada, en los hechos grandes y pequeños, en el presente y en el porvenir, desde la creación del universo y de las criaturas humanas, desde los dioses hasta el tiempo, hasta la muerte, hasta la perduración por divino heroísmo; "tal entrega febril, desesperada, del hombre a lo sagrado conduce al pueblo azteca a excesos que nuestra mentalidad occidental repugna, pero que tienen explicación justiciera por el contenido de eternidad que el propio pueblo les daba buscando la muerte"; el capítulo termina con estas palabras: "Y a este mundo fantástico, de rigor y de fiebre, mítico y sobrenatural, pertenece Cuauhtémoc". A la intuición del ambiente sagrado, sigue la reconstrucción del ambiente humano: genealogía y política del pueblo azteca, en un capítulo de sugerente intitulación: *El cetro del rencor*, que cierra el gran marco donde aparecerá la figura del protagonista.

Con feliz aprovechamiento de los textos históricos que lograron salvar la etopeya de los grupos aborígenes, Pérez Martínez reconstruye el misterio de la vida de Cuauhtémoc hasta el momento de su exaltación agónica. Verosímil y amena, dramática y musical es la escena del nacimiento, cuando grita la madre —Tlilalcápatl, nieta de Netzahualcóyotl—, "imitando los gritos que los guerreros dan en el combate"; la más vieja de las hechiceras rompe en patético discurso al tiempo de cortar el ombligo del recién nacido; el padre, Ahuítzotl, señor de Tenochtitlán, rodeado de sus grandes, recibe los parabienes

de su pueblo; el niño es consagrado a los dioses y recibe nombre augural: "águila que desciende". Más tarde su parentela lo promete al Calmécac, en solemne ceremonia. Transcurre la vida pueril, interrumpida por la muerte de Ahuítzotl. Vienen los años de aprendizaje en el Calmécac, minuciosamente descritas ocupaciones y disciplinas que embargaban a los jóvenes y que, sin género de duda, labraron el vigor del futuro Tlacatecuhtli de México. Los textos oratorios que conservó el padre Sahagún han sido empleados con sagacidad en esta vivísima reconstrucción.

Cuauhtémoc aparece como fruto de lenta y estricta maduración. La llegada de los blancos lo encuentra templado. La hipótesis de su oposición a la condescendencia supersticiosa está bien fundada en la unidad psicológica del carácter, y es gran acierto imaginar lo que meditara en su retiro de Tlaltelolco la noche del día en que Cortés y sus huestes entraron a Tenochtitlán, y los proyectos que fraguara cuando Moctezuma fué preso, cuando las imágenes de Tezcatlipoca y Huitzilopochtli fueron derribadas de sus alturas, cuando el capitán español hizo prestar juramento de obediencia a Carlos V de parte de la nobleza y caudillos indígenas. "Tlaltelolco era ya el centro de un potente despertar; y el hecho de que fuese precisamente este barrio el reducto primero y último de la lucha entre aztecas y españoles, prueba el arraigo del hijo de Ahuítzotl en su clan, su influencia poderosa sobre los escuadrones guerreros que sostuvieron con heroísmo el sitio de Tenochtitlán, y el trabajo lento, cotidiano, abnegado, incansable e inteligente del señor del calpulli".

Aquí el ritmo cadencioso de relato indígena, en páginas anteriores insinuado, dirige la técnica del biógrafo. *Alvarado supera a Huichilobos* es un capítulo alucinante, febril en la propia lentitud de sus recursos expresivos. No en vano Pérez Martínez ha logrado distinguirse por su conocimiento del alma nativa y se le debe, con otras producciones, la espléndida traducción de la *Crónica de Chac-Xulub-Chen.* Esa ya para nosotros extraña manera de ver y decir las cosas es la que adopta para cantar la gesta desatada por la sangre del pueblo victimado en el templo mayor, y cuyos dilatados círculos —en obsesiva reiteración de rapsodia oriental— no terminarán sino con las palabras hoy como entonces conmovedoras: "He cumplido con lo que estaba obligado. . . y no puedo más. . . haz de mí lo que te plazca". El héroe agiganta su figura en medida que la desesperación crece. La epopeya destaca el relieve asombroso de su genio militar, enfrontado a recursos y técnicas desconocidos y superiores, mas puestos a

dura prueba y expuestos a fracasos por la alerta malicia del caudillo azteca, cuyos trances humanos de rabia y entusiasmo, de abandono y angustia, se nos recrean en el patético relato. Al exquisito estilo de narración indígena se suman los tonos de crónica española —textos de Bernal Díaz y de Cortés principalmente—, conspirando a la tesis fundamental de la obra: México es mestizaje; y consiguiendo eficacia en la comunicación emocional de las situaciones presentadas en un suceder cinemático, centellante, nervioso, de bélicas escenas.

Entre carcajadas y concupiscencias de los vencedores comienza la tercera y última parte del libro: *Peregrinación hacia la muerte.* Carcajadas y concupiscencias enmarcan la nefanda escena del suplicio, que lisiará por siempre al "águila caída". El meteoro vuelve a la penumbra de su misterio, envuelto en silencio lleno de majestad. Nuevamente hay que interpretar el destino, el azaroso destino hecho rehén. El "tempo" de obsesión retorna en estas otras páginas maestras que describen la odisea de blancos y nativos en pos de las Hibueras, con parejo patetismo al de las grandes novelas de la naturaleza hispanoamericana. Mantenido el interés por mágica manera de una prosa ejemplar, llegamos al no por conocido menos apasionante desenlace: aquí, novedosos rasgos de doña Marina, del cacique Pax Bolón y de otras figuras, dan viveza inusitada al epílogo.

"Ha terminado la pelea sobre la tierra —escribe Pérez Martínez en la página final—; pero el conflicto entre Cuauhtémoc y Hernán Cortés vive en nuestra sangre sin que alguno de los dos haya podido vencer. . . El cuerpo de Cortés, caído en sedas y desgracias; Cuauhtémoc, vuelto cenizas en la selva, forman nuestra etopeya. Ambos fueron hombres de dos mundos que en nosotros se concilian y luchan. Tal es nuestra estirpe. Y a tal linaje, tal escudo". Palabras que concuerdan con estas otras preliminares: "Para entender y amar a México cuentan por igual el latido de nuestra sangre española y la calidad de nuestro mundo indígena que esa sangre fecunda. Decidirse por una de ambas raíces y levantarla como una bandera exclusiva, es negar nuestro destino". Se trata de la misma tesis objetiva, realista, que algunos mexicanos hemos venido sosteniendo contra la inveterada exaltación —falsa por unilateral— de hispanofilia e hispanofobia, de indigenismo y antiindigenismo.

"Es un libro patético" —nos advierte el autor; pero en su conmovida pasión luce una limpia objetividad. No lo mueven propósitos políticos o arqueológicos; sino el afán final de indagar la esencia de lo mexicano. Y pues el misterio de Cuauhtémoc guarda secretos de

nuestro destino, es por lo que afirmamos su carácter de historia sagrada, sólo realizable mediante la eficacia vaticinadora de un poeta.

Un poeta, por otra parte, con ejecutoria de historiador y político, en la más acendrada significación de los términos; por lo segundo, ha demostrado su inteligencia de la realidad indígena y su efectivo amor hacia los indios; por cuanto a lo primero, su imaginación creadora parte siempre de sólida base, como lo demuestran las compendiosas *Notas y explicaciones*, la *Cronología*, la *Bibliografía* y el *Indice onomástico*, piezas puestas con buen sentido al final del libro y cuyo aparato de maciza información no interfiere dentro de las páginas el impulso creador.

Agustín YAÑEZ.

Dimensión Imaginaria

CUATRO POEMAS

Por *Rosamel del VALLE*

LA COPA TERRESTRE

Estás ahí, zarza de la penumbra donde mi cuerpo retrocede
A los pozos vividos, a la caverna del ciego que cuenta sus huesos.
Estás ahí ¿eres tú? Anciana cuidadora de las puertas,
Visión tatuada en los jardines que se apartan al verme.
¿Duermen los perros brillantes que lamían la noche?
No los oigo sentarse a la sombra, ni rechazar el sonido
Con que hila el tiempo el traje de los muertos.

Pero estás ahí. Tu cuerpo cubre el césped rojo por el verano,
Ceñidas las rodillas con miedos de insectos y tenazas.
¿Han lavado los jardines? Solamente ha crecido la bruma
Para cerrar las rejas, para cavar el sueño de todo.

Han sido numerosos los huéspedes el último invierno.
Desenterraban cánticos donde lucían arpas las hojas.
Bailaban tal vez y vaciaban la noche. Dormían tal vez
En una pesada carrera detrás de los sueños. Y tú, y tú
Con las viejas llaves en el corazón, ibas y venías por la escala,
Por el tiempo, por las visiones en que mi imagen ardía.

Y siempre allí, oh Anciana, cerca de los pies torcidos del agua,
En lo vivo de mí aunque borroso, en lo más perecedero de mí.
¿Cómo me sostenías al borde de tanta luz? Las cosas lo dicen.
Años y años en el recuerdo cálido de las horas degolladas,
Voces y más voces ante la escala sin oídos del abismo.
A veces limpiándote los días de la frente.
Rodeada de ángeles cansados de brillar.

Y campanas también. Campanas de vuelta de la noche,
Con pasto crecido en las caderas de bronce.
Y tú debajo de los pasos nocturnos, debajo de las bocas turbadas
De tanto cavar en la memoria. Tú, con las llaves.
¿Pasaban las bodas, los entierros, los ruidos de la feria?
¿Pasaban los bebedores, los sonámbulos, los crucificados?

Ellos son los dueños de la noche, los que gastan sus monedas.
Sueñan con arpas al hombro, con la cabeza vacía.
Conversan con lo que va a venir como el espejo con las cosas,
Detrás de un secreto, de una frente que se mueve.
Alegres por desdichados sabores. O mirando pan adentro
Por si se ahogan a veces las olas de la harina.
Ellos, ellos a tu puerta para oírte dormir, para separar la bruma
Que te rodea la cabeza si a lo lejos el mundo
Se deja devorar por las piedras de la noche.

Ellos y tú, oh mirada terrestre fija en el borde de mi copa,
En la estatua del tiempo que me crece a la espalda.

Y tú ahí, despierta por ti misma, sola en un anillo;
Prendada de la tiniebla que desgarran las horas. El polvo
En la frente, cercada por muros y torres.
¿Hay una Navidad que dura
Más de un día en las campanas del corazón?

Entre tú y yo todo crece hundido y sin sabor.
¿Recuerdas los bebedores de los Domingos? ¿los ancianos
Que escarbaban el tiempo en la hierba? ¿las voces y las
máscaras?
Ellos mismos eran el tiempo. El día caído, la hora.
Todo podía pasar y cambiar. Mientras el Angel de tu
puerta
Reparaba las naves nocturnas apartando con las manos el
ruido.
He ahí el sueño sumergido en mi memoria, la imagen,
el tatuaje
Que nada podría borrar sobre la tierra.

¿Me oyes aún en las llamas? ¿me oyes perecer en el árbol
Nacido para la muerte? Estoy detrás de ti. Te oigo cruzar
el umbral,
Apartar la hierba gastada y salir a mi encuentro
En la noche terriblemente derrumbada.
Mi mano va a tu lado y hace ruido sin que la veas.
Sacude las plantas que se doblan, el cobre de las hojas
Y sobre todo el calor de la muerte que eres. . . Nada
Puede permanecer de rodillas si pasas y si mi sombra
Te precede en el polvo derramado de las cosas.

Oh muerte recomenzada, ninguna vana losa, ninguna pie-
dra
Podría decir que la habitas. Pero la madre de la noche
Enreda tus vestidos en las llamas, mueve la humedad

Y te sienta a la orilla de los pozos donde me vi nacer.
Extraña imagen en ti misma y fuera de ti. Allí, allí todavía
Donde los muertos remueven la tierra, donde los ángeles
Cuidan de las hachas y las palas sin dormir.

Porque ellos están siempre despiertos y apartan la niebla.
Se oyen vivir y deshacerse. Y aman la tierra que cavan.
Cada hoyo es una puerta. Cada ser sumergido, un viajero.
Ellos, ellos, la visión nocturna detrás de los árboles.

Pero nosotros somos el ruido, la vara movible, el barro,
El poco de barro que rechaza la voz. Huíd, huíd, lámparas.
Huíd escalas de oro por donde hay que descender.
Yo soy la visión, yo soy la tempestad, yo soy el fuego
Abridme las puertas de par en par, haced a un lado la noche.
Yo soy el que dice: "Primero brillarán las culebras en mi sien.
Primero rodarán las olas fuera del mar.
Primero se anidará el tiempo debajo de mis ojos. . . Después
Estaré al lado de los ángeles tenebrosos, de rodillas sobre el agua.
Solo entre las ovejas ardientes que se beberán la sombra de las hierbas.
En un diálogo tembloroso con los secretos escritos,
Con las palabras de hierro, con los signos trazados de noche.
Ahí estaré con la cabeza en cascada".

¿Y tú, qué piedras cuidas
Entre la carne y los huesos, entre la frente y la ceniza?
Entrad por mis puertas, ahora que la llama abre sin ruido
Para oírte morir en la rasgada penumbra.

CEREMONIAL DEL CONVIDADO

He tenido mi estatua, un hallazgo de sal para el olvido.
¿Mi mano levantó el mar? ¿Mi cabeza la sombra?
Id y sepultaos, me dije. Pero era el tiempo de la melancolía.
El mundo danzaba detrás de una leve ebriedad,
En un pavoroso ejercicio del corazón para verse pasar.

Oh cuando el olvido viene entre ovejas,
Cuando cae de la boca del pastor,
La vida canta hacia las afueras de la ciudad,
Hacia el polvo que sueña de espaldas a la noche.
Dejad que respiren las piedras de los muertos, dice.
Dejad que crezca el pavor de la tierra.

¿Por qué debe correr el polvo de un lado a otro
Sin despertar jamás lo que duerme? Apenas vestido,
Apenas con un color terrestre, casi cubierto de hierbas.
Tú lo sabes esplendor del día
Tú lo sabes y eres el puente por donde se pasa
Con la cabeza ceñida de voces que desean caer.

Ven a mí, helada armonía del cuerpo flotante,
Del despiadado llamar en toda puerta detrás de la noche:
De la máscara sedienta de la ebriedad del gusano o
De la lámpara que se estremece en el lecho del muerto.
Pero dejad lo vivo y quemante, dejad las cálidas sábanas,
Los santos de madera, las flores, el agua que mira y se deshace.
Dejad cerradas las salidas, abierto el abismo.
Y suelto el loco sueño del perro que nos debe seguir.

Tal vez ni la Amiga que atraviesa los muros y se sienta.
Ni el humo de plata del pan, ni la máscara del vino.
Ni siquiera el atardecer caído del nido de las campanas.
Nada, nada. ¿Comprendes? Nada sino el ruido de las llaves
Con que alguien abre la tierra.

Tal vez una sombra en la cabeza desgarrada.
La mirada del hombre, la mirada que no encuentra donde posarse.
Uno mismo en lo hondo, a lo lejos: uno mismo en el adiós de las cosas,
En los tranquilos preparativos, en las palabras
Cuya agua sube desde la noria terrestre.
En el adiós ¿comprendes? en la imagen que suelta las cadenas.

Pero está el mundo familiar . . . Los viejos mendigos,
Los pastores, los carpinteros ebrios,
Los que solamente conversan sin escucharse;
Los que se pasan la mano por los ojos para despertar.
Los que llegan y parten; los que se han construído un lecho
En las puertas penetrantes de los cementerios;
Los que tuvieron su vino en mi mesa y los que lo rechazaron;
Los que andan debajo de la noche con una estrella ardiente;
Los que habitan las paredes de mi casa,
Esos que hacen que el agua se mueva de un lado a otro sin caerse;
Los que encienden la lámpara y los que la apagan y se deshacen.

Alguna vez, alguna sombría vez que las cosas nos observan,
Que son nuestro íntimo ruido, que nos reciben
A cualquiera hora y desde cualquier abismo.

Alguna vez saber que ellas abren la luz y las aguas
Para que veamos pasar al viajero que saluda desde lejos.

Sea eso y llámese dicha o pavor; llámese cuerno o tempestad;
Llámese hora de gala; llámese baile o partida.
Sea eso y dejemos todo, dejemos los pies en la hierba.
(En la noche nada hay que pisar la niebla cae en las norias,
El polvo se mira en las piedras, las piedras encienden el agua).
¡Oh! y sea la imagen que hacemos en el mundo
Lo que nos sigue para siempre.

Y ven a mí todavía, coche solo debajo de los nidos.
Ven a mí, viajero del hacha en el hombro.
Los árboles de fuego saludan a la noche y la noche
Espera que cierre mis puertas.
¿Tendrá su voz la Anciana? ¿su altar el dios solo?

CANTATA PARA EL HUESPED ALUCINADO

Allí donde la tierra se desprende
De la luz dura. Allí donde perece
El resplandor amado, la ceniza
De las cosas sujetas a una lámpara.
¿Qué diría el vapor del cuerpo
Reflejado en la piedra?

Apartadlo un instante, dejadlo
Reconocerse al fin, escucharse
Pasar hacia los coros de la noche.
Oh errante nostalgia, eco turbado, solo
En los sonidos del fuego, en la viva
Estatua traspasada del abismo.

Errante máscara muerta ¿no supo
Más que del resplandor que hiere?
¿Más que de la sangrienta sed?
Mirad su espalda cargada de copas
vaciadas hasta el fin.
Fuego a fuego en la muerte, en el gozo
De devolver a la tierra día a día
Lo nacido. De abrir noche a noche las puertas
A la precipitada furia del olvido.

¿Será posible? ¿Podrá distinguir
Su daño en la tiniebla? ¿Recordar
Los sueños levantados, las visiones
Rechazadas hasta el fin de la tierra?

Sólo una tal vez, sólo la imagen
De su propio horror esparcido
De mundo a mundo en un lamento
De lámpara apagada desde lejos.

Suya es la desgarrada aparición y suyo
El horror de escuchar bajo las piedras,
La dicha de llamar a toda puerta,
El gozo de crecer para la muerte.
¿Cómo lavar las manchas de la luz
Para torcer hacia otro punto el corazón?

¿Cómo cambiar el goce por herir?
¿El agua por el fuego? ¿el sueño por el ruido
Infernal de la muerte desatada?
Oh imagen sujeta al barro que no olvida
¿Es posible? Ahí está el horror
De tus pies extraviados, de tus dientes
Más hechos para el grito, para el miedo
De tu propio estupor y de la tierra.

RETORNO AL OLVIDO

Un ángel de negros dientes canta afuera, en el jardín.
Un diente es el árbol de la noche.
Tal vez un saco lleno de campanas.
Una boca con imágenes.
Un viajero que desea cavar con pala de fuego.
Cavar con un diente.
Detrás de mí, en la tierra ocupada por la noche.

El ruido crece en el jardín, en un hoyo.
El ruido aprende a conocer las cosas.
Una persona que habla hacia abajo, hacia un pequeño oído.
Con un placer de piedra buscada.
Con una angustia de pájaro entre abejas.
Con un color de escalas para que bajen los muertos.
El ruido crece en un hoyo
En el jardín.

La voz es una pequeña voz debajo de todo.
Tal vez alguien escucha debajo, en el frío.
Tal vez alguien hojea su propia vida junto a una lámpara.
Tal vez alguien diga:
Las campanas dan el año en que los cortejos pasaban
No lejos de los no me olvides.

Una canción, una canción en una boca húmeda,
Entre plantas grises. Algo las enciende y retuerce,
Algo las arranca de raíz de la boca.
Y llueve debajo de sus muertes.

Y bien ¿será la palabra profética, la palabra
Desterrada del reino?
Un mundo aparte, perdido en la frente.
Un altar no deseado. Un resplandor combatido.
Los olores que enturbian el sueño, las aguas
Que nunca dejan de pasar: las luces
Del hoyo en el jardín.

He ahí la boca creciente. Ella ha dicho:
Hay que temer. Y el temor canta en los huesos.
Dejad, pues, los huesos.
Dadlos al olvido.

Pero yo soy el olvido. La boca creciente es el olvido.
Estoy rodeado de piedras escritas.
Ellas hablan y yo hablo. Las piedras son la palabra.
La palabra con que me despido de los años.
Y ellos no se van.
Ellos se quedan afuera, ellos esperan
Verme volver.

Día a día hay una sed
Dormida y despierta.
Un país a lo lejos. Allí crecen los que fueron mis muertos.
Ellos recojen ahora mis palabras. O las dejan
Crecer a su lado. Crecer en sus huesos.

Pero eso es también el olvido.
Y el olvido está sentado junto a una puerta,
A la entrada de cualquier ciudad.
Su mano estirada brilla parecida a una cuerda.
Quizás debajo de un árbol.
Quizás en el hoyo del jardín.

Huésped solo, huésped oculto,
Oigo tus movimientos, tus pausas, tus actos retenidos.
Cavas llamas, huésped de esta noche.
Cavas sobre palabras, huésped mío.
Cavas sobre gusanos que conversan sin ser oídos.
Cavas sobre huesos que se salen de mi cuerpo.

Y alguien te ve. Alguien te ve pasar a pesar de tus dientes.
Es la luz de las llaves, huésped mío: la Anciana de las llaves.
Ella camina paso a paso entre las cosas.
Joven, impenetrable, atenta a los ruidos.
Arbol de Navidad cargado de años.
Colina cargada de corderos.
Su edad no es edad, es un jardín.
Su mano profética pasa dormida en el aire.

Por ella, y no por ti,
Crece un hoyo en el jardín.
Por ella tus plantas grises
Se marchitarán.
Nada puede vivir sin sus ojos. Nada puede
Perecer.

Angel que cantas, no me esperes.

Santiago de Chile, 1944.

LA LITERATURA NORTEAMERICANA EN CRISIS

Por *Verna CARLETON DE MILLÁN*

Cuando cayeron las bombas en Pearl Harbor, se marcó el principio de una época tan nueva en la vida de los Estados Unidos, que todavía no podemos imaginar siquiera su alcance.

Fué el gran escritor francés, Elie Faure quien dijo que toda una cultura se revela a través de su arte pictórico. Yo diría por el contrario, que es el escritor, y sobre todo la novelística, lo que puede servirnos como barómetro fino y sensible para captar el estado de ánimo de un pueblo. La crisis en la vida norteamericana, por ejemplo, ha producido una crisis marcada en su vida literaria. Casi no hay escritor contemporáneo cuya vida no haya sido transformada por la guerra. La mayor parte de los jóvenes están sobre las armas; las mujeres trabajan febrilmente en las factorías. Cualquier literatura que se elabore en este momento, tiene que ser forzosamente una literatura de transición, una literatura que rompe con el pasado para encontrar sus propios nuevos valores hacia el futuro. El espíritu creador busca siempre una respuesta a la negación eterna de la muerte; de este modo, cada escritor tiene ante sí, hoy día, quiéralo o no, el problema de la vida o de la muerte.

Jamás en la historia se había concebido lo que es la guerra total, la guerra que no solamente afecta a los ejércitos armados sino amenaza desde los niños recién nacidos hasta los ancianos que viven ya como sombras. Del conflicto actual, nadie escapará y eso lo saben los escritores. Todavía en la primera guerra mundial, la figura más grande de la literatura contemporánea, Romain Rolland,

pudo irse tranquilamente a Suiza a seguir sus trabajos mientras que su país natal era convertido en campo de batalla. Pero ahora Rolland está muerto y Francia ha perdido ya muchos de sus otros escritores en esta guerra. En la Unión Soviética, también son incontables los jóvenes escritores y periodistas, muertos ya en las trincheras. Los periódicos de hace unos meses, nos trajeron la noticia de la muerte del gran novelista inglés, Eric Knight, al caer el avión de guerra en el cual viajaba. Knight fué el autor de un libro traducido al español últimamente con el título de *Fugitivos del Amor,* una de las novelas mejor escritas que han salido de la guerra actual. Se podría extender la lista interminablemente, pero no hay necesidad. El escritor de hoy se da cuenta perfecta, de que no solamente su mundo está amenazado, sino su vida misma. Dos caminos están a su alcance: puede entrar a la lucha abierta y frenética, en todos los frentes, en contra de los enemigos de la humanidad, o puede buscar su salvación física en el colaboracionismo con el enemigo, la huída, o el escape hacia su torre de marfil. El primer camino conduce hacia la creación, aunque es un camino estrecho que corre al borde del precipicio de la muerte; el segundo, salva el cuerpo, la existencia física, pero no conduce más que a la esterilidad completa, y eso para un escritor es la peor clase de muerte que puede sufrir. En Europa, en el Oriente, en todas las partes del mundo tocadas por las llamas de la conflagración mundial, cada escritor ya ha escogido su camino, o las circunstancias lo han escogido para él. Allá no hay camino medio. Debajo de las bombas, toda discusión, toda especulación filosófica sobre el ser o no ser, resulta inútil. Es en América donde, desgraciadamente, todavía existe cierta desorientación y confusión; donde todavía la vida literaria se prodiga en la filosofía; donde todavía el escritor se permite el lujo de creer que tiene libertad para escoger entre varios modos de acción, o simplemente para rechazar la acción, si así le viene en gana.

Este estado de incertidumbre, de angustia acumulada, ha producido una crisis notable en la vida creadora de los Estados Unidos. De la manera más inesperada, escritores nuevos, voces nuevas, están surgiendo, día tras día,

para responder al clamor que pide nuevos intérpretes que sepan corresponder a las exigencias del momento actual. Algunos, conocidos ya desde hace muchos años, han vuelto a escribir con vigor nuevo, como si hubieran recibido una transfusión de sangre. Otros, escritores de prestigio hacia quienes la joven generación dirige sus ojos con ansiedad buscando orientación, se han encerrado en un silencio peor que la muerte misma. Los años de preparación guerrera para la crisis definitiva, han producido un conflicto espiritual adecuado para la transición de esta era. Todo en este momento es flúido y transitorio; presenciamos el nacimiento de valores nuevos y la muerte de otros que ya no encuentran eco en nuestra civilización.

Pero no es mi propósito hacer un análisis detallado de cada escritor destacado de los Estados Unidos y su manera de reaccionar ante la crisis actual, tarea ésta que corresponde a un libro. He escogido tres escritores tan sólo, porque creo sinceramente que son los tres más leídos que tenemos hoy día en los Estados Unidos, y a través de un estudio de sus últimos libros, podemos comprender muchos de los problemas que la vida actual les ha planteado y su manera, muy especial, de resolverlos. Los nombres de los tres escritores son: Ernest Hemingway, Pearl Buck y John Steinbeck.

En 1923, llegó a París un joven periodista de abundante cabellera, turbulento, que había peleado con el ejército norteamericano en Italia. París, entonces, era el refugio para toda aquella generación que se sentía desenraizada y profundamente perdida después de los horrores de una guerra que les había alcanzado como un huracán, sin razón ni justicia; una guerra que no despertó más que asco en ellos. Fué precisamente el asco y el odio lo que predominaba en los primeros cuentos de Hemingway; y cuando, después de muchas dificultades, logró darnos más tarde la publicación de su primer libro, era como si todo el veneno embotellado en su alma, hubiera estallado en contra de una humanidad sin defensa. Talento, sí lo tenía Hemingway. Los críticos que tronaron en su contra, los

puritanos que predicaron que su influencia sería desastrosa, pudieron haber ahorrado su energía, porque era tan inútil su protesta como la de tratar de detener una tempestad con papelotes. Hemingway, casi inmediatamente, se convirtió en maestro y apóstol de toda su generación, la generación decepcionada y perdida que buscaba olvido en la embriaguez y la degeneración moral. En un momento, como entonces, cuando el futuro de la literatura parecía vacilar en su camino, abrumada por tantas influencias extrañas y emociones nuevas, Hemingway rompió con toda tradición y escuela, para crear un estilo propio, tan sencillo, dramático y cruel como el sonido áspero de una ametralladora. En un momento, cuando muchos espíritus creadores lastimados por la guerra, buscaban consuelo en el pasado, en lo eterno y lo irreal, Hemingway dió nueva vida a la escena norteamericana, proclamando a gritos, con sus frases cortantes como un cuchillo, que se podía encontrar poesía en el lenguaje de los gángsters y de los chiquillos abandonados en la calle. Más que ningún otro escritor, con la posible excepción de John dos Passos, se puede decir de Hemingway que llegó a comprender la riqueza inagotable de la vida norteamericana, como fuente de creación. Y, como reflejo inevitable de su tiempo, los personajes de Hemingway vivían en un ambiente de frustración y violencia. Por muchos años, parecía que el odio le impulsaba a escribir; parecía él, tener un desprecio olímpico para los infelices seres humanos cuyos sufrimientos describía con tanto genio. Brillante, pero cruel, era su primera novela *También se Levanta el Sol,* que llegó a formar toda una escuela de jóvenes novelistas. En *Adiós a las Armas,* ya hay cierta ternura a la vez que un retrato vívido de la angustia de los soldados que pelean sin saber por qué, y del amor frenético que se desarrolla en tiempos de guerra bajo la amenaza constante de la muerte. Pero en *Tener y no Tener,* un cuadro, color de sangre, de la vida y muerte violenta de un contrabandista, toda ternura momentánea desaparece otra vez bajo un escepticismo desafiante.

En todas las obras de Hemingway, la muerte es realmente la protagonista principal, la muerte cruel y algo

voluptuosa. Siempre he pensado, algún día, hacer un estudio psico-analítico del papel que juega el amor y la muerte en las novelas de Hemingway. Superficialmente, se puede decir que su preocupación de la muerte está íntimamente ligada a una falta de comprensión de lo que significa el amor. Gran parte del éxito de Hemingway en los Estados Unidos se ha debido a su franqueza al escribir detalladamente la vida amorosa de sus personajes. Pero es precisamente aquí donde Hemingway se ha puesto al desnudo ante cualquier estudiante de psicología. Muy lejos de escribir grandes novelas pasionales, como se cree, Hemingway ha buscado refugio en el erotismo, como confesión de una impotencia psíquica que no le permite penetrar en aquel mundo delicado y complejo, donde la pasión física y la comunión espiritual entre un hombre y una mujer se unen indivisiblemente. Las mujeres en las obras de Hemingway con la sola excepción de Catherine, heroína de *Adiós a las Armas* no son realmente mujeres sino abstracciones simbólicas representando o el dominio matriarcal o la sumisión de la hembra. Y claro, como Hemingway no confía en el amor, ni lo comprende, menos todavía confía en la vida que surge de aquél. Todos sus personajes caminan, con pasos lentos y pausados, hacia su propia destrucción. Muchos de sus discípulos se han perdido ya en su propia frustración, en una negación de todos los valores que hacen soportable la vida para los hombres. Lo que ha salvado a Hemingway es la fuerza y dinamismo de su talento que se ha ido formando, con cada libro, como un acero templado al fuego. Desde el punto de vista literario, Hemingway es un verdadero maestro. El joven escritor que busque orientación técnica del cuento, puede leer con creciente admiración, algunos cuentos de Hemingway comparables con lo mejor que existe en la literatura contemporánea. Todas sus obras llevan el sello de una personalidad original, fresca y nueva; lo único que le falta es, después de todo, algo esencial: fe en la humanidad.

Creyeron algunos que Hemingway se encontró a sí mismo por fin, en su última novela, *Por Quién Doblan las Campanas*. Creo yo, sin embargo, que los defectos de

esta novela son precisamente los rasgos psicológicos de su autor. Sin duda alguna, Hemingway recibió en España el choque emocional más fuerte de su vida. Siempre había él odiado la guerra. Pero cuando Hemingway vió caer las bombas fascistas, sobre las mujeres y niños de Madrid; cuando vió cómo entraban a la batalla los jóvenes del pueblo, sin armas ni uniformes, pero con una canción en los labios, llegó entonces a comprender por primera vez, que la muerte y la violencia tienen justificación cuando están ligadas a una causa tan honda y primitiva como lo es la defensa del hogar mismo. Y con los maravillosos coros de las brigadas internacionales todavía haciendo eco en su memoria, con el sol brillante de España en sus ojos, Hemingway empezó a escribir la novela de un norteamericano que lucha y muere al lado de los guerrilleros republicanos.

El éxito de *Por Quién Doblan las Campanas,* ha sido fenomenal, porque trajo a millones de lectores, un relato vívido de la guerra en España; algo que muchos de ellos jamás habían entendido antes. Tiene, como todas las novelas de Hemingway, cualidades indiscutibles, escenas de un poder dramático tan intenso que crispan los nervios, escritos en una prosa limpia y cristalina como agua de manantial que brota bajo el sol. Pero, al mismo tiempo, tiene sus defectos. Algunos críticos se han apresurado a decir que la España de Hemingway nunca ha existido fuera de su imaginación. Lo mismo se ha dicho de André Malraux. No estoy de acuerdo con esto. Para la imaginación intuitiva de un novelista no hay realidad más allá que la de sus propias sensaciones. En esto, se aproximan a la escuela de los filósofos griegos llamados "escépticos". La tarea de un novelista no es hacer un reportaje realista como una fotografía a colores, sino seleccionar de una escena todo aquello que para él significa algo y que contribuye a la recreación de un estado emotivo. La España de Hemingway es real, para su autor. Y tal y tanto es su talento, que convence también al lector, mientras éste lo lee. Sucede lo mismo con Malraux. Admito que es una tragedia que las dos novelas de más fama mundial sobre la guerra en España, hayan sido escritas por

extranjeros, pero mientras no exista una novela española de la misma categoría, no podemos ser demasiado exigentes a este respecto.

Lo que llama mi atención en esta novela, sin embargo, son aquellas de sus posibilidades que quedaron frustradas. Contiene material formidable. La lucha de los guerrilleros españoles es parte de una lucha gigantesca que se ha extendido a través de todo el mundo en la actualidad. ¿Por qué no comprendió Hemingway que lo que tenía entre sus manos no era el conflicto psicológico de un individuo, sino toda la vida flúida y milagrosa de un pueblo? Malraux sí lo comprendió y por lo tanto *L'Espoir* es superior a la novela de Hemingway como la obra literaria. Otra vez, vemos que Hemingway sacrificó la grandeza de su tema para subordinarla a un cuento de amor, y otra vez, falla el autor precisamente cuando quiere ser más tierno y sutil. Seguramente, para él, su heroína María representa un ideal: la mujer sumisa y sensual que no produce conflicto intelectual alguno para el hombre. Pero la sensualidad que no esté unida a la inteligencia, se pierde en lo infantil. Por lo tanto: *Por Quién Doblan las Campanas*, no logra sus propósitos en lo que se refiere a la lucha social; y como una novela amorosa es absurdamente adolescente.

¿Cuál será el futuro de Hemingway? Su país de nuevo está en guerra. La lucha de España ya no es algo exótico, sino que se ha transformado, como algunos de visión clara predijeron, en la lucha mundial en contra de las fuerzas del fascismo. Ahora es la oportunidad brillante para que Hemingway escriba su obra maestra. Otros, ya lo están haciendo. De Hemingway, fuera de unos cuantos reportajes, nada sabemos todavía. Es muy joven aún, con su talento en plena madurez, talento que se convertiría en genio, si pudiera conocer por fin lo que es la identificación cálida y sincera con la humanidad. Pero si no lo logra pronto, habrá perdido para siempre su influencia sobre la nueva generación que ha puesto en juego su vida y por lo tanto, sabe exigir un máximo de valentía y sinceridad de sus maestros.

Cuando se toma en las manos un libro de Pearl S. Buck después de haber leído la escuela realista de Hemingway, el efecto en el espíritu es de enorme descanso y tranquilidad porque todo lo que es agitado, confuso y atormentado en aquél, se torna sencillo y reposado en las obras de la gran escritora que ganó el Premio Nobel, en 1938, por sus novelas de la vida china. Jamás ha existido escritor alguno que se haya formado tan lejos de los círculos literarios, como Pearl Buck. Nació hace cincuenta años en los Estados Unidos pero creció en China, donde sus padres eran misioneros protestantes. Durante años, Pearl Buck era una profesora humilde y una esposa y madre abnegada, sin soñar siquiera con una carrera literaria. Entonces, en los veintes, llegaron los años de guerra civil, con sus hambres y sufrimientos para el pueblo chino. Fué en esa época cuando esta mujer tuvo que enfrentarse con una realidad dolorosa: para los chinos, ella era norteamericana; para los norteamericanos, ella, con su punto de vista tan especial, era oriental. Este conflicto fué lo que le impulsó, por primera vez, a poner en palabras todo lo que ella sentía, de cariño, para el país que la había criado. Su primera novela pasó casi desapercibida pero la segunda, que se publicó en 1931, *La Madre Tierra,* tuvo un éxito sensacional, habiéndose traducido a más de veinte idiomas hasta ahora.

El estilo de esta novela nos sorprende, como el de todas las obras de Pearl Buck, por su pureza e ingenuidad, como si se tratara de una traducción de algún clásico chino. Pero esta sencillez cobra gran maestría de técnica, porque la autora nos sacude el alma, con las palabras más breves; como lo hace, por ejemplo, en aquella escena inolvidable de la madre campesina que da a luz, sabiendo que no hay en casa comida para sus otros hijos. Entonces, antes de que su hijo pueda llorar por primera vez, reclamando su derecho sobre la vida, ella misma lo estrangula. Solamente un artista de dotes enormes podía escribir así, desprovista de toda artificialidad.

En 1935, Pearl Buck regresó a los Estados Unidos, con dos novelas más publicadas: *Los Hijos,* y *Una Casa Dividida,* que forman, junto con *Madre Tierra* la trilo-

gía de una familia china, la Casa de Wang. En este año, también, le otorgaron la Medalla Howells por su contribución distinguida a la literatura norteamericana. Entonces, siguió en la vida de esta escritora una época de descanso espiritual, como si la residencia en su país natal, después de tan largo exilio, hubiera cortado las raíces de un estilo pulsante y vivo dentro de su alma, porque a pesar de que ganaba en facilidad técnica con cada libro nuevo, perdía en intensidad original.

Para Hemingway, fué la guerra en España lo que le abrió los ojos, por fin. Desde el momento en que los japoneses invadieron China, Pearl Buck empezó a dedicarse en cuerpo y alma a la tarea de despertar un mundo indiferente, a la causa del pueblo chino. Logró hacerlo, por fin, con su novela, *Simiente de Dragón,* uno de los mejores libros antifascistas que se han publicado en cualquier idioma. Otra vez, como en Madre Tierra, los campesinos chinos surgen, ante nuestros ojos, en carne y sangre, tan reales y dramáticos como amigos de toda la vida; otra vez tenemos escenas de un poder emotivo tan palpable como la realidad misma. Vemos la confusión que reina en la pequeña familia cuando corre la noticia de que los japoneses están acercándose a la ciudad más próxima. En seguida, los quinta-columnistas, traidores que más tarde surgen como colaboradores abiertos, empiezan a sembrar la confusión y desorientación entre la gente del pueblo, asegurándoles que los japoneses vienen como amigos y que no hay que ofrecerles resistencia alguna porque son gente superior cuya presencia en China traerá muchas ventajas. Llegan a convencer a muchos; pero la madre de la familia, personaje heroico, siente en su alma, con una intuición luminosa que sus hijos están amenazados y ella, sola, se prepara para defender su hogar.

Entonces, empieza la crónica, creciendo a través de las páginas como una verdadera sinfonía, de cómo el pueblo organiza su resistencia; cómo plantan su arroz, lo cosechan y lo esconden a pesar de la vigilancia y brutalidad del invasor que encuentra la muerte y sabotaje a cada paso. Al principio, tanto la madre como el padre de la familia, rechazan la idea de la violencia. Con el fatalis-

mo de su filosofía, producto de siglos de sufrimiento ciego, creen que basta la resistencia pasiva para derrotar al enemigo, cuando saben que su hijo encabeza un grupo de guerrilleros en las montañas cercanas que salen de noche para sembrar la destrucción sobre los campamentos japoneses. Pero llega el día en que la barbarie del enemigo alcanza tal extremo, que el padre, hombre tierno y pacífico, mata a un soldado para salvar la vida de un compatriota y la madre le ayuda a esconder el cadáver. En esta escena, el clímax de la novela, la última barrera entre la joven generación y los padres desaparece para siempre bajo un bautismo de sangre; unidos en la lucha, dispuestos a jugar el todo por el todo, lanzan el grito de todos los países invadidos hoy día: "¡Muerte al invasor!"

La evolución de Pearl Buck como novelista ha sido consistente y sólida; quizás por ser mujer, no ha tenido los conflictos psicológicos, ni los complejos, que han obstaculizado la carrera literaria de muchos novelistas. Desde luego, Pearl Buck nos ha probado algo sumamente útil para el futuro de la literatura; y es que el escritor moderno no tiene por qué estar esclavizado a un nacionalismo estrecho cuando el mundo entero está a su alcance. Callada, abnegada y sincera, Pearl Buck ha tenido la valentía de mirar la tragedia actual frente a frente, sin desmayarse, con la cabeza muy alta y su pluma firme. A ella, junto con Agnes Smedley, se debe, casi enteramente, la comprensión y simpatía ganadas para los problemas del pueblo chino, que existen en la América, hoy día.

AHORA, vamos a considerar por fin, al escritor que tal vez es el de más porvenir entre "los jóvenes" de la literatura norteamericana; John Steinbeck. En un estudio reciente de un destacado crítico, Joseph Warren Beach, dice lo siguiente: "La primera cosa que tenemos que reconocer en Steinbeck es su absoluto genio. Ha aparecido un escritor norteamericano... digno de ser comparado con Chekhov o Anatole France. Esto es un acontecimiento bastante raro en nuestros días".

Steinbeck nació en California en 1902, hijo de una familia de agricultores, radicados allá desde hace mucho tiempo. Siendo todavía estudiante en la Universidad de Stanford, se puso a trabajar en sus horas libres, porque le interesaba el trabajo manual y su simpatía innata para el proletariado le impulsó a entrar muy joven a la lucha social. En 1929, después de haber trabajado como pintor de casas, albañil, carpintero, ranchero y periodista, Steinbeck publicó su primera novela, con tan poco éxito económico que tuvo que adoptar una ocupación laborante. Siguió, sin embargo, escribiendo de noche y cuando por fin ganó suficiente con sus cuentos para poder renunciar al trabajo en la construcción del Madison Square Garden, enorme edificio de Nueva York dedicado a los deportes, su jefe le dijo con tristeza que el sindicato de trabajadores de construcciones perdía uno de sus mejores miembros.

Como Pearl Buck, Steinbeck creció muy lejos de los círculos literarios y hasta hoy día son muy contados los escritores con quienes él mantiene amistad. Nunca se ha preocupado en buscar maestros de estilo entre los literatos. Cree Steinbeck que la vida misma impone su estilo si cada escritor la escucha con humildad y silencio. Cuando salió, por fin, la novela que le trajo fama, *El Barrio de la Tortilla,* en 1935, Steinbeck ya era un escritor de una personalidad tan singular y original que difícilmente se le puede comparar con algún otro escritor.

El desarrollo de Steinbeck ha sido casi sin paralelo en la historia de la literatura, por su rapidez y la calidad tan consistentemente elevada de sus obras. Un año después de *El Barrio de la Tortilla,* novela deliciosa y satírica sobre los "paisanos" de Monterrey, California, Steinbeck escribió otro libro completamente distinto, *En Batalla Dudosa,* una de las mejores novelas de la lucha obrera que se han escrito. El año siguiente escribió *De Hombres y Ratones,* novela que se llevó a la pantalla con el título en español de "La Fuerza Bruta". Es un libro brillante sobre la vida de los trabajadores agricultores de los Estados Unidos, a la vez que es un estudio psicológico magnífico del complejo de inseguridad que la pobreza engendra en los hombres. En 1938 publicó *El Valle Largo,* un libro de

cuentos, cada uno tan redondeado y perfecto en sí, que parecen novelas. En 1939, salió su obra maestra, *Las Uvas del Rencor,* y en 1941, su novela antifascista sobre la invasión de Noruega, *Se ha puesto la Luna.* Cualquiera de estas novelas hubiera sido suficiente para traer fama a cualquier otro escritor. Parece increíble que las haya hecho una sola persona en seis años. No conozco en ningún idioma otro escritor con un record igual. La versatilidad de Steinbeck nos sorprende tanto como su enorme dinamismo y fuerza. Es difícil para los extranjeros darse cuenta de su talento muy único, porque de todos nuestros escritores, Steinbeck es quien menos se presta a las traducciones. *Las Uvas del Rencor,* por ejemplo, traducido al español, no se puede reconocer siquiera. Y es que Steinbeck utiliza las palabras más sencillas, más locales de la gente del pueblo, creando así un estilo muy suyo, preñado de una belleza tal que uno lee, como hipnotizado y maravillado de que un mundo tan complejo, haya podido crearse con elementos de la vida ordinaria. . . Si Steinbeck tiene un valor incalculable para la literatura, es precisamente por ser tan profundamente humano, porque sus palabras irradian una comprensión, una ternura, un amor para la humanidad tan hondos que sus personajes se mueven en un ambiente de luz que los graba para siempre en la memoria, como si fueran gente de carne y hueso que uno llega a querer como los quiere el autor.

Las Uvas del Rencor, por ejemplo, es la mejor novela de tipo social que se ha hecho en los Estados Unidos, lo cual se debe no a los problemas de pobreza y lucha que Steinbeck presenta sino a la maestría de haber creado una familia, los Joads, que pueden figurar al lado de los grandes personajes creados por los novelistas de otras épocas. La madre de la familia es inolvidable. Viendo que los suyos van a morir de hambre en el rancho del Oeste, arruinado por la sequía, decide irse a California donde, según rumores, faltan trabajadores en los grandes ranchos. Las tragedias, miserias y humillaciones que pasa esta familia para llegar a California, son indescriptibles, pero lo peor les espera al llegar: Todo ha sido mentira. No hay trabajo sino odio y persecuciones en contra de los miles de

familias como las que caminan, sin hogar, desenraizadas de sus ranchitos, víctimas de un sistema económico que amenaza su existencia misma. Pero a pesar de su tono trágico, está muy lejos de ser una novela derrotista, porque la figura de la madre, símbolo del espíritu invencible del pueblo, sigue sin doblarse hasta el fin.

En Hemingway, la violencia es una nube que envuelve a los personajes, los embrutece y los deja sin esperanza; pero a través de la violencia y el sufrimiento, las gentes de Steinbeck aprenden a luchar. Hemingway, en el fondo, siente una amargura muy honda delante de la vida; Steinbeck nunca ha perdido su compasión y sentido del humor. El amor, para Hemingway, es una batalla sutil, fina y decadente entre los sexos que se mezclan tan fluídamente con el odio que acaba, por fin, en lo perverso. El amor, para Steinbeck, es lo que da dignidad espiritual a los seres humanos y aunque esté muy lejos de ser un novelista romántico, comprende a maravilla todo lo que hay de frágil, de inseguro y de confuso en el hombre, toda aquella soledad, vasta y tenebrosa, en su alma, que busca y a veces encuentra, como por milagro, un eco en otra persona.

Debido a la humanidad de Steinbeck, hasta sus villanos nunca son enteramente malos, sino casi siempre, gente débil, corrompida por las circunstancias. Algunos críticos han dicho, por ejemplo, que pintó él, con manos demasiado suaves, a los nazis en su novela *Se ha puesto la Luna*. Pero tenemos que acordarnos de una cosa; la táctica muy especial de los nazis de invadir a cada país. Al principio, cuando estaba escribiendo Steinbeck, todavía utilizaban los nazis la táctica de "convencer" a los noruegos de que ellos, los nazis, eran gentes cultas y superiores, no invasores bárbaros. Y es precisamente esta farsa, de tipo psicológico, lo que Steinbeck desenmascaró tan abiertamente.

"Para las diez cuarenta y cinco, todo había terminado", empieza la primera página. "El pueblo fué ocupado, los defensores derrotados y la guerra terminada". Eso es todo. Ni siquiera tiene Steinbeck la necesidad de mencionar que los invasores son nazis y el pueblo es noruego.

En seguida, el libro empieza a ser el símbolo de todos los pueblos invadidos que resisten silenciosamente.

Sus compatriotas son gente amistosa y sencilla. Corell, el quinta-columnista que ha preparado la invasión, explica al coronel nazi, un tipo nervioso y angustiado, preso ya de un presentimiento de derrota final. "Idiota", le contesta el coronel. "Las gentes conquistadas nunca son amistosas. Seguimos en guerra con ellas. La derrota para ellas no significa nada". Efectivamente no. Como en la novela de Pearl Buck, vemos cómo un pueblo aprende a través de la experiencia, toda la técnica del sabotaje y la resistencia; cómo las gentes más humildes resultan heróicas en momentos de sacrificio. Cuando por fin, humillados y atacados por todos lados, los nazis fusilan al alcalde como rehén, sus últimas palabras para su amigo el médico, son: "¿Pagarás mi deuda?" El médico, y todo el pueblo, unidos silenciosamente, con el odio congelado en sus corazones, prometen hacer pagar a los nazis cada muerte, mil veces.

Después de este libro, Steinbeck ya no podía mantenerse alejado por más tiempo del conflicto armado, siendo como es, el tipo de escritor nuevo que, simultáneamente, es hombre de acción. Vendió su rancho en California. Suspendió sus experimentos en su laboratorio marino, donde ha hecho descubrimientos notables en el mundo científico de la biología y pidió permiso para entrar al ejército. Cuando no se le admitió como soldado, salió para el frente como corresponsal de guerra. Allá le tocaron meses de lucha, bajo la metralla y las bombas. Sus crónicas en la prensa norteamericana se han destacado precisamente por su preocupación por el soldado raso; sus pensamientos, por qué lucha y qué problemas le agobian, allá, lejos de su patria.

Una vez de regreso, se puso a escribir otra novela que hace pocas semanas se publicó en los Estados Unidos con el nombre de *Cannery Row,* título que no tiene equivalente en español. Se trata de una especie de continuación de su famoso libro: *Barrio de la Tortilla.*

La desorientación de la prensa respecto a este libro nuevo, ha sido increíble. Esperaban de Steinbeck, dicen,

un libro de guerra, violento, fuerte, como protesta gigantesca en contra de todo lo que él vió allá. No comprenden cómo es posible que Steinbeck haya vuelto a sus primeras andanzas en la literatura, teniendo a la mano material tan formidable de Europa en llamas.

Pero nosotros, los amigos personales de Steinbeck, sabíamos con qué trágica impresión, con qué choque psíquico regresó esta vez de la guerra. "Siento necesidad", como él mismo nos decía, "de un período de descanso espiritual, antes de poder asimilar siquiera mis experiencias en Europa, que fueron de lo más profundo de mi vida". El espíritu creador no es una máquina. Vive y se nutre de períodos alternados de experiencia y reposo. Precisamente cuando el sistema nervioso todavía vibra bajo el trauma psíquico, es cuando menos posible es escribir de esa experiencia, pues faltarían la perspectiva y la asimilación indispensables para una obra de valor artístico. Si persiste el escritor sujeto a estas circunstancias tan poco propicias, lo único que puede hacer, es periodismo en vez de literatura, cosa que está sucediendo hoy día a una serie de escritores nuevos, promesas brillantes todos para el futuro, pero cuya obra fundamental, apenas se está incubando. . .

Por lo tanto, la decisión de Steinbeck de esperar; de dejar que cristalicen sus impresiones, ha sido excepcionalmente inteligente y no constituye, como creen algunos, un rechazo ni escape de la realidad. Al contrario, su último libro representa, en términos psicológicos, la búsqueda de seguridad, la necesidad de penetrar en el alma de la gente sencilla y primitiva para sustraer de ella, la sustancia real y perdurable de la raza humana, que persiste a pesar de las matanzas y los bombardeos. Son pocos los escritores que hubieran tenido la fuerza de carácter suficiente para resistir los contratos tan tentadores de las casas editoriales que se apresuran a editar los libros de los corresponsales. Creo yo firmemente que después de esta fase de búsqueda, Steinbeck hará la novela que el mundo espera de él, y será un Steinbeck pulido y fortalecido como nunca porque no cabe duda que la literatura norte-

americana tiene un talento sólido y auténtico en el autor de libro tan notable como *Las Uvas del Rencor*.

Y ¿cuál será el futuro de esta literatura? Ya se está perfilando bajo la metralla y las bombas. Nunca ha tenido el novelista una época tan intensamente dramática como la actual. El escritor de visión abierta se encuentra con una riqueza de material tan vasta, que la mente creadora se siente abrumada por ella. Nunca como ahora han existido, a cada paso, los elementos para hacer buena literatura, aunque debemos decidir de una vez por todas, lo que queremos decir con esta frase. Desde luego, creo yo que a pesar de todas sus cualidades técnicas, una obra no tiene, ni puede tener gran importancia, si no contribuye con algo a la vida; si no responde al momento histórico en el cual fué creada; si no se incorpora a la sangre misma de la cultura.

De la guerra pasada, salió una generación de escritores como John dos Passos, William Faulkner, James Farrell y Hemingway, que nos dieron una literatura brillante, pero derrotista. El carácter mismo de la guerra pasada inspiró este derrotismo. Pero hoy día, cuando los terrores de 1918 nos parecen cuentos infantiles comparados con las matanzas sin piedad de poblaciones enteras hechas por los fascistas, vemos, a pesar de todo, una nota nueva en la literatura, una nota clara y desafiante de lucha y fe en la humanidad. Las novelas de Pearl Buck y Steinbeck son ejemplos brillantes de esto; pero en el último año han surgido varios escritores nuevos que están escribiendo, desde adentro de las trincheras, como hizo John Hersey su brillante novela periodística sobre la invasión de Italia que se publicó hace un año y que se llama *Una Campana para Adano*. Estos novelistas nuevos han roto ya completamente con el pasado. Se han dado cuenta de que la historia está con ellos y que el mundo entero está abierto a sus ojos. Todos los escritores que saben moverse hacia adelante con el progreso de los acontecimientos, tendrán la satisfacción enorme de sentir la vida misma palpitando en sus obras. Es enorme la responsabilidad que la historia ha puesto en sus manos hoy día; es grandiosa la oportunidad que el momento histórico les ofrece si no se dejan abatir

por las actitudes negativas; por la derrota y la esterilidad intelectual.

Ante el enigma eterno de la muerte, los escritores de hoy han tenido que redescubrir el valor de la vida, escribiendo no para un círculo reducido, sino para el mundo entero, con la esperanza de que sus obras serán verídicas en cualquier parte y en cualquier época en la cual luchen los hombres en contra de la injusticia.

RECAPITULACION DEL CUBISMO

Por *Guillermo* DE TORRE

I

QUISIERA contribuir a esclarecer desde dentro, como nunca se ha hecho, los orígenes y las motivaciones profundas del arte cubista. Para ello habré de soslayar la narración de los hechos y la caracterización de sus personalidades. Ya otras veces [1] registré sus vicisitudes, y aunque ahora haya de repetir algo de lo esencial, eso no me satisface. Prefiero tratar de reconstruir el estado de espíritu en que debió encontrarse Picasso en la aurora del cubismo, o cualquiera de los adelantados de ese arte.

¡Cansancio de los siglos! ¡Hartazgo de lo "déjà vu"! Convencimiento de que en arte todo ha sido dicho y que lo único que puede justificar —con arreglo a exigencias de rigor íntimo, se entiende— seguir en la brecha es la ambición de crear algo distinto. Esta fatiga histórica es quizá peculiar de las artes plásticas. En las literarias, el fenómeno existe, pero no se da con tan cruel rigor. En la misma novela —por considerar el género menos "espontáneo", el que más responde a las apetencias mayoritarias— el fondo humano será siempre idéntico, pero los temas, el lenguaje conversacional propio de la ficción, varían a cada generación. Volviendo al arte, no hace falta que los artistas hayan confesado públicamente ese tedio. El escándalo hubiera asustado aun a los más francamente subversivos. Les basta con haberlo sentido, aunque

---

[1] V. mi *Itinerario de la nueva pintura española* (Montevideo 1932), *Picasso y su obra* (Adlan, Madrid, 1936) y el capítulo sobre "La gran aventura estética de nuestro tiempo" en *La aventura y el orden* (Losada, Buenos Aires, 1943).

sea en forma inarticulada. ¿No responderán en principio a un estado de espíritu semejante las primeras rebuscas cubistas? El cubismo, en última instancia ¿no es una suerte de intento heroico para crear un mundo artístico que no se haya dado antes jamás, que tenga autonomía, raíz y fin en sí mismo? Aspiración sublime, de orden demiúrgico, vitanda por consiguiente en su empeño de remedar a Dios y condigna del final reservado al Angel rebelde. Pero en este fracaso fatal radica su gloria; en esta ambición desmesurada su valor como ejemplo e incentivo que aleccionará a las generaciones subsiguientes.

¿Cómo nació —en su raíz última— el cubismo? Tanto valdría preguntar lisa y llanamente cómo y por qué nació el arte. ¿Movía realmente al pintor de las cavernas un afán representativo, quería reflejar la realidad en su alrededor, o más bien libertarse, evadirse de ella? El caso es que no consiguió la primero, y que no por imperfección de sus medios técnicos, ni por falta de destreza visual, en vez de copiar estilizó, en vez de reflejar las formas reales de un bisonte o un flechero inventó otras que lo traducían. De este choque entre el pedernal de la visión y la yesca del modelo surge nada menos que la chispa del arte. Reencontrar este resplandor originario es, en suma, la ambición de todo artista lúcido y exigente. Luego la estilización, la deformación no es barbarie, sino cultura. Cultura instintiva de los sentidos antes de ser estragados, sin ninguna de las convenciones impuestas en el curso de los siglos. No existía aún el prejuicio representativo, la pretensión antropomórfica, y el artista primitivo, como luego ha querido hacer el artista de nuestro siglo —ya es sabido que primitivismo y ultramodernidad colindan—, solía expresarse mediante la abstracción. "Todo arte fué primeramente abstracto" —infiere Herbert Read [2]—. Esto quiere decir que todo arte primitivo nació más bien de espaldas a la realidad que cara a ella, contra lo que habitualmente se cree. ¿Cómo aceptar entonces que arte y realidad, arte y naturaleza hayan llegado a ser valores análogos, ya que inicialmente fueron cosas muy distintas? Se argüirá que un arte alejado tan polarmente de la imita-

[2] *The meaning of art* (Faber, Londres, 1932).

ción corre el riesgo de caer no sólo en la abstracción, sino en la geometrización y, por ende, en lo decorativo. Ello es cierto, y así fué cuando ese arte remoto a que aludimos hubo de cristalizar antes que en la pintura tridimensional en la ornamentación. Aquel arte —la alfarería *verbi gratia*, arte puro, exento de toda intención imitativa— no pretendía significar o reproducir nada, sino simplemente embellecer, realzar la materia inanimada. Pero aquel arte no era un espejo; era arte en sí y por sí mismo. Que muchos siglos después los estilos cubistas y abstractos de pintura hayan merecido —con intención de reproche, no de encomio— el calificativo de decorativos y ornamentales, muestra palmariamente el entronque, la reanudación del mismo espíritu. "El cubismo, la gran pintura decorativa de mañana", afirmaba ya hace años uno de los primeros practicantes y exégetas de ese arte, Albert Gleizes.[3]

La estilización de las formas no es un anhelo privativo de nuestra época evolucionada; existió desde los orígenes del arte. De ahí ciertas confrontaciones no por muy señaladas menos deslumbrantes. Nada más parecido a los dibujos rupestres del período magdaleniense —tanto por su colorido como por su forma— que un cuadro de Kandinsky, sin que la aproximación por parte del artista contemporáneo haya sido premeditada. Las Venus del período aurinaciense —la de Lesplugue, la de Willendorf— tienen, a través de los siglos, su más exacta réplica en ciertas esculturas de Brancusi, Lipchitz o Archipenko. Breuil,[4] uno de los mejores investigadores del arte prehistórico europeo, ha mostrado cómo, al final del período magdaleniense, los dibujos de peces degeneran hasta quedar sólo formas elípticas que son sus vientres y colas. Así se producen unos frisos grabados que nadie, sin estar avisado, descubriría cómo en su origen fueron formas de peces.

---

[3] *Du cubisme et des moyens de le comprendre.* (Povolotzky, Paris, 1920).

[4] cf. *Arte prehistórico europeo,* por José Pijoan. Vol VI de *Summa Artis* (Calpe, Madrid, 1934).

La abstracción por un lado, el geometrismo por otro, son "constantes" o "invariables", tanto del arte prehistórico como del superrevolucionado. Y aun en las épocas intermedias o centrales cabe siempre descubrir en algunas obras maestras un principio regulador geométrico. Comienza por existir no sólo en el arte, sino en las formas más elementales de la naturaleza. Lo sabemos desde Luca Paccioli y su tratado *De divina proportione* (1509), Matila Ghyka ha ilustrado, en libros enormemente sugestivos,[5] con abundancia de teorías y ejemplos, la persistencia del "número de oro" a través de muy diversas capas del arte y de lo natural. Hasta en los cuadros de composición más libre y caprichosa, productos aparentes de la inspiración sin reglas, puede descubrirse cierta trama geométrica, la cual evidencia que su composición no se debe al azar, sino a una voluntad de estilo, ya sea ésta lúcida o inconsciente. Lo ejemplifican ciertas obras maestras de la pintura —desde el Greco a Seurat, desde Goya a Cézanne—, en cuyas superficies es siempre posible hallar algún trazado regulador de líneas coordenadas.

II

"Lo que diferencia al cubismo de la pintura antigua está en que no es un arte de imitación, sino de concepción, el cual tiende a elevarse hasta la creación". Así escribe Apollinaire en una de las más certeras y sentenciosas frases que esmaltan su tratado del cubismo. Este propósito de creación, junto con el de lograr un arte puro y otros semejantes, fueron capitales en el origen del arte nuevo y han llegado a tener ramificaciones muy fértiles. "Creación, no imitación; queremos restituir cada una de las artes —las plásticas, la poesía, la música, etc.— a sus propias esencias", clamaban unánimes los jóvenes hacia 1920. Pero detenernos en la exposición metódica de estos conceptos me parece superfluo, ya que han venido a

[5] *Esthétique des proportions dans la nature et dans les arts* (N. R. F., Paris, 1927). *Le nombre d'or.* I: *Les rythmes.* II: *Les rites.* (N. R. F., Paris, 1931).

ser moneda corriente. Del mismo modo no creo necesario demorarme en la historia propiamente dicha del cubismo, en sus vicisitudes y evoluciones, en la caracterización de sus principales personalidades, en el denominador común de la bidimensionalidad, en las influencias que obraron sobre su génesis y las concomitancias originarias con el arte negro, en su carácter de reacción contra el impresionismo, etc., etc. Todo ello consta ya registrado en sus numerosos libros y a ellos deberá acudir quien requiera estos esclarecimientos.[6] En cambio nadie quizá ha intentado de un modo cabal a la par que conciso remontarse a la exégesis de ciertos principios, de ciertas doctrinas del cubismo, rastreando sus precedentes y enlaces en la historia de las ideas estéticas.

Para justificar plenamente las últimas intenciones cubistas, fuera necesario comenzar por la refutación de numerosos conceptos consagrados con fuerza de ley, no tanto por su valor dogmático como por la inercia común. Pero la tarea requeriría mayor espacio. Me limitaré, por consiguiente, a bosquejar algunos puntos de ataque, aquellos que más fácilmente puedan abrir brechas en la ciuda-

[6] Véanse particularmente el tan informativo libro de GUILLAUME JANNEAU: *L'art cubiste* (Charles Moreau, Paris, 1929); en la vasta y minuciosa *Histoire de l'art contemporain* con la colaboración de varios autores y publicada bajo la dirección de RENÉ HUYGHE (Alcan, Paris, 1935); la parte correspondiente al mismo HUYGHE, en lo que concierne solamente a la pintura francesa: *Les contemporains* (Pierre Tisné, Paris, 1939); la síntesis de CARL EINSTEIN: *Die Kunst der* XX *Jahrunderts* (Propillaen, Berlin, 1927); el volumen más gráfico que literario, de CHRISTIAN ZERVOS: *Histoire de l'art contemporain* (Cahiers d'Art, Paris, 1938).

Historias de menor amplitud, pero no en ocasiones de menor valor son la *Anthologie de la peinture en France, de 1906 à nos jours* (Montaigne, Paris, 1928); *La Peinture moderne, par* OZENFANT y JEANNERET (Crès, Paris, 1925); *Art*, por OZENFANT (Budry, Paris, 1928); finalmente manuales como *Tableau du* XX *siècles. Les Arts*, por PIERRE DU COLOMBIER (Denoël et Steeles, Paris, 1923), HENRY SÉROUYA: *Initiation à la peinture d'aujourd'hui* (La Renaissance du Livre, Paris 1931) y RAYMOND ESCHOLIER: *La peinture française.* XX *siecle* (Floury, Paris, 1937).

En cuanto a la bibliografía existente en otros idiomas, aportan poco original en lo puramente histórico y aun en lo crítico. Señalemos únicamente, algunos de los primeros libros en alemán: P. E. KUP-

dela conceptual que aprisiona históricamente al arte en su esclavitud realista. El bastión más saliente quizá está representado por el concepto que ya desde Aristóteles y Platón identifica el arte con la mimesis, es decir, la creación con la imitación. Efectivamente, Platón entendía el arte como mimesis: imitación no de las ideas, sino de las cosas naturales y artificiales que son débil sombra de las ideas. De esta suerte adscribía el arte no a la región alta y racional del ánimo, sino a su parte sensual, negándole categoría autónoma. Reténgase este concepto platónico a fin de confrontarlo oportunamente más adelante con los principios teóricos del cubismo, y comprobar cómo, por vez primera quizá en la historia del arte, dicha escuela de pintura premeditó un arte intelectual antes que sensual. Aristóteles, que también había reducido el arte a mimesis, entrevé, no obstante, un arte capaz de no imitar a la naturaleza, sino de crear la belleza del objeto natural. Asimismo el autor de *La Poética* distinguía entre el placer físico de las formas y colores y el placer del conocimiento que es un placer intelectual, suscitado por las pinturas en tanto que se reconoce en ellas la cosa imitada.

PERS: *Der Kubismus* (Klinkardt und Biesman, Leipzig, 1920) y D. HENRY (HENRY KAHNWEILLER): *Der weg zum Kubismus* (Munich, 1920); algunos de los primeros en inglés: A. J. EDDY: *Cubists and post impressionism)* (Londres, 1914); CHARLES MARRIOT: *Modern Movement in painting* (Londres, 1920); y algunos de los últimos del mismo país: H. R. WILLENSKI: *The modern movement in art* (Faber and Faber, Londres, 1927) y HERBERT READ: *Art now* (Faber and Faber, Londres, 1934). Pero es deber de pulcritud dejar completamente a un lado rapsodias y divulgaciones de ciertos autores norteamericanos como Thomas Craven y Sheldon Cheney, con la única excepción de aquellos editados por el Museum of Modern art: *Cubism and abstract art* (New York) y *Art of our time* (New York, 1939). En castellano poco es lo existente y menos aún lo que merece mencionarse, con excepción de MANUEL ABRIL: *De la naturaleza del espíritu* (Calpe, Madrid, 1935); JUAN DE LA ENCINA: *La nueva plástica* (El Nacional, México, 1941); JULIO E. PAYRO: *Pintura moderna* (Poseidón, Buenos Aires, 1942), agregando —si me es permitido— mis propias publicaciones, citadas en la nota anterior. He mencionado sólo obras de conjunto. Los estudios particulares y monográficos son muchos más. En cuanto a las obras de carácter teórico citaré las esenciales a medida que lo requiera esta exposición.

Sin embargo, en vez de explorar las posibilidades de esta distinción se prefirió atenerse al concepto liso y llano del arte como imitación, interpretando aquellas normas clásicas al pie de la letra, con un rigorismo tan esclavizador como corto de vista, cuando justamente lo que correspondía era interpretarlas en un sentido traslaticio. Osemos intentarlo someramente. "El arte imita a la naturaleza". Conformes. Pero ¿eso querrá decir que deba copiar o reproducir mecánicamente las formas naturales? ¿No querrá decir más bien que el arte deba proceder como procede la naturaleza, que deba operar a imagen y semejanza de ésta, creando sobre la base de una cosa dada otra enteramente distinta? De la semilla, por ejemplo, brotan el fruto o el árbol que la contienen, pero que son cosa distinta. Cuando el hombre quiso emplear un móvil de transporte —venía a decir Apollinaire— no imitó las patas del caballo, inventó la rueda. Y en la primera página de sus *Meditaciones estéticas* puede leerse: "Cada divinidad crea a su imagen; así los pintores. Y únicamente los fotógrafos fabrican la reproducción de la naturaleza". En una palabra —según frase certera de André Lhote—,[7] lo que procede es "imitar a la naturaleza en sus rasgos creadores, no en sus productos". O dicho de otra forma, con palabras de Joaquín Torres García: "Un objeto pintado debe parecerse al modelo como un avión se parece a un pájaro". Luego si apuramos los términos en su última esencia tendremos —volviendo a citar a Lhote— que "la palabra *imitación* debe ser tomada en el sentido de *transposición,* o la palabra *naturaleza* en el de *contenido pictórico de los objetos que componen el universo*". Por haber malentendido o entendido superficialmente, qué tanto vale, aquel concepto aristotélico-platónico, prevaleció durante siglos ese concepto imitativo de la naturaleza como tal, que aún sigue causando estragos, o al menos limitando servilmente la libertad creadora del artista.

---

[7] *Parlons Peinture* (Denoël, Paris, 1936).

III

PERO la cuestión puede ensancharse todavía a esferas más amplias, investigando cómo se engendra nuestro conocimiento del mundo. La tesis sensorialista asevera que aquél se obtiene en la experiencia sensorial y a través de ella, mientras que la tesis racional lo hace derivar de nuestro raciocinio y la empirista de la observación directa. Con referencia al mundo de lo plástico parece haber prevalecido de modo lamentable este último sistema, esto es, el menos "artístico". Sólo así se explica que lo que llamaremos el prejuicio representativo, esto es, el afán de ver en el cuadro una traslación directa del mundo de la realidad, viva tan ahincado en los ojos humanos. ¿Cómo es así? Puesto que arte y realidad son en lo sustantivo dos mundos disímiles, el hombre debiera pedir al arte cosa muy distinta de lo que encuentra cotidianamente a su alrededor. ¿Por qué la gente —me preguntaba ya hace años en una primera vista de estas cuestiones— al entrar en una exposición quiere volver a encontrar en los cuadros todas aquellas cosas vulgares que acaba de dejar en la calle, y se irrita y se enfurece y se llama a engaño cuando así no sucede? ¿Nunca podrá librarse el hombre de este prejuicio realista, de esta servidumbre representativa que fatalmente asigna a la pintura? ¿Nunca autorizará al artista para que se libre de esta supeditación a la realidad? Examinando en sus raíces el fenómeno advertimos que el origen de esta esclavitud radica en una insuficiente discriminación, por parte del espectador, del hecho, de la causa que produce la emoción estética. Pues no hay duda que ésta deriva de las formas en sí mismas y no de lo que representan. Luego ¿por qué hemos de obstinarnos en confundir estos dos factores, pretendiendo buscar una significación al cuadro y basando su sentido en los objetos que este representa? ¿Por qué, de otra parte identificar la realidad percibida por los sentidos con la realidad sentida por el espíritu o conocida por la mente?

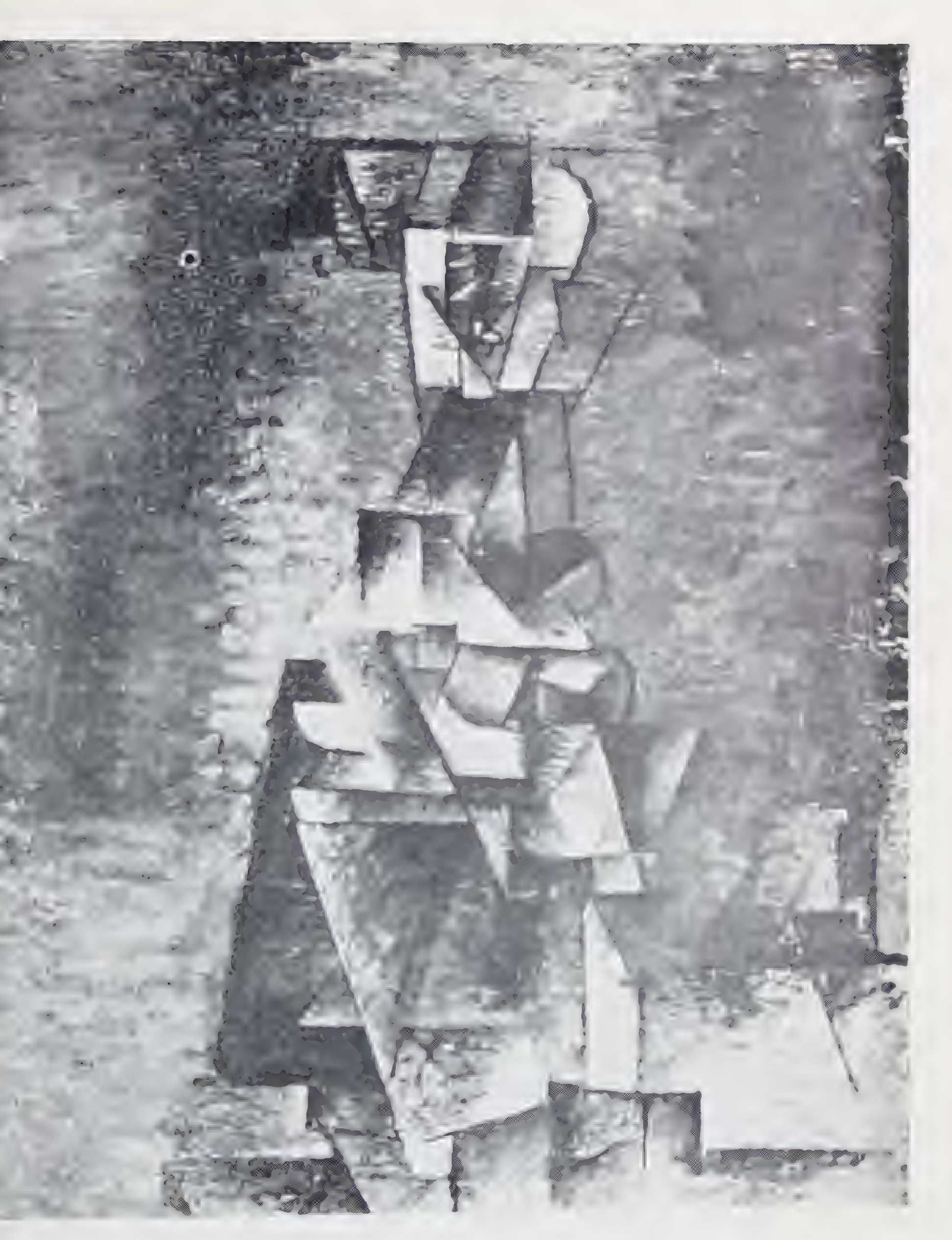
Ahora bien, la pintura que es creación, que merece verdaderamente categoría artística no puede ser considerada como una estricta creación de los sentidos, al menos

no depende exclusivamente de ellos. Es una operación intelectual tan elevada como la que más lo sea y tiene su hontanar, a la par que su proyección, en la inteligencia, en el espíritu. *La pittura e cosa mentale* —decía ya Leonardo, con iluminación genial, delatando la primacía de la inteligencia sobre la confianza de los sentidos. Inútil, pues, apelar para su exclusiva gustación y enjuiciamiento a la capacidad sensorial. Los sentidos nos engañan constantemente. La inteligencia, no. Y esto independientemente de las certidumbres bergsonianas al considerar la intuición como una poderosa fuerza de conocimiento respecto al mundo flúido. "Los sentidos —escribió Kant— sólo nos dan la materia del conocimiento, mientras que, por el contrario, el entendimiento nos da su forma". Sentencia que es aleccionador vincular con esta otra de un pintor cubista, Georges Braque: "Los sentidos deforman, pero el espíritu forma". Ya en el *Filebo* leemos que "la belleza de las pinturas es relativa". Y acto seguido, anticipándose en muchos siglos a una frase de Cézanne, Platón afirmó que "la belleza absoluta se encuentra únicamente en las figuras geométricas, en los colores puros. Los cuatro cuerpos más bellos son el tetraedro, el octaedro, el icosaedro y el cubo".

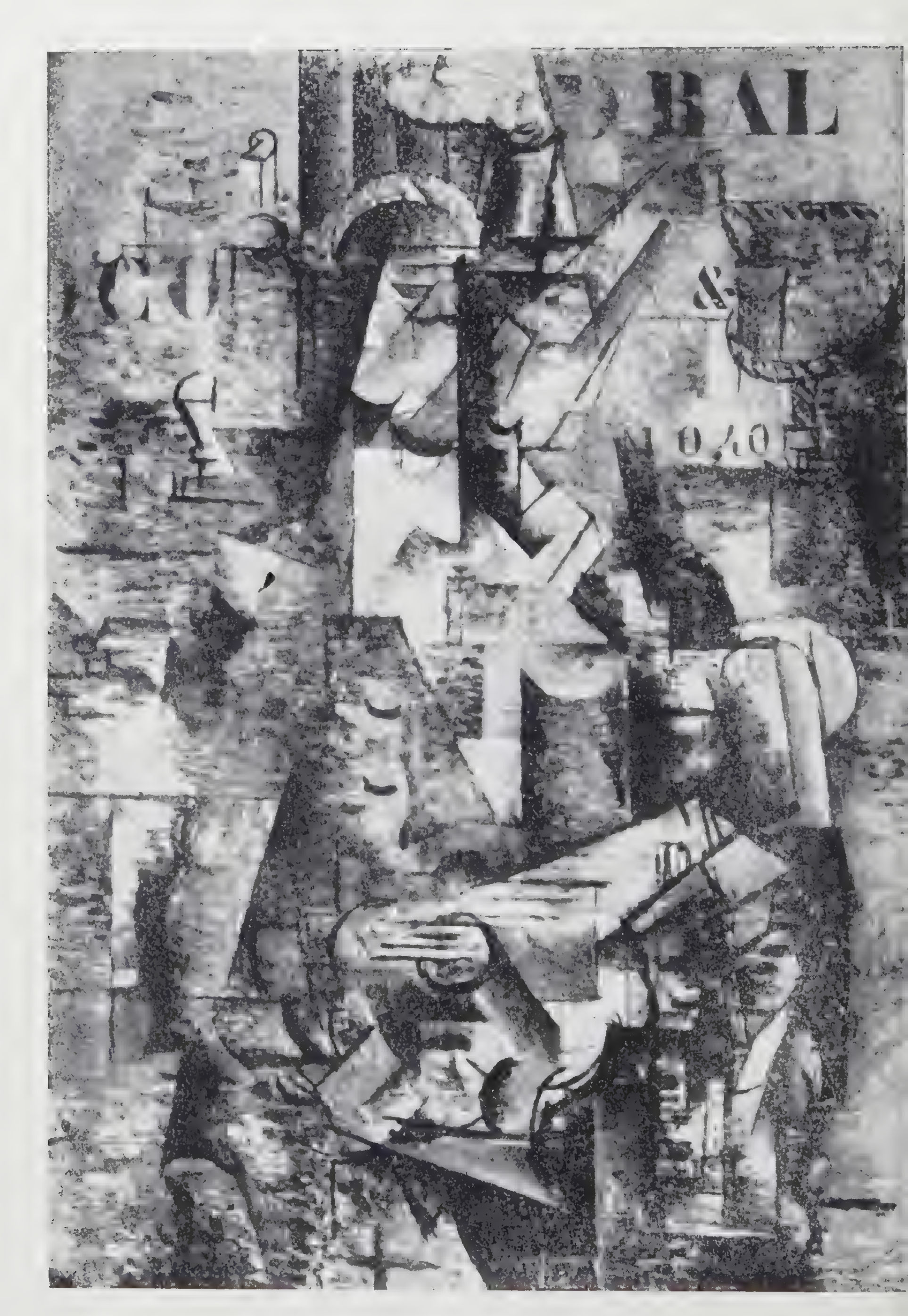
Todo lo anterior no significa —como pudiera creerse precipitadamente— que al defender la pintura como operación intelectual hayamos de reclamar un arte de esencia o intención metafísica, hecho de abstracciones, como un álgebra plástica. Es simplemente reconocer que las expresiones plásticas de más noble linaje no pueden contentarse solamente con la belleza que satisfaga a los sentidos —y cuya valoración, por consiguiente, dependa exclusivamente de ellos— sino que buscan una belleza de más fina calidad, una belleza intelectual capaz de traducir la verdad permanente del espíritu.

No se crea tampoco que al defender e ilustrar estos puntos de vista estemos basándonos en teorías de justificación improvisada. Al contrario no hacemos —y pluralizó puesto que con toda probidad debe recordarse que fué Maurice Raynal[8] quien señaló la pista— sino re-

[8] *Quelques intentions du cubisme* (Paris, 1919).



PICASSO. Desnudo (1910).



BRAQUE. El portugués (1911).

coger ideas remotísimas, normas que siempre debieran haber influído en la orientación de las artes plásticas, ya que según se ha visto, tiene antecedentes ilustres. Ya Plotino, superando la imitación del concepto platónico afirmó la belleza de un mundo suprasensible y, por consiguiente, la facultad del artista para no constreñirse a imitar lo que ve, sino para ascender hasta las ideas de donde procede la naturaleza. "La belleza de las cosas —leemos en las *Eneadas*— es el arquetipo que existe en el alma, fuente de toda belleza natural". Lo que quiere decir que el arte debe trascender la naturaleza.[9]

Recapacitando y extendiendo la mirada a otras formas del arte observaremos que la música y la arquitectura se han desenvuelto siempre liberadas de la misión representativa en que se encierra fatalmente a la pintura. Un sagaz y malogrado crítico español de nuestros días —Manuel Abril [10]— precisaba así esta diferencia: "Ni en la música ni en la arquitectura ha necesitado nunca el arte ser representativo. Por el contrario, siempre se ha considerado monstruoso y repelente que una columna imite a un árbol o la fachada de una casa a un rostro humano y que la orquesta reproduzca los ruidos de una orquesta real". Nada más certero, por consiguiente, que este aforismo de Jean Cocteau: "La vida de un cuadro es independiente de la vida que imita".[11]

Ahora bien, es innegable que hay toda una tradición pictórica, muy poderosa y casi indesarraigable, basada en lo contrario: en la concepción realista o imitativa del cuadro. Nace al extinguirse las vigencias del arte primitivo con el descubrimiento de las leyes que rigen el mecanismo del ojo, hecho que determinó los principios de la perspectiva. De estos principios, una vez fijados, se pasó inevitablemente a la imitación de las formas naturales. "Todo el equívoco está ahí —según deduce fundadamente el pintor y teorizante Albert Gleizes en el libro ya men-

---

9 Véase una interpretación más amplia en M. MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las ideas estéticas*, vol. I.

10 Apéndice a la *Historia del arte en todos los tiempos y pueblos*, por Karl Woerman, vol. VI. (Calleja, Madrid, 1925).

11 *Picasso* (Stock, Paris, 1923).

cionado, *Du cubisme et des moyens de le comprendre*— El mono prevaleció sobre el hombre". Y agrega que desde el Renacimiento italiano en el siglo XV y el Renacimiento francés en el XVI se produce una carrera vertiginosa hacia ese concepto: imitar el mundo real hasta el punto de "*s'y méprendre*", confundirse o "dar el pego". "Todo el clasicismo —concluye Gleizes— está basado en tal concepto, asombroso, a pesar de lo que hayan podido decir ciertas personalidades de esas épocas, las que sentían muy bien que la obra de arte no era realista". A este respecto es muy ilustrativa aquella graciosa anécdota clásica: para ponderar una obra de Apeles contábase que había pintado un cuadro con frutas hasta tal punto reales, que los pájaros se equivocaron y vinieron a picar las manzanas del lienzo... Pinturas de esta índole, cuyas copias se multiplican a millares, merecen plenamente aquél ascético reproche de Pascal: "Cuanta vanidad en la pintura que atrae la admiración por cosas de las cuales no admiramos los originales".

IV

La pugna entre arte y realidad, que había de lograr el ápice más dramático con el cubismo, experimentó su mayor auge público al enriquecerse con la teoría de la deshumanización del arte. A José Ortega y Gasset corresponde el mérito inolvidable de tal designación en su libro del mismo título, publicado en 1925, si bien los ensayos que contiene datan de tres o cuatro años antes y el fenómeno estético esudiado se origina en la corriente de ideas suscitadas varios lustros atrás por el cubismo. En su día hube de apostillar y prolongar las teorías orteguianas; mas ahora a la luz de los veinte años transcurridos, el modo de encararlas y la perspectiva que ofrecen forzosamente han de aparecer algo distintas. No en vano el mundo —y su densa empapadora realidad— se ha tornado tan ineludible y apremiante. Mas no por ello —como tan aficionados son a creer los simplistas, los que tan expeditivamente resuelven estas antinomias— la cuestión ha prescrito. Y

por lo tanto sería tal vez sazón de revisarlas, lo que no quiere decir refutarlas, sino simplemente puntualizar su alcance —mostrando de paso la vacuidad de las réplicas iracundas que entonces suscitó.

Pues Ortega y Gasset fundamentalmente estaba en lo cierto. No en sus conclusiones, pero sí en el punto de partida. Rehuía todo juicio de valor sobre las obras y se limitaba a intentar caracterizar el arte nuevo de postguerra, la nueva sensibilidad de la tercera década del siglo, poniendo, claro es, al realce de esta empresa su espléndida retórica y su peculiar lucidez —que ojalá nunca hubiera pretendido desviar a otros temas. El autor de *La deshumanización del arte* entendía, como se recordará, que el artista nuevo, el pintor, en vez de ir como el antiguo más o menos torpemente hacia la realidad, iba contra ella. Que se proponía denodadamente reformarla, romper su aspecto humano, en una palabra, deshumanizarla. Contra los que reputaban pueril la faena, Ortega y Gasset exclamaba memorablemente: "Cree el vulgo que es cosa fácil huir de la realidad cuando en realidad es lo más difícil del mundo. Es fácil decir o pintar una cosa que carezca por completo de sentido, que sea ininteligible o nula: bastará con enfilar palabras sin nexo o trazar rayas al azar. Pero lograr construir algo que no sea copia de lo "natural", y que, sin embargo posea alguna sustantividad, implica el don más sublime".

Ahora bien, si lo que el artista pretende es rehuir la transcripción directa de la realidad, en cuanto tema, el término más exacto que corresponde a tal esfuerzo será el de antirrealismo o desrrealización. El vocablo deshumanización por no sé que desliz asociativo mental, parece aludir al sujeto, al artista, no al objeto. Hubiera sido, pues, nada superfluo aclarar que lo deshumanizado no es el artista, sino la materia artística con que manipula. La deshumanización, ciñéndonos rigurosamente a los hechos, queda casi siempre reducida a lo exterior, se manifiesta únicamente en el rechazo de las formas antropomórficas. Pero eso no quiere decir que en un cuadro o en una escultura así concebida el artista rehuya los sentimientos naturales, humanos. ¿Acaso podría salir de éstos? Y si se

propusiera anularlos, ¿por cuáles habría de sustituirlos, por los sentimientos vegetales por los minerales? Esta reducción al absurdo muestra la inepcia del supuesto antihumano —que es en lo que vino a cifrarse para las mentes hostiles la deshumanización del arte. Traduciendo ésta por desrrealización o antirrealismo se hubieran evitado muy turbios equívocos, y, sobre todo las iracundas invectivas que tras aquéllos se escondían contra los principios del arte nuevo. Pero, ¡grandeza y debilidad de los hombres!, Ortega y Gasset, que ya había ensayado algunos términos sustitutivos, como el de desrrealización, años atrás, intuyó quizá en esa coyuntura que el de deshumanización obraría como un reactivo polémico clamoroso. Y así fué.

Para agravar el equívoco sucedió además que en el ánimo de los lectores dicha característica quedó extendida a todas las formas del arte nuevo, cuando en realidad sólo merecía aplicación cabal a lo plástico. Ahí es certera con pocos atenuantes. En la deshumanización de la pintura, si ésta es conforme a sus leyes y a su esencia, no hay ningún exceso. La plástica si es tal, si es pura, forzosamente resulta no representativa de la realidad, sin antropomorfismo evidente; en último análisis, deshumanizada. Como lo son la música y la arquitectura. Volverla a sí misma, reintegrar aquel arte a su esencia puramente formal —línea y color desprovistos de toda servidumbre imitativa— fué, en última instancia, el grande, el glorioso empeño del cubismo. Queremos una pintura pura, lo mismo que la música es literatura pura, decía Apollinaire. Pero quizá el error estuvo en hacer extensivas a un arte del tiempo, como es la literatura, y particularmente la poesía (sin temporalidad no hay poesía, vino luego a confirmar Antonio Machado), condiciones peculiares de las artes espaciales. En un cuadro de Picasso —aludo particularmente a los de su primera época cubista, la más heroica, 1908-1912— la deshumanización es efectiva, fué borrada toda huella de antropomorfismo. En un poema de Apollinaire, se queda a mitad de camino. Así acontece con su mejor pieza lírica, ya antes mencionada, el poema "Zone", de formal estructura pareja a un cuadro pi-

cassiano por la superposición e interpenetración de planos distintos, lejanos en el tiempo, pero que en el fondo, por su fondo último autobiográfico, es sólo un largo trémolo desgarrado y humanísimo. . .

Sin embargo, no es decoroso infravalorizar y menos olvidar la magnitud del intento deshumanizador en el arte, aun por aquellos que hoy se rinden totalmente a los vientos dirigidos, "humanísimos". Alcanzable o no plenamente aquella desiderata, su carácter de empresa demiúrgica, sobrenatural es evidente y merece más que el respeto. El mismo Ortega entreveía sus topes al escribir: "*La realidad* acecha constantemente al artista para impedir su evasión. ¡Cuánta astucia supone la fuga genial! Ha de ser un Ulises al revés, que se liberta de su Penélope cotidiana y, entre escollos, navega hacia el brujerío de Circe. Cuando logra escapar un momento a la perpetua acechanza no llevemos a mal en el artista un gesto de soberbia, un breve gesto a lo San Jorge, con el dragón yugulado a los pies".

Que el empeño no ceja, que ese anhelo —no moderno, en fin de cuentas, tan antiguo quizá como el mismo espíritu de creación artística —está y estará siempre presente lo evidencia años después Pedro Salinas al escribir: [12] "La realidad es indispensable al poeta; pero ella sola no basta". Lo que nos recuerda aquel consejo de Goethe: "Tened en cuenta la realidad, pero apoyad en ella un solo pie". El mismo Salinas, en el libro aludido, que tiende a examinar, mediante cinco ejemplos clásicos (el poema del Cid, Jorge Manrique, Garcilaso, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, Góngora y Espronceda) el enlace entre la realidad del mundo circundante y el mundo poético, al fijar la meta lírica escribe: "El poeta tiene como objetivo la creación de una nueva realidad dentro de la vieja realidad". Frase que trae inmediatamente a nuestra memoria esta otra, de Ortega, aunque de alcance más ambicioso: "El poeta aumenta el mundo, añadiendo a lo real, que ya está ahí por sí mismo, un irreal continente". Antes, en el curso del mismo párrafo Ortega había afirmado

---

[12] *Reality and the Poet in Spanish Poetry* (The John Hopkin Press, Baltimore, 1940).

categóricamente: "Es un síntoma de pulcritud mental querer que las fronteras entre las cosas estén bien demarcadas. Vida es una cosa, poesía otra. No las mezclemos. El poeta empieza donde el hombre acaba. El destino de éste es vivir su itinerario humano; la misión de aquél es inventar lo que no existe. De esta manera se justifica el oficio poético". Ahora bien, si cotejamos estas frases absolutas de Ortega con las más comedidas, antes transcritas, de Salinas, veremos que la diferencia entre ambas dice ya muchas cosas: revela que el enfocamiento del tema es, ha de ser hoy, fatalmente distinto del que prevaleció en aquellos años. Revela que la deshumanización absoluta no llegó a alcanzar su pleno desarrollo. La desrrealización circunscrita se nos brinda más asequible.

Con todo, y vista la distancia de veinte años, no nos acertamos a explicar enteramente por qué la teoría de la deshumanización del arte suscitó tantas mofas e irritaciones. Desde luego —advirtamos piadosamente— tanto más violentas cuanto menor era la jerarquía mental de los impugnadores y más estrecha su comprensión real del problema. Por encima de razones circunstanciales cabría preguntarse ¿a qué obedecía tan vehemente impugnación del propósito deshumanizador en el arte? ¿No será que el hombre tiende a encontrar naturalmente en todo lo que crea un reflejo de sí mismo? ¿No será que éste repele instintivamente lo gratuito, el "por que sí, lo no utilitario, en suma, todo lo que en última instancia constituye el arte, ya que la esencia de éste —verdad que Kant fué el primero en deslindar— no puede adscribirse en modo alguno a los valores contrarios, los prácticos? El caso es que para la mentalidad media del espectador un cuadro, o una escultura, una poesía, donde no haya un asunto, una anécdota evidente o insinuada, "algo que contar", difícilmente retiene su atención y le hace volver las espaldas desconcertadamente. ¿Por qué la gente —como antes dije— al entrar en una exposición quiere volver a encontrar las mismas cosas que dejó en la calle y se irrita y se enfurece y se llama a engaño cuando no sucede así? Tengo para mí que la educación estética —pese al auge de la pedagogía en otros aspectos— está aún por empren-

der en todas las latitudes. De otra suerte parecería inverosímil que no se hubiesen fijado en las cabezas de las gentes algunos preceptos elementales, enseñándoles a hacer una previa e inexcusable distinción entre el goce vital y la emoción estética.[13] Si tal concepto se hubiera extendido algo, los lectores, espectadores y oyentes no incurrirían en el error histórico y cotidiano de pretender identificar inmediatamente el parecido antropomórfico en los cuadros y esculturas, el sucedido humano en una novela, la resonancia callejera en una sinfonía. Podrían acercarse a un cuadro de Braque, a una escultura de Lipchitz, a una novela de Virginia Woolf, una música de Strawinsky, libres de prejuicios reminiscentes vitales, dispuestos a gustar sólo las calidades puramente estéticas de esas obras de arte.

V

¿HABRÁ llegado ya el momento de hacer un balance completo del cubismo? Aparentemente, sí. Sus cuadros, como los de otras épocas ya sedimentadas, han entrado en la historia, están en los museos: en el Ermitage de Moscú, en el Museum of Modern Art de New York y en otros norteamericanos; en Berlín, la escuela gemela, o más bien refleja, el expresionismo, llenaba —antes de la devastación nazi— el Kronprinzenpalais. Sus maestros son famosos, habiéndoles llegado la prueba definitiva: ser atacados, ahora ya no por los viejos incomprensivos, sino por las nuevas generaciones de epígonos díscolos. Otras escuelas brotaron de sus secuencias, desconociéndolas, renegando de sus orígenes, como es ley biológica natural. Si antaño tropezó con resistencias oficiales, ahora se enfrenta con la ingratitud, con la falsa suficiencia de algunos recién llegados que creen "estar de vuelta" ignorando

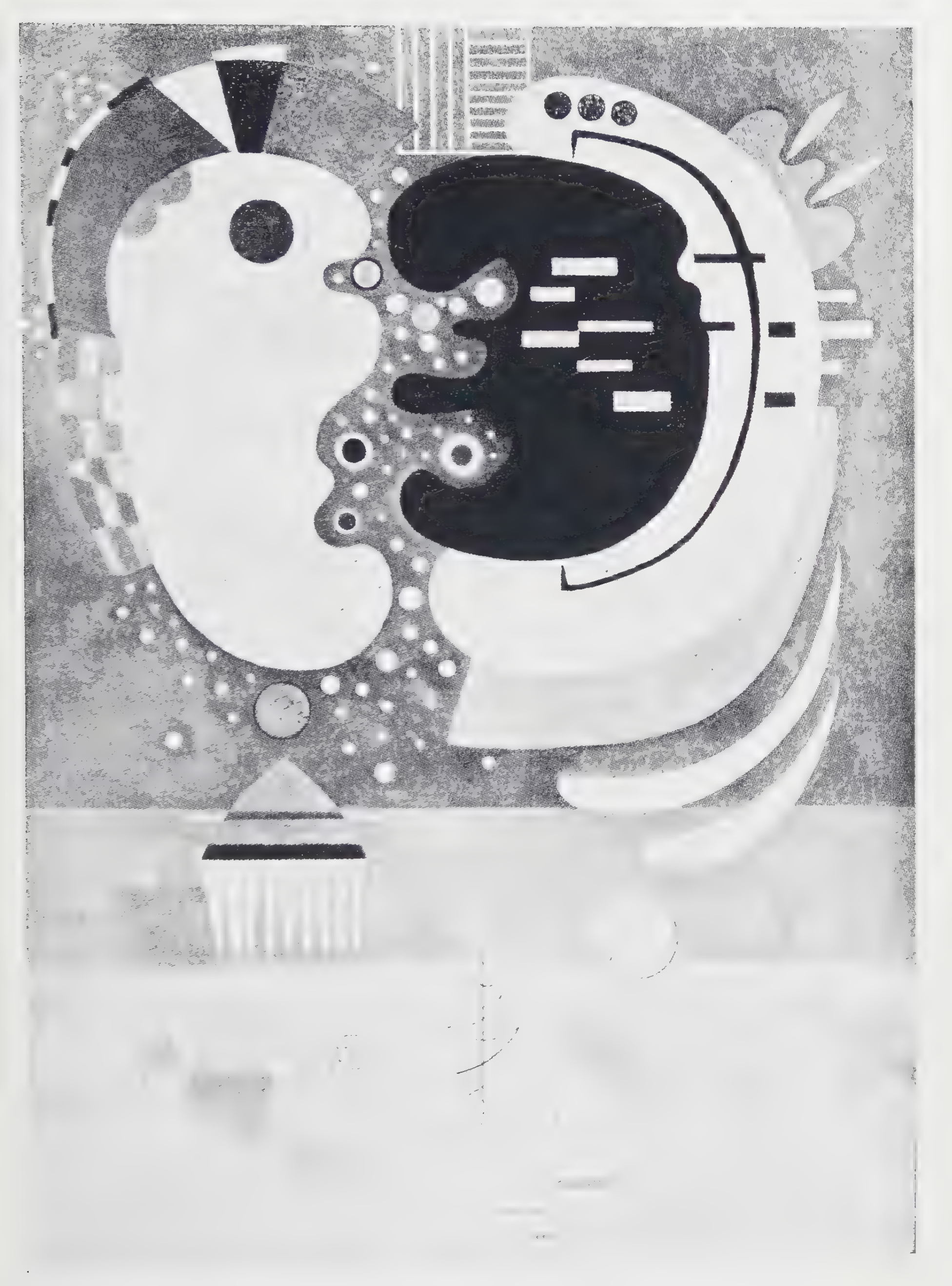
---

[13] En este punto viene a mi memoria cierta anécdota atribuída a Picasso. Como alguien le preguntara en cierta ocasión, ante un cuadro del artista, un desnudo femenino, en puridad poco recognoscible: "Dígame, ¿se holgaría Ud. con esa mujer?", Picasso respondió rápidamente: "No he pintado mi cuadro para provocar esos deseos. Para *eso* están las mujeres que pasan por allí" —señalando a la calle.

el cubismo, que sonríen con displicencia o se engallan con ficticio aire de superioridad cuando oyen hablar de los fértiles *ismos* de la otra postguerra. ¿Qué más? Su influjo en las demás artes, salta a la vista por doquier. Desde los interiores con paredes albas y muebles de tubos niquelados al pululante edificio "standard" que no hace muchos años parecía capricho teórico de la arquitectura funcional. Cierto que la segunda parte —en realidad básica y previa— de esta arquitectura, es decir el nuevo urbanismo, sigue siendo todavía utopía sobre el papel de Le Corbusier, aunque ahora están las ruinas de tantas ciudades como seguro campo experimental para el mañana. Pero todo un nuevo mundo de existencia artística, derivado estilísticamente del cubismo —con injertos maquinísticos— fué ensayado en Alemania, hace algunos años, mediante aquella obra impar que se llamó *Bauhaus* [14] durante los días progresivos de la República de Weimar, y que abarcaba desde lo plástico puro hasta la tipografía, pasando por la arquitectura, el cine, el teatro, el cartel, las artes aplicadas, etc. ¿Qué más? En dos ocasiones hemos alcanzado a ver, en París, sendas "retrospectivas" del cubismo, organizadas con el escrúpulo histórico de una muestra del Renacimiento.

A pesar de todo ella quizá no sea hacedero trazar aun un saldo exacto de sus aportaciones. Nos falta la distancia necesaria para obtener una perspectiva equilibrada y, sobre todo, ese desasimiento —base de la única, posible imparcialidad —que proporciona lo ajeno y lo definitivamente distante —mientras que al cubismo y su época estamos ligados sentimentalmente. Algo parecido acontecía a André Lhote cuando, en 1935, a propósito de la segunda "retrospectiva" mencionada, desistía implícitamente de todo balance definitivo al escribir: "Por mucho tiempo todavía el cubismo seguirá siendo un movimiento misterioso que favorezca las exégesis más apasionadas. Se comprobará cada vez más su riqueza y su complejidad, mer-

[14] *Bauhaus 1919-1928*, por Herbert Bayer, Walter Gropius, Ise Gropius (The Museum of Modern art, New York, 1938). Véase también: *The New Vision*, por L. Moholy (Faber, Londres, 1939).

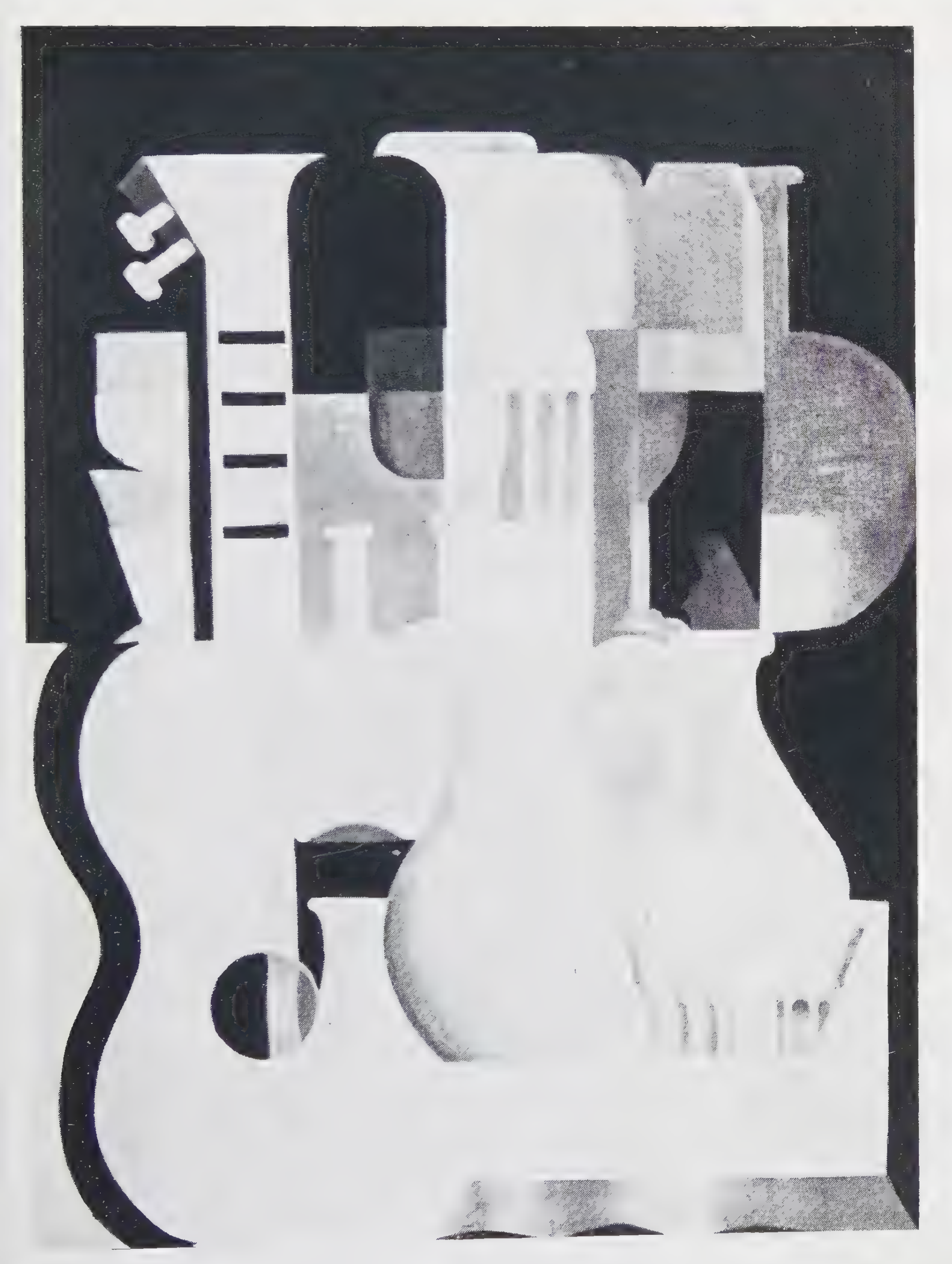


KANDINSKY. Entre dos (1934).

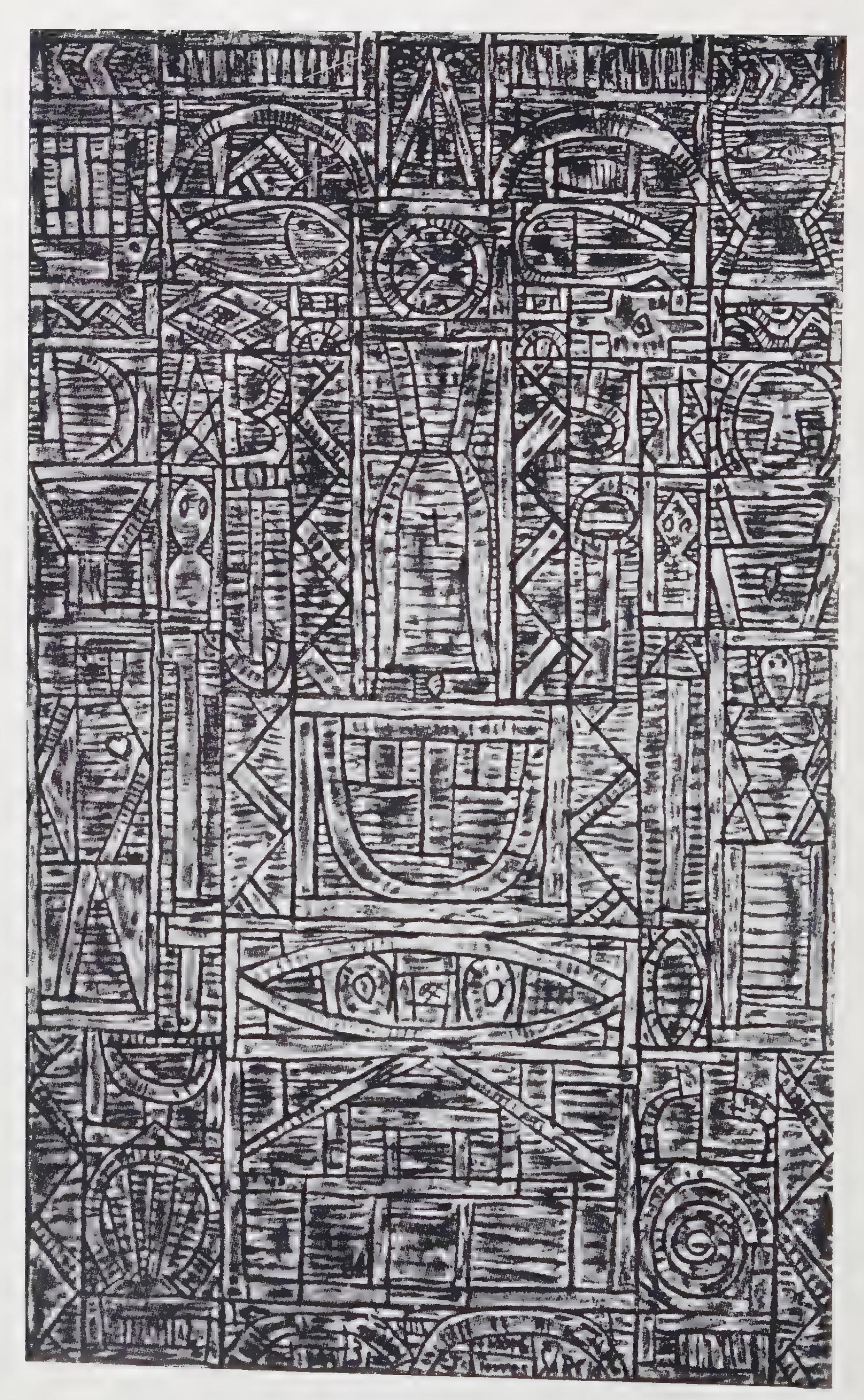
MONDRIAN. Composición (1934).



Mirador de una casa holandesa.



OZENFANT. Fuga (1921).



TORRES GARCÍA. Oleo (1930).

ced a la muchedumbre de interpretaciones que podrán hacerse de sus audacias y sus hallazgos".

Testimonio evidente de ello son ciertas frases de N. Gabo, teorizante de la pintura abstracta. En su estudio [15] titulado "La idea constructiva del arte", donde rinde al cubismo el homenaje más explícito, escribe: "La fuente inmediata de la idea constructiva deriva del cubismo. La escuela cubista fué el culmen de un proceso revolucionario en arte que arranca del impresionismo, a fines del siglo anterior. Cada cual puede estimar como guste el valor aislado de las obras cubistas, pero es incontestable que la influencia de la ideología cubista sobre el espíritu de los artistas en los comienzos de este siglo, no tiene paralelo en la historia del arte, por su violencia e intrepidez. La revolución que esta escuela produjo en la mente de los artistas es sólo comparable a la que aconteció aproximadamente durante la misma época en el mundo de la física". Y luego, señalando el carácter puramente europeo del cubismo: "muchos afirmaron falsamente que el nacimiento de la ideología cubista fué determinado por la moda del arte negro, que prevalecía en aquel tiempo, pero en realidad el cubismo es un fenómeno puramente europeo y su sustancia no tiene nada de común con el demonismo de las tribus primitivas. La ideología cubista posee un carácter netamente diferenciado y su manifestación solamente hubiera sido posible en una atmósfera de refinada cultura". Finalmente: "Todas las anteriores escuelas de arte fueron, en comparación, meramente reformadoras; el cubismo fué una revolución. Atacó directamente las bases fundamentales del arte".

Parejas conclusiones cabría extraer de muy otras procedencias. Así A. C. Waddinton [16] al estudiar algunas interferencias estético-científicas escribe: "La influencia del cubismo en las vías ordinarias del pensamiento ha sido, a despecho de su tecnicismo, tan profunda como la de la teoría de la relatividad". *Del cubismo al clasicismo*

---

[15] Prólogo al simposium *Circle* (Faber and Faber, Londres, 1937).
[16] *The scientific attitude* (Pelican Books, 1941).

es el título quizá algo prematuro de cierto libro[17] publicado cuando esa estética aún se hallaba en plena evolución. Pero otros juicios surgidos bastantes años después vienen a confirmar tal previsión; es decir, no vacilan en considerar al cubismo como un nuevo período clásico, otro Renacimiento. Así R. H. Willenski —en el libro registrado en una bibliografía anterior— al fundar todas sus argumentaciones en la idea de que la arquitectura es el arte típico que inspira todos los movimientos contemporáneos, señale la aparición de un Renacimiento arquitectónico cubista-clásico y lo caracteriza en esta forma: "Fué fundamentalmente la exaltación del orden formal y del planeamiento arquitectónico frente a las expresiones de la emoción personal y los alardes individualistas de los fragmentos emotivos; sus "pioneers" predicaron una severa doctrina de clásica disciplina en oposición al individualismo romántico del siglo XIX".

Los testimonios de orden doctrinal podrían extenderse. Cortemos, no obstante, su enumeración para reseñar muy someramente las derivaciones concretas del cubismo. No entran en la cuenta algunos estilos definidos en ciertas historias de la pintura como escuelas independientes, pero que en realidad son meras variantes del cubismo inicial, tales como el orfismo de Robert Delaunay y el neocubismo de Roger de La Fresnaye y André Lothe. En cambio merece señalamiento aparte como estilo autónomo, el purismo, si bien tampoco llegó a desenvolverse plenamente como escuela pues quedó concentrado en sus dos fundadores: Amédée Ozenfant y Charles-Edouard Jeanneret— este último más conocido luego como arquitecto y por su sobrenombre de Le Corbusier. A ambos les cabe el mérito de haber sido los primeros en la pretensión de marcar un rumbo autónomo con un libro de fecha, título e intención quizá algo prematuro,[18] cuyas teorías desenvolvieron luego desde las páginas de su revista *L'Esprit Nouveau* (1921-1924). En principio todas sus argumentaciones estaban fundadas en una idea de abo-

---

[17] *Du cubisme au classicisme*, por GINO SEVERINI (Povolozky, Paris, 1921).

[18] *Après le cubisme* (Les Commentaires, Paris, 1918).

lengo futurista, aunque sin reconocerlo, y llevándola, cierto es, a otras consecuencias: el predominio de la máquina en el mundo moderno. "Lo más característico de nuestra época escribían en el libro citado —es el espíritu industrial mecánico, científico." Trataban pues, de hacer un arte en relación con los nuevos inventos —automóvil, trasatlántico, avión—, pero sin quedarse en lo anecdótico y exterior como los futuristas —incorporándolos en su sustancia y desde dentro. Para ello establecían una norma primordial: el imperio de *lo invariable* plástico. "El purismo no expresa las variaciones, sino lo invariable. La obra no debe ser accidental, excepcional, impresionista, inorgánica, protestaria, sino al contrario, general, estática expresiva de lo que no varía". Establecían además la forma como determinante del color; consideraban el cuadro como una ecuación es decir, supeditaban todo a las proporciones. La meta: "una obra verdaderamente purista debe vencer el azar, canalizar la emoción; debe ser la rigurosa imagen de una concepción rigurosa, y mediante un concepto claro, puramente realizado, ofrecer *hechos* a la imaginación". El mismo aire serio e implacable, desnudo e imperativo ofrecían los cuadros —reducidos formalmente a un solo tema, grandes botellones, y por algo Ramón Gómez de la Serna llamó *botellismo*[19] esta manera. De "cubismo higiénico" la calificó verbalmente Picasso con su peculiar sorna. No sólo toda emoción estaba deliberadamente ausente de aquellas obras, sino también la más mínima virtud comunicativa. Por consiguiente el purismo, empachado de logicismo, no pasó de los experimentos de Ozenfant y Jeanneret —más exactamente del primero, pues el segundo se entregó plenamente a la arquitectura— con la excepción de algunos reflejos en Alemania, tal la obra arquitectónica-plástica de Willi Baumeister.[20]

Mayores que en Francia fueron los ecos suscitados por el cubismo en Rusia. En la línea de las secuencias abstractas pueden situarse el radialismo de Laridnov, el su-

---

19 *Ismos* (Poseidón, Buenos Aires, 1942).

20 En castellano puede leerse la monografía que sobre este artista publicó Eduardo Westerdahl (Gaceta de Arte, Tenerife, 1936).

prematismo de Malévitch, el no-objetivismo de Rodchenko, el perspectivismo de Lissitzky, el constructivismo de Tatlin, Gabo y Pevsner y —*last but not least*— el estilo sin nombre, pero superior a todos ellos de Kandinsky. Este artista, que acaba de morir en París, ha sido el maestro incuestionable del arte abstracto. Llevó más lejos que nadie las posibilidades del arte no figurativo y defendió los derechos de la intuición y del lirismo frente a los puramente intelectuales. De pareja importancia son los reflejos cubistas en el neo plasticismo holandés, a cuya cabeza figuran los pintores Piet Mondrian, Theo van Doesburg, Van Der Leck, Vantogerloo y los arquitectos Ond y Wiles, entre otros. Su órgano inicial fué la revista *De Stijl*, en 1917. Se limitaron en rigor al tratamiento del plano rectangular con colores primarios, surcado lateralmente por líneas verticales y horizontales. Esta geometrización a ultranza, este rechazo absoluto de la más mínima alusión figurativa da a sus obras una implacable monotonía. Al neoplasticismo correspondería, pues, únicamente con todo rigor el epíteto de arte deshumanizado. Algunos de sus cultivadores, junto con otros de diversas procedencias, integran luego el grupo fundado en 1931 con el título de *Abstraction-création-art non representatif*, nombre asimismo de una revista. En ella aparecían algunos que anteriormente se habían congregado en otra publicación *Cercle et Carré* bajo la inspiración del uruguayo Torres-García,[21] y donde alternaban junto con algunos de los ya mencionados, Mondrian, Doesburg, Vantegerloo, otros como Seuphor, Moholy Nagy, los escultores Calder y Brancusi, etc. Otra de sus últimas expresiones fué la exposición bajo el título *Thèse, antithèse, synthèse*, celebrada en 1935, en el Kuntmuseum de Lucerna, con la singularidad de incluir no sólo a pintores abstractos, sino también a varios cubistas, pues en suma todos los artistas de intención no figurativa cabían bajo aquel pabellón. La incorporación de varios artistas ingleses como los pintores Nicholson, Jackson, los escultores Hepworth, Moore y otros afines determinó quizá el desplazamiento de las

[21] V. Mi ensayo "La pintura de Torres-García" en la revista *Arte*, núm. I (Madrid, septiembre de 1932).

huestes abstractas hacia Londres. De allí al menos procede el último testimonio de esa tendencia llegado a nuestro conocimiento, un copioso libro titulado *Circle* —ya antes mencionado— que viene a ser el más importante monumento consagrado a la gloria del arte abstracto, y en cuyas copiosas páginas hay sugestivas confrontaciones y aplicaciones del mismo con la arquitectura y el mobiliario, el urbanismo y la ingeniería, la danza y la tipografía, etc.[22]

Corresponde ahora advertir que de estas copiosas enumeraciones no deberá extraerse una conclusión proporcionalmente desmedida sobre la importancia del arte abstracto. Si para la inteligencia y aceptación del cubismo propiamente dicho son necesarias ya ciertas virtudes ascéticas cierta pureza intelectual, que no a todos es dable poseer, menos aún podremos aspirar a exigir las mismas virtudes multiplicadas en lo concerniente al abstraccionismo. Empezando por sus propios cultivadores, por los artistas. Pues como disertaba André Lothe —a lo largo de un discurso en un congreso internacional de Estética, celebrado en Venecia— no hay una persona en el mundo capaz de practicar toda su vida un arte abstracto. "El gusto de la variedad —agregaba— es tan profundo en el artista que éste moriría si se le obligara a girar toda su existencia alrededor de un grupo de combinaciones harto poco variadas". ¿Acaso la más eminente comprobación de ello no está en el caso próximo de Torres-García, vuelto últimamente hacia el naturalismo de los paisajes evocados, alternándolos, mejor dicho, con sus composiciones constructivas? Por lo demás —y ya lo dijo Picasso hace años, en aquella famosa carta, desautorizada como tal por apócrifa, pero que refleja indudablemente su pensamiento— "desde el punto de vista del arte no hay formas concretas y formas abstractas: sólo hay traducciones más o menos convencionales de la realidad".

---

22 Sobre las características y evolución del arte abstracto pueden verse otras precisiones en mi monografía *Attilio Rossi* (Nova, Buenos Aires, 1944).

LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Palabras pronunciadas en el homenaje a Jules Romains, a la terminación de su novela LES HOMMES DE BONNE VOLONTÉ.

ME veo en el trance de comenzar por un mal chiste. Pues ¿qué celebramos ahora? Celebramos que en México se hayan acabado "los hombres de buena voluntad".

De la magnífica novela en 27 volúmenes comenzada hace trece años por Jules Romains, seis volúmenes y medio se han escrito en nuestro país. Nos cabe el privilegio de que, entre nosotros, el gran escritor haya podido llevar a buen término una obra de tamaño aliento. Y aun parece que, sólo por eso, un poco de gloria refleja nos ilumina.

En tiempos normales, París hubiera festejado el acontecimiento con aquella voz que escuchaba toda la tierra. No se dirá que el caso ha pasado inadvertido en nuestro modesto mundo literario. Cuando la humanidad vuelva a ser la humanidad, Jules Romains nunca olvidará que, en horas aciagas, este cielo enrarecido de alta meseta tuvo suficientes virtudes para mantener la fertilidad de su pluma.

Cada vez que pienso en los orígenes de mi trato con este maestro y amigo, evoco un diálogo algo cómico acontecido hace varios lustros en París. Una de esas charlas difíciles de primer encuentro, constantemente interrumpida por los incidentes de nuestras pipas, que no querían encender o se apagaban a las pocas fumadas. Los conocedores saben bien que este fuego tardo y díscolo es el que a la postre prende mejor. De entonces acá, nuestras pipas arden parejas, como dos pequeños fanales que se contestan. A esta amistad que tanto me honra debo hoy la alegría de ofrecer a Jules Romains, en nombre de todos los presentes y de los ausentes que nos acompañan con sus votos, nuestros parabienes por el feliz acabamiento de esta verdadera hazaña literaria.

Que hazaña es, entre los escombros que nos rodean, seguir de frente y pisar impávido las ruinas, como el varón de Horacio. Hoy por hoy, sacar adelante un compromiso tan enorme y complejo, supone una capacidad austera casi rayana en la crueldad. Es cosa de pensar en el *Diván* de Goethe, o en los *Esmaltes y Camafeos* del dulce Gautier, escritos entre el retumbo de los cañones. ¡Y qué valían, junto a las nuestras, aquellas batallas! En conservar la integridad ante los destrozos exteriores está —sentía Lacordaire— la dignidad del espíritu.

Jules Romains comenzó su magna novela cuando ya se había dejado atrás los entusiasmos de la primera juventud. Ya eran meros recuerdos, entre placenteros y melancólicos, aquellos días de las batidas literarias y la marcha de ataque, la travesura y la alegría algo inconoclasta de los lances de pluma; la Abadía, las campañas del unanimismo, los camaradas con quienes se desemboca en la vida y en quienes creíamos contar con amigos inquebrantables. . . Ya había ocupado también, en pleno mediodía, todos los géneros literarios: lírica, novela, teatro, ensayo, teoría y técnica de la prosa y el verso a buscas de un nuevo clasicismo; y hasta había arriesgado visitas a las fronteras de la ciencia, por donde rondan aquellos efectos indecisos a los que la aduana oficial no se decide a franquear el paso. Quiere decir que su sitio estaba conquistado.

En todos aquellos campos, el escritor había buscado la satisfacción de un imperioso deber de la razón. Bien sabía él que le tocaba labrar la parte más espinosa del terreno. No había nacido para la fácil recreación en la superficie de las palabras. Nadie más dotado que él, si hubiera querido, para entretenerse en jugueteos verbales. Pero él exigía del instrumento literario el servicio humano por excelencia: el imponer cosmos en el caos. Lo empujaba una sed insaciable de orden mental. Hasta se le llamó sistemático, porque en su afán de organizar el universo según la frente, ni daba cuartel ni lo pedía.

Pero por sistemático solemos entender el que impone caprichosamente su módulo apriorístico, y tuerce o solicita la realidad para que acomode en sus cánones. Y muy otro es el temperamento de Jules Romains. Hombre de naturaleza plenamente clarificada y como pasada toda ella por el insobornable tamiz de la conciencia, nada deja en sombra, nada en falso equilibrio. Sólidamente plantado en tierra, su mismo vigor hace que las perspectivas exteriores se le aparezcan en hilos convergentes, en razones encadenadas. La inteligencia es expli-

cación. La función natural de la inteligencia es atar cabos. No es ser sistemático, sino ser inteligente, el ver las cosas acomodadas en coherencias. En la obra de Jules Romains han ancho margen al humorismo y aun a la carcajada rabelaisiana; ancho margen para la magia y la investigación rigurosa de lo desconocido. Ambos caracteres son la mejor garantía de que no nos encontramos ante un sistemático de gabinete, sino ante un explorador y descubridor al aire libre.

Su obra había adelantado como una tarea tectónica, sujeta a una voluntad racional, que sólo admitía los servicios de la casualidad cuando acomodaban a sus fines. Este viril sentimiento de construcción lo llevó a sacrificar cuanto se ha llamado "estilismo", el adorno yuxtapuesto, la "fermosa cobertura" que decía el Marqués de Santillana, y en que muchos creen ver el secreto de la estética literaria. No cobertura, no: vida interna, necesidad casi biológica, plena aptitud vital de la obra, cuya sustancia determina la forma. Jules Romains no tuvo miedo de asfixiar al poeta sujetándolo a las evidencias, prueba suma. Dejó caer requilorios y preciosidades postizas. Frenó lo que él mismo ha llamado la velocidad del flujo, condición de nuestras lenguas latinas que fácilmente las lleva a la oratoria. Conquistó una belleza axiomática, de crecimiento íntimo, que el pedantesco lenguaje de nuestros días bien puede decir "belleza funcional".

La espontánea tendencia a la economía, que también hay motivos para considerar como pereza inherente a la inteligencia, nos inclina a apoderarnos de las palabras acuñadas para ahorrarnos así el pensar por cuenta propia. En cuanto Jules Romains dijo "unanimismo", se quiso reducir toda su obra a un sistema y a un método, a un esquema fijo y a una sola regla estratégica. A ello se presta singularmente la circunstancia de que el unanimismo se respira como una atmósfera. ¡Cómo no encontrarlo en las páginas del escritor que precisamente ha delatado su presencia y, al bautizarlo, le ha comunicado una entidad operante!

Pues ¿qué son una época, un lugar, un pueblo, una familia, un hombre, si no encrucijadas o unanimismos de direcciones? Todo hecho, como la casa donde "Lucienne" era profesora de piano, está situado, por decirlo así, en una confluencia de redes ferroviarias. Nunca se da lo único, sino siempre lo uno relacionado con otras muchas unidades semejantes; es decir: lo unánime.

Pero entendámonos: el unanimismo acentúa un rasgo de la realidad hasta entonces no suficientemente aislado y estudiado, pero no por eso pretende fundar una preceptiva inflexible. Es más una descrip-

ción que no un consejo. Tampoco exalta el imperio de las masas amorfas sobre las fisonomías diferenciadas de la sociedad. No canta ni predica el triunfo de la "entropía" física, este empobrecimiento de las energías por retorno a la indiferencia y al desorden. Atiende más bien a lo que los biólogos llaman la "diferenciación evolutiva". Llama la atención sobre la acción de aquellos grupos humanos que, de modo ya permanente o pasajero, adquieren conciencia de su unidad y polarizan así los campos de fuerza que los rodean. Si con el término "rebelión de las masas" se quiso designar un peligro de nuestro tiempo, o una peligrosa crisis que a la larga puede ser saludable, con el término "unanimismo" se designa un remedio, la etapa ulterior a la mezcolanza informe, la neoformación coordinadora. Sólo que ella no se produce ya en torno al individuo, al héroe romántico, sino en torno al grupo de individuos puestos en valor por las afinidades sociales, igualados en la atracción o devoción de un acto o de un hecho predominantes. Así pues, el momento en que la maraña de fuerzas que cruzan el territorio humano comienza a crear núcleos o coagulaciones orientadoras, de conciencia o de voluntad, este es el momento del unanimismo. La fluidez se precisa; la vaguedad se asienta; las energías pobres se enriquecen al formarse en fila.

Por supuesto que, aun con todos estos esclarecimientos, resulta un escamoteo el querer con la palabra "unanimismo" quitarse de encima la obra de un escritor tan fecundo y vario. ¿Acaso hemos agotado, por ejemplo, todo el contenido de *Les Copains*, cuando hemos dicho que es la historia de una partida de amigos que, merced a la conciencia del grupo, llegan a la realización unanimística extrema, o sea al acto arbitrario, al acto sin objeto, al acto que los convierte en un dios único repartido en siete personas distintas? ¿O hemos agotado cuanto hay en libros como *Les Copains, Mort de Quelqu'un* y *Lucienne*, cuando hemos dicho que tales libros representan el ataque unanimista a los problemas, respectivamente, de la amistad, la muerte y el amor? Sería una falta de respeto para la obra literaria. En estos libros, por fortuna, hay mucho más y mejor que una mera demostración o aplicación del unanimismo, aun cuando la tentación unanimista les sirva de secreto pretexto.

Y cuando el autor, precisamente, acaba de desplegar sus alas y emprende el vuelo mayor en LES HOMMES DE BONNE VOLONTÉ, de tal modo la cosa estética, el objeto literario están más allá de toda fórmula, de tal suerte la obra se confunde con la representación del mundo por la mente, que ya no quisiéramos que se la ponga nombre genérico

alguno. Hasta el nombre de novela le queda corto. Y no sólo por la extensión y el número de volúmenes, sino porque la cantidad expresa una cualidad variable y cambiante. Lo mismo abarca la escena de amor que el ensayo científico, la comedia y la tragedia, la ironía y la sátira, el idilio y la disertación. Pues ¿no hay por ahí un estudio sobre las condiciones de las aguas medicinales, o sobre la posibilidad de regular a voluntad los latidos del corazón, o un análisis demoníaco acerca de un crimen cometido por simple comodidad, o la pintura de una macabra extravagancia en que se incurre por obediencia a una escuela poética? Decir de esta novela que es un mundo, más que una novela, resulta una inexpresiva vulgaridad. ¡Lástima que las frases se gasten y estropeen a tal punto!

En la épica de última hora hay varios intentos para devolver a la novela su densidad mediante un robustecimiento físico. El foco es, en *Jean-Christophe,* el individuo; la familia, en los *Thibault* y en *Salavin.* Hay, singularmente, dos notables esfuerzos parecidos en la intención final, aunque diferentes en el proceso, para juntar en un orbe los haces dispersos de la realidad; para reducir a objeto sensible y asible esta atomización de motivos humanos producida por los últimos sacudimientos habidos del romanticismo a nuestros días, pasando por el naturalismo, el simbolismo. . . y lo demás. Uno es el caso de Marcel Proust y su novela en serie *A la recherche du temps perdu.* Otro, el de Jules Romains y su novela en serie LES HOMMES DE BONNE VOLONTÉ.

¿Cómo se busca en ambas la síntesis? Por el único medio conocido, por el análisis. Pero mientras en Proust la misma minuciosidad sólo permite tejer una tela de pequeñas dimensiones —el mundo a que él se refiere es bastante estrecho—, en Jules Romains la trama es más ancha y cubre todas las vastas zonas que ha recorrido la experiencia de los contemporáneos. Lo microscópico allá, lo macroscópico acá, indican, en Proust, una confianza mayor para los gérmenes de los actos; y en Jules Romains, una confianza mayor para los resultados de los actos. Además, y sobre todo, nada hay de común entre el héroe egoísta, el sujeto hipersensible y algo maniático que se echa en busca del tiempo ido, y el héroe colectivo, el escuadrón de hombres de buena voluntad que, azotados por el aire de la calle, se echan a andar hacia el porvenir.

Obsérvese que la novela en serie, por su sola duración y la continuidad de personas y asuntos, asume una excelsa categoría de realidad. Se parece a la realidad por cuanto procede a pie forzado. Tiene que contar con lo ya vivido para seguir adelantando. De suerte que el

engaño estético —la verdad estética— es más cabal. Más completas son asimismo la creación de cada máscara, la incorporación de cada carácter, la familiarización con los escenarios.

Ya los retóricos de la Antigüedad habían advertido que hay cierta relación entre la dimensión de una obra o de un pasaje y la emoción literaria que se proponen provocar. Hay sentimientos o situaciones que exigen rapidez; otros, que exigen lentitud. La novela en serie es —se diría— la dimensión indispensable, si se desea de veras captar esa indefinible unidad histórica que llamamos una época. Para captar una época escribió Jules Romains. Proust, para captar solamente una clase social, y sus alrededores más o menos parasitarios.

Finalmente, la novela en serie se parece precisamente a la vida en que da, como ésta, la impresión de que "ciertas cosas no van a ninguna parte y ciertos destinos acaban quién sabe dónde". Este poema abierto sobre una perspectiva indefinida contrasta con el poema en ciclo (tema sobreentendido en la Poética de Aristóteles), al modo como nuestra filosofía, reacia a los sistemas cerrados, contrasta con la filosofía de los tiempos clásicos. "Hay —dice Jules Romains en su prólogo— un patetismo de la dispersión, de la evanescencia, que llenan del todo la vida, pero que los libros casi siempre se prohiben, preocupados como están, en nombre de las viejas reglas, por comenzar y acabar el juego con las mismas cartas". Ya Aristóteles, comparando la poesía con la vida histórica, advertía que la obra del poeta empieza y acaba según preceptos que él llegó a soñar tan rigurosos como un silogismo, y se sentía desazonado ante este fluir de las cosas reales, que nunca empiezan y nunca acaban.

El 6 de octubre de 1908, un muchacho de París, Louis Bastide, salió por la calle rodando su aro. Ante él se iba extendiendo la gran ciudad, como si él mismo la fuera creando en su carrera. El aro ha seguido rodando por varios años y ha recorrido varios pueblos. Tras de vacilar a uno y otro lado, como ebrio que pierde el aplomo, el aro ha caído por fin en esta ciudad. Ni Louis Bastide, ni Jules Romains sospechaban cuál sería el final de este destino. Pero, tras de lo que llevamos dicho, ¿admitimos que haya un final posible? ¡Oh, no! El aro de Bastide tiene que rodar otra vez hacia el París redimido y recuperado. Y cuando parezca que ha parado del todo, todavía le espera la senda sin término que la posteridad le reserva.

Alfonso REYES.

PERSPECTIVAS MUSICALES

Se ha escrito mucho sobre el arte musical de nuestra época. Para el músico profesional y el estudiante hay varios tratados excelentes acerca de los aspectos técnicos del arte y su desarrollo actual. Los compositores mismos sienten también la necesidad de explicar su arte y sus propios puntos de vista. Hoy, mientras la fuerza física está destruyendo ante nuestros ojos los frutos más perfectos del espíritu, tenemos el deber de intentar una valoración de las contribuciones aportadas por nuestra época a la historia de la civilización. Hay que poner a salvo lo mejor del momento actual y conservar intactos los hilos frágiles que unen a las generaciones para mantener íntegra una humanidad en lucha con sus componentes malignos que la impulsan a destruirse. Y como, sin duda, es el arte lo que expresa a la posteridad una época en su sentido más completo y verdadero, necesitamos sobre todo estudios que nos ayuden a valorar la obra artística, no sólo técnicamente o desde el punto subjetivo del artista, sino conforme a criterios estéticos e históricos. El arte musical de nuestros días parece muchas veces arbitrario e incomprensible; sin embargo, su estudio garantiza la única base segura para juzgar su valor. Es este el problema que Adolfo Salazar se propone resolver en su libro sobre la música actual.[1]

Sólo la percepción sutil del artista puede penetrar las fuentes secretas y misteriosas de donde mana la corriente de la creación artística; sólo el juicio agudo del crítico, unido a la objetividad del historiador, sabe analizar los diversos elementos de la producción artística en una época y estimar sus excelencias, relacionándolas con las obras maestras del pasado y los esfuerzos prometedores del presente. Todas estas cualidades aparecen combinadas de una manera excepcional en el autor de este libro.

Adolfo Salazar ha contribuído mucho y valientemente a nuestro conocimiento y mejor comprensión del arte que nos conmueve más íntimamente y que por eso mismo se esquiva a nuestras tentativas de análisis. Afrontando el problema espinoso de la música contem-

---

1 ADOLFO SALAZAR: *La Música Actual. Las corrientes directrices en el arte musical contemporáneo.* Buenos Aires, Edit. Losada, 1944.

poránea, Salazar trata, como lo indica el título del libro, de las corrientes directrices que han definido y siguen definiendo sus perfiles, y el laberinto en el que íbamos perdiéndonos llega a mostrar su traza. El autor, por esta razón, prefiere, como dice en la introducción, examinar la música actual desde el punto de vista de las obras, más bien que desde el punto de vista de sus autores, para seguir estas corrientes directrices más de cerca y determinar su autenticidad con mayor justeza. Con una metáfora apropiada compara el panorama musical al firmamento estrellado en que aparecen varios sistemas nebulosos en proceso de formación. Esas nebulosas se componen de astros verdaderos de distintas magnitudes y de planetas que brillan con luz refleja. El autor advierte al lector que muchas veces el esplendor extraordinario que demuestran ciertos astros resulta más de su proximidad que de su luminosidad intrínseca. Análogos sistemas en nuestro firmamento musical pueden así ordenarse: 1) los continuadores del sinfonismo poemático; 2) los continuadores del principio formalista; 3) los preocupados por la extensión de la tonalidad y de la forma. De esta manera las personalidades de menor importancia pueden ser colocadas en su "constelación" apropiada sin perjudicar ni al contorno del conjunto ni a la dirección general en que todo se mueve. Claro que los artistas y el movimiento artístico de una época se hallan unidos al ambiente social de una manera inextricable, y son su expresión más auténtica. Este principio es tan verdadero que se puede valuar la autenticidad de una obra por el grado en que ésta da forma al estilo de vida que caracteriza el período. De una manera tal, que el artista refleja y al mismo tiempo debe interpretar a su época, y, en este sentido, está con frecuencia mal comprendido, porque su intuición de artista le lleva mejor que a sus contemporáneos a ver con más claridad y sentir más profundamente las características esenciales del momento. Para lograr la expresión de sus ideas le hacen falta nuevos medios y técnicas nuevas, y de estos ensayos se deriva todo el conflicto artístico, demasiado difícil muchas veces, para la comprensión general.

Así planteadas estas consideraciones básicas, Salazar demuestra cómo se han manifestado en la música contemporánea. Una nueva época, un nuevo "estilo de vida" nace en las últimas décadas del siglo pasado. En la música lo señala el manifiesto célebre de Brahms, Joachim, Grimm y Scholz en 1860 contra "la escuela neogermánica" y su jefe Wagner. Brahms representa la reacción contra la disolución de la forma que el desarrollo del Romanticismo en música llevó a

cabo con Schubert y en algunas obras de Schumann, pero que llegó a su colmo en Wagner. Pues bien, al mismo tiempo, el autor muestra que un nuevo sentimiento comenzó entonces a expresarse; un sentimiento que se inició con las guerras de Napoleón y se desenvuelve con las revoluciones sucesivas del siglo diecinueve. Así nacido el "nacionalismo", fué una de las fases más características del movimiento romántico que, en la música, desempeñó y continúa desempeñando un papel muy importante. En efecto, ¿no es lícito afirmar que la música entre todas las artes se presta más directamente a la expresión "nacionalista" puesto que explota aquel tipo de materia tradicional que es ante todo una expresión local? Con gran agudeza señala el autor que precisamente en los países donde no existe una larga tradición en la música de arte, apareció primero y con más ímpetu la música nacionalista. Así en Rusia, y después en los países escandinavos, en Checoslovaquia y en España. También en América floreció con exuberancia. Al contrario, en países como Alemania, Francia, Italia e Inglaterra los músicos se preocuparon especialmente de las otras consecuencias del Romanticismo: la reacción formalista o la expansión de la forma en el sinfonismo poemático o en el teatro lírico.

Aunque Salazar explique con verdadera penetración la evolución de la música en relación con el ambiente social y con las tendencias artísticas y culturales del momento, insiste continuamente en que la música es un arte sonoro y que se basa en los fenómenos acústicos. Por consiguiente, demuestra en términos minuciosos cuáles fueron las materias puramente musicales de que se aprovecharon y que crearon los músicos para dar expresión a sus ideas estéticas. En este sentido traza la evolución del color instrumental como expresión, especialmente en la orquesta, empezando con Berlioz y Wagner, y explica cómo éste, comprendiendo la significación de la "Novena" de Beethoven, utilizó la voz como un instrumento nuevo por su valor expresivo en consecuencia de su valor "humano". El color instrumental en estos dos sentidos se basa en la armonía. "La armonía pues, es lo que aclara en nuestro fuero interno el lenguaje de la melodía, la cual desde este momento deja de ser una guirnalda sonora para convertirse en un lenguaje". Y partiendo del acorde de Wagner, concebido como elemento fundamental de la expresión, evolucionó directamente el arte de Wolf, de Bruckner y de Mahler. En Bruckner, la disolución de la forma llega a límites hasta entonces desconocidos; el acorde por sí mismo le basta, a causa de las implicaciones

"cósmicas" de sus propiedades acústicas que unen al hombre con el universo. Las sinfonías de Bruckner consisten en una reiteración de este "valor místico" del acorde. Por otro lado, el color instrumental en las sinfonías poemáticas y, con ello, la voz como instrumento expresivo-dramático en las óperas de Richard Strauss tienden al carácter, cada vez más concreto del drama, hasta llegar a la pantomima, sirviéndose de la plasticidad del "gesto" musical.

La reacción de Brahms, que inaugura la nueva época, quedó quieta en su obra propia; pero tuvo consecuencias fecundas gracias al nuevo concepto formalista desarrollado por Franck en su sistema "cíclico". Salazar analiza en detalle esta evolución como una contribución original e importante al pensamiento musical que tuvo resultados válidos en la obra de los formalistas franceses desde d'Indy a Roussel, Dukas y Fauré, y aun en algunas obras de Debussy. El principio formalista tuvo un gran prestigio y sus varias formas quedan estudiadas con debido detenimiento, tales como aparecen entre los rusos, especialmente Glazunoff; los italianos, con más eficacia —según el autor— con Malipiero, y los ingleses. Salazar advierte que este criterio puede degenerar en la habilidad técnica, en la "escritura" como ideal, de un Max Reger, mientras la sonata clásica proporciona una esfera de acción adecuada al misticismo exaltado de Scriabin.

El punto central del libro consiste en el estudio de los dos grandes movimientos revolucionarios en la música reciente, inaugurados por los espíritus exploradores de las dos escuelas denominadas generalmente Impresionismo y Expresionismo: extensión de la materia musical y descubrimientos en las posibilidades latentes de la masa sonora. En estos capítulos el autor demuestra su capacidad crítica de una manera única. Ligado íntimamente como compositor con el Impresionismo francés en su fase culminante, lleva a su examen de la obra de Debussy y Ravel una simpatía intuitiva unida a un análisis penetrante. En un capítulo admirable explica cómo el desarrollo de un criterio nuevo en la pintura y la poesía llega a una realización completa en la música, a cuya "condición", decía Pater, las otras artes aspiran incesantemente. Al músico le importa solamente el gozo sensual e inmediato del sonido puro. Chopín había señalado ya el camino explorando nuevas posibilidades sonoras y descubriendo cómo darles realidad musical. Debussy y Ravel llevan el armonismo romántico a su ápice y al hacerlo así crean un nuevo lenguaje musical. Como introducción indispensable a su explicación, Salazar dedica un capítulo admirable al análisis de las propiedades

acústicas del acorde, y una descripción de la evolución histórica del sentido armónico en el desarrollo gradual de su percepción por el oído —cada vez más amplia— de los sonidos consonantes, y la evolución de la tonalidad como la prolongación en el espacio —una especie de tercera dimensión— de la relación armónica entre los acordes consonantes y disonantes. Después de esta síntesis magistral aparece claramente la contribución de Debussy a un nuevo lenguaje musical. El autor continúa demostrando que Ravel tiende a reducir la amplia línea melódica debussysta dentro de límites claramente definidos y a apretar la forma subrayando los giros rítmicos. Por eso deriva sus ritmos principalmente de la danza; pero cuando se trata de la música vocal, lo deriva de los acentos normales del lenguaje cotidiano. En algunas de las páginas más interesantes del libro el autor estudia cómo en distintas épocas los compositores han resuelto el problema de tratar el canto dialogado del teatro. Es un problema planteado por los franceses desde el momento en que Lully introdujo el teatro lírico en Francia; pero los métodos empleados por los compositores nacionalistas rusos, en especial los conseguidos por Moussorgsky en "Boris" tuvieron una influencia directa e importante sobre Debussy y Ravel.

Salazar cree que es en el teatro donde la actividad musical de una época llega a su última síntesis. La resolución adecuada del problema presentado por dos intereses paralelos —el desarrollo dramático y el desarrollo musical— ha preocupado siempre a los compositores. En nuestros días, los rusos, Debussy en "Pelléas", Ravel en "L'Heure espagnole", buscan la solución mediante la evocación dramática lograda por un recitativo estrechamente integrado en el tejido instrumental, mientras que los expresionistas resuelven el problema apelando a un tipo especial de "parlato" con una semi-entonación; a un escenario original y a la atonalidad. Pero Salazar concluye sagazmente que la solución es imposible, ya que en el teatro el desarrollo musical y el dramático se mueven según su carácter propio en dos "tempi" distintos: son paralelos y no se encuentran nunca.

Una de las más importantes contribuciones del libro al estudio de la música contemporánea consiste en la exposición clara y detallada de la técnica revolucionaria de Schoenberg, reducida al "sistema de los doce sonidos". Un conocimiento profundo de la técnica musical y una gran cultura histórica forman sólida base para una explicación sumamente clara de la atonalidad y su evolución lógica. Salazar demuestra cómo el politonalismo obedece al deseo de en-

sanchar aún más las posibilidades de la tonalidad en contraste con el principio atonal que niega toda idea de centro tonal y considera las combinaciones horizontales o verticales de tonos como simples "intervalos de distancia". La exposición del microtonalismo se caracteriza por un análisis cuidadoso de su base acústica y sus fases históricas. El autor concluye que las investigaciones científicas en la fragmentación del semitono no han contribuído sustancialmente a las posibilidades artísticas.

Tal vez el aspecto más original de este libro tan original aparece en el punto de vista del autor sobre el nacionalismo en la música y su desarrollo y su significación: una de las fases más características que el Romanticismo ha creado en su etapa última y definitiva. Salazar evoca los primeros esfuerzos por ajustar los elementos modales y rítmicos de las melodías populares y su color instrumental a las formas acreditadas de la música romántica. Luego demuestra cómo las mejores tentativas produjeron una música pintoresca y graciosa con un aire exótico que encantó al extranjero, mientras que tentativas inferiores produjeron sólo el potpourri y la música de salón. Cuando se empeñó en encerrar su materia musical, rica y variada, dentro de formas preconcebidas, no tuvo consecuencias permanentes. Al mismo tiempo, ciertos espíritus finos buscaron desde el principio una forma apropiada. En este sentido trabajaron Moussorgsky y Grieg, Smetana y Barbieri, Stravinsky y Falla en su juventud. Pero, dice el autor, la verdadera superación del nacionalismo y de toda suerte de consideraciones locales y pintorescas, hasta crear una música universal, tiene que resultar de una síntesis profunda de la materia, de una destilación de su esencia. Esto —Salazar lo explica muy bien— no pudo ocurrir hasta que los nacionalistas llegaron a reunirse con los exploradores de nuevos horizontes musicales. Cuando los descubrimientos de Impresionistas, Expresionistas y politonalistas ensancharon la tonalidad y hasta la negaron totalmente, hubo que establecer nuevos criterios acerca de la forma. Sólo entonces pudo utilizarse en el sentido último la riqueza de la música nacional. El compositor había llegado a un grado de libertad tal que pudo tratar cada idea en los términos más adecuados para la expresión de una sustancia peculiar. En esto radica la esencia del arte de Stravinsky. Cada problema trae consigo su resolución propia. Una paradoja aparente consiste en que esta libertad parece conducir a un nuevo énfasis en la forma. Lo vemos en el uso que Stravinsky hace de las formas clásicas. Un retorno en este sentido tiene sus peligros, y algunas de las páginas más brillantes de este libro tratan de estos problemas y de las soluciones de Stra-

vinsky. El empleo de elementos de la música popular rusa la reduce a su esencia, de tal modo que esos elementos sólo aportan la materia de las combinaciones de color instrumental o los motivos rítmicos o melódicos que crean la forma. Es el criterio también de Bartók y de Falla. En la obra de estos tres compositores, lo que es local, lo que había sido experimental como tonalidad y forma, llega a la etapa definitiva de un arte universal y maduro.

El período entre 1880 y 1940 se caracteriza por muchas y diversas tendencias en la música y por su índole revolucionaria. No es fácil trazar la historia de estas tendencias con exactitud y justicia de manera inteligible al lector; más difícil aun es presentar sus aspectos revolucionarios. Pues esta es la labor admirablemente lograda en este libro. Nunca se pierden de vista en él las tres modalidades inseparables de la música: arte acústica, de la que derivan problemas técnicos; arte social, como relación del artista con el ambiente y su influencia recíproca; sentido estético frente al estilo, la materia y las ideas. Las consideraciones acústicas y técnicas ilustradas por los textos musicales proporcionan el fundamento indispensable de toda la crítica. Estos pasajes puramente técnicos están concebidos con tanta lógica y presentados con tanta ingeniosidad, que quedan perfectamente claros aun para el lector de medianos conocimientos musicales. El ambiente social y las influencias diversas de tiempo aparecen pintados de la manera más hábil y agradable. El autor se encuentra a su gusto en cualquier período y sin cesar esclarece sus ideas con referencias a otras épocas y así mantiene a toda luz las perspectivas históricas. Los problemas estéticos se hallan dilucidados con una objetividad y una tolerancia unidas a la penetración del crítico más justo y adiestrado.

Isabel POPE.

Cambridge, Mass. Diciembre, 1944.

S U M A R I O

Printed in Mexico.